

The background of the entire cover is a dense, intricate floral pattern. It features swirling golden-brown vines and leaves, with vibrant red flowers and berries interspersed throughout. The pattern is set against a dark, textured green background, creating a rich, Victorian-style aesthetic.

NOTHING IS CERTAIN BUT THE PROMISE OF WAR.

a
TOUCH
of
MALICE

SCARLETT ST. CLAIR

Hades & Persephone #3

A Touch of Malice

Scarlett St. Clair



Diagramado por Concheta

a
TOUCH
of
MALICE

SCARLETT ST. CLAIR

SINOPSIS

Perséfone y Hades están comprometidos. En represalia, Deméter convoca una tormenta de nieve que paraliza Nueva Grecia, y se niega a levantar la ventisca a menos que su hija cancele su compromiso.

Cuando los Olímpicos intervienen, Perséfone encuentra que su futuro está en las manos de los dioses antiguos, y estos están divididos. ¿Permitirán a Perséfone casarse con Hades e irán a la guerra con Deméter, o prohibirán su unión y tomarán las armas en contra del Dios de los Muertos?

Nada es seguro salvo la promesa de la guerra.

PARTE I

I



UN TOQUE DE TORMENTO

Unas manos ásperas separaron sus piernas y subieron por sus muslos, unos labios siguieron... una ligera presión deslizándose por su piel. Medio dormida, Perséfone se arqueó contra el tacto, ataduras le presionaban las muñecas y los tobillos. Confundida, tiró de ellas en un intento de liberar sus manos y pies, pero descubrió que las ataduras no cedían. Había algo en todo esto, la incapacidad de moverse, de resistirse, de luchar, que hacía que su corazón se acelerara y que la sangre le llegara a la garganta y a la cabeza.

—Tan hermosa... —Las palabras fueron un susurro contra su piel y Perséfone se congeló.

Esa voz.

Ella conocía esa voz.

Antes había considerado a su dueño un amigo y ahora era un enemigo.

—Pirítoo.

Su nombre se deslizó entre sus dientes, con rabia, miedo y asco. Era el semidiós que la había acechado y secuestrado en la Acrópolis.

—Shh —susurró él, su lengua, húmeda y fría, se deslizó

contra su piel.

Un grito salió de su garganta. Apretó los muslos, retorciéndose contra el tacto extraño que recorría su piel.

—Dime qué hace él que te gusta —susurró, con su aliento pegajoso bañando su oreja, la mano patinando más cerca de su centro—. Puedo hacerlo mejor.

Los ojos de Perséfone se abrieron de golpe cuando se incorporó, inhalando bruscamente. Le dolía el pecho y su respiración era agitada, como si acabara de correr por el Inframundo con un espectro pisándole los talones. Tardó un momento en ajustar los ojos, en darse cuenta de que estaba en la cama de Hades, con las sábanas de seda pegadas a su piel húmeda, el fuego anaranjado en la chimenea frente a ellos, y a su lado el propio Dios de los Muertos, con su energía, oscura y eléctrica, cargando el aire, haciéndolo pesado y tangible.

—¿Estás bien? —preguntó Hades.

Su voz era clara, tranquila, un tónico calmante que ella quería consumir. Lo miró. Él descansaba de lado; su piel expuesta estaba bruñida por la luz del fuego. Sus ojos brillaban en negro, el cabello oscuro se derramaba sobre las sábanas como las olas de un mar sin estrellas. Hacía horas, ella lo había apretado entre sus dedos mientras lo montaba larga y lentamente y sin aliento.

Tragó; sentía la lengua hinchada.

No era la primera vez que tenía esta pesadilla, ni tampoco era la primera vez que se despertaba para encontrar a Hades observando.

—No has dormido —dijo ella.

—No —respondió él, y se incorporó junto a ella, levantando la mano para rozar su mejilla. Su tacto la hizo sentir un escalofrío en la columna vertebral, directo a su alma—. Cuéntame.

Cuando hablaba, era como si su voz fuera mágica, un hechizo que sacaba las palabras de su boca incluso cuando se agarraban en su garganta.

—Volví a soñar con Pirítoo.

La mano de Hades cayó de su mejilla y Perséfone reconoció la expresión de su rostro, la violencia de sus ojos interminables. Se sintió culpable, por haber desenterrado una parte de él que se esforzaba por controlar.

Pirítoo atormentaba a Hades tanto como a ella.

—Te hace daño, incluso mientras duermes. —Hades frunció el ceño—. Te fallé ese día.

—¿Cómo podías saber que me llevaría?

—Debería haberlo sabido.

No era posible, por supuesto, aunque Hades había argumentado que por eso había asignado a Zofie como su protectora, pero la Égida había estado patrullando el exterior de la Acrópolis durante el secuestro. Tampoco había notado nada fuera de lo normal porque la salida de Pirítoo había sido por un túnel subterráneo.

Perséfone se estremeció, pensando en cómo había aceptado irreflexivamente la ayuda del semidiós para escapar de la Acrópolis, mientras todo ese tiempo él había estado planeando su secuestro.

No volvería a confiar ciegamente.

—No todo lo ves, Hades —intentó calmar Perséfone.

En los días que siguieron a su rescate de la casa de Pirítoo, Hades había estado de un humor sombrío, que había culminado en su intento de castigar a Zofie relevándola de sus deberes de Égida, una medida que Perséfone había detenido.

Sin embargo, incluso después de que Perséfone rechazara el decreto de Hades, la amazona había discutido con ella.

—Esta es mi vergüenza para llevar.

Las palabras de la Égida habían frustrado a Perséfone.

—No hay vergüenza. Estabas haciendo tu trabajo. Pareces creer que tu papel como mi *Égida* está en discusión. No lo está.

Los ojos de Zofie se abrieron de par en par mientras miraba de ella a Hades, insegura, antes de ceder, haciendo una profunda reverencia.

—Como quiera, milady.

Después, se dirigió a Hades.

—*Espero ser informada antes de que intentes despedir a alguien bajo mi cuidado.*

Las cejas de Hades se alzaron, sus labios temblaron y contraatacó.

—*Yo la contraté.*

—Me alegra que hayas sacado el tema —había dicho—. La próxima vez que decidas que necesito personal, también espero que me incluyan en la toma de decisiones.

—Por supuesto, querida. ¿Cómo debo disculparme?

Pasaron el resto de la noche en la cama, pero incluso mientras él le hacía el amor, ella sabía que él luchaba, igual que sabía que luchaba ahora.

—Tienes razón —respondió Hades—. Tal vez debería castigar a Helios, entonces.

Le dirigió una mirada irónica. Hades ya había hecho comentarios sobre el Dios del Sol. Estaba claro que ninguno de los dos se preocupaba por el otro.

—¿Eso te haría sentir mejor?

—No, pero sería divertido —respondió Hades, su voz contradiciendo sus palabras, sonando más ominosa que emocionada.

Perséfone conocía bien la inclinación de Hades hacia la

violencia, y su anterior comentario sobre el castigo le recordó la promesa que le había sacado después de ser rescatada: *cuando tortures a Pirítoo, podré acompañarte*. Sabía que Hades había ido al Tártaro esa noche para atormentar al semidiós, sabía que había ido varias veces desde entonces, pero nunca le había pedido que lo acompañara.

Pero ahora se preguntaba si esa era la razón por la que Pirítoo perseguía sus sueños. Tal vez verlo en el Tártaro, sangrado, roto, torturado, pondría fin a esas pesadillas.

Miró a Hades de nuevo y dio su orden.

—Deseo verlo.

La expresión de Hades no cambió, pero ella creyó sentir sus emociones en ese momento: ira, culpa y aprensión, pero no aprensión por permitirle enfrentarse a su atacante, sino por tenerla en el Tártaro. Sabía que una parte de él temía mostrarle esta faceta suya, temía lo que ella pensaría... y, sin embargo, no se lo negaría.

—Como quieras, querida.

Perséfone y Hades se manifestaron en el Tártaro, en una habitación blanca y sin ventanas, tan luminosa que dolía. Cuando sus ojos se adaptaron, se abrieron de par en par y se fijaron en el lugar en el que Pirítoo estaba sujeto en una silla en el centro de la habitación. Hacía semanas que no veía al semidiós. Parecía estar dormido, con la barbilla apoyada en el pecho y los ojos cerrados. Una vez pensó que era guapo, pero ahora esos pómulos afilados estaban hundidos, su ostro estaba apagado y ceniciento.

Y el olor.

No era putrefacción, exactamente, pero era ácido y agudo, y le quemaba la nariz.

Su estómago se revolvió, agriándose al verlo.

—¿Está muerto?

No pudo elevar su voz más allá de un susurro por si acaso; no estaba preparada para ver sus ojos. Sabía que había hecho una pregunta extraña, dado que estaban en el Tártaro, en el Inframundo, pero Perséfone conocía los métodos de tortura preferidos por Hades, sabía que él daba la vida solo para extinguirla mediante una serie de castigos desgarradores.

—Respira si yo lo digo —respondió Hades.

Perséfone no respondió inmediatamente. En cambio, se acercó al alma, deteniéndose a unos metros de él. De cerca, parecía una figura de cera que se hubiera ablandado demasiado bajo el calor, encorvada y con el ceño fruncido. Sin embargo, era sólido y muy real.

Antes de visitar el Inframundo, Perséfone pensaba que las almas eran sombras de sí mismas; en cambio, eran corpóreas, tan sólidas como el día de su muerte, aunque no siempre había sido así. En otro tiempo, las almas del reino de Hades habían vivido una existencia anodina y abarrotada bajo su dominio.

Hades nunca había confirmado qué había cambiado su opinión, por qué había decidido dar color y la ilusión de vida tanto al Inframundo como a las almas. A menudo había dicho que el Inframundo simplemente evolucionaba como el Mundo Superior, pero Perséfone conocía a Hades. Tenía conciencia, se arrepentía de su comienzo como Rey del Inframundo. Había hecho esas cosas como una bondad, como una forma de expiación.

A pesar de ello, nunca se perdonaría por su pasado y era ese conocimiento el que hería su corazón.

—¿Ayuda? —preguntó a Hades, sin saber si quería una respuesta—. ¿La tortura?

Miró al dios, que seguía de pie en el lugar donde se habían manifestado, con el cabello suelto y los cuernos a la vista, con un aspecto oscuro, hermoso y violento. No podía imaginar lo

que le hacía estar aquí, pero recordó la expresión de su rostro cuando la había encontrado en la guarida de Pirítoo. Nunca había visto su rabia manifestarse de esa manera, nunca lo había visto tan horrorizado y destrozado.

—No puedo decirlo.

—¿Entonces por qué lo haces? —Caminó alrededor de Pirítoo, deteniéndose detrás de él y encontrando la mirada de Hades.

—Por control —respondió Hades.

Perséfone no siempre había entendido la necesidad de control de Hades, pero en los meses transcurridos desde que se conocieron, estaba empezando a desear eso mismo. Sabía lo que era ser una prisionera, no tener poder, estar atrapada entre dos horribles opciones y, aun así, elegir mal.

—Quiero control —susurró ella.

Hades la miró fijamente durante un rato y luego le tendió la mano.

—Te ayudaré a reclamarlo.

Su voz retumbó en el espacio entre ellos, calentando su pecho. Se acercó de nuevo a él y él la arrastró de vuelta a su pecho.

De repente, Pirítoo inhaló. El corazón de Perséfone se aceleró al verle removerse. Su cabeza se movió adormilada y sus ojos se abrieron, somnolientos y confusos.

De nuevo, el miedo a ver su mirada la atravesó, sacudiendo sus entrañas. Hades le dio un apretón tranquilizador en la cintura, como para recordarle que estaba a salvo, e inclinó la cabeza; su aliento le acarició la oreja.

—¿Recuerdas cuando te enseñé a aprovechar tu magia?

Se refería al tiempo que pasaron en su arboleda, después de que Apolo se marchara con este favor de Hades y la promesa de Perséfone de que no escribiría sobre él. Ella había buscado consuelo entre los árboles y las flores, pero solo

encontró decepción cuando no pudo dar vida a una parcela reseca. Hades había llegado entonces, apareciendo como las sombras que doblaba a su voluntad y la ayudó a aprovechar su magia y sanar la tierra. Había sido seductor en su instrucción, encendiendo un fuego dondequiera que tocara.

Su cuerpo se estremeció al pensar en ello y sus palabras salieron entre los dientes.

—Sí.

—Cierra los ojos —le indicó, con los labios rozando la columna del cuello de ella.

—¿Perséfone? —La voz de Pirítoo era ronca.

Apretó los ojos con más fuerza, concentrándose en cambio en el toque de Hades.

—¿Qué sientes? —Su mano bajó por el hombro de ella, los dedos de su otro brazo, firmes alrededor de su cintura, se extendieron posesivamente.

Esta pregunta no era tan fácil: sentía muchas cosas. Por Hades, pasión y excitación. Por Pirítoo, ira y miedo, dolor y traición. Era un vórtice, un abismo oscuro sin fin, y entonces el semidiós volvió a decir su nombre.

—Perséfone, por favor. Yo... lo siento.

Sus palabras la golpearon, una lanza en el pecho, y mientras hablaba, abrió los ojos.

—Violencia.

—Concéntrate en ello —le ordenó, con su mano presionada en su vientre y la otra enlazada con sus dedos.

Pirítoo permanecía encorvado en su silla de metal, contenido e ictérico, y los ojos que ella había temido le devolvían la mirada, acuosos y temerosos.

Se dio cuenta de que habían cambiado de lugar, y hubo un momento en el que dudó, preguntándose si podría hacerle daño o no. Entonces Hades habló:

—Aliméntalo.

Con sus dedos entrelazados, sintió que el poder se acumulaba en la palma de su mano, una energía que le abrasaba la piel.

—¿Dónde quieres causarle dolor? —preguntó Hades.

—Esta no eres tú —dijo Pirítoo—. Te conozco. ¡Te observé!

Un rugido comenzó en sus oídos, y sus ojos ardían, el poder dentro de ella un calor que podía contener.

Le había dejado extraños regalos, la había acosado, le había sacado fotos en un espacio que se suponía era seguro. Le había quitado la sensación de seguridad, incluso en el sueño.

—Él quería usar su polla como un arma —dijo—. Y yo quiero que arda.

—¡No! Por favor, Perséfone. ¡Perséfone!

—Entonces haz que arda.

La energía que se acumulaba en su mano era eléctrica, y cuando sus dedos se separaron de los de Hades, imaginó que la magia allí reunida se dirigía hacia Pirítoo en un flujo interminable de lava.

—Esta no es...

Las palabras de Pirítoo se interrumpieron cuando la magia echó raíces. No había ningún indicio externo de que le ocurriera algo malo; no saltaban llamas de su entrepierna, pero estaba claro que sentía su magia. Sus pies se clavaron en el suelo, se agitó contra sus ataduras, sus dientes se apretaron, las venas de su cabeza y su cuello estallaron.

Aun así, consiguió hablar con los dientes apretados.

—Esta no eres tú.

—No estoy segura de quién crees que soy —dijo—. Pero permíteme ser clara: soy Perséfone, futura Reina del Inframundo, Dama de tu Destino... Llegarás a temer mi

presencia.

El carmesí goteaba de la nariz y la boca de Pirítoo, su pecho subía y bajaba rápidamente, pero no volvió a hablar.

—¿Cuánto tiempo permanecerá así? —preguntó Perséfone, observando cómo el cuerpo de Pirítoo seguía arqueándose y esforzándose contra el dolor. Sus ojos empezaron a salirse de sus órbitas y una capa de sudor se extendió por su piel, haciéndole parecer de color verde.

—Hasta que muera —respondió Hades simplemente, observando con una expresión de desinterés.

Ella no se inmutó, no sintió, no pidió irse hasta que Pirítoo se quedó en silencio y sin fuerzas una vez más. Pensó en su anterior pregunta a Hades: *¿Sirve de algo?* Después, no tenía respuesta, salvo el conocimiento de que una parte de ella se había marchitado y que, si hacía esto lo suficiente, el resto también lo haría.

II



UN TOQUE DE DUELO

—¿Cómo va la planificación de la boda? —preguntó Lexa. Se sentaba frente a Perséfone en una colcha blanca, bordada con nomeolvides azules. Había sido un regalo de una de las almas, Alma. Se había acercado a Perséfone en una de sus visitas diarias a los Asfódelos, con un bulto en los brazos.

—Tengo algo para usted, milady.

—Alma, no deberías haber...

—*Es un regalo para...* —Se interrumpió rápidamente, con mechones de su cabello plateado flotando alrededor de su rostro redondo de mejillas sonrosadas—. *Sé que está de duelo por su amiga, así que tome, dele esto.*

Perséfone había cogido el bulto y, al darse cuenta de lo que era, una colcha hecha con cariño con pequeñas flores azules, se le saltaron las lágrimas.

—No sé si tengo que decirle lo que significan las nomeolvides —continuó Alma—. El amor verdadero, la fidelidad, los recuerdos. Con el tiempo, su amiga volverá a conocerla.

Esa noche, después de que Perséfone regresara al castillo, abrazó la manta contra su pecho y lloró. Al día siguiente, se lo

regaló a Lexa.

—*Oh, es hermoso, milady* —había dicho, sosteniendo la colcha como si fuera un niño pequeño.

Perséfone se puso rígida ante el uso de su título; sus cejas se fruncieron y cuando habló, sonó más confusa que otra cosa.

—*¿Milady?*

Lexa nunca había utilizado el título de Perséfone. Sus ojos se cruzaron y Lexa dudó, sonrojada.

Lexa nunca se sonrojaba.

—Tánatos dijo que es tu título —explicó.

Perséfone reconoció que los títulos tenían una utilidad, pero no entre amigos.

—Llámame Perséfone.

Los ojos de Lexa se abrieron de par en par.

—Lo siento. No quería molestarte.

—Tú... no lo hiciste.

Por mucho que tratara de sonar convincente, no podía impregnar su voz con suficiente seguridad. La verdad era que oír a Lexa llamarla milady era otro recordatorio de que no era la misma persona que antes y, por mucho que Perséfone se dijera que debía ser paciente con Lexa, era difícil. Lexa tenía el mismo aspecto, sonaba igual e incluso se reía igual, pero su personalidad era diferente.

—Además, si estamos usando títulos, entonces tendrías que llamar a Tánatos lord.

De nuevo, Lexa pareció avergonzarse. Apartó la mirada de ella y su rubor aumentó al responder:

—*Él dijo que... no tenía que hacerlo.*

Perséfone había salido de aquella conversación sintiéndose extraña y, de alguna manera, aún más distante de Lexa que antes.

—¿Perséfone? —preguntó Lexa.

—¿Hmm?

Perséfone salió de sus pensamientos. Sus ojos se movieron y se encontraron con los de Lexa, de un azul brillante, hermoso. Su rostro era más pálido bajo la luz de Elíseo, enmarcado por sus gruesos mechones oscuros. También iba vestida con un vestido blanco que se anudaba en el centro. Era un color que Perséfone no recordaba que hubiera llevado en el tiempo que la conoció en el Mundo Superior.

—La planificación de la boda, ¿cómo va? —preguntó Lexa de nuevo.

—Oh. —Perséfone frunció el ceño y admitió—: No he empezado realmente.

Eso era cierto a medias. Ella no había empezado a planificar, pero Hécate y Yuri, sí. Sinceramente, pensar en planificar una boda sin Lexa le dolía. Si hubiera estado viva, su mejor amiga habría estado en Internet buscando paletas de colores y vestidos y lugares de celebración. Habría hecho un plan y listas y explicado las costumbres que a Perséfone nunca le había enseñado su madre. En lugar de eso, se sentaba frente a Perséfone, callada, apagada, sin conocer su historia. Aunque Perséfone hubiera querido incluirla en los planes de Yuri y Hécate, no podía: las almas no podían abandonar Elíseo a menos que Tánatos las considerara listas para la transición a los Asfódelos.

—Quizá podamos llevarla a la planificación —había sugerido Perséfone.

Tánatos había negado.

—Tus visitas la dejan fatigada. No podría soportar nada más en este momento.

También había intentado aliviar el rechazo con su magia. El Dios de la Muerte era capaz de calmar a los que se encontraban en su presencia, aportando consuelo a los

dolientes y aliviando la ansiedad. Sin embargo, a veces tenía el efecto contrario en Perséfone. Su influencia sobre las emociones le resultaba invasiva, incluso cuando su intención era buena. En los días posteriores a la muerte de Lexa, Tánatos había utilizado su magia en un intento de aliviar su sufrimiento, pero ella le había dicho que parara. Aunque sabía que su intención era buena, ella quería sentir, aunque le doliera.

Le parecía mal no hacerlo cuando le había causado tanto dolor a Lexa.

—No pareces emocionada —señaló Lexa.

—Estoy emocionada por ser la esposa de Hades —aclaró—. Es que... nunca imaginé que me casaría. No sé ni por dónde empezar.

Deméter nunca la había preparado para esto, para nada. La Diosa de la Cosecha había esperado burlar a las Moiras manteniéndola aislada del mundo, de Hades. Cuando suplicó salir del invernadero, para entrar en el mundo bajo la apariencia de una mortal, solo soñaba con terminar su carrera, comenzar un trabajo exitoso y disfrutar de su libertad durante el mayor tiempo posible.

El amor nunca había formado parte de ese sueño, y menos el matrimonio.

—Hmm —tarareó Lexa, y se apoyó en las manos, con la cabeza inclinada hacia el cielo apagado, como si deseara tomar el sol—. Deberías empezar por lo que te hace más ilusión.

Era un consejo que la antigua Lexa habría ofrecido.

Pero lo que más emocionaba a Perséfone era ser la esposa de Hades. Cuando pensaba en su futuro, su pecho se sentía lleno, su cuerpo eléctrico, su alma, viva.

—Lo pensaré —prometió Perséfone mientras se ponía en pie. Hablando de la boda, debía ir pronto a palacio para

empezar a planificarla—. Aunque estoy segura de que Hécate y Yuri tendrán sus propias ideas.

—Puede —dijo Lexa, y por un momento, Perséfone no pudo apartar la mirada. La antigua Lexa le devolvió la mirada, pensativa y sincera, mientras añadía—: Pero es tu boda.

Perséfone dejó el Elíseo.

Debería teletransportarse a los Asfódelos. Ya se le hacía tarde, pero al dejar atrás a Lexa, su visión se nubló por las lágrimas. Se detuvo, enterrando el rostro entre las manos. Le dolía el cuerpo, el pecho hueco y los pulmones en llamas. Conocía bien esta sensación, ya que la había paralizado en los días posteriores a la muerte de Lexa. Llegaba sin avisar, como las pesadillas que la atormentaban mientras dormía; llegaba cuando lo esperaba e incluso cuando no, unido a risas, olores y canciones, a palabras, lugares e imágenes. Se desmenuzaba en pedazos de ella.

Y no era solo la tristeza lo que la agobiaba: también estaba enfadada. Enfadada porque Lexa había resultado herida, enfadada porque a pesar de los dioses, a pesar de su propia divinidad, no se podía luchar contra el destino. Porque Perséfone lo había intentado y había fracasado.

Su estómago se anudó, envenenado por la culpa. Si hubiera sabido lo que le esperaba, nunca habría negociado con Apolo. Cuando Lexa yacía inconsciente en la UCI, Perséfone acababa de empezar a entender lo que era el miedo a perder a alguien. De hecho, había tenido tanto miedo que había hecho todo lo que estaba en su mano para evitar lo que, en última instancia, era inevitable. Sus decisiones habían herido a Lexa de una manera que solo se podía reparar con el tiempo y con un trago del Leteo.

Incluso con sus recuerdos perdidos, Perséfone aún tenía la

esperanza de que la antigua Lexa volviera. Ahora sabía la verdad: el dolor significaba no volver nunca atrás, significaba no recoger los pedazos. Significaba que la persona que era ahora tras la muerte de Lexa era la que sería hasta la siguiente muerte.

La bilis subió a su garganta.

La pena era un dios cruel.

Al acercarse al palacio, fue recibida por Cerbero, Tifón y Ortro, que saltaron hacia ella. Los tres dóberman se detuvieron ante ella, enérgicos pero obedientes. Se arrodilló, les rascó detrás de las orejas y se puso a su lado. Había llegado a comprender mejor sus personalidades. De los tres, Cerbero era el más serio y el más dominante. Tifón era apacible, pero siempre estaba alerta, y Ortro podía ser tonto cuando no estaba patrullando el Inframundo, que era casi nunca.

—¿Cómo están mis chicos guapos? —preguntó.

Jadeaban y las patas de Ortro golpeaban el suelo, como si apenas pudiera contener su deseo de lamerle el rostro.

—¿Han visto a Hécate y a Yuri? —preguntó.

Se quejaron.

—Llévenme a ellas.

Los tres obedecieron y se dirigieron hacia el palacio, imponente y ominoso, que podía verse desde casi cualquier lugar del Inframundo. Sus brillantes pináculos de obsidiana parecían no tener fin, desapareciendo en el brillante cielo de tonos grises, una representación del alcance de Hades, su influencia, su reinado. En la base del castillo había jardines de hiedra verde, rosas rojas, narcisos y gardenias. Había sauces y árboles en flor y senderos que atravesaban la flora. Era un símbolo de la bondad de Hades, de su capacidad para cambiar y adaptarse: era una expiación.

Cuando lo visitó por primera vez, se enfadó al encontrar el

Inframundo tan exuberante, tanto por el trato que había hecho con el Dios de los Muertos, como porque se suponía que crear vida era su poder. Hades había ilustrado rápidamente que la belleza que había creado era una ilusión. Incluso entonces, ella había estado celosa de que él fuera capaz de usar su magia sin esfuerzo. Aunque iba ganando control cada día, a través de las prácticas con Hécate y Hades, seguía envidiando su control.

—Somos dioses antiguos, querida —había dicho Hécate—. No puedes compararte con nosotros.

Eran palabras que repetía cada vez que sentía las familiares garras de los celos. Cada vez que sentía la conocida frustración del fracaso. Estaba mejorando, y un día dominaría su magia, y quizás entonces las ilusiones que Hades había mantenido durante años se harían realidad.

Los perros la condujeron al salón de baile, donde Hécate y Yuri se encontraban ante una mesa de tallos florales, muestras de colores y bocetos de vestidos de novia.

—Ahí estás —dijo Hécate, levantando la vista al oír el sonido de las uñas del dóberman golpeando el suelo de mármol. Corrieron directamente hacia la Diosa de la Brujería, que se inclinó para acariciarles la cabeza antes de que se dejaran caer en el suelo bajo la mesa, jadeando.

—Siento llegar tarde —dijo Perséfone—. Estaba visitando a Lexa.

—Está bien, querida —dijo Hécate—. Yuri y yo estábamos hablando de tu fiesta de compromiso.

—Mi... ¿Fiesta de compromiso? —Era la primera vez que escuchaba algo al respecto—. Pensé que nos reuníamos para planear la boda.

—Oh, lo haremos —dijo Yuri—. Pero *debemos* hacer una fiesta de compromiso. ¡Oh, Perséfone! No puedo esperar a llamarte reina.

—Ya puedes llamarla reina —dijo Hécate—. Hades lo hace.

—¡Es tan emocionante! —Yuri juntó sus manos—. ¡Una boda divina! No hemos tenido una de esas en *años*.

—¿Quién fue el último? —preguntó Perséfone.

—Creo que fueron Afrodita y Hefesto —dijo Hécate.

Perséfone frunció el ceño. Siempre habían circulado rumores sobre Afrodita y Hefesto, el más común, que el Dios del Fuego no quería a la Diosa del Amor. Durante las veces que Perséfone había hablado con Afrodita, había deducido que la diosa no era feliz en su matrimonio, pero no sabía por qué. Cuando intentó saber más sobre su relación, Afrodita se cerró en banda. En parte, Perséfone no culpaba a la diosa. Su vida amorosa y sus luchas no eran asunto de nadie. Sin embargo, tuvo la sensación de que Afrodita creía que estaba muy sola.

—¿Estuviste en su boda? —preguntó Perséfone a Hécate.

—Sí —dijo—. Fue hermosa, a pesar de las circunstancias.

—¿Circunstancias?

—El suyo fue un matrimonio concertado —explicó Yuri—. Afrodita fue un regalo para Hefesto.

—Un... *regalo*.

Perséfone se encogió. ¿Cómo podía una diosa, cualquier *mujer*, ser presentada como un *regalo*?

—Eso es lo que le gusta decir a Zeus —dijo Hécate—. Pero cuando nació, una sirena de la belleza y la tentación, Zeus fue abordado por varios dioses para pedir su mano en matrimonio. Ares, Poseidón, incluso Hermes cayó presa de sus encantos, aunque él lo negará. Zeus rara vez toma una decisión sin consultar a su oráculo, y cuando preguntó por el matrimonio a cada uno de esos dioses, el oráculo predijo la guerra, así que la casó con Hefesto.

Perséfone frunció el ceño.

—Pero Afrodita parece tan... feroz. ¿Por qué permitiría que

Zeus determinara con quién se casa?

—Afrodita *quería* casarse con Hefesto —dijo Hécate—. Y aunque no lo hubiera hecho, no habría tenido otra opción. Todos los matrimonios divinos deben ser aprobados por Zeus.

—¿Qué? ¿Por qué? Pensé que Hera era la Diosa del Matrimonio.

—Lo es, y él la involucra hasta cierto punto, pero no confía en ella. Ella aprobaría un matrimonio si significara el fin de su reinado como Rey de los Dioses.

—Todavía no lo entiendo. ¿Por qué necesitamos aprobación para casarnos?

—El matrimonio entre dioses no es como el de los mortales: los dioses comparten el poder, tienen hijos. Hay muchos factores que Zeus debe considerar antes de dar su bendición.

—¿Compartir... poder?

—Sí, aunque dudo que afecte a Hades en absoluto. Él ya tiene influencia sobre la Tierra, pero tú tendrás control sobre la sombra, sobre la muerte.

Perséfone se estremeció. La idea de que tendría que aprender a controlar y aprovechar más magia era un poco abrumadora. Apenas estaba dominándola suya propia. Por supuesto, eso no sería un problema si Zeus no aprobaba su matrimonio. ¿Por qué Hades no le había hablado de esto?

—¿Existe la posibilidad de que Zeus lo desaprobe? —preguntó, preocupándose. Si lo hiciera, ¿qué haría Hades?

Querida, quemaría este mundo por ti.

Las palabras recorrieron su piel, susurrando a lo largo de su espina dorsal, una promesa que Hades había hecho y que cumpliría si se le obligaba.

—No puedo asegurarlo —dijo Hécate, y sus evasivas hicieron que la ansiedad se agudizara en el estómago de Perséfone, una estática constante que se asentaba en su

corazón y bombeaba por sus venas. La diosa no solía ser más que directa.

Yuri le dio un codazo a Hécate.

—Estoy segura de que Zeus lo aprobará —dijo—. ¿Qué razones podría tener para negarte la felicidad?

Perséfone podía pensar en una, y era su poder. Después de que perdiera el control en el Bosque de la Desesperación y utilizara la propia magia de Hades contra él, Hécate le había confesado un temor que había albergado desde su primer encuentro: que sería más poderosa que cualquier otro dios. Ese poder la llevaría a ocupar un lugar entre los Olímpicos o a ser su enemiga, cosa que no podía distinguir.

Yuri pareció cansarse de la conversación y cambió rápidamente de tema.

—¡Empecemos con las paletas de colores! —dijo, abriendo un gran libro que había sobre la mesa. Los mechones de tela sobresalían de entre las páginas.

—¿Qué es esto? —preguntó Perséfone.

—Es... bueno, es un libro de ideas para bodas.

—¿De dónde lo has sacado?

—Las chicas y yo lo hicimos —dijo Yuri.

Perséfone levantó una ceja.

—¿Cuándo lo empezaste?

Las mejillas del alma se tornaron rosadas y tartamudeó.

—Hace unos meses.

—Hmm.

Perséfone tenía la sensación de que las almas habían estado coleccionando artículos de temática nupcial desde la noche en que casi se ahogó en el Estigia, pero no dijo nada, escuchando mientras Yuri le mostraba una variedad de combinaciones de colores.

—Estoy pensando en lila y verde —dijo—. Complementará

al negro, que todos sabemos que es el *único* color que Hades usará.

Perséfone soltó una risita.

—¿Te molesta su elección de colores?

—¿Te refieres a su falta de color? Por una vez me gustaría verle de blanco.

Hécate resopló, pero no dijo nada.

Mientras Yuri seguía repasando otras opciones, Perséfone no pudo evitar pensar en Zeus y preguntarse por qué estaban planeando una boda antes de saber si su unión con Hades estaba siquiera permitida. Tal vez *su matrimonio haya sido bendecido*, argumentó ella. *Tal vez Hades había preguntado antes de su propuesta*. Eso explicaría por qué ella nunca había oído hablar de la anticuada advertencia.

Aun así, se aseguraría de preguntarle más tarde... y estaría ansiosa hasta entonces.

Perséfone aprobó la paleta de colores y, una vez resuelto, Yuri pasó al vestido de novia.

—Le pedí a Alma que hiciera algunos diseños —dijo.

Perséfone hojeó las páginas. Cada vestido estaba adornado con joyas o perlas y capas y capas de tul. Puede que no haya soñado nunca con su boda, pero sabía con certeza que esos no eran los vestidos para ella.

—¿Qué te parece?

—Son unos bocetos preciosos —dijo.

—No te gustan —dijo Yuri al instante, frunciendo el ceño.

—No es eso... —dijo Perséfone.

—Es eso —intervino Hécate.

Perséfone miró de reojo.

—Es que... creo que quiero algo más... sencillo.

—Pero... vas a ser reina —argumentó Yuri.

—Pero sigo siendo Perséfone —dijo—. Y me gustaría ser Perséfone... durante todo el tiempo que pueda.

Yuri abrió la boca para protestar una vez más, pero Hécate intervino.

—Lo entiendo, querida. ¿Por qué no me encargo yo de coordinar el vestido? Además, no es que no vayas a tener otra oportunidad de llevar un vestido de baile.

La Diosa de la Brujería miró a Yuri.

Perséfone frunció las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, querida, esta es solo la *primera* boda. Tendrás una segunda, quizás una tercera.

Perséfone sintió que se le iba el color del rostro.

—¿Una... *tercera*?

Esta era otra cosa que todavía tenía que aprender.

Hécate explicó.

—Una en el Inframundo, otra en el Mundo Superior y otra en el Olimpo.

—¿Por qué en el Olimpo?

—Es la tradición.

—Tradición —repitió Perséfone. Al igual que era tradición que Zeus aprobara los matrimonios... y ahora se preguntaba, si Zeus no aprobaba su matrimonio, ¿significaba que no aprobaba su relación en absoluto? ¿Intentaría separarlos como su madre? Frunció el ceño—. No estoy tan dispuesta a seguir la tradición.

Hécate sonrió.

—Por suerte para ti, Hades tampoco lo está.

Se quedaron un rato más discutiendo sobre las flores y la ubicación. Yuri prefería las gardenias y las hortensias, mientras que Perséfone prefería las anémonas y los narcisos.

Yuri prefería el salón de baile para la ceremonia, mientras que Perséfone se inclinaba por uno de los jardines, tal vez bajo la glicina púrpura del jardín de Hades. Al final, Hécate sonreía.

—¿Qué? —preguntó Perséfone, curiosa por saber por qué la Diosa de la Magia parecía tan divertida.

—Oh, nada —dijo ella—. Es solo que... a pesar de declarar lo contrario, pareces saber exactamente lo que quieres de esta boda.

Perséfone sonrió suavemente.

—Solo... elegí las cosas que me recordaban a nosotros.

Después de su encuentro, Perséfone se retiró a los baños, donde se sumergió en el agua caliente con infusión de lavanda durante casi una hora. Estaba agotada. Era el tipo de cansancio que cala hasta los huesos, resultado de la lucha de su cuerpo contra la ansiedad casi constante y la culpa aplastante. No ayudaba que se hubiera despertado con pesadillas de Pirítoo. Incluso después de que ella y Hades regresaran del Tártaro, no había podido dormir. Estuvo despierta junto al Dios de los Muertos, reviviendo la tortura que le había infligido al semidiós, preguntándose en qué la habían convertido sus acciones. De repente, le vinieron a la mente las palabras de su madre.

—Hija, ni siquiera tú puedes escapar de nuestra corrupción. Es lo que viene con el poder.

¿Era un monstruo? ¿O simplemente otro dios?

Perséfone salió de los baños y regresó a la alcoba de Hades, la suya, se recordó. Tenía la intención de cambiarse y cenar con las almas mientras esperaba enfrentarse a Hades por Zeus, pero cuando vio la cama, su cuerpo se sintió pesado y lo único que quería era descansar. Se desplomó sobre las sábanas de seda, cómoda, ingrátida, segura.

Cuando abrió los ojos, era de noche. La habitación estaba

llena de luz de fuego y las sombras de las llamas bailaban en la pared frente a ella. Se incorporó y encontró a Hades cerca de la chimenea. Él se giró hacia ella, desnudo, con los músculos cubiertos por las llamas: hombros anchos, abdominales planos, muslos fuertes. Su mirada recorrió todas sus partes, desde sus ojos brillantes hasta su polla hinchada. Era una obra de arte tanto como un arma.

Dio un sorbo al whisky en su vaso.

—Estás despierta —le dijo suavemente y luego se bebió lo que quedaba de su bebida, dejando el vaso en la mesa cerca de la chimenea, para venir a la cama. Cuando se sentó a su lado, le sostuvo el rostro y la besó. Cuando se apartó, su pulgar rozó sus labios.

—¿Qué tal tu día? —preguntó.

Ella se tiró del labio con los dientes mientras respondía:

—Difícil

Él frunció el ceño.

—¿El tuyo? —preguntó ella.

—Lo mismo —dijo él, dejando caer su mano de su rostro—. Acuéstate conmigo.

—No tienes que preguntar —susurró.

Le abrió la bata, que ya estaba desabrochada, dejando al descubierto uno de sus pechos ante sus ojos hambrientos. La tela sedosa se deslizó por sus brazos, encharcándose alrededor de su cintura. Hades se inclinó y se metió los pezones en la boca, con la lengua alternando entre los lengüetazos y la succión aguda. Los dedos de Perséfone se enredaron en su cabello, manteniéndolo en su sitio mientras su cabeza caía hacia atrás, deleitándose con la sensación de su boca en su cuerpo. Cuanto más trabajaba él, más excitada se ponía ella, y se encontró guiando una de las manos de Hades entre sus muslos, hacia su centro fundido, donde más deseaba ser llenada.

Él accedió, separando su carne resbaladiza, y mientras la llenaba, ella exhaló un aliento que se convirtió en un gemido, que Hades captó mientras su boca se cerraba sobre la de ella. Durante un largo momento, Perséfone sujetó la muñeca de Hades mientras sus dedos trabajaban, enroscándose en lo más profundo, tocando partes familiares de ella, pero entonces su mano se desplazó hacia la polla de él y cuando sus dedos se encontraron con la suavidad de su eje, él gimió, rompiendo su beso y abandonando su cuerpo.

Ella gruñó, tratando de agarrar su mano de nuevo, pero él se limitó a reírse.

—¿No confías en que te dé placer? —preguntó.

—Eventualmente.

Hades entrecerró los ojos.

—Oh, querida. Cómo me desafías.

Le cambió el cuerpo para que estuviera de lado, de espaldas a su pecho. Uno de sus brazos le acarició el cuello mientras el otro le agarraba los pechos y le recorría el estómago hasta los muslos. Separó las piernas de ella, enganchando una sobre las suyas, abriéndolas de par en par. Sus dedos rodearon su clítoris y se enroscaron en sus rizos antes de volver a sumergirse en su calor. Ella inhaló y se arqueó contra él, con la dura polla de él chocando contra su trasero. La cabeza de ella se apoyó en el pliegue del hombro de él, sus piernas se abrieron más, atrayéndolo más profundamente, y la boca de Hades descendió sobre la de ella, salvaje en su deseo de reclamar.

Su respiración se aceleró, sus talones resbalaron en la ropa de cama, incapaces de tocar el suelo: se sentía eufórica y viva, y quería más incluso cuando el primer orgasmo vibrante destrozaba su cuerpo.

—¿Esto es placer? —preguntó.

No tuvo tiempo de responder. Aunque él le hubiera dado

tiempo, no creía que tuviera la capacidad de convocar palabras entre respiraciones agitadas mientras la cabeza de la polla de Hades se acostaba en su entrada. Inspiró mientras él se introducía en su interior, arqueando la espalda y clavando los hombros en su pecho. Cuando estuvo completamente enfundado, su boca le tocó el hombro, los dientes rozaron la piel, la mano siguió acariciando su clítoris hasta que ella gimió. Era un sonido que él había sacado de algún lugar de su interior.

—¿Esto es placer? —volvió a preguntar mientras se movía, marcando un ritmo lento que la hacía consciente de todo: cada incremento de su polla al llegar a lo más profundo, el golpeteo de sus pelotas contra su trasero, la forma en que cada empuje le robaba el aliento a sus pulmones.

—¿Esto es placer? —volvió a preguntar.

Ella giró la cabeza hacia la de él, agarrando su nuca.

—Es éxtasis.

Sus labios chocaron en un beso despiadado y ya no hubo más conversaciones, solo jadeos, gemidos desesperados y el choque de los cuerpos. El calor creció entre ellos, hasta que Perséfone pudo sentir la transpiración de sus cuerpos mezclándose. El ritmo de Hades se aceleró, una mano mantenía la pierna de ella enroscada alrededor de la suya, la otra estaba en su garganta, sujetando su mandíbula entre los dedos con la más leve presión, y la mantuvo así hasta que se corrieron.

La cabeza de Hades cayó en el pliegue de su cuello, donde le dio besos en la piel.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —susurró ella.

Estaba más que bien. El sexo con Hades siempre superaba sus expectativas y cada vez que creía que habían llegado a su punto álgido, *nada puede ser mejor que esto*, se demostraba

que estaba equivocada. Esta vez no había sido diferente, y se preguntó cuánta experiencia tenía el Dios de los Muertos, y por qué estaba aguantando.

Hades se retiró, y Perséfone rodó hasta quedar frente a él, estudiando su rostro, reluciente después de haber hecho el amor. Parecía somnoliento y contento.

—¿Ha aprobado Zeus nuestro matrimonio?

Hades se quedó quieto, como si su corazón hubiera dejado de latir y hubiera dejado de respirar. Ella no estaba segura de a qué estaba reaccionando él; tal vez se dio cuenta de que había olvidado hablar con ella sobre esto, o se dio cuenta de que lo habían atrapado. Al cabo de un momento, él se relajó, pero una extraña tensión se instaló entre ellos: no estaba enfadado, pero tampoco era la euforia con la que solían deleitarse después del sexo.

—Es consciente de nuestro compromiso —dijo.

—Eso no es lo que he preguntado.

Ella lo conocía lo suficientemente bien ahora: Hades nunca decía ni ofrecía más de lo necesario. La miró fijamente por un momento antes de responder:

—No me negará.

—¿Pero no te ha dado su bendición?

Ella quería que lo dijera, aunque ya sabía la respuesta.

—No.

Era su turno de mirar fijamente. Sin embargo, Hades permaneció en silencio.

—¿Cuándo ibas a decírmelo? —preguntó Perséfone.

—No lo sé. —Hizo una pausa y ante la sorpresa de ella añadió—: Cuando no tuviera otra opción.

—Eso es más que evidente. —Le miró fijamente.

—Esperaba evitarlo por completo —dijo.

—¿Decírmelo?

—No, la aprobación de Zeus —dijo Hades—. Él hace un espectáculo de ello.

—¿Qué quieres decir?

—Nos convocará al Olimpo para una fiesta de compromiso y festejos, alargará su decisión durante días. No tengo ningún deseo de asistir, ni de que sufras por ello.

—¿Y cuándo lo hará? —Su voz es un susurro sin aliento.

—En unas semanas, me imagino —dijo.

Miró al techo, los colores se arremolinaban mientras su visión se nublaba con lágrimas. No sabía por qué se emocionaba tanto, tal vez porque tenía miedo o porque estaba cansada.

—¿Por qué no me lo dices? Si hay una posibilidad de que no podamos estar juntos, tengo derecho a saberlo.

—Perséfone —susurró Hades, levantándose sobre su codo, se cernió sobre ella, rozando sus lágrimas—. Nadie nos separará, ni las Moiras, ni tu madre, ni Zeus.

—Estás muy seguro, pero ni siquiera tú desafiarás a las Moiras.

—Oh, cariño, pero ya te lo he dicho antes: por ti, destruiría este mundo.

Ella tragó saliva, observándolo.

—Quizás eso es lo que más temo.

La estudió un momento más, con el pulgar rozando su mejilla antes de que sus labios tocaran los suyos, luego la besó por el cuerpo, bebiendo profundamente entre sus muslos y cuando se levantó de nuevo, no había más nombres en sus labios que Hades.

Más tarde se despertó de nuevo para encontrar a Hades regresando a su habitación, completamente vestido.

Sus cejas se juntaron mientras se levantaba para sentarse, con los ojos todavía pesados por el sueño.

—¿Qué pasa?

El dios hizo una mueca, con una mirada dura y poco amable al responder:

—Adonis ha muerto. Ha sido asesinado.

Parpadeó mientras una oleada de sorpresa la recorría.

A Perséfone no le gustaba Adonis. Le había robado su trabajo y lo había publicado sin su permiso, la había tocado incluso después de que ella le dijera que no, y la había amenazado con sacar a la luz su relación con Hades si no conseguía que lo volvieran a contratar en *Noticias Nueva Atenas*. Se merecía muchas cosas, pero no ser asesinado.

Hades cruzó la sala, volviendo a la barra donde se sirvió una copa.

—Adonis. ¿Asesinado? ¿Cómo?

—Horriblemente —respondió Hades—. Fue encontrado en el callejón fuera de La Rose.

Perséfone tardó un momento en pensar, su mente no era capaz de asimilar la noticia. La última vez que vio a Adonis fue en el Jardín de los Dioses. Ella había convertido sus brazos en miembros de madera y él se había arrastrado a sus pies, suplicando que le devolviera la normalidad. Ella lo había hecho con la condición de que, si tocaba a otra mujer sin consentimiento, pasaría el resto de sus días como una flor cadáver.

No lo había visto desde entonces.

—¿Ha llegado hasta aquí... hasta el Inframundo?

—Lo ha hecho —respondió Hades mientras se bebía un vaso de whisky y se servía otro.

—¿Puedes preguntarle qué pasó?

—No. Él... está en Elíseo.

Lo que le dijo a Perséfone que su muerte tuvo que ser traumática para justificar su colocación en los campos de curación.

Perséfone observó cómo Hades bebía de nuevo. Solo bebía así cuando estaba ansioso y lo que más le preocupaba era lo alterado que parecía por la muerte de un hombre al que antes había llamado parásito.

Lo que sea que haya visto lo ha perturbado.

—¿Crees que fue asesinado por el favor de Afrodita? —preguntó Perséfone.

No era raro: a lo largo de los años, muchos mortales habían sido asesinados por esa misma razón, y Adonis era alguien que hacía alarde de su asociación con la Diosa del Amor.

—Es probable —dijo—. Si fue por celos o por odio a los dioses, no puedo distinguirlo.

El miedo se agolpó en su estómago.

—¿Estás sugiriendo que fue asesinado por alguien que tenía una venganza contra Afrodita?

—Creo que fue asesinado por varias personas —dijo Hades—. Y que odian a toda la Divinidad.

III



LA AGRESIÓN

Las palabras de Hades seguían en su mente cuando se dirigió al trabajo en The Coffee House a la mañana siguiente. No había podido sonsacarle más información sobre la muerte de Adonis, solo había añadido que creía que el asesinato había sido planeado y ejecutado con intención, hecho que hizo temer a Perséfone que hubiera más asaltos.

A pesar de su brutal muerte, no se mencionó en ningún periódico. Imaginó que eso se debía a la participación de Hades en la investigación, pero eso también le hizo pensar que había visto algo que él no quería que el público, o ella, supieran.

Frunció el ceño. Sabía que Hades intentaba protegerla, pero si la gente estaba atacando a los mortales favorecidos, o a cualquiera asociado con los dioses, necesitaba saberlo. Aunque el mundo en general no sabía que era una diosa, su asociación con Hades la convertía a ella y a sus amigos en objetivos potenciales.

Perséfone eligió un rincón a la sombra en la cafetería para instalarse y esperar a Helen y Leuce. Desde que lanzó su propia comunidad y blog en línea, *The Advocate*, hace unas semanas, las tres se reunían semanalmente y, como no tenían

oficina, elegían varios lugares en Nueva Atenas, siendo The Coffee House uno de sus lugares preferidos. Las dos estaban atrasadas, probablemente debido al tiempo, ya que Nueva Atenas estaba experimentando un frente frío.

Eso era probablemente un eufemismo.

Hacía mucho frío y la nieve caía desde el cielo de forma intermitente desde hacía casi una semana. Al principio, se derretía en cuanto tocaba el suelo, pero hoy había empezado a pegarse a las carreteras y aceras. Los meteorólogos la llamaban la tormenta del siglo. Era la única noticia que rivalizaba con el anuncio de compromiso de Perséfone y Hades. Hoy, se encontró con que compartían espacio en la primera página de todos los medios de comunicación, desde el *Noticias Nueva Atenas* hasta el *Delphi Divine*, sus titulares se enfrentaban:

El Dios de los Muertos se Casará con una Periodista
Mortal

Y:

La Tormenta de Invierno Roba el Sol del Verano

Un tercer titular hizo que se formaran nudos en el estómago de Perséfone. Era una columna de opinión en The Grecian Times, un periódico nacional y rival de Noticias Nueva Atenas.

El Clima Invernal es un Castigo Divino

Estaba claro que el autor del artículo no era un fanático de los dioses, probablemente un Impío. Decía:

En un mundo gobernado por dioses, nada es casualidad. La pregunta sigue siendo: ¿A qué ira nos enfrentamos y cuál es la causa? ¿Otro mortal que pretendía ser más bello que cualquiera de los Divinos? ¿O uno que se atrevió a rechazar sus avances?

No era ninguna de las dos cosas: Era una batalla en la

vida real entre Hades, Perséfone y su madre, Deméter, la Diosa de la Cosecha.

A Perséfone no le sorprendió que se hubiera llegado a esto. Deméter había hecho todo lo posible para mantener a Perséfone y a Hades separados, y eso había empezado desde su nacimiento. Encerrada en un invernadero de cristal, Deméter la había alimentado con mentiras sobre los dioses y sus motivos, en particular, sobre Hades, al que detestaba por el mero hecho de que las Moiras habían unido sus hilos. Cuando Perséfone pensó en cómo solía ser bajo el estricto gobierno de su madre, se sintió enferma: ciega, santurróna y equivocada. No había sido en absoluto una hija, sino una prisionera y, al final, todo fue en vano, porque cuando Perséfone se encontró con Hades, todas las apuestas se cerraron y el único trato que importaba era el que estaba dispuesta a hacer con su corazón.

—Tu café con leche, Perséfone —dijo Ariana, una de las camareras, al acercarse. Perséfone había llegado a conocer a casi todo el mundo en The Coffee House, tanto por su celebridad como por sus frecuentes visitas.

—Gracias, Ariana.

La barista asistía a la Facultad de Higiene y estudiaba Epidemiología. Era un canal de estudio desafiante teniendo en cuenta que algunas enfermedades estaban hechas por Dioses y solo eran curables si lo consideraban así.

—Solo quería felicitarte por tu compromiso con lord Hades. Debes estar muy emocionada.

Perséfone sonrió. Era un poco difícil para ella aceptar los buenos deseos con la tormenta de Deméter empeorando en el exterior. No pudo evitar pensar que, si los mortales supieran la razón del repentino cambio de tiempo, no estarían tan contentos con su matrimonio. Aun así, se las arregló para responder.

—Lo estoy, gracias.

—¿Han elegido una fecha?

—No, todavía no.

—¿Crees que te casarás aquí? Quiero decir, ¿en el Mundo Superior?

Perséfone respiró profundamente. No quería sentirse tan frustrada por las preguntas de la mujer. Sabía que se debían a su emoción y, sin embargo, solo servían para ponerla nerviosa.

—Sabes, ni siquiera lo hemos discutido. Hemos estado *muy* ocupados.

—Por supuesto —dijo la barista—. Bueno, te dejaré volver al trabajo.

Perséfone esbozó una media sonrisa cuando la barista se dio la vuelta para marcharse. Tomó un sorbo de su café con leche antes de centrar su atención en su tableta, abriendo un artículo que Helen le había enviado a última hora de la noche para que lo revisara. No podía describir con exactitud lo que sintió al leer el título, pero era algo parecido al miedo.

La Verdad sobre la Tríada, el Grupo de Activistas Mortales

En los años transcurridos desde el Gran Descenso, los mortales se han mostrado inquietos ante la presencia de los dioses en la tierra. Desde entonces, se han formado varios grupos en oposición a su influencia. Algunos optan por identificarse con la ideología de los Impíos. Estos mortales no rezan ni adoran a los dioses, ni buscan su alivio, sino que prefieren evitar la divinidad por completo. Algunos Impíos prefieren adoptar un papel pasivo en la guerra contra los dioses.

Otros adoptan un papel más activo y han decidido unirse a la Tríada.

—Los dioses tienen el monopolio de todo, desde la industria de comida hasta la ropa, pasando por la minería. Es imposible que los mortales puedan competir —dice un

miembro anónimo de la organización—. ¿De qué le sirve el dinero a un dios? No es que tengan que sobrevivir en nuestro mundo.

Era un argumento que Perséfone había escuchado antes, y aunque no podía hablar en nombre de otros dioses, sí podía defender a Hades. El Dios de los Muertos era el más rico de los olímpicos, pero sus contribuciones caritativas tenían un gran impacto en el mundo mortal.

Helen continuó:

La Tríada defiende tres derechos de los mortales: la equidad, el libre albedrío y la libertad. Su objetivo es sencillo: eliminar la influencia de los dioses de la vida cotidiana. Afirman tener un nuevo liderazgo que fomenta un enfoque más pacífico en su resistencia a los dioses, a diferencia de sus anteriores payasadas, que incluían el bombardeo de varios lugares de reunión públicos y negocios propiedad de los dioses.

No había pruebas que sugirieran que la Tríada había estado detrás de ningún ataque reciente. De hecho, lo único con lo que se les había relacionado en los últimos cinco años era una protesta que había surgido en las calles de Nueva Atenas para oponerse a los Juegos Panhelénicos. A pesar de ser considerado un acontecimiento cultural importante para algunos griegos, la Tríada aborrecía el hecho de que los dioses eligieran a los héroes y los enfrentaran entre sí. Era una práctica que conducía inevitablemente a la muerte y, aunque Perséfone tenía que estar de acuerdo en que la lucha a muerte era arcaica, era la elección de los mortales.

Dioses, estoy empezando a sonar como Hades.

Siguió leyendo:

A pesar de esta afirmación de paz, se ha informado de 593 ataques contra personas con una asociación pública con los dioses en el último año. Los responsables afirman que están

cumpliendo la nueva misión de la Tríada al dar paso a un renacimiento. Este creciente número de muertes ha pasado desapercibido tanto para los dioses como para los mortales, eclipsado por las noticias de un matrimonio, una tormenta de invierno, y la nueva línea de moda de Afrodita.

Quizá los dioses no vean a la Tríada como una amenaza, pero dado su historial, ¿se puede confiar en ellos? Como se ha demostrado, no son ellos los que sufrirán si el llamado grupo activista decide actuar. Serán los transeúntes inocentes, y en un mundo en el que los mortales superan a los dioses en número, ¿deberíamos preguntarnos qué tendrían que hacer los Divinos?

Fue la última frase la que dejó a Perséfone con un sabor amargo en la boca, especialmente tras la muerte de Adonis. Sin embargo, incluso teniendo en cuenta las verdades que Helen destacaba en su artículo, Perséfone necesitaba más. Quería saber de los dirigentes de la Tríada: ¿Habían asumido la responsabilidad de los 593 ataques? Si no era así, ¿pensaban condenar las acciones de los delincuentes? ¿Cuáles eran sus planes para el futuro?

Estaba tan concentrada en tomar notas que no se dio cuenta de que alguien se acercaba hasta que una voz la sacó de su trabajo.

—¿Eres Perséfone Rosi?

Dio un respingo y levantó la cabeza para encontrarse con la mirada de una mujer de grandes ojos marrones y cejas arqueadas. Su rostro tenía forma de corazón y estaba enmarcado por una espesa melena oscura. Llevaba un abrigo negro adornado con pieles y sostenía una taza de café humeante entre las manos.

Perséfone sonrió y le contestó:

—Lo soy.

Esperaba que la mujer le pidiera una foto o un autógrafo,

pero en lugar de eso, le quitó la tapa a su café y lo vertió en su regazo. Perséfone se puso en pie de un salto cuando la quemadura se instaló a flor de piel y toda la cafetería se quedó en silencio.

Por un momento, Perséfone quedó aturdida, silenciada por el dolor y por su magia, que hizo temblar sus huesos, desesperada por defenderse.

La mujer se dio la vuelta, con su tarea cumplida, pero en lugar de irse, se encontró de frente con Zofie, una amazona y Égida de Perséfone.

Era hermosa, alta y de piel aceitunada, con el cabello oscuro cayendo en una larga trenza por la espalda. Cuando Perséfone la conoció, iba vestida con una armadura de oro, pero tras una visita a la boutique de Afrodita, se había hecho con un vestuario moderno. Hoy llevaba un jersey negro. La única prenda que no le quedaba bien era una gran espada que sostenía y blandía contra la cabeza de su agresora.

Los gritos estallaron en la tienda.

—¡Zofie! —gritó Perséfone, y la espada de la amazona se detuvo a un centímetro del cuello de la mujer. Sus ojos se fijaron en los de Perséfone, su expresión frustrada, como si no entendiera por qué no podía continuar con su ejecución.

—¿Sí, milady?

—Guarda la espada —ordenó Perséfone.

—Pero... —Ella comenzó a protestar.

—*Ahora.*

La orden se deslizó entre dientes apretados. Eso era todo lo que necesitaba Perséfone, Zofie derramando sangre en su nombre. Esto ya sería noticia: la gente estaba filmando y fotografiando descaradamente. Hizo una nota para informar a Ilias de este incidente, tal vez podría adelantarse a los medios de comunicación.

La amazona refunfuñó, pero obedeció, y su espada

desapareció de la vista. Sin la amenaza de daño corporal, la mujer recuperó la compostura y se volvió hacia Perséfone de nuevo.

—*Borrega* —siseó con más odio en los ojos del que Menta o su madre habían poseído nunca, y salió furiosa de The Coffee House, provocando el agradable tañido de la campana de la puerta.

En cuanto se fue, Zofie habló:

—Una palabra, milady. La mataré en el callejón.

—No, Zofie. Eso es todo lo que necesitamos, un asesinato en nuestras manos.

—No es un asesinato —argumentó—. Es una retribución.

—Estoy bien, Zofie.

Se giró para recoger sus cosas, consciente de que la gente seguía mirando. Ojalá tuviera el control de los rayos como Zeus, porque electrocutaría todos los aparatos de este lugar solo para enseñarles a meterse en sus asuntos.

—Pero... ¡ella te hirió! —argumentó Zofie—. Lord Hades no estará contento conmigo.

—Hiciste tu trabajo, Zofie.

—Si hubiera hecho mi trabajo, no estarías herida.

—Viniste tan pronto como pudiste —dijo Perséfone—. Y no estoy herida. Estoy bien.

Estaba mintiendo, por supuesto, sobre todo para proteger a Zofie. La amazona podría intentar dimitir de nuevo si supiera el dolor que sufría Perséfone.

¿A quién se le habría ocurrido utilizar el café como arma?
Pensó Perséfone. Qué traición.

—¿Por qué te atacó?

Perséfone frunció el ceño. No lo sabía.

Borrega, la había llamado la mujer, otra palabra para referirse a un seguidor ciego. Perséfone conocía la palabra,

pero nunca la habían llamado así.

—No lo sé —dijo, y suspiró. Se encontró con la mirada de Zofie—. Llama a Ilias, infórmale de lo sucedido. Quizá pueda adelantarse a los medios.

—Por supuesto, milady. ¿A dónde vas?

—A encontrar a Hades —dijo, y evaluar los daños en sus piernas. La piel le escocía bajo la ropa—. La última vez que alguien trató de hacerme daño, él lo torturó.

Se encogió de hombros y envió a Leuce y a Helen un rápido mensaje de texto, haciéndoles saber que su reunión de la mañana se había cancelado y que las vería más tarde esta noche.

—¿Te veré en casa de Sybil? —le preguntó a la amazona.

—Sí, para la inauguración de la casa —dijo, y sus cejas se fruncieron—. ¿Traigo madera?

Perséfone se rio.

—No, Zofie. Trae... vino o comida.

Perséfone no sabía mucho sobre la educación de Zofie, pero era evidente que la isla de la que procedía no evolucionaba con la sociedad moderna. Cuando le había preguntado a Hécate al respecto, esta le había dicho:

—*Así lo prefiere Ares.*

—Prefiere... ¿qué?

—Las Amazonas son sus hijas, criadas para la guerra y no para el mundo. Las mantiene secuestradas en la isla de Terme para que nunca conozcan nada más que la batalla.

Después de saber esto, Perséfone se preguntó cómo Zofie había llegado a conocer a Hades y se convirtió en su Égida.

Volvió a centrarse en la amazona.

—Si necesitas ideas, manda un mensaje a Sybil y pregúntale qué llevar. Ella te ayudará.

Perséfone envió un rápido mensaje de texto a Leuce y a

Helen, haciéndoles saber que había tenido que abandonar la cafetería antes de tiempo y salió a la calle. El frío la azotaba, y era peor cuando su ropa estaba mojada, congelando su piel por debajo. Bajó por la acera resbaladiza por el agua y la nieve acumulada, doblando la esquina del edificio hasta perderse de vista de los transeúntes antes de teletransportarse al Inframundo.

Apareció en su alcoba, medio esperando que Hades estuviera allí, esperando, frustrado, listo para inspeccionarla en busca de heridas, pero aún no había llegado. Dejó el bolso a un lado y se encogió de hombros para quitarse la chaqueta y el leggin de cuero sintético. Todavía podía sentir el escozor residual en el lugar donde el café caliente se había asentado contra su piel. Por suerte, el daño era mínimo: sus muslos estaban rojos y un poco hinchados, con una pizca de piel burbujeante moteada en las piernas. *Tal vez un chorro de agua fría sobre ellas ayudaría*, pensó.

Cuando se giró para entrar en el baño, encontró su camino bloqueado por Hades.

Perséfone se sobresaltó, llevándose las manos al corazón, sobre su pecho desnudo. El dios estaba de pie con los ojos brillantes, elegantemente vestido con su traje negro a medida. Llevaba el cabello liso y recogido en un moño perfecto en la nuca, sin un mechón fuera de lugar. Su cincelada mandíbula estaba bien afeitada y cuidada. Era inmaculado y sexual, una presencia que le robaba el aliento y la hacía temblar.

—¡Hades! Me has asustado.

Su mirada se dirigió al pecho de ella y sonrió, cogiendo su mano.

—Deberías haber sabido que te encontraría una vez que te quitaras la ropa. Es un sexto sentido.

Cuando se inclinó para rozar con sus labios los nudillos de la mano de ella, sus ojos bajaron y un ceño fruncido se dibujó en su boca. Le soltó la mano y presionó la palma contra su

muslo. Ella se estremeció; su tacto era fresco contra el calor de las ampollas.

—¿Qué es esto? —Su pregunta fue casi un siseo.

Al parecer, aún no le había llegado la noticia.

—Una mujer me vertió café en el regazo —explicó Perséfone.

—¿Vertió?

—Si preguntas si fue intencional, la respuesta es sí.

Algo oscuro brilló en los ojos de Hades. Era la misma mirada que había visto la noche anterior, cuando le había traído la noticia de la muerte de Adonis. Tras un momento, se arrodilló ante ella. Una oleada de magia brotó de sus manos, asentándose en su piel hasta que ya no sintió el dolor de las quemaduras ni vio el escaldado en su piel. A pesar de estar curada, Hades permaneció de rodillas, con las manos dirigiéndose a la parte posterior de sus piernas.

—¿Me dirás quién era esa mujer? —preguntó Hades, con sus labios rozando la parte interna de su muslo.

—No —dijo, inhalando bruscamente, sus manos se posaron en los hombros de él.

—¿No puedo... persuadirte?

—Tal vez —admitió, la palabra se le escapó en un suspiro—. Pero no sé su nombre, así que toda tu... *persuasión* sería en vano.

—Nada de lo que hago es en vano.

El agarre de Hades se intensificó y su cabeza se hundió entre las piernas de ella, cerrando la boca sobre su clítoris. Perséfone jadeó y sus dedos se enredaron en su resbaladizo cabello.

—Hades...

—No me hagas parar —dijo, con la voz áspera.

—Tienes treinta minutos —dijo.

Hades se detuvo, mirándola desde el suelo.

Dioses, era hermoso y tan jodidamente sexy. El calor en el fondo de su estómago le derritió las entrañas. Estaba mojada por él. Para cuando pusiera su boca sobre ella, se correría; ni siquiera necesitaría arrancarle un orgasmo.

—¿Solo treinta?

—¿Necesitas más? —le desafió.

Le ofreció una sonrisa perversa.

—Cariño, los dos sabemos que podría hacer que te corrieras en cinco minutos, pero, ¿y si quisiera tomarme mi tiempo?

—Más tarde —dijo ella—. Tenemos que asistir a una fiesta, y todavía tengo que hacer cupcakes.

Hades frunció el ceño.

—¿No es una costumbre mortal llegar elegantemente tarde?

Perséfone levantó una ceja.

—¿Te lo ha dicho Hermes?

—¿Está equivocado?

—No llegaré tarde a la fiesta de Sybil, Hades. Si deseas complacerme, entonces me harás correrme a tiempo.

Hades sonrió.

—Como desees, querida.

IV



YO NUNCA HE...

Perséfone se manifestó en la puerta del apartamento de Sybil con Hades.

Un escalofrío sacudió su columna vertebral.

Era una combinación de frío y pensamientos de la última hora que había pasado con el Dios de los Muertos de rodillas. Debería estar acostumbrada a la maldad de Hades, pero él seguía encontrando formas de sorprenderla, complaciéndola mientras estaba de pie, con una pierna sobre su hombro. Su lengua había probado y provocado, devorado y saboreado. Se apretó contra él, incapaz de evitar que su cuerpo se balanceara sobre su boca. Se había corrido, empujada por un gruñido que brotó de lo más profundo del pecho de Hades. Acabó con tiempo suficiente para terminar los cupcakes de la fiesta de Sybil.

Otro escalofrío sacudió su cuerpo. El frío era penetrante, como agujas hundiéndose en su piel. Era un clima anormal para el mes de julio, y nada, ni siquiera la felicidad que le había inspirado el amor de Hades, podía aplacar el temor que sentía mientras la nieve seguía cayendo.

Es el comienzo de la guerra.

Eran las palabras de Hades; pronunciadas la noche en que le había propuesto matrimonio, esta vez sobre una rodilla doblada y con un anillo. Había sido el mejor momento de su vida, pero ensombrecido por la magia de Deméter. De repente, las puntas de los dedos de Perséfone hormiguearon con poder, reaccionando al repentino escalofrío de rabia que le subió por la espalda.

La mano de Hades se apretó alrededor de su cintura.

—¿Estás bien? —preguntó, sin duda percibiendo el aumento de su magia.

Perséfone aún no había conseguido evitar por completo que su magia reaccionara a sus emociones.

»¿Perséfone?

La voz de Hades llamó su atención y se dio cuenta de que no había respondido a su anterior pregunta. Inclino la cabeza y se encontró con su oscura mirada. La calidez floreció en la boca de su estómago cuando sus ojos se posaron en los labios de él y en la atractiva barba de su mandíbula, recordando cómo se sentía contra su piel, una deliciosa fricción que la provocaba y le hacía burlas.

—Estoy bien —respondió.

Hades levantó una ceja dudosa.

»Lo estoy —dijo—. Estaba pensando en mi madre.

—No arruines tu noche pensando en ella, querida.

—Es un poco difícil ignorarla dado el clima, Hades.

Él levantó la cabeza y miró al cielo por un momento, su cuerpo se puso rígido junto al de ella, y sabía que estaba igual de preocupado, pero no le preguntó su opinión al respecto. Esta noche quería divertirse porque algo le decía, que más allá de esta noche, no habría nada.

Llamó, pero en lugar de ver a Sybil, un hombre rubio abrió la puerta. Su cabello caía en suaves ondas justo por encima de los hombros. Sus ojos eran azules y encapuchados, y su

mandíbula estaba marcada por barba. Era guapo, pero un completo desconocido.

Extraño, pensó Perséfone. Estaba segura de que este era el apartamento de Sybil.

—Um, creo que podríamos habernos equivocado...

—Perséfone, ¿verdad? —preguntó el hombre.

Dudó y el brazo de Hades la rodeó con fuerza.

—¡Perséfone! —Sybil apareció por detrás del hombre, se agachó bajo su brazo y la abrazó—. ¡Estoy tan contenta de que estés aquí!

Había una nota de alivio en su voz. Sybil se apartó y sus ojos se dirigieron a Hades.

—Me alegro de que hayas podido venir también, Hades. — La voz de Sybil era tranquila y tímida. Perséfone estaba un poco sorprendida, dado que no era una extraña para los dioses. Había servido a Apolo hacía apenas unos meses como su oráculo... hasta que él la despojó de sus poderes de profecía después de que se negara a acostarse con él. Su comportamiento lo convirtió en el tema del artículo de Perséfone, pero su decisión de escribir sobre el Dios del Sol había sido un desastre.

Resultaba que él era amado, y el artículo de Perséfone se consideró una calumnia. No solo eso, Hades se había puesto furioso, tanto que había mantenido a Perséfone prisionera en el Inframundo hasta que pudo negociar con Apolo para que el dios no buscara venganza.

Aquella experiencia le había enseñado muchas lecciones, principalmente, que el mundo no estaba preparado para creer a una mujer dolida. Era una de las razones por las que había iniciado *The Advocate*.

—Agradezco la invitación —respondió Hades.

—¿No me vas a presentar? —preguntó el rubio desconocido.

Perséfone se dio cuenta de que Sybil se había quedado paralizada. Fue solo un segundo, como si hubiera olvidado que el hombre estaba presente, y una pequeña sonrisa de disculpa se formó en su rostro antes de volverse.

—Perséfone, Hades, este es Ben.

—Hola —dijo, extendiendo su mano para que la estrecharan—. Soy el novio de Sybil...

—Amigo, Ben es un amigo —dijo rápidamente Sybil.

—Bueno, pronto novio —dijo Ben, sonriendo, pero la mirada que Sybil le dirigió era desesperada. La mirada de Perséfone se deslizó del oráculo al mortal mientras aceptaba su mano húmeda y extendida.

—Es... un *placer* conocerte.

Ben se desplazó hacia Hades. El Dios de los Muertos miró su mano.

—No quieres estrechar mi mano, mortal.

Sus ojos se abrieron un poco y se produjo un silencio incómodo, pero solo durante un rato antes de que Ben volviera a sonreír.

—Bueno, ¿entramos? —preguntó.

Se hizo a un lado, haciendo un gesto para que todos entraran. Perséfone arqueó una ceja al ver a Hades cuando entraron en el cálido apartamento. Hades tenía la capacidad de ver el alma, y Perséfone se preguntaba qué había vislumbrado cuando miraba a Ben, aunque creía poder adivinarlo.

Asesino en serie.

—¿Qué? —preguntó Hades.

—Prometiste comportarte —dijo ella.

—No está en mi naturaleza apaciguar a los mortales —respondió Hades.

—Pero está en tu naturaleza apaciguarme a mí —dijo

Perséfone.

—Por desgracia —dijo, con la voz baja—. Eres mi mayor debilidad.

La entrada del apartamento de Sybil era un corto pasillo que conducía a la cocina y a un pequeño salón. El espacio estaba casi vacío, salvo por un sofá cama y un televisor. Aunque no se acercaba a la extravagancia en la que había vivido con Apolo, era pintoresco y acogedor. A Perséfone le recordó el apartamento que había compartido con Lexa durante tres años.

—¿Vino? —preguntó Sybil, y Perséfone se alegró de la distracción.

—Por favor —dijo, reprimiendo el dolor que se había formado en su pecho al pensar en su mejor amiga muerta.

—¿Para ti, Hades?

—Whisky... cualquier cosa que tengas está bien. Solo... Por favor —añadió como si fuera una idea de última hora. Perséfone hizo una mueca, pero al menos se lo había pedido amablemente.

—¿Solo? —preguntó Ben—. Los verdaderos bebedores de whisky al menos añaden agua.

El corazón de Perséfone latía con fuerza al ver cómo los ojos de Hades conectaban con los de Ben.

—Agrego la sangre de los mortales.

—Por supuesto, Hades —dijo rápidamente Sybil, sacando una botella de la colección en el mostrador y entregándosela—. Probablemente la necesitarás.

—Gracias, Sybil —dijo, aflojando rápidamente el tapón para beber.

Le sirvió a Perséfone una copa de vino y la deslizó por el mostrador.

—Entonces, ¿cómo conociste a Ben? —preguntó Perséfone,

recogiendo su vino.

Sybil empezó a responder cuando Ben intervino.

—Nos conocimos en Four Olives, donde trabajo —dijo—. Para mí fue amor a primera vista.

Perséfone se atragantó con su bebida, el vino le quemó la parte posterior de la garganta mientras lo escupía de nuevo en el vaso. Sus ojos conectaron con los de Sybil, que parecía mortificada, pero antes de que ninguna de las dos pudiera hablar, sonó un golpe en la puerta.

—Gracias a los dioses —dijo Sybil, prácticamente corriendo hacia la entrada, dejando a Perséfone y a Hades a solas con el mortal.

—Sé que aún no está convencida —dijo Ben—. Pero es solo cuestión de tiempo.

—¿Por qué estás tan seguro? —replicó Perséfone.

Su espalda se enderezó mientras proclamaba.

—Soy un oráculo.

—Oh, mierda —refunfuñó Hades.

Perséfone le dio un codazo.

—Si me disculpan —dijo él, saliendo de la cocina con su botella de whisky.

Ben se inclinó sobre la barra.

—No creo que le guste.

—¿Qué te dio esa idea? —preguntó Perséfone, con la nariz todavía ardiendo.

Ben se encogió de hombros.

—Es... solo una sensación.

Hubo un largo e incómodo silencio que pasó entre ellos y justo cuando Perséfone empezó a excusarse para ir en busca de Hades, el llamado oráculo habló.

—Has perdido —dijo.

—Disculpa.

—Sí —susurró, con los ojos desenfocados y vidriosos—. Has perdido, y volverás a perder.

La mandíbula de Perséfone se apretó.

—La pérdida de un amigo te llevará a perder muchos, y tú, tú dejarás de brillar, una brasa arrebatada por la noche.

Su ira se disipó lentamente, convirtiéndose en asco al reconocer sus palabras.

—¿Por qué citas a *Leónidas*?

El programa de televisión era popular y había sido uno de los favoritos de Lexa, sobre un rey espartano y su guerra con los persas. Era un drama lleno de amor, lujuria y sangre.

Ben parpadeó y sus ojos se enfocaron.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó, y Perséfone puso los ojos en blanco. Odiaba a los falsos profetas. Eran peligrosos y ridiculizaban la verdadera práctica de la profecía. Empezó a hablar, pero fue interrumpida por el grito de excitación de Hermes.

—¡Sefi! —El Dios de la Travesura le echó los brazos al cuello, apretándola. Inhaló profundamente—. Hueles a Hades... y a sexo.

Empujó contra el dios.

—¡Deja de ser espeluznante, Hermes!

El dios se rio y la soltó, su brillante mirada se dirigió a Ben.

—Oh, ¿y quién es este? —Su interés evidente en la entonación de su voz.

—Este es Ben. Es el... Sybil... —No estaba segura de cómo terminar esa frase, pero no necesitaba hacerlo porque de todas formas nadie estaba escuchando. Ben ya estaba sonriendo al Dios de la Travesura.

—Hermes, ¿verdad? —preguntó.

—Entonces, ¿has oído hablar de mí?

Perséfone puso los ojos en blanco. Él le había preguntado lo mismo cuando se conocieron. Nunca le preguntó por qué lo había dicho, pero tenía la sensación de que era para sacar algún tipo de cumplido teniendo en cuenta que todo el mundo *había* oído hablar de él.

No se sorprendió cuando le salió el tiro por la culata.

—Por supuesto —respondió Ben—. ¿Sigues siendo el Mensajero de los Dioses, o utilizan el correo electrónico?

Perséfone levantó las cejas y apretó los labios para no soltar una risa.

Hermes entrecerró los ojos.

—Es lord Hermes para ti —dijo, y se alejó, murmurando a Sybil mientras pasaba—. Puedes quedarte con él.

El Dios de los Ladrones no estuvo molesto por mucho tiempo cuando notó que Hades estaba de pie en la sala de estar de Sybil.

—Vaya, vaya, vaya, mira quién ha decidido oscurecer la esquina, literalmente.

Hades parecía estar fuera de lugar en el apartamento de Sybil, al igual que la noche que había ido a su casa y de Lexa a hacer galletas. Al menos había intentado encajar esa noche, llevando una camisa negra y un pantalón deportivo. Esta noche, insistió en llevar un traje.

—*¿Qué ha pasado con el pantalón que usaste en mi casa?* —había preguntado Perséfone antes de salir.

—Yo... los deseché.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—*¿Por qué?*

Hades se encogió de hombros.

—No pensé que habría un momento en que los necesitaría de nuevo.

Ella levantó una ceja.

—*¿Quieres decir que nunca pensaste que volverías a salir con mis amigos?*

—No. —Miró su traje—. *¿No cumplo tus expectativas?*

Ella había soltado una risita entonces.

—No, de lejos, las superas.

Entonces él sonrió y ella pensó que el corazón se le saldría del pecho. No había nada tan hermoso como Hades cuando sonreía.

Otro golpe anunció la llegada de más invitados, esta vez, Helen. Llevaba un abrigo largo de color beige con cuello de piel que se quitó y dobló sobre el brazo. Debajo de la chaqueta, llevaba una camisa blanca de manga larga y una falda de color camel con polainas. Su largo cabello estaba rizado y caía en ondas color miel sobre sus hombros. Había traído vino y se lo entregó a Sybil con un beso en la mejilla.

No se conocían desde hacía mucho tiempo, pero, como todos los del círculo de Perséfone, se habían hecho amigas rápidamente.

—Este clima —dijo Helen—. Es casi... antinatural.

—Sí —dijo Perséfone, en silencio, con una ola de culpabilidad golpeándola—. Es horrible.

Otro golpe envió a Sybil a la puerta y volvió con Leuce y Zofie a cuestas. Las dos eran ahora compañeras de habitación, y Perséfone aún no había decidido si era realmente una buena idea. Leuce había regresado recientemente al mundo de los mortales después de haber sido un árbol durante siglos, y Zofie no entendía realmente a los humanos, ya que se había criado entre mujeres guerreras. Aun así, las dos estaban aprendiendo, desde cosas sencillas como usar el paso de peatones y pedir comida hasta aspectos más difíciles de la vida de los mortales, como la socialización y el autocontrol.

Leuce era una náyade, una ninfa del agua. Tenía el cabello y las pestañas blancas y una piel pálida que hacía que sus ojos azules parecieran tan brillantes como el sol. Cuando Perséfone la conoció, era combativa y sus bonitos rasgos eran severos y angulosos. Sin embargo, con el tiempo había llegado a conocer a la ninfa y su actitud hacia ella se suavizó, a pesar de que había sido la amante de Hades. Sin embargo, a diferencia de Menta, Perséfone estaba segura de que no quedaba ningún tipo de afecto entre los dos, lo que hacía que tomarla bajo su tutela fuera una decisión mucho más fácil. Esta noche llevaba un sencillo vestido azul claro que la hacía parecer una reina de hielo.

Cuando Zofie entró en el apartamento, estaba sonriendo, solo para vacilar cuando vio a Hades de pie en la sala de estar de Sybil.

—¡Milord! —exclamó y se inclinó rápidamente.

—No tienes que hacer eso aquí, Zofie —dijo Perséfone.

—Pero... Es el Señor del Inframundo.

—Todos somos conscientes —dijo Hermes—. Míralo: es el único gótico en la sala.

Hades le miró fijamente.

—¡Ya que todos están aquí, juguemos un juego! —dijo Hermes.

—¿Cuál es el juego? —preguntó Helen—. ¿Póker?

—¡No! —dijeron todos al unísono, los ojos se desviaron hacia Hades, que los miró como si deseara incinerarlos. Perséfone podía imaginar la cantidad de trabajo que iba a tener que hacer después para compensar su sufrimiento.

—¡Juguemos a “Yo nunca he”! —dijo Hermes, que se acercó a la barra del desayuno hasta la encimera de la cocina, sujetando entre sus dedos varias botellas de diversos licores—. ¡Con chupitos!

—Vale, pero no tengo vasos de chupito —dijo Sybil.

—Entonces todos tendrán que elegir algo para tragar —dijo Hermes.

—Oh, dioses —murmuró Perséfone.

—¿Qué es yo nunca he? —preguntó Zofie.

—Exactamente lo que parece —dijo Hermes mientras posicionaba las botellas en la mesa de café—. Haces una declaración sobre algo que nunca has hecho, y si alguien lo ha hecho, tiene que tomar un chupito.

Todos entraron en la sala de estar. Hermes se sentó en un lado del sofá mientras Ben ocupaba el otro, hasta que notó que Sybil se acomodaba en el suelo junto a Perséfone. Entonces, abandonó el lugar para apretujarse junto a ella. Era incómodo de ver, y Perséfone apartó los ojos, descubriendo que Hades la miraba fijamente. Él estaba de pie frente a ella, sin formar parte del círculo que habían formado. Se preguntó si encontraría una razón para no jugar a este juego, y no pudo negar que una parte de ella quería ver cómo respondía a cada una de esas afirmaciones.

También lo temía.

—¡Yo primero! —dijo Hermes—. Yo nunca he... tenido sexo con Hades.

La mirada de Perséfone era asesina, lo sabía porque podía sentir la frustración que corroía el glamour que utilizaba para atenuar el color de sus iris.

—*Hermes* —masculó su nombre entre dientes.

—¿Qué? —se quejó él—. Este juego es difícil para alguien de mi edad. He hecho *de todo*.

Entonces Leuce se aclaró la garganta, y sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta de lo que había hecho.

—Oh —dijo—. *Oh*.

A Perséfone le gustaba Leuce, pero eso no significaba que le gustara que le recordaran su pasado con Hades. Se esforzó por no mirar a Leuce mientras bebía de una botella de

whisky.

Ben fue el siguiente.

—Yo nunca he acosado a una exnovia.

Hubo una incomodidad colectiva que precedió a la declaración del falso profeta. ¿Intentaba demostrar que no era un asqueroso?

Nadie bebió.

Sybil fue la siguiente.

—Yo nunca me he enamorado a primera vista. —Era una indirecta para Ben, que no pareció darse cuenta, o tal vez no le importó, tan confiado en sus habilidades como oráculo, tomó un chupito.

La siguiente fue Helen.

—Yo nunca he... tenido un trío.

Para sorpresa de nadie, Hermes bebió, pero también lo hizo Hades, y algo en ello hizo que el color se desvaneciera en el rostro de Perséfone. Tal vez fue la forma en que lo hizo: ojos bajos, pestañas abanicando sus mejillas, como si no quisiera que ella lo viera. Aun así, trató de racionalizar que ya habían discutido esto antes. Hades no se disculparía por vivir antes que ella, y ella lo entendía. *Esperaba* que Hades, Dios de los Muertos, hubiera tenido muchas y variadas experiencias sexuales... y aun así se sentía celosa.

Finalmente, Hades levantó sus ojos hacia los de ella. Eran oscuros, con una pizca de fuego que encendía los iris como una brizna de luna. Era una expresión que conocía bien, no tanto una advertencia como una súplica: *Te amo, estoy contigo ahora. Nada más importa.*

Ella lo sabía, lo creía con todo su corazón, pero a medida que el juego continuaba, los casos en los que era capaz de tomar un chupito eran pocos y nada comparados con los de Hades.

—Yo nunca he... comido comida del cuerpo desnudo de

alguien —dijo Ben, pero añadió con una mirada directa a Sybil—. Pero me gustaría.

Hades bebió y Perséfone quiso vomitar.

—Yo nunca he... tenido sexo en la cocina —dijo Helen.

Hades bebió.

—Yo nunca he tenido sexo en público —dijo Sybil.

Hades bebió.

—Yo nunca he fingido un orgasmo —dijo Helen.

Perséfone no estaba segura de qué la poseyó, pero ante esa afirmación, inclinó su copa y tragó un trago de vino. Cuando dejó la copa, Hades enarcó una ceja y sus ojos se oscurecieron. Podía sentir su energía contra la suya, exigente. Estaba ansioso por hacerla hablar, por probar su piel y confirmar que había mentido.

No esperaba que Hades la desafiara delante de todos.

—Si eso es cierto, con gusto rectificaré la situación.

—Oh —se burló Hermes—. Alguien va a ser follado esta noche.

—Cállate, Hermes.

—¿Qué? Tienes suerte de que no te haya llevado al Inframundo en el momento en que levantaste esa copa.

Todavía no estaba fuera del reino de la posibilidad con la forma en que Hades la estaba mirando. Tenía preguntas y quería respuestas.

—Juguemos a otro juego —sugirió Perséfone.

—Pero este me gusta —se quejó Hermes—. Se estaba poniendo *bueno*.

Le dirigió una mirada mordaz.

—Además, sabes que Hades está haciendo una lista de todas las formas en las que quiere f...

—¡Basta, Hermes! —Perséfone se puso en pie y se dirigió

por el pasillo hacia el baño. Cerró la puerta y se apoyó en ella. Sus ojos se cerraron y exhaló; fue un intento fallido de liberar la extraña sensación que se había estado acumulando en su interior. No podía describirla, pero la sentía espesa y pesada.

Entonces el aire se agitó, y se tensó, sintiendo el cuerpo de Hades enjaular el suyo, su mejilla tocó la suya, su aliento le hizo cosquillas en la oreja mientras hablaba.

—Tenías que saber que tus acciones me encenderían. — Su voz era cruda y áspera, e hizo que el fondo de su estómago se apretara. Su cuerpo estaba rígido, una fuerza apenas contenida.

»¿Cuándo te he dejado con ganas?

Ella tragó con fuerza y supo que él quería la verdad.

»¿No vas a responder?

Le llevó la mano a la garganta, sin apretarla, pero forzando su mirada hacia la suya.

—Realmente hubiera preferido no enterarme de tus hazañas sexuales a través de un juego delante de mis amigos —dijo.

—¿Así que pensaste que era mejor revelar que no te había satisfecho de la misma manera?

Perséfone apartó la mirada. La mano de Hades seguía en su garganta, y entonces se inclinó hacia delante, con la lengua presionando ligeramente su oreja.

»¿Debo dejar ninguna duda en sus mentes de que puedo hacerte venir?

Le levantó la falda y desgarró su ropa interior de encaje.

—¡Hades! ¡Somos invitados aquí!

—¿Qué quieres decir? —le preguntó mientras la levantaba del suelo, haciendo palanca con su peso contra la puerta. Sus movimientos eran controlados pero ásperos, una muestra de la violencia que se escondía bajo su piel.

—Es de mala educación tener sexo en el baño de alguien.

Hades le lamió la boca antes de que su lengua le separara los labios y sus protestas se ahogaron mientras la besaba con fuerza, hasta el punto que no podía respirar.

¿Por qué lo provoqué? Porque quería esto, pensó. Necesitaba esto.

Había querido enfurecerle, sentirle rabiar contra su piel hasta que dejara de recordar un pasado en el que no existiera con él.

Su sexo se apretó cuando sintió que la cabeza de la polla de Hades rozaba su orificio y, al segundo siguiente, se la enfundó por completo. La cabeza de Perséfone giró y un sonido escapó de sus labios, crudo y desvergonzado, mientras una ola de placer brotaba en su interior.

Entonces llamaron a la puerta.

—Odio interrumpir lo que sea que esté sucediendo allí —dijo Hermes—. Pero creo que querrán ver esto.

—Ahora no —gruñó Hades, con la cabeza apoyada en el hueco del cuello de Perséfone. Su cuerpo estaba duro y rígido. Ella lo reconoció por lo que era: un intento de autocontrol.

Era un rasgo que deseaba que abandonara.

Giró la cabeza hacia la de él, con la lengua rozando su oreja, y luego con los dientes. Hades inhaló; sus manos le apretaron el trasero.

—Vale, primero, es de mala educación tener sexo en los baños de otras personas —dijo Hermes—. Segundo, se trata del clima.

Hades gimió y luego gruñó.

—Un *momento*, Hermes.

—¿Cuánto dura un momento? —preguntó él.

—*Hermes* —advirtió Hades.

—Vale, vale.

Una vez que estuvieron solos, Hades la dejó. Ella sintió su ausencia de inmediato, un dolor que fue creciendo.

—Mierda —dijo él en voz baja mientras recuperaba su aspecto.

—Lo siento —dijo Perséfone.

Las cejas de Hades se fruncieron.

—¿Por qué te disculpas?

Abrió la boca para explicarse, tal vez por sus celos o porque habían tenido que detenerse, o por la tormenta, realmente no lo sabía. Cerró la boca y Hades se inclinó hacia ella.

—No estoy molesto contigo —dijo, y la besó—. Pero tu madre lamentará la interrupción.

Perséfone se preguntó a qué se refería, pero no le preguntó mientras salían del baño. Desde el pasillo, pudo escuchar el televisor a todo volumen.

—Se ha emitido un aviso de una severa tormenta de hielo para toda Nueva Grecia.

—¿Qué está pasando?

—Ha empezado a llover —dijo Helen. Estaba en la ventana, con las cortinas abiertas.

Perséfone se acercó. Pudo oír el débil golpeteo del hielo al chocar contra la ventana. Hizo una mueca. Sabía que el tiempo iba a empeorar, pero no esperaba que lo hiciera tan pronto.

—Esto es un dios —dijo Ben—. ¡Un dios que nos maldice!

Perséfone se encontró con la mirada de Hades. Un tenso silencio llenó la habitación. El mortal se volvió hacia Hades, exigiendo.

—¿Lo niegas?

—No es prudente sacar conclusiones precipitadas, mortal —respondió Hades.

—No estoy sacando conclusiones. ¡He previsto esto! Los dioses reinarán el terror sobre nosotros. Habrá desesperación y destrucción.

Las palabras del oráculo se instalaron en el fondo del estómago de Perséfone como una piedra, frías y pesadas. A pesar de que pensaba que estaba loco, no podía negar que lo que decía era completamente posible.

—Cuidado con tus palabras, oráculo. —Esta vez fue Hermes quien habló. Era desconcertante verlo tan severo, tan ofendido, y el tono de su voz provocó escalofríos en Perséfone.

Las acusaciones de Ben eran graves, y era posible que su predicción provocara la ira de los dioses.

—Solo estoy hablando...

—Lo que oyes —terminó Sybil—. Que puede o no ser la palabra de un dios, y a juzgar por el hecho de que no tienes patrón, supongo que te están alimentando las profecías de una entidad Impía. Si tuvieras formación, lo sabrías.

Perséfone miró de Sybil a Ben. Ella no sabía lo que era una entidad Impía, pero Sybil sabía de qué estaba hablando. Había sido entrenada para esto.

—¿Y qué tiene de malo una entidad Impía? A veces son los únicos que dicen la verdad.

—Creo que deberías irte —dijo Sybil.

Siguió un tenso silencio mientras Ben parecía registrar las palabras de Sybil.

—¿Quieres que... *me vaya*?

—Ella no tartamudeó —replicó Hermes.

—Pero...

—Debes haber olvidado el camino a la puerta —dijo Hermes—. Te mostraré la salida.

—Sybil... —intentó suplicar Ben, pero en el siguiente segundo se desvaneció. Todos los ojos se volvieron hacia

Hermes.

—No fui yo —dijo el dios.

Sus miradas se dirigieron a Hades, pero este permaneció en silencio y, aunque nadie preguntó, Perséfone se preguntó dónde había depositado al mortal.

—Creo que deberíamos irnos todos —dijo Perséfone, aunque lo que realmente quería era estar a solas con Hades para preguntarle—. Esta tormenta solo va a empeorar cuanto más tiempo nos quedemos.

Todos estaban de acuerdo.

—Hades, me gustaría asegurarme de que Helen, Leuce y Zofie lleguen a casa a salvo.

Asintió.

—Llamaré a Antoni.

Mientras las mujeres tomaban sus chaquetas, Perséfone apartó a Sybil.

—¿Estás bien? Ben es...

—Un idiota —dijo—. Siento mucho si te ha ofendido a ti o a los demás.

—No te preocupes... pero al ritmo que va, seguro que provocará la ira de algún dios.

No tuvieron que esperar mucho a Antoni. El cíclope llegó en una elegante limusina y entraron en ella: Hades y Perséfone, por un lado, Leuce, Zofie y Helen por otro.

—¿Alguien más odiaba a ese tipo, Ben? —preguntó Leuce.

—Sybil debería guardar una navaja debajo de su cama por si vuelve —dijo Zofie.

—O podría simplemente cerrar su puerta —sugirió Helen.

—Las cerraduras se pueden abrir —dijo Zofie—. Una navaja es mejor.

La cabina se quedó en silencio, excepto por el golpeteo del

hielo en las ventanas.

Primero dejaron a Leuce y a Zofie. Una vez que dejaron la cabina, la oscuridad pareció tragarse a Helen, cuyo pequeño cuerpo se perdía en la piel de su abrigo. Se quedó mirando la noche, con su bonito rostro iluminado de vez en cuando por las luces de la calle.

Después de un momento, habló.

—¿Crees que Ben tiene razón? ¿Que esto es obra de los dioses?

Perséfone se tensó y miró a la mortal, cuyos ojos se habían desviado hacia Hades y eran inocentes. Era extraño escuchar esa pregunta sin que hubiera veneno detrás de las palabras.

—Pronto lo sabremos —respondió Hades.

La limusina se detuvo y, cuando Antoni abrió la puerta, el aire frío llenó el habitáculo. Perséfone se estremeció y el brazo de Hades la rodeó con fuerza.

—Gracias por el viaje —dijo Helen al marcharse.

Una vez que estuvieron de nuevo en el camino, Perséfone habló.

—¿De verdad cree que una tormenta nos separará?

La forma en que la mandíbula de Hades se movió le dijo todo lo que necesitaba saber: Sí.

—¿Has visto alguna vez la nieve, Perséfone? —preguntó Hades, y a ella no le gustó el tono de su voz.

Ella dudó.

—De lejos.

En las cimas de las montañas, pero desde que se mudó a Nueva Atenas, nunca.

Hades se encontró con su mirada, sus ojos brillaron; parecía amenazante y enfadado.

—¿Qué pasa por tu cabeza? —preguntó en voz baja.

Sus pestañas bajaron, proyectando sombras en sus mejillas.

—Lo hará hasta que los dioses no tengan más remedio que intervenir.

—¿Y qué pasa entonces?

Hades no respondió, y Perséfone no forzó la conversación porque, en realidad, tenía demasiado miedo, y creía conocer la respuesta.

La guerra.

V



UN TOQUE DE MAGIA ANTIGUA

—Antoni —dijo Hades poco después de que dejaron a Helen—. Por favor, asegúrate de que lady Perséfone regrese sana y salva a Nevernight.

—¿Qué?

La palabra apenas había salido de su boca cuando Hades tomó su rostro y la besó. Le hizo el amor con su boca, separando sus labios para meter la lengua dentro. El fondo de su estómago se tensó por la anticipación, sus pensamientos pasaron de la ira de su madre a la promesa que Hades le había hecho en el baño de Sybil. Todavía sentía el dolor vacío de su conexión inacabada, y quería desesperadamente perderse en él esta noche, pero en lugar de liberarla, se apartó, sus labios se sentían hinchados y en carne viva.

Más, Hades. Ahora. Quería gritarle porque le dolía mucho el cuerpo.

Y él lo sabía.

—No te preocupes, querida. Vendrás a buscarme esta noche.

Antoni tosió y sonó como si estuviera tratando de disimular una risa.

En el siguiente segundo, la magia de Hades estalló, oliendo a especias y cenizas, y se fue.

Perséfone dejó escapar un largo suspiro y luego se encontró con la mirada de Antoni en el espejo retrovisor.

—¿A dónde fue?

—No lo sé, mi señora —respondió, y ella escuchó lo que no dijo; *incluso si lo supiera, me han ordenado que la lleve a casa*. Perséfone de repente supo lo que le pediría a Hécate en su próxima sesión de entrenamiento: cómo seguir a alguien cuando se teletransporta.

Antoni dejó salir a Perséfone al frente de Nevernight. A pesar del terrible frío y la corriente de hielo que caía del cielo, los mortales seguían haciendo fila, desesperados por tener la oportunidad de ver el interior del infame club de Hades. Mekonnen, un ogro y uno de los gorilas de Hades, la recibió al salir del vehículo. Le puso un paraguas sobre la cabeza y la acompañó hasta la puerta.

—Buenas noches, Perséfone —dijo.

Ella sonrió.

—Hola, Mekonnen. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió.

Se sintió aliviada cuando él no hizo ningún comentario sobre el clima. Mekonnen mantuvo la puerta abierta y ella entró en el club. Subió las escaleras de la pista, repleta de mortales e inmortales por igual. No siempre caminaba por allí, a veces se teletransportaba tan pronto como ponía un pie dentro, cada vez más, estaba tratando de sentirse cómoda con el tipo de poder que venía con estar comprometida con Hades.

Lo que significaba que este club era suyo.

A veces deseaba poder caminar sin ser vista entre la multitud como Hades, observando y escuchando, sin interrupciones, pero no creía que ese poder se manifestara entre sus habilidades.

Perséfone atravesó Nevernight, pasando por salones abarrotados, el bar retroiluminado y la pista de baile hundida donde los cuerpos enrojecidos se presionaban bajo la luz láser roja. Mientras se movía, sabía que la observaban. Incluso si no la miraban, susurraban, y aunque no sabía lo que decían, podía adivinar: no había escasez de rumores, no había escasez de expertos en lenguaje corporal que analizaran cada uno de sus movimientos, no había escasez de “amigos cercanos” divulgando detalles sobre su vida en el Inframundo, su lucha con el dolor, los desafíos de planificar una boda, y aunque solo había un hilo de verdad en cualquiera de esos artículos, así fue como el mundo formó su opinión sobre ella.

Perséfone sabía que las palabras eran tanto aliadas como enemigas, pero siempre pensó que estaría detrás del periodismo sensacionalista, no al revés.

Simplemente estaba agradecida de que nadie se le acercara. No es que le importara la mayor parte del tiempo, pero esta noche se sentía menos confiada. Quizás tuvo algo que ver con el incidente del café de hoy. Aun así, sabía que una de las razones por las que la gente se mantenía a distancia era porque la estaban protegiendo. Adrian y Ezio, dos de los ogros que Hades empleaba como gorilas y guardaespaldas, la flanqueaban desde la distancia. Si alguien se acercaba, aparecían.

A veces, sin embargo, ni siquiera ellos eran lo suficientemente intimidantes como para disuadir a los mortales desesperados.

—¡Perséfone! —Sonó una voz femenina, apenas audible sobre el clamor de la multitud. Perséfone estaba acostumbrada a que la gente la llamara por su nombre, y estaba mejorando en no dejar que eso detuviera su paso, pero esta mujer se abrió paso entre la multitud y, justo cuando llegaba a las escaleras, la interrumpió.

—¡Perséfone! —La mujer de cabello oscuro dijo su nombre,

sin aliento por perseguirla por el club. Estaba vestida de rosa y su pecho palpitaba mientras alcanzaba su brazo. Perséfone se apartó bruscamente y, de repente, Adrian y Ezio se interpusieron entre ella y la mujer mortal.

—Perséfone —dijo su nombre de nuevo—. Por favor. ¡Te lo ruego! ¡Escúchame!

—Venga, mi señora —imploró Adrian, mientras Ezio mantenía una barrera entre ella y la mujer.

—Un momento, Adrian —dijo, y puso su mano sobre el brazo de Ezio mientras se movía para pararse a su lado.

—¿Estás pidiendo mi ayuda? —dijo Perséfone.

—¡Sí! Oh, Perséfone...

—Ella es la futura esposa y reina de lord Hades —dijo Adrian—. Te dirigirás a ella como tal.

Los ojos de la mujer se agrandaron. No hace mucho, Perséfone se habría encogido al escuchar la corrección de Adrian, pero las veces que les pedía a otros que la llamaran solo por su nombre eran cada vez menos.

—¡Lo siento mucho, lo siento mucho!

Perséfone sintió que se impacientaba.

—Cualquiera que sea su problema, no debe ser tan urgente teniendo en cuenta que le está tomando una eternidad llegar al grano.

Dioses, realmente estaba empezando a sonar como Hades.

—Por favor, mi señora, se lo imploro. Deseo negociar con lord Hades. Debes pedirle que me vea de inmediato.

Perséfone apretó los dientes. Así que la mujer no estaba pidiendo su ayuda, deseaba que ella suplicara a Hades por la suya. Incluyó la cabeza, entrecerrando los ojos, tratando de poner un límite a su ira.

—Quizás pueda ayudarte —sugirió Perséfone.

La mujer se rio, como si su sugerencia fuera ridícula. Si

era honesta, la reacción dolió. Se dio cuenta de que esta mortal no sabía que Perséfone era una diosa, pero fue otro recordatorio del valor que se le dio en la Divinidad.

Los labios de Perséfone se aplanaron.

—Rechazar mi ayuda es efectivamente rechazar a Hades.

Volvió a subir las escaleras y la mujer intentó abalanzarse sobre ella, pero Ezio colocó su brazo entre ellos, evitando que la mujer la tocara.

—Espera, por favor. —El tono de la mujer se volvió desesperado—. No quise ofender. Es solo... ¿cómo puedes ayudarme? Eres una mortal.

Perséfone hizo una pausa y miró a la mujer.

—Si lo que estás pidiendo requiere la ayuda de un dios, es probable que no debas pedirlo en absoluto.

—Eso es fácil de decir para ti —replicó la mujer enojada—. Una mujer que puede pedir cualquier cosa a su amante, un dios.

Perséfone la fulminó con la mirada. Esta mujer era como cualquier otra persona que escribiera artículos o murmurara sobre ella. Había creado su propia narrativa sobre la vida de Perséfone. No sabía cómo había rogado a Hades por su ayuda, cómo se había negado, cómo la había jodido y regateado con Apolo cuando debería haber dejado de interferir.

Miró a Ezio.

—Enséñale la salida —dijo Perséfone, y se volvió para subir las escaleras con Adrian.

—¡Espera! ¡No! ¡Por favor!

Las súplicas de la mujer estallaron como el sonido de los fuegos artificiales dentro del club, y, lentamente, el rugido de la multitud se volvió silencioso mientras veían a Ezio sacar a la mujer del club. Perséfone ignoró la atención y continuó subiendo hasta la oficina de Hades. Cuando estuvo detrás de las puertas doradas, la frustración inundó sus venas. Un

dolor le pinchó el antebrazo y reconoció que su magia intentaba manifestarse físicamente, por lo general en forma de enredadera, hojas o flores que brotaban de su piel.

La mortal la había disparado.

Respiró hondo para aliviar su ira hasta que la punzada de dolor se disipó.

¿Cuál es la opinión del mundo, de todos modos? Su amargo pensamiento se convirtió rápidamente en algo mucho más doloroso cuando se dio cuenta de por qué se había enojado tanto; la mujer esencialmente le había dicho que no tenía nada de valor que ofrecer, con la excepción de su conexión con Hades.

Perséfone había luchado antes con sentirse como un objeto, una posesión propiedad de Hades, a menudo sin nombre en artículos donde su relación ocupaba un lugar central. Ella era *la amante de Hades* o *la mortal*.

¿Qué haría falta para que el Mundo Superior la viese como la veía el Inframundo? Igual a Hades.

Perséfone suspiró y se teletransportó a la arboleda de Hécate, solo para encontrar a la diosa enzarzada en una batalla con un pequeño y esponjoso cachorro negro que tenía el dobladillo de su vestido carmesí entre los dientes.

—¡Nefeli! ¡Libérame de una vez! —gritó Hécate.

El cachorro gruñó y tiró más fuerte.

Perséfone se rio, sus frustraciones anteriores desaparecieron repentinamente, reemplazadas por diversión al ver a la Diosa de la Brujería agarrándose sus faldas en un intento por liberarse de una criatura tan pequeña y delicada.

—¡Perséfone, no te quedes ahí parada! ¡Sálvame de este... monstruo!

—Oh, Hécate. —Perséfone se inclinó para recoger la bola de pelo—. Ella no es un monstruo.

Sostuvo a Nefeli en alto. Tenía orejas pequeñas, nariz

puntiaguda y ojos expresivos, casi humanos.

—¡Es una villana! —La diosa inspeccionó su vestido, lleno de pequeños agujeros. Luego colocó sus manos en sus caderas, entrecerrando los ojos—. Después de todo lo que hice.

—¿Dónde la encontraste? —preguntó Perséfone.

—Yo... —Hécate vaciló, y sus manos cayeron de sus costados—. Yo... bueno... yo la hice.

Las cejas de Perséfone se juntaron y movió al cachorro de modo que la sostuvo en el hueco de su brazo.

—¿Tú... la *hiciste*?

—No es tan malo como parece —dijo Hécate.

Cuando no ofreció ninguna explicación, Perséfone habló.

—Hécate, por favor no me digas que esto era un humano.

No sería la primera vez. Hécate había convertido a una bruja llamada Gale en un turón que ahora tenía como mascota en el inframundo.

—Está bien, entonces no lo haré —respondió.

—Hécate —reprendió Perséfone—. No lo hiciste, ¿por qué? ¿Porque te molestó?

—No, no, no —dijo—. Aunque... eso es discutible. La convertí en un perro debido a su dolor.

—¿Por qué?

—Porque se estaba volviendo loca, y pensé que preferiría ser un perro que un mortal que había perdido.

Perséfone abrió la boca y luego la cerró.

—Hécate, no puedes convertirla en un perro sin su permiso. No es de extrañar que haya atacado tus faldas.

La diosa se cruzó de brazos.

—Ella me dio permiso. Me miró desde el suelo y me rogó que le quitara el dolor.

—Estoy segura de que no quería que la convirtieras en un perro.

Hécate se encogió de hombros.

—Una lección para todos los mortales: si vas a pedir ayuda a un dios, sé específico.

Perséfone ofreció una mirada puntiaguda.

—Además, necesitaba un nuevo grim. Hécuba está cansada.

—¿Un grim?

—Oh, sí. —Ofreció una sonrisa maliciosa—. Es solo una vieja tradición que comencé hace siglos. Antes de quitarle la vida a un mortal, envío un grim para torturarlo durante semanas antes de su final oportuno.

—Pero... ¿Cómo eres capaz de quitar vidas, Hécate?

—Me asignan como su Destino —explicó.

Perséfone se estremeció. Nunca había sido testigo de la venganza de la diosa, pero sabía que Hécate era conocida como la Dama del Tártaro por su enfoque único del castigo, que generalmente involucraba veneno. Perséfone solo podía imaginar el infierno por el que pasaría cualquier mortal con Hécate asignada como la causa de su muerte.

—Pero ya basta de mí y de este chucho. ¿Viniste a verme?

La pregunta de Hécate sacó la sonrisa del rostro de Perséfone al recordar la razón por la que había buscado a la diosa. A pesar de su frustración anterior, ya no sentía tanto enfado como decepción.

—Solo... me preguntaba si podríamos practicar.

Hécate entrecerró los ojos.

—Puede que no sea Hades, pero sé cuándo no estás diciendo la verdad. Vamos, suéltalo.

Perséfone suspiró y le contó a Hécate sobre la mujer del club. La diosa escuchó y después de un momento, preguntó:

—¿Qué pensaste que podrías haberle ofrecido a la mujer?
Perséfone abrió la boca para hablar, pero vaciló.

—Yo... no lo sé —admitió. Ni siquiera sabía lo que quería la mujer, aunque podía adivinarlo. Perséfone no tardó en darse cuenta de que los mortales rara vez pedían algo más que tiempo, salud, riqueza o amor. Nada de lo que Perséfone podría conceder, ni como la Diosa de la Primavera, y mucho menos como una diosa que acaba de aprender sus poderes.

—Veo adónde va tu mente —dijo Hécate—. No quise hacerte sentir menos, pero has respondido a mi pregunta de todos modos.

Los ojos de Perséfone se abrieron un poco.

—¿Cómo?

—Estás pensando como un mortal —dijo—. ¿Qué posibilidad podría ofrecerme?

—¿Qué podría haber ofrecido, Hécate? ¿Una rosa marchita? ¿El sol en un día frío?

—Te burlas de ti misma y, sin embargo, tu madre aterroriza al Mundo Superior con nieve y hielo. El sol es justo lo que necesita el mundo mortal.

Perséfone frunció el ceño. La idea de intentar contrarrestar la magia de su madre era abrumadora. Nuevamente, Hécate la detuvo.

—Viniendo de la mujer que usó la magia de Hades contra él.

Perséfone entrecerró los ojos.

—Hécate, ¿has estado ocultando que puedes leer mi mente?

—Esconderte implica que te engaño intencionalmente —respondió Hécate.

Perséfone arqueó una ceja.

—Pero sí, por supuesto que puedo leer la mente —

respondió y luego, como si eso lo explicara todo, agregó—: Soy una diosa y una bruja.

—*Genial*. —Perséfone puso los ojos en blanco.

—No te preocupes —dijo—. Estoy acostumbrada a desconectarme, especialmente cuando estás pensando en Hades.

La diosa arrugó la nariz y Perséfone gimió.

—Mi punto es, Perséfone, llegará un momento en que ya no podrás disfrazarte de mortal.

Un ceño frunció los labios de Perséfone, pero incluso ella estaba comenzando a preguntarse cuánto tiempo sería capaz de mantener esta farsa, especialmente con la magia de su madre corriendo desenfrenada en el Mundo Superior.

—Fue noble, querer ser conocida por tu trabajo, pero eres más que Perséfone, una periodista. Eres Perséfone, Diosa de la Primavera, futura reina del Inframundo. Tienes mucho más que ofrecer que palabras.

Pensó en algo que Lexa le había dicho sobre lo que significaba ser una diosa.

—*Eres amable y compasiva y luchas por tus creencias, pero, sobre todo, luchas por las personas.*

Perséfone respiró hondo.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Anunciar mi Divinidad al mundo?

—Oh, querida, no te preocupes por cómo el mundo llegará a conocerte.

Perséfone se estremeció y, aunque una parte de ella quería saber qué quería decir Hécate, otra parte no.

—Ven, querías practicar.

La Diosa se sentó en la hierba y palmeó el lugar junto a ella. Perséfone suspiró, sabiendo que Hécate tenía la intención de que meditara. No le gustaba meditar, pero había

estado trabajando en aprovechar su magia, y cuando mejoraba, por lo general era a través de las instrucciones de Hades que tenía más éxito.

Tomó su lugar al lado de Hécate, liberando a Nefeli para que deambulara por el prado circundante. Hécate comenzó, animándola a cerrar los ojos mientras le narraba cómo debería pensar en su magia, como un pozo o estanque del que podía alimentarse en cualquier momento.

—Imagina la piscina, reluciente, fresca.

El problema era que Perséfone no pensaba en su magia como un estanque, era oscuridad, era sombra. No era fresca, era fuego. No estaba tranquila, estaba furiosa. Ha estado encerrada tanto tiempo que la libertad la ha vuelto salvaje. Cuando se acercó, rechinó, brotó, sangró. Era lo opuesto a la paz, lo opuesto a la meditación.

Mientras estaba sentada con los ojos cerrados, sintió que la magia se agitaba a su alrededor, era de Hécate, un poder pesado y antiguo que olía como un buen vino, añejo y penetrante, y se sentía como el terror. Sus ojos se abrieron de golpe solo para descubrir que la pequeña y esponjosa perra de antes se había transformado en un enorme perro del infierno. Ya no era linda, sino feroz, sus ojos brillaban rojos, sus dientes eran largos, afilados, y su papada goteaba, salivando de hambre.

Nefeli gruñó, los ojos de Perséfone se dirigieron a Hécate, que se había movido para flotar detrás de su nuevo grim.

—Hécate... —La voz de Perséfone adquirió un tono de advertencia.

—¿Sí, mi señora?

—No me digas *mi señora* —espetó—. ¿Qué estás haciendo?

—Estamos practicando.

—¡Esto no es práctica!

—Lo es. Debes estar preparada para lo inesperado. No

todos son lo que parecen, Perséfone.

—Creo que lo entiendo. El perro no es lindo.

Un gruñido mortal brotó de la garganta de Nefeli. Avanzó poco a poco hacia Perséfone como un depredador arrinconando a su presa, inmovilizándola contra el suelo.

—¿Ella te insultó, mi amor? —preguntó Hécate, su voz dulce, pero reprendiendo.

Perséfone miró a la diosa mientras animaba al perro que había criticado antes.

—Si quieres que ella ceda, usa tu magia —dijo Hécate.

Los ojos de Perséfone se agrandaron. ¿Qué magia se suponía que debía usar para llamar a un sabueso?

—*Hécate...*

La diosa suspiró.

—¡Nefeli!

Cuando Hécate pronunció el nombre del perro, sus orejas retrocedieron y, por un breve momento, Perséfone pensó que iba a llamarlo.

En cambio, ella dijo:

—*Ataca.*

Los ojos de Perséfone se agrandaron y, en el segundo siguiente, se teletransportó y aterrizó en la hierba junto al océano Aleyonia. Solo había estado aquí una vez, una noche en la que había salido del palacio de Hades y se había perdido. Se puso de rodillas y se dio cuenta de que se había salvado por una pulgada de caer del acantilado. Sus extremidades temblaron mientras se acomodaba en la hierba, llevando sus rodillas a su pecho. Permaneció sentada un buen rato, dejando que el viento salado secara las lágrimas que le surcaban el rostro, repitiendo lo que había sucedido en el prado.

Teletransportarse se había sentido como su única opción

tan pronto como Hécate le había dado la orden, y aunque ahora estaba a salvo, también sentía que había fallado. No culpaba a Hécate. Sabía lo que la diosa estaba tratando de enseñarle. Tenía que pensar más rápido. Tan pronto como sintió la magia de Hécate rodeándola, debería haber estado alerta. En cambio, había estado demasiado cómoda, tan cómoda que no se había tomado en serio sus instrucciones.

No cometería el mismo error por segunda vez, porque eventualmente, no habría lugar para segundas oportunidades.

VI



UN TRATO

Perséfone paseaba por su dormitorio.

Hades no había regresado desde que la dejó en la limusina, y aunque no estaba ansiosa por su ausencia, *estaba* nerviosa por tratar de dormir sin él. Cada vez que miraba su cama sentía pavor. Al menos cuando Hades estaba aquí, sabía que él cuidaría su sueño y la despertaría de sus pesadillas si Pirítoo decidía aparecer.

Se detuvo frente a la chimenea y sus ojos se posaron en la jarra de whisky de Hades. Curiosa, la recogió estudiando el líquido ambarino. A través del cristal, brillaba como gemas citrinas. Una vez le preguntó a Hades por qué prefería el whisky como su bebida de elección.

—*Es saludable* —había dicho él.

Ella resopló.

»*Lo es* —había argumentado—. *Me ayuda a relajarme.*

—*Pero lo bebes constantemente* —señaló ella.

Entonces él se encogió de hombros.

—*Me gusta sentirme relajado constantemente.*

Si ayudaba a Hades a relajarse, tal vez la ayudaría a ella.

Sacó la tapa y tomó un trago. Fue sorprendentemente... dulce. Le recordaba a la vainilla y el caramelo, dos ingredientes con los que tenía mucha experiencia. Tomó otro trago, detectando un toque de especia similar al olor de Hades. A ella le gustó. Apretando la botella contra sus pechos, salió del dormitorio y se dirigió a la cocina, encendiendo las luces que parecían demasiado brillantes después de caminar por los pasillos en sombras del palacio.

Se estaba familiarizando más con la cocina de Milan y, sorprendentemente, el cocinero estaba feliz de compartir el espacio, probablemente porque Perséfone podía enseñarle recetas más modernas, en particular, estaba ansioso por aprender a hacer pasteles.

—*Ya sabes* —había dicho Perséfone una tarde mientras le enseñaba a decorar galletas de azúcar—. *Estoy segura de que hay muchos chefs célebres en Asfódelos. ¿Has pensado alguna vez en traerlos a tu cocina?*

—*Nunca tuve ninguna razón para hacerlo* —dijo Milan—. *Mi señor es una criatura de costumbres, ha comido lo mismo por toda la eternidad, no desea variedad o... sabor.*

Eso sonaba como Hades.

—*Estoy segura de que estará dispuesto a probar algunos platos nuevos.*

—*Si la sugerencia proviene de tus labios, no tengo ninguna duda de que se doblará a tu voluntad.*

Milan no se equivocaba. Perséfone comprendía el poder que ejercía sobre Hades. Él haría cualquier cosa por ella.

Quemaría el mundo por ella.

Esas palabras la estremecieron, su verdad sonó profunda, y se preguntó mientras la nieve y el hielo cubrían la tierra arriba, si Hades se mantendría fiel a sus palabras.

Suspiró y se concentró en su tarea. Decidió que lo que necesitaba, además de whisky, eran brownies. Se puso a

trabajar, localizando ingredientes, tazones y tazas medidoras. Comenzó derritiendo mantequilla y luego la mezcló con azúcar. Le encantaba batir los huevos, lo cual era bueno porque no quería descargar su frustración con la masa real, batir demasiado no le daría la textura que quería. Después de los huevos, agregó vainilla, flor y cacao en polvo. Una vez que mezcló la masa, la vertió en una sartén, alisando el extremo romo de su cuchara sobre la parte superior antes de probarla.

—Hmm —suspiró ante el sabor en su lengua, cálido y dulce.

—¿A qué sabe?

El sonido de la voz de Hades fue seguido por su presencia mientras se manifestaba detrás de ella. Perséfone volvió la cabeza hacia él; podía sentir su aliento en la mejilla mientras respondía.

—Sublime.

Se volvió hacia él y pasó el dedo por la cuchara, recogiendo suficiente masa para él.

»Prueba —susurró mientras sus dedos separaban sus labios.

No fue necesario persuadirlo; la lengua de Hades se deslizó a lo largo de su dedo, la presión de su boca aumentó mientras chupaba lo que quedaba de la masa. Cuando la soltó, hizo un sonido profundo en el fondo de su garganta y su voz retumbó mientras hablaba.

—Exquisito —dijo—. Pero he probado lo sublime y no hay nada más dulce.

Sus palabras apretaron su pecho e hicieron que el espacio que compartían se sintiera aún más pequeño. Se miraron por un momento, hirviendo a fuego lento en el calor que compartían hasta que Perséfone se dio la vuelta y devolvió la cuchara al cuenco.

—¿Dónde estabas? —preguntó, recogiendo la cacerola de

brownies y metiéndolos en el horno. Una abrumadora ola de calor golpeó su rostro cuando abrió la puerta.

—Tenía negocios —respondió Hades, evasivo como siempre.

Perséfone dejó que la puerta del horno se cerrara de golpe y se volvió hacia él.

—¿Negocios? ¿A esta hora?

Ni siquiera estaba segura de la hora, pero sabía que era temprano en la mañana.

Él le ofreció una sonrisa amenazante e inclinó la cabeza.

—Hago negocios con monstruos, Perséfone. —Miró hacia el cuenco sobre la encimera—. Y tú, aparentemente, horneas.

Ella frunció el ceño.

»¿No pudiste dormir? —preguntó él.

—No lo intenté.

Fue el turno de Hades de fruncir el ceño, y luego sus ojos se movieron.

—¿Ese es mi whisky?

Perséfone siguió su mirada hasta donde había dejado el recipiente de cristal.

—Lo era —respondió ella.

Luego sintió la mano de Hades en su barbilla cuando volvió su rostro hacia él y presionó sus labios contra los de ella, ligeramente al principio y luego con más fuerza, acercándose, sellando el espacio entre ellos.

—Estoy ardiendo por ti —habló contra su boca, sus manos rozaron su cuerpo, una mano apretó su trasero, la otra presionó contra la seda de su bata para acariciar su centro húmedo a través de la tela. Perséfone gimió, sus dedos se clavaron en su camisa mientras el calor florecía en la parte inferior de su estómago, derritiéndose entre sus muslos. Cada parte de ella se sentía sensible e hinchada.

Hades rompió el beso y Perséfone siseó mientras se movía para presionar su erección en el calor de su cuerpo.

»Juguemos un juego —dijo él.

—Creo que he terminado con los juegos por esta noche —dijo ella, sin aliento.

—Solo uno —dijo él, besando su mandíbula y tomando la cuchara cubierta de masa que ella había dejado caer en el tazón anteriormente.

Ella frunció el ceño mientras lo miraba, curiosa.

»Nunca lo he hecho —dijo, pasando el dorso de la cuchara por su pecho. La masa estaba fría y ella se estremeció.

—Hades...

—Shh —dijo, sonriendo y pasó la cuchara por sus labios. Ella comenzó a lamer la masa—. Detente.

Ella se congeló, sus ojos ardieron.

»Eso es para mí.

Ella tragó saliva.

—Nunca he querido a nadie más que a ti.

—¿Nunca? ¿Incluso antes de que supieras que yo existía? —lo desafió.

—Sí —dijo, y lamió sus labios antes de separarlos. Sabía a dulce de azúcar y whisky y olía a especias; una mezcla de clavo, geranios y madera. Sus labios se deslizaron hacia su mandíbula y los labios de ella quedaron hinchados por su beso. Habló contra su piel, las palabras vibraron en el fondo de su estómago—. Antes de ti, solo conocía la soledad, incluso en una habitación llena de gente; era un dolor agudo, frío y constante, y estaba desesperado por llenarlo.

—¿Y ahora? —susurró ella.

Hades se rio entre dientes.

—Ahora me muero por llenarte.

Su lengua tocó su pecho mientras lamía la masa en su piel, y sus manos se posaron en sus pechos, sus dedos acariciando sus pezones a través de su camisón. Perséfone jadeó, sus dedos jugaron con los botones de su camisa, pero Hades tenía otras ideas cuando la llevó al borde de la isla, colocándose entre sus piernas. Él estaba tan cerca que no podía seguir desnudándolo.

»Háblame de esta noche —dijo él, con las manos recorriendo sus muslos ligeramente, provocando su entrada. Se sentía tan incómodamente vacía.

—No quiero hablar de esta noche —dijo ella, alcanzando su muñeca, intentó atraerlo dentro de ella.

—Yo sí —dijo él, todavía rodeándola, enviando un escalofrío placentero por su columna vertebral como un rayo—. Estabas molesta.

—Me siento... estúpida —dijo.

—Nunca —suspiró él cuando un dedo se curvó dentro de ella. El brazo de Hades evitó que su cabeza cayera hacia atrás, sus ojos se sostuvieron mientras él suplicaba—. Dime.

—Estaba celosa —dijo entre dientes, la fea sensación la atravesó tan poderosa como el placer que él le estaba dando ahora—. Has compartido mucho con tantos antes que yo... Y sé que no puedes evitarlo y que has vivido mucho... pero yo...

Sus palabras fueron tragadas por una sensación abrumadora, una ola de placer que sacudió su cerebro y robó su aliento. Apenas podía respirar y Hades persiguió esa sensación, los dedos se hundieron más profundamente, el pulgar rozó ligeramente su clitoris.

—Te habría tenido desde el principio —dijo Hades, su tono bajo, áspero, sensual—. Pero las Moiras son crueles.

—Solo me dieron para castigarte —dijo ella.

—No, eres un placer. Mi placer.

Besó su boca de nuevo mientras sus dedos continuaban

trabajando y sus respiraciones se mezclaban, más rápido hasta que Hades presionó su palma contra su pecho y la guio hacia su espalda. Él la miró fijamente mientras hablaba.

»Eres tú ahora, para siempre.

Mientras él se inclinaba, haciendo que sus piernas se abrieran, la lengua probando su centro hinchado, ella se arqueó sobre la encimera de granito en la que él se deleitó. Sus dedos y lengua se movieron más rápido, persiguiendo su orgasmo con cada gemido entrecortado, pero antes de que pudiera correrse, se detuvo, se enderezó y tiró de ella fuera de la encimera.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó mientras sus pies tocaban el suelo. Había algo oscuro en su mirada y era erótico y violento, y Perséfone quería desafiarlo, darle vida.

—Cuando termine, la próxima vez que juguemos a ese maldito juego, te irás tan borracha que tendré que llevarte a casa.

—¿Y qué? ¿Pretendes follarme esta noche de todas las formas en que no me han follado?

El rio.

—Técnicamente es de mañana.

—Tengo que ir a trabajar pronto.

—Lástima —dijo y la giró, y con la mano en su cuello, la empujó hacia delante hasta que su rostro tocó la encimera de granito. Le abrió las piernas de una patada y la penetró por detrás, hundiéndose profundamente. La mano que había agarrado su cuello se movió a su boca y le separó los labios. Ella chupó sus dedos, saboreando el metal de su orgasmo en su piel.

Perséfone extendió la mano para agarrar el borde del mostrador mientras Hades la manejaba, pero tan pronto como comenzó, la levantó del mostrador. Un sonido gutural escapó de su boca mientras se movía con él todavía dentro de ella, su

polla tocando un lugar diferente y más sensible mientras su espalda se encontraba con su pecho.

—No he olvidado tu reclamo anterior. —Su voz era ronca contra su oreja. Se refería al juego que habían jugado en casa de Sybil, cuando ella afirmó haber fingido un orgasmo.

—Mentí —gimió ella, tratando de moverse contra él, pero Hades no se movió.

—Lo sé —dijo, y sus dientes rozaron su hombro—. Y tengo la intención de desalentar esas mentiras. Te follaré hasta el punto en que estés desesperada por liberarte, una y otra vez para que cuando finalmente te corras, ni siquiera recuerdes tu nombre.

La promesa en su voz la emocionó.

—¿Crees que serás capaz de parar? —preguntó ella—. ¿Para privarte de la satisfacción de mi orgasmo?

Hades sonrió.

—Si eso significa oírte suplicar por mí, cariño, sí.

Él le estiró el cuello y devoró su boca. Su lengua se entrelazó con la de ella, barriendo y deslizándose, haciendo que su boca se abriera tanto que le dolía la mandíbula. Ni siquiera podía devolverle el beso. Este era suyo y solo podía aferrarse a él. Cuando la soltó, fue para darle la vuelta, levantarle la pierna y volver a entrar en ella. El ángulo les permitió permanecer cerca, y él le tapó la boca con la suya, besándola con tanta fuerza que no podía respirar. Cuando sus labios dejaron los de ella, fue para dejar besos y dientes sobre su cuello, haciendo una pausa para chupar la piel sensible hasta que se lastimó bajo su toque. Cuando ya no pudo sostenerse más, la apretó contra la pared, empujando más fuerte, más rápido.

Ella miró su rostro, ojos salvajes y desenfocados, una capa de sudor perlado su rostro, hasta que ya no pudo concentrarse en nada más que la sensación de él y el placer

que exprimía dentro de ella.

»Te amo —dijo él—. Solo te he amado a ti.

—Lo sé —susurró ella.

—¿Lo haces? —la interrogó entre dientes, pero no por rabia. Estaba esforzándose, las venas de su cuello estallaron, su rostro estaba enrojecido.

—Lo sé —repitió ella—. Te amo. Solo quiero todo, quiero más, lo quiero todo de ti.

—Lo tienes —le prometió y la besó de nuevo, sus cuerpos resbaladizos y pegajosos. Su mano se movió, una presionada contra la pared detrás de ella, la otra apretando su trasero con tanta fuerza que sabía que iba a magullarla. Sentía el pecho apretado, tenso por el aire que no podía liberar.

Luego, de repente, él se apartó con una maldición, rozando sus labios con los dientes. Su grito gutural era de frustración. Realmente tenía la intención de torturarla, pero entonces se retiró por completo y la puso de pie, ajustándose la ropa antes de que Hermes apareciera en la cocina.

De repente, Perséfone comprendió la prisa de Hades.

Sería la segunda vez que el Dios de la Travesura los interrumpía. La expresión de Hades era asesina, pero una mirada a él silenció su frustración. El dios dorado parecía herido, pálido.

—Hades, Perséfone, Afrodita ha pedido su presencia. Inmediatamente.

El primer pensamiento de Perséfone fue que debía tratarse de Adonis, pero, ¿por qué parecía tan preocupado Hermes? Algo no cuadraba.

—¿A esta hora? —El brazo de Hades se apretó alrededor de Perséfone.

—Hades —dijo Hermes, con el rostro pálido—. Esto... no es bueno.

—¿Dónde? —preguntó él.

—Su casa.

No hubo más preguntas, solo el olor del aire intenso del invierno y las cenizas mientras se teletransportaban.

VII



UN TOQUE DE TERROR

Aparecieron en una gran habitación que Perséfone pensó que debía ser un estudio. La luz estaba apagada, lo que hacía que las paredes parecieran de un color verde azulado oscuro. Estanterías de color castaño forradas con libros encuadernados en cuero encajonadas en un escritorio del mismo color. Gruesos marcos de oro antiguo colgaban de la pared, encerrados en pinturas que representaban ninfas desnudas, querubines alados, y amantes debajo de los árboles. La pared opuesta eran todas ventanas, desnudas, dejándolos expuestos a la noche helada.

La decoración no se parecía en nada a la de Afrodita, sin lujosas alfombras, cristales o perlas, y, por un momento, Perséfone pensó que habían llegado al lugar equivocado, pero sus ojos pronto encontraron a la Diosa del Amor sentada en el borde de un sillón en el centro de la habitación. Iba vestida con un camisón de seda azul claro y una bata transparente. Su cuerpo estaba inclinado hacia una mujer que yacía envuelta a su lado.

Perséfone no la reconoció, pero pensó que tenía indicios de los rasgos de Afrodita; en la curva de sus labios, el arco de su ceja, la inclinación de su nariz. Estaba pálida, maltratada y

golpeada. Sus manos, que yacían enroscadas sobre su estómago en ascenso, estaban ensangrentadas, las uñas rotas y dentadas.

Pero lo que hizo que el estómago de Perséfone se retorciera fueron los cuernos de la diosa. Dos pedazos de hueso mutilado sobresalían de su cabello color miel embarrado y enredado. Un perro pequeño de pelaje blanco y sucio estaba acurrucado junto a ella, temblando.

Esto no era en absoluto lo que Perséfone esperaba. Esta diosa había luchado por su vida, y si no hubiera podido sentirla, habría pensado que la diosa estaba muerta porque su respiración era muy superficial.

—Oh, mis dioses. —Las manos de Perséfone fueron a su boca y algo espeso y agrio se acumuló en la parte posterior de su garganta. Corrió hacia ellas y se arrodilló, tomando la mano de Afrodita entre las suyas.

La Diosa del Amor miró a Perséfone con los ojos enrojecidos y el rostro manchado. Era difícil verla tan emocional. Afrodita usualmente hacía todo lo posible por reprimir sus sentimientos, lo más que transmitía era ira, y si eso comenzaba a derretir su exterior gélido, se apagaba, pero esto... esto había destruido sus defensas. Quienquiera que fuera esta diosa, era importante para ella.

—¿Qué pasó? —Hades hizo la pregunta, llenando la habitación con una oscura tensión que pareció acurrucarse en sus pulmones y robarle el aliento. Había un tono en su voz, un escalofrío de violencia, y le bajó por la espalda.

—No lo sabemos con certeza —respondió una voz, sorprendiendo a Perséfone. Se dio cuenta de que Hades no había estado dirigiéndose a Afrodita o Hermes, sino a otro; un hombre que se asomaba en la esquina cerca de las puertas. Era como si estuviera preparado para hacer una salida rápida, excepto que también se veía a gusto, apoyado contra la pared, con los gruesos brazos cruzados sobre el pecho. Era

casi del mismo tamaño que Hades, pero no se vestía como ningún dios que ella hubiera visto. Llevaba una túnica beige sin hilos y un pantalón que le llegaba hasta las pantorrillas. A pesar de su sencillez en la ropa, su barba y cabello rubios estaban bien cuidados y tenían una apariencia casi sedosa.

Pensó que podía adivinar quién era cuando bajó la mirada a sus pies, donde una prótesis dorada asomaba por la pernera del pantalón. Este era Hefesto, Dios del Fuego y el marido ausente de Afrodita, o eso decían los rumores.

Pero si estaba ausente, ¿qué estaba haciendo aquí ahora?

Hefesto continuó hablando, su voz como una cerilla encendida en silencio.

»Creemos que estaba paseando a su perro, Opal, cuando fue atacada y solo tuvo la fuerza suficiente para teletransportarse aquí. Cuando llegó, no estaba consciente y no hemos podido despertarla.

—Quien haya hecho esto sufrirá —dijo Hermes.

Era extraño ver al dios generalmente alegre tan serio.

Ella miró de Hermes a Hades, luego a Hefesto, notando sus feroces miradas. Perséfone se volvió hacia la mujer que yacía en el diván y preguntó:

—¿Quién es?

Esta vez, Afrodita habló, su voz llena de emoción.

—Mi hermana, Harmonía.

Harmonía, Diosa de la Armonía, era la menos combativa de los dioses, ni siquiera una olímpica. Perséfone nunca la había conocido, ni se había dado cuenta de su conexión con Afrodita.

Se volvió hacia Hades.

—¿Puedes curarla?

Él la había curado varias veces, pero sus heridas nunca habían sido como esto. Aun así, era el Dios de los Muertos y

tenía la capacidad de devolverlos a la vida. ¿Esto no estaba más allá de sus habilidades?

Aun así, negó con la cabeza, con una expresión sombría en su rostro.

—No, para esto necesitaremos a Apolo.

—Nunca pensé que esas palabras saldrían de tu boca —dijo Apolo, apareciendo de repente. Iba vestido de forma arcaica, con una coraza de oro, un lino tórax de cuero y sandalias con correas que envolvían sus fuertes pantorrillas. Una capa dorada colgaba de un hombro y algunos de sus rizos oscuros se pegaban a su frente sudorosa. Perséfone pensó que debía haber estado practicando, quizás para los Juegos Panhelénicos.

Estaba sonriendo con suficiencia, sus hoyuelos en plena exhibición, hasta que su mirada se posó en Harmonía, y luego su expresión se transformó en algo feroz. Era casi aterrador lo serio que podía ponerse en segundos, al igual que su hermano, Hermes.

»¿Qué pasó? —exigió, moviéndose para arrodillarse junto al diván, y Perséfone no pudo evitar detectar que el dios olía... diferente. Su aroma habitual de laurel, dulce y terroso, estaba dominado por algo más picante, como el clavo. Ella podría no haber notado tanto, pero se había colocado entre ella y Afrodita para alcanzar a Harmonía.

—No lo sabemos —dijo Hermes.

—Por eso te llamamos —respondió Hades, su voz goteaba con desdén.

—Yo... no entiendo —dijo Perséfone—. ¿Cómo sabría Apolo lo que le pasó a Harmonía?

El dios sonrió de nuevo, su horror momentáneamente olvidado mientras se jactaba.

—Mientras curo, puedo ver los recuerdos. Debería poder aprovechar sus heridas y descubrir cómo las recibió... y de

quién.

Perséfone se puso de pie y retrocedió un paso, observando cómo trabajaba Apolo, y se sorprendió de lo gentil que trataba a la diosa.

»Dulce Harmonía —dijo en voz baja, colocando la palma de su mano sobre su frente, le cepilló el cabello enredado—. ¿Quién te hizo esto?

Mientras hablaba, su cuerpo comenzó a brillar, y pronto ese resplandor se transfirió a Harmonía. Los ojos de Apolo se cerraron revoloteando, y Perséfone vio cómo se contraía su rostro, frunciendo el ceño, espasmos en el cuerpo, y se dio cuenta de que estaba experimentando su dolor. La respiración de Apolo se volvió irregular cuanto más trabajaba. No fue hasta que su nariz comenzó a sangrar que comenzó a preocuparse.

—¡Apolo, detente!

Perséfone lo apartó. Él cayó hacia atrás, su mano fue a su nariz, donde ahora el carmesí goteaba hacia sus labios. Mientras apartaba los dedos, parecía confundido por los efectos de su curación.

»¿Estás bien? —preguntó ella.

Apolo la miró, sus ojos violetas estaban cansados. Aun así, sonrió.

—Aw, Sefi —dijo—. Realmente te importa.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué no se despierta? —preguntó Afrodita, llamando su atención de nuevo a Harmonía, que no se había movido.

—No lo sé —admitió él—. La curé tanto como pude. El resto... depende de ella.

Perséfone sintió que el color desaparecía de su rostro. Pensó en Lexa en el limbo, eligiendo entre regresar o quedarse en el Inframundo.

—¿Hades? —preguntó Perséfone.

—No veo que su línea de vida termine —respondió, y ella tuvo la sensación de que solo estaba respondiendo a su pregunta tácita por su bien, no por el de Afrodita—. La pregunta más urgente es qué viste cuando la sanaste, Apolo.

Hizo una mueca como si tuviera dolor de cabeza.

—Nada —dijo—. Nada que nos ayude, de todos modos.

—¿Entonces no pudiste ver sus recuerdos? —preguntó Hermes.

—No mucho. Eran oscuros y confusos, una respuesta al trauma, creo. Probablemente esté tratando de suprimirlos, lo que significa que es posible que no tengamos más claridad cuando se despierte. Sus atacantes llevaban máscaras, blancas con bocas abiertas.

—Pero, ¿cómo se las arreglaron para hacerle daño? —preguntó Afrodita—. Harmonía es la Diosa de la Armonía. Debería haber podido influir en estos... *vagabundos* y calmarlos.

Eso era cierto. Incluso si su agresor hubiera logrado asestar un golpe sorpresa, Harmonía debería haber podido detener cualquier ataque posterior.

—Debieron haber encontrado una manera de someter su poder —dijo Hermes.

Todos los dioses intercambiaron una mirada, incluso Hefesto parecía preocupado, descruzando los brazos para salir de la sombra solo unos centímetros.

—Pero, ¿cómo? —preguntó Perséfone.

—Todo es posible —dijo Apolo—. Las reliquias causan problemas todo el tiempo.

Perséfone había aprendido sobre reliquias mientras estaba en la universidad. Era cualquier objeto imbuido del poder de los dioses; espadas, escudos, lanzas, telas, joyas, básicamente cualquier cosa que un dios hubiera poseído o regalado a uno

de sus favoritos. Por lo general, los artículos se rescataban de campos de batalla o tumbas. Algunos terminaban en museos, otros en manos de personas que tenían la intención de usarlos para su propio beneficio desastroso.

—¿Hades? —Ella lo llamó por su nombre porque podía decir que su mente estaba funcionando, dando vueltas a las posibilidades mientras hablaban. Después de un momento, él respondió.

—Podría ser una reliquia o quizás un dios ansioso por el poder.

Notó que su mirada estaba en Hefesto. El herrero había creado muchas cosas a lo largo de los siglos, escudos y carros, espadas y tronos, animatrónicos y humanos.

—¿Alguna idea, Hefesto?

Negó, su expresión sombría cuando sus ojos grises se posaron en su esposa y cuñada.

—Necesitaría saber más.

Perséfone tuvo la sensación de que eso no era exactamente cierto. Aun así, entendió que quería más información de la que Apolo había podido dar.

—Déjala descansar y cuando despierte dale ambrosía y miel —dijo Apolo, poniéndose de pie. Perséfone se levantó con él y lo estabilizó mientras tropezaba, colocando su mano sobre su cabeza.

—¿Estás seguro de que estás bien?

—Sí —suspiró él, luego se rio—. Mantente alerta, Sefi. Los convocaré pronto.

Luego desapareció. Perséfone se encontró con la mirada oscura de Hades y, mientras él parecía enfocado en ella por un momento, rápidamente cambió a Afrodita.

—¿Por qué convocarnos?

Perséfone hizo una mueca ante el tono de Hades; estaba

vacío de emoción, pero pensó que sabía por qué. Esto lo inquietaba como a ella, y si tenía que adivinar, probablemente él la estaba imaginando en esa silla golpeada y magullada, no a Harmonía.

La espalda de Afrodita se enderezó y miró a Hades.

—Llamé a Perséfone, no a ti —replicó ella enérgicamente, mirando a Hermes.

—¿Qué? —contraatacó él—. ¡Sabes que Hades no la dejaría venir sola!

—¿A mí? —preguntó Perséfone, con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. ¿Por qué?

—Me gustaría que investigues los ataques de Adonis y Harmonía —dijo ella.

—No —dijo Hades de manera uniforme.

Los dioses lo fulminaron con la mirada.

»Le estás pidiendo a mi prometida que se ponga en el camino de estos mortales que lastimaron a tu hermana. ¿Por qué diría que sí?

—Me lo preguntó a mí, no a ti —señaló Perséfone. Aunque Hades tenía razón. Si Adonis y Harmonía fueron atacados por su conexión con lo divino, no dudarían en hierirla por el mero hecho de que se casaría con el Dios de la Muerte—. Aun así, ¿por qué yo? ¿Por qué no pedir ayuda a Helios?

—Helios es un idiota —escupió Afrodita—. Siente que no nos debe nada porque luchó por nosotros durante la Titanomaquia. Prefiero follar con sus vacas que pedir su ayuda. No, no me daría lo que quiero.

—¿Y qué quieres? —preguntó Perséfone.

—Nombres, Perséfone —respondió Afrodita—. Quiero el nombre de todas las personas que pusieron una mano sobre mi hermana.

Se dio cuenta que no mencionó a Adonis. Aun así,

Perséfone se apoderó de un frío terror cuando se dio cuenta de lo que perseguía la diosa; venganza.

—No puedo prometerte nombres, Afrodita. Sabes que no puedo.

—Puedes —dijo—. Pero no lo harás por él.

Entrecerró la mirada hacia Hades.

—No eres la Diosa de la Retribución Divina, Afrodita —respondió Hades.

—Entonces prométeme que enviarás a Némesis para llevar a cabo mi venganza.

—No haré tal promesa —dijo Hades simplemente.

No estaban llegando a ninguna parte, y entonces habló Hefesto.

—Quien haya lastimado al mortal y a Harmonía tiene una agenda —dijo él—. Dañar a quienes los agredieron no nos llevará a un propósito mayor. También podrías, sin darte cuenta, probar su causa.

Afrodita lo fulminó con la mirada, sus ojos brillaban con algo que parecía más dolor que ira.

»Si ese es el caso, puedo ver el valor de que Perséfone investigue el asalto de Harmonía. Ella encaja, como mortal y periodista. Dado su historial de difamación contra los dioses, pueden incluso pensar que pueden confiar en ella, o al menos, convertirla en su causa. En cualquier caso, sería una mejor manera de comprender a nuestro enemigo, hacer un plan y actuar.

Fue el turno de Hades para mirarlo, pero las palabras de Hefesto la animaron y se volvió hacia Hades.

—No haría nada sin tu conocimiento —aseguró Perséfone a Hades—. Y tendré a Zofie.

Hades la miró fijamente durante un largo momento. Estaba rígido, todo en él odiaba esto, pero luego respondió:

—Discutiremos los términos.

Perséfone se pavoneó, eso no era un no.

Él continuó:

»Pero por ahora, necesitas descansar.

Ella sintió que su magia se elevaba para teletransportarse, y agregó antes de que desaparecieran:

—Convócanos una vez que Harmonía despierte.

Cuando aparecieron en el inframundo, se enfrentaron entre sí. Se prolongó un largo silencio donde ninguno de los dos dijo una palabra. Perséfone no creía que fuera porque no tenían nada que decir, sino porque ambos estaban exhaustos y el peso de tener que ver a Harmonía, uno de los suyos, golpeada al borde de la muerte, era pesado. Perséfone no sabía si debía gritar, sollozar o colapsar.

—Me mantendrás informado de cada paso que des, de toda la información que obtengas sobre este caso. Te teletransportarás al trabajo. Si te vas por cualquier motivo, tengo que saberlo. Llevarás a Zofie *a todas partes*... — Mientras él hablaba, cerró la brecha entre ellos—. Y, Perséfone, si digo que no...

No terminó la oración porque no era necesario. Ella sabía lo que quería decir.

Si decía que no, lo decía en serio, y ella sabía que, si desobedecía, no habría vuelta atrás, así que asintió.

—Está bien.

Él dejó escapar un suspiro y aseguró su mano detrás de su cuello, presionando sus frentes juntas.

—Si algo te sucediera...

—Hades —susurró, envolviendo sus manos alrededor de sus muñecas. Quería encontrar su mirada, pero él no soltó su

agarre en su cuello. Aun así, habló—. Estoy aquí. Estoy a salvo. No dejarás que me pase nada.

—Pero lo hice —respondió él.

Sin dar explicaciones, sabía que estaba hablando de Pirítoo.

—Hades...

—No deseo discutirlo —dijo él, y la soltó, dando un paso atrás. Aparentemente, tampoco deseaba tocarla—. Necesitas descansar.

Lo miró por un momento, ese mismo extraño silencio se extendía entre ellos. No le gustó y quería enfrentarlo, pero tampoco quería presionarlo. Él ya había dicho que no quería hablar, y tenía razón, estaba cansada.

Se retiró al baño donde se duchó. Necesitaba la privacidad, el calor, el ruido sin sentido del agua golpeando contra las baldosas. Se concentró en estas cosas todo el tiempo que pudo, evitando pensar en Adonis, Harmonía y Afrodita.

¿Habían pasado solo unas horas desde que estuvieron juntos en la cocina? Habían estado a punto de hacer el amor en todas las superficies. Todavía podía sentir el vacío que Hades había tallado en su interior. Dos veces la había tomado hoy y dos veces se había detenido, aunque no por elección. Ella estaba apretada y necesitada, aunque parecía egoísta pedir sexo dados los eventos de esta noche.

Aun así, casi la había rechazado antes, tanto sus palabras como su cuerpo.

Era como si no quisiera saber nada de ella esta noche.

Incluso sabiendo que eso no era cierto, un dolor se formó en su pecho al pensarlo, y se sentó en el suelo de la ducha, con las rodillas pegadas al pecho hasta que el agua se enfrió.

Levantándose, se puso una camisa holgada y regresó al dormitorio donde encontró a Hades de pie frente al fuego,

todavía vestido.

Ella frunció el ceño.

—¿Vienes a la cama?

Se volvió hacia ella y dejó su bebida a un lado antes de acercarse. Tomó su rostro entre sus manos mientras hablaba.

—Me reuniré contigo en breve.

La miró fijamente por un momento, y cuando se inclinó hacia delante, abrió la boca, anticipando su beso, excepto que él presionó sus labios contra su frente.

Una mezcla de emociones la inundó; la decepción y la vergüenza pelearon. ¿Qué estaba pasando por la cabeza de Hades? Fuera lo que fuera, se sentía como si la estuviera castigando. Lo miró fijamente, tragándose lo que quería decir, las acusaciones que quería lanzar, y susurró buenas noches antes de gatear bajo las frías sábanas, demasiado cansada para pensar mucho en el beso evasivo de Hades, cayó en un sueño profundo.

Se despertó más tarde para encontrar a Hades sentado en la cama, con la espalda desnuda hacia ella, los pies plantados en el suelo.

Bueno, pensó ella, ha hecho progresos en venir a la cama, al menos.

Lo alcanzó; su mano se extendió sobre los duros músculos de su espalda.

—¿Estás bien? —susurró.

Él se volvió y la miró, luego se giró por completo, su cuerpo desnudo se estiró hasta que su boca se alineó con la de ella, pero en lugar de besarla, le rozó la mejilla con el pulgar con ternura.

—Estoy bien —dijo y se enderezó—. Duerme. Estaré aquí

cuando despiertes.

Pero esas palabras no la reconfortaron, y en lugar de escuchar, se sentó y rodó sobre sus rodillas.

—¿Qué pasa si no quiero dormir?

Se sentó a horcadas sobre él, sus brazos rodearon su cuello mientras las manos de él se posaban en su cintura.

»¿Qué ocurre? —preguntó—. No me besaste antes y no te acostarás conmigo ahora.

Ella sintió sus manos flexionarse contra sus costados.

—No puedo dormir —dijo él—. Porque no puedo detener mi mente.

—Puedo ayudarte —susurró ella.

Él sonrió un poco, pero estaba triste, y cuando no dijo nada más, ella habló.

»Y... ¿Por qué no me besas?

—Porque hay rabia dentro de mi cuerpo y complacerme contigo... Bueno, no estoy seguro de qué tipo de liberación encontraría.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó, sus dedos entrelazados en su cabello.

—No, pero me temo que he aceptado algo que solo te hará daño y ya no puedo perdonarme.

—Hades —susurró su nombre, sus miedos lastimaron su corazón. Quería decirle que no era solo su decisión, también había sido de ella, pero sabía que no podía consolarlo. Este era un dios que había vivido durante siglos, un dios que conocía el mundo a diferencia de ella, un dios que tenía razones para creer como lo hacía, y ella no podía discutir con eso.

Se inclinó más cerca; su aliento acarició sus labios. La tensión entre sus cuerpos era eléctrica.

»Disfruta de mí —susurró—. Puedo manejarlo.

La aplastó contra él, metiendo su lengua en su boca, besándola hasta que no pudo respirar, hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas y su pecho dolía, y justo cuando pensó que no podía soportarlo más, él se separó de ella.

Mientras tomaba respiraciones entrecortadas, las manos de él se deslizaron por debajo de su camisón, guiando la tela sobre su cabeza. Cuando estuvo desnuda, sus manos presionaron en cada parte de ella; su espalda, sus senos y su trasero, y le besó la boca y le chupó el cuello y los pezones. La dulce sensación y el placer penetrante la hicieron arrastrar las uñas por su espalda, y luego él la penetró, deslizando un dedo dentro y luego el otro, trabajándola tan rápido y con tanta fuerza que no reconoció los sonidos que salían de su boca.

—Por favor —jadeó—. Por favor, por favor, por favor.

—¿Por favor qué? —preguntó él.

Su respuesta fue un grito gutural de liberación. No se recuperó cuando la depositó en la cama y sus piernas estaban tan entumecidas que colgaban abiertas, listas para él. Hades se sentó sobre sus talones delante de ella, acariciándose a sí mismo.

»¿Puedes manejarme? —preguntó él.

—Sí —suspiró. En el segundo siguiente, la agarró por el trasero, inclinó sus caderas y se estrelló contra ella, moviéndose a un ritmo que hablaba de su desesperación por correrse. Una vez más, sus manos estaban por todas partes, agarrando sus muslos, amasando sus pechos, de vez en cuando se inclinaba para saborear su lengua o lamer el sudor de su piel y cuando llegaron, Perséfone estaba segura de que todos en el inframundo escucharon sus gritos de éxtasis.

Hades se derrumbó sobre ella, harapiento, húmedo y pesado.

Perséfone envolvió sus piernas alrededor de él y sus manos se movieron a su cabello, apartándolo de su rostro.

Cuando ella contuvo el aliento, habló, le dolía la garganta por los gritos que Hades había arrancado de su garganta.

—Eres mío. Por supuesto, puedo manejarlo.

Era lo que había querido decir antes, cuando le preguntó, pero no había tenido suficiente aire para hacerlo. Hades se apartó para mirarla, su mirada la penetró, directo al alma.

Esto, pensó ella, era lo más vulnerable que jamás habían estado el uno con el otro.

—Nunca pensé que agradecería a las Moiras por nada de lo que me dieron, pero tú, valías todo.

—¿Todo qué?

—El sufrimiento.

VIII



UNA CONCESIÓN

Perséfone despertó en pánico.

No fue estimulado por un sueño, sino por el sentimiento de que se había quedado dormida.

Se levantó de la cama, fijándose en Hades que estaba parado frente a la chimenea. Después de la intensidad con que le hizo el amor anoche, ella esperaba que estuviera dormido a su lado. Encontrarlo despierto y completamente vestido hizo que su pecho se sintiera un poco vacío.

Aun así, él era hermoso y había algo diferente en su expresión, una vulnerabilidad que viene con las palabras que dijo anoche.

Estaba asustado.

Y tenía todo el derecho a estarlo, porque alguien por ahí había incapacitado a un dios.

Sin embargo, sabía que ese miedo no era por él, era por ella, y en lo único en lo que podía pensar era que, si fuera más fuerte, si pudiera recurrir a su poder como Hades, él no se preocuparía.

—¿Dormiste? —pregunto ella.

—No.

Frunció el ceño. No lo había escuchado moverse. ¿Se había levantado poco después de que ella se quedó dormida?

—¿Pesadilla? —pregunto él.

—No. Yo... pensé que me había quedado dormida.

—Mmm.

Tiró de su bebida, y la dejó a un lado, acercándose a ella. Ella estiró su cuello, sosteniendo su mirada, mientras él acariciaba su mejilla con los dedos.

—¿Por qué no dormiste? —preguntó.

—No tenía ganas —dijo.

Arqueó una ceja.

—Pensé que estarías exhausto.

Sonríó y habló gentilmente.

—No dije que no estuviera cansado.

Su dedo se movió sobre su boca, y Perséfone lo metió entre sus labios, chupando. Hades inhaló, sus fosas nasales se abrieron, y su otra mano se enredó en su cabello y la base de su cuello.

Fue una señal, una pista, de que no había liberado completamente la oscuridad que trató de mantener a raya anoche, o tal vez había rellenado su pozo mientras ella dormía. De cualquier manera, vio la misma pista de violencia, la misma necesidad de pasión descarada de anoche.

Sus ojos estaban en sus labios, y la tensión entre ellos humedecía el espacio entre sus piernas.

—¿Por qué te estás conteniendo? —murmuró ella.

—Oh, cariño, si tan solo supieras.

—Me gustaría. —Dejó caer la sábana de su pecho. Hubo un latido de silencio, un momento donde Hades todavía estaba rígido como una piedra, pero no cedió, en su lugar tragó y dijo:

—Voy a tener eso en mente. Por ahora, me gustaría que te vistieras. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué más sorpresa que lo que está pasando en esa cabeza tuya?

Le ofreció una risa y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Vístete. Estaré esperándote.

Perséfone lo siguió con la mirada cuando se dirigió a las puertas, llamándolo mientras las alcanzaba.

—No tienes que esperar fuera.

—Sí, tengo.

No lo cuestionó, lo dejó irse, salió de la cama y se vistió para el día. En un típico día de julio, usaría un vestido de verano para ir a trabajar, algo brillante y con estampados, pero la tormenta de su madre la hizo usar ropa abrigada. Eligió una camiseta negra de manga larga, una falda gris y medias. Lo combinó con tacones y su chaqueta de lana más cálida. Cuando salió al pasillo, Hades estaba esperando, con el ceño fruncido.

—¿Qué? —preguntó, mirando su atuendo.

—Estoy tratando de averiguar cuánto tiempo tardaría en desvestirte.

—¿Por eso saliste de la habitación? —preguntó.

La esquina de su boca se levantó.

—Simplemente estoy planeando con anticipación.

Se excitó, ¿estaba haciendo una promesa de cumplir sus pensamientos anteriores? Levantó su mano para que ella la tomara, acercándola él antes que su magia los envolviera.

Se manifestaron en lo que parecía ser una sala de espera. Había un sofá esmeralda sobre dos modernas y estampadas alfombras y una mesa café y dorada. El suelo era de mármol blanco, y una pared de vidrio mostraba una calle conocida, la reconoció como la calle Konstantine, la misma por la que

caminó con Lexa cuando visitó por primera vez la Torre de Alejandría.

Un torrente de emoción le quemó los ojos al pensar en su mejor amiga. Aclaró su garganta y preguntó:

—¿Por qué estamos en la Torre de Alejandría?

La Torre era otro edificio que Hades poseía, desde el cual operaba la fundación Cypress, el negocio filantrópico de Hades. Perséfone había aprendido por Lexa que Hades poseía varias caridades, unas que apoyaban a los animales, mujeres y a los que habían sufrido pérdidas. Recordó que se sintió avergonzada por no saber sobre sus múltiples esfuerzos, y cuando lo confrontó, él le explicó que estaba tan acostumbrado a existir en solitario, que nunca pensó en hablar sobre cómo estaba involucrado en el Mundo Superior.

Después, se enteraría de que su manto se extendía más allá del Mundo Superior y su filantropía, también a la parte inferior de Nueva Grecia. Era muy consciente de que ni siquiera entendía el tamaño del control de Hades, y eso la hacía estremecerse.

—Me gustaría que tuvieras tu oficina aquí —dijo Hades.

Perséfone se giró y lo miró, con los ojos abiertos.

—¿Esto es por lo que pasó ayer?

—Es una de las razones —respondió, y continuó—: También es conveniente. Me gustaría tu opinión a medida que continuamos con el proyecto Halcyon, e imaginó que tu trabajo con *The Advocate* conducirá a otras ideas.

Ella levantó una ceja.

—¿Me estás pidiendo que trabaje con Katerina?

Katerina era la directora de la fundación Cypress y trabajaba en el proyecto Halcyon con Sybil, un centro de rehabilitación de última generación que ofrecía atención gratuita a los mortales. No hace mucho tiempo, anunciaron la creación un jardín de terapia que estaría dedicado a Lexa,

que había estado trabajando en el proyecto antes de su muerte.

—Sí —dijo—. Debes ser la reina de mi reino e imperio. Es adecuado que esta fundación empiece a beneficiar también tus pasiones.

Perséfone no dijo nada y dio un giro, observando el espacio con una nueva perspectiva. Había cuatro puertas, dos a cada lado de la sala de espera. Una, era una sala de conferencias, las otras tres eran pequeñas oficinas. Estaban desnudas, a excepción de los simples escritorios, pero observó y empezó a imaginar cómo sería operar en este lugar.

—¿Te opones? —preguntó él.

—No —dijo. Solo que sus pensamientos estaban en espiral.

Pensó en algo que dijo Hades: *Es solo cuestión de tiempo que alguien con una venganza contra mí intente hacerte daño.* Esas fueron palabras que Perséfone difícilmente creyó en ese momento, principalmente porque no había querido, pero desde entonces, ella había visto la verdad una y otra vez, desde Kal a Pirítoo, hasta la enojada mujer que había arrojado café sobre ella.

Ahora había otra potencial amenaza, los atacantes desconocidos de Adonis y Harmonía.

Estaría loca si no aceptaba la oferta de Hades.

—Gracias. No puedo esperar para decirle a Helen y Leuce.

La esquina del labio de Hades se levantó, y le acarició la mejilla.

—Egoístamente, me va a encantar tenerte cerca.

—Rara vez trabajas aquí —señaló Perséfone.

—Desde hoy, esta será mi oficina favorita.

Trató de no sonreír, entrecerrando sus ojos hacia el dios, su futuro esposo.

—Lord Hades, debo informarle de que estoy aquí para trabajar.

—Por supuesto —dijo—. Pero vas a necesitar descansos y almuerzo, y me voy a asegurar de llenar ese tiempo.

—¿No es el objetivo de un descanso no hacer nada?

—No dije que te haría trabajar.

Sus manos se ajustaron en su cintura. Era una presión familiar, una que generalmente era seguida por un beso, pero cuando empezó a acercarla, alguien se aclaró la garganta, y Perséfone se giró para ver a Katerina.

—Lady Perséfone. —Sonrió, ofreciendo una linda sonrisa. Estaba vestida con una blusa de seda amarilla y pantalón caqui. Sus rizos creaban un halo alrededor de su cabeza.

—Katerina —sonrió Perséfone—. Es un placer verte.

—Me disculpo por la intrusión —dijo—. Pero tan pronto como me enteré de que Hades había llegado, supe que tendría que atraparlo antes de que se desvaneciera.

Perséfone miró a Hades, quien estaba mirando a Katerina. La expresión de su rostro la hizo sentir curiosa. Parecía lo suficientemente calmado en la superficie, pero apretó ligeramente los labios, lo que la hizo preguntarse qué quería compartir Katerina con el Dios de los Muertos.

—Voy a estar poco tiempo, Katerina.

—Por supuesto. —La mirada de la mortal se deslizó a Perséfone—. Estamos honrados de tenerte aquí, mi señora.

Se fue después de eso, y Perséfone miró a Hades.

—¿Qué fue eso?

—Te lo digo más tarde —respondió.

Ella levantó una ceja desafiante.

—¿Igual que me ibas a decir dónde fuiste la otra noche?

—Te dije que estaba negociando con monstruos.

—Una evasiva nunca es una respuesta —comentó ella.

Hades frunció el ceño.

—No deseo esconderte cosas. Simplemente no sé con qué cargarte durante tu dolor de duelo.

Perséfone abrió la boca y luego la cerró.

—No estoy enojada contigo. Estaba bromeando.

Hades le ofreció una sonrisa.

—Bromeando.

Estaba tocando nuevamente su mejilla, y su mirada fue tierna.

—Hablares esta noche —prometió.

Pensó que la iba a besar, pero en su lugar dejó de tocarla y se fue. Perséfone se quedó de pie allí por un segundo, se perdió en una bruma de deseo y, de repente, todo lo que quería era seguirlo y desafiarlo para que la tomara en su oficina de cristal ante toda su creación como prometió una vez. No tenía duda, él era tan insaciable como ella, y si no era más cuidadosa con sus pensamientos y acciones, no tendrían nada de qué hablar en la noche como había prometido.

Suspiró y sacó su teléfono, enviando un mensaje rápido a Leuce y Helen, avisándoles que se reunieran con ella en la Torre de Alejandría en lugar de su sitio habitual. Perséfone tenía que admitirlo, estaba aliviada de poder trabajar sin que el público observara cada movimiento.

Deambuló de nuevo por la habitación, empapándose con la realidad de que tenía un nuevo espacio para su negocio, preparándose mentalmente sobre como decoraría el espacio y su nueva oficina.

Acabó junto a las ventanas. Estar en el tercer piso significaba que tenía una vista impresionante de Nueva Atenas, rodeada de pesadas nubes, niebla, y nieve. Arados y camiones de sal estaban trabajando para despejar las carreteras, en todo momento, nieve y hielo seguían cayendo.

Incluso la ventana tenía guijarros de hielo. Pensó en las palabras de Hécate. *Tu madre aterroriza el Mundo Superior con hielo y nieve. El sol es justo lo que el mundo mortal necesita.*

Colocó su mano contra el vidrio.

Había una parte de ella que sabía que podía combatir a su madre porque lo había hecho antes. Había puesto de rodillas a Deméter en la corte de Hades, y la Diosa de la Cosecha, anciana y poderosa, no se había levantado contra su poder. Sin embargo, otra parte de ella temía que solo hubiera sido resultado de que los poderes de Deméter se debilitaban en el reino de Hades.

Usaste el poder de Hades en su contra, se recordó, y había sido terrorífico. Su interior tembló con las secuelas y se había sentido exhausta las semanas siguientes, durmiendo cuando no estaba trabajando. Sabía que era una señal de que no era lo suficientemente poderosa para contener esa clase de poder. Iba a tener que conseguir resistencia, y la única forma de hacer eso, era practicando más.

Cambió su mirada mientras una gota de agua bajaba por el cristal. Moviò su mano y la atrapo, el hielo había empezado a derretirse. Presionó juntos los dedos, tratando de averiguar si había sido su poder o su toque lo que calentó el vidrio. Su piel no estaba más cálida de lo usual, pero su magia estaba en guardia y alerta, podía sentirlo, como nervios altamente sensibles que reaccionan a su frustración.

Pero ese era el problema.

Tenía que empezar a usar su poder de manera *intencional*.

Colocando su mano nuevamente en el vidrio, enfocó su energía en su palma, cálida y eléctrica. De repente, el hielo empezó a derretirse de nuevo. Observó gotas de agua bajando por el cristal y todo en lo que podía pensar era que esto era un truco barato. No era nada comparado con la magia que iba a necesitar para terminar con el eterno invierno de Deméter.

Dejó caer su mano y, mientras lo hacía, las gotas de agua se congelaron en su lugar.

—¿Perséfone?

Se giró para encontrar a Sybil en la puerta de la oficina.

—Sybil —dijo, sonriendo. Entonces se abrazaron.

—¿Es verdad? ¿Vas a trabajar aquí? —preguntó Sybil.

—Hades me pidió que usara este espacio como oficina, y debo admitir que estoy más que feliz de aceptar.

Estaría protegida aquí, pero, sobre todo, Leuce y Helen estarían a salvo.

—¿Cómo estás? —preguntó Perséfone—. ¿Te ha estado molestando Ben?

Sybil le dio una mirada oscura y resopló.

—Lo siento mucho por él, Perséfone. No sabía que era tan...

—¿Raro?

—Creo que voy a tener que cambiar mi número.

—Me iba a ofrecer para amenazarlo, o hacer que Hades lo hiciera, pero parece no temer a los dioses.

—Creo que está demasiado concentrado en sí mismo como para tener miedo de los dioses —dijo ella.

—Lo siento, Sybil.

Se encogió de hombros.

—Es lo que obtengo por intentar un rebote —bromeó. Sin embargo, Perséfone frunció el ceño. Se refería a su efímera relación con Aro. El mortal que había sido amigo de Sybil por mucho tiempo y parecía un buen partido, pero, por alguna razón, Aro solo quería que fueran amigos.

—Creo que estoy más molesta porque nunca podré entrar de nuevo a Four Olives. Era uno de mis lugares de almuerzo favoritos.

—Adivina, siempre está el domicilio —dijo Perséfone.

—Sí, pero es probable que aparezca con mi pedido, y realmente no quiero que sepa dónde trabajo.

—Basándome en su factor espeluznante, creo que ya sabe dónde trabajas.

Sybil le dio a Perséfone un gesto aburrido.

—Gracias, amiga.

Ella sonrió.

—No te preocupes, no creo que pueda pasar a Ivy.

Ivy era la recepcionista de la Torre de Alejandría. Era una dryad, una ninfa del bosque. Era organizada y estricta. Nadie iba más allá de su escritorio si no era invitado.

—Almorcemos más tarde —dijo Sybil, ofreciéndole otro abrazo antes de regresar al trabajo. Perséfone no se quedó sola mucho tiempo antes de que llegaran Leuce y Helen. Helen gritó con la noticia de su nuevo espacio de oficinas, y las dos corrieron alrededor del piso como relámpagos, echando un vistazo a las oficinas, discutiendo sobre qué escritorio iban a tomar, y eligiendo la decoración. Perséfone deambuló a la primera oficina a la izquierda, se quitó su chaqueta, y sacó su computadora portátil.

Mientras se sentaba, tocaron a la puerta. Mirando hacia arriba, encontró a Helen parada en el marco de la puerta.

—Oye, ¿tuviste oportunidad de leer mi artículo?

—Sí. Toma asiento —dijo Perséfone.

—No te gustó —dijo de inmediato Helen, entrando a la oficina.

—No es eso, Helen. Tienes algunos puntos válidos, pero... Es un artículo peligroso.

Las cejas marrones de Helen se juntaron.

—¿Cómo es peligroso?

—Dijiste sobre los dioses, —dijo Perséfone, y citó—: En un

mundo en el que los mortales superan a los dioses en número, ¿deberíamos preguntarnos qué tendrían que hacer los Divinos?

—No es más de lo que hiciste cuando escribiste sobre Hades —argumentó Helen.

—Helen...

—Bien, quitaré la frase —dijo Helen, su tono fue tosco, su frustración obvia. Perséfone hizo una pausa, nunca había presenciado este comportamiento de su parte. En todo el tiempo que trabajó con ella en *Noticias Nueva Atenas* y desde el lanzamiento de *The Advocate*, había sido alegre y entusiasta. Aunque de nuevo, nunca antes había criticado su trabajo.

A pesar de su reacción, Perséfone se sintió aliviada de que estuviera de acuerdo en eliminar el comentario sobre los dioses.

—También quiero que encuentres a alguien de la Tríada para una entrevista.

Los labios de Helen se fruncieron.

—¿No crees que lo he intentado? Nadie responde mis emails. Esta gente no quiere ser conocida.

—Los correos electrónicos no son la única manera de rastrear una fuente, Helen. Si lo quieres lo suficiente, haces el trabajo a pie.

Los ojos azules de Helen brillaron.

—¿Y cómo sugieres rastrear al líder secreto de una organización terrorista?

Perséfone se encogió de hombros.

—Fingiría que soy uno de ellos.

—¿Quieres que finja que soy un miembro de la Tríada?

—¿Quieres tener una primicia? ¿Quieres ser la primera en revelar los altos rangos de la más peligrosa organización

terrorista en Nueva Grecia? Esto es lo que hay que hacer. Al final, depende de ti, ¿qué es lo que quieres?

Helen estaba en silencio, mirando a Perséfone. Después de un momento, preguntó:

—¿Y si se enteran de lo que estoy haciendo?

Perséfone resopló, pero respondió:

—Puedo protegerte.

—Te refieres a que Hades puede.

—No —dijo—. Me refiero a que *puedo* protegerte.

Helen se fue y los hombros de Perséfone se hundieron. ¿Por qué tener esa conversación con Helen se sintió como un enfrentamiento? Definitivamente esperaba que fuera más receptiva con su retroalimentación, y el hecho que no lo fuera fue una sorpresa. Se sintió contrario a la persona que pensó que era, pero tal vez no conocía en absoluto a la chica.

De repente, la magia se enroscó alrededor de ella, enderezando su columna vertebral, y la familiar esencia del laurel perfumó el aire.

—Mierda —dijo Perséfone justo antes de desaparecer.

IX



LA PALASTRA DE DELFOS

Nunca se acostumbraría a ser robada por la magia de otro dios, excepto Hades. No le gustaba la sensación, la forma en que la acunaba, acariciando su piel, invadiendo sus sentidos, pero al menos sabía quién lo estaba haciendo basándose en la esencia de su magia.

—Apolo —gruñó.

El frío la golpeó instantáneamente cuando se manifestó en un enorme patio rectangular rodeado por un porche techado. La nieve que caía del cielo era mínima, algunos copos flotaban en el aire, pero la tierra a sus pies era húmeda y lodosa. Escaneó sus alrededores, tratando de descifrar dónde estaba exactamente, pero se congeló cuando un hombre musculoso y desnudo tropezó hacia atrás, como si lo hubieran empujado.

Sus ojos se abrieron, su corazón acelerado, *muévete*, se dijo, pero, por alguna razón, sus pies no lo hicieron. Entonces fue arrastrada por el brazo, estrellándose contra un pecho duro y cubierto de cuero. Perséfone plantó sus manos y empujó, pero quien la retenía, la liberó rápidamente. Se tambaleó hacia atrás, y sus ojos hicieron un lento recorrido sobre el colosal cuerpo de un hombre. Desde sus fuertes pantorrillas envueltas por las correas de cuero de sus

sandalias y su linotórax de cuero, hasta sus redondos ojos de iris blancos. Eran probablemente la parte más impresionante de él, y la más desconcertante. Su mandíbula era fuerte, su rostro era atractivo y enmarcado por oscuros rizos. El hombre era un guerrero, un hoplita, si tuviera que juzgarlo por su atuendo.

Perséfone comenzó a agradecer al hombre por ayudarla cuando escuchó un fuerte golpe detrás de ella. Se giró para encontrar al otro hombre desnudo que había rodado sobre su estómago mientras otro envolvía sus manos en su mentón y tiraba de su cabeza hacia atrás.

—¿Tú gritaste? —gritó el hombre

El otro hombre gruñó, un sonido enojado que vino del fondo de su pecho.

Detrás de ella, el hombre que la había salvado se rio.

Lo miró.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

El hombre pareció no escucharla, así que preguntó de nuevo.

—¿Sabes dónde estoy?

De nuevo, pareció no escucharla. Esta vez, se paró frente a él. Su mirada cayó, encontrándose con la de ella.

—¿Puedes decirme dónde estoy?

Sus cejas se juntaron, y miró alrededor. Tal vez estaba confundido por su pregunta. Después de un momento, extendió su mano, como si le estuviera pidiendo la suya. Vacilante, la extendió y él la tomó, trazando letras en su palma.

D-E-L-F-O-S, deletreó y luego, P-A-L-A-S-T-R-A.

Una palastra era un centro de entrenamiento, utilizado principalmente para la lucha libre.

La palastra de Delfos.

Estaba en Delfos.

—Apolo. —Apretó los dientes, frustrada porque el Dios del Sol la trajera aquí sin ningún aviso. A pesar de su advertencia de anoche donde Afrodita, pensó que al menos la visitaría antes de llevarla a algún compromiso desconocido.

Miró hacia arriba, dentro de los inquietantes ojos blancos del hombre.

—¿Eres sordo? —preguntó.

Él asintió.

—Pero lees los labios —dijo ella—. Gracias por salvarme antes.

Llevó una palma plana a sus labios y la movió hacia delante, hablando.

—De nada.

Su habla estaba ligeramente distorsionada, casi gutural.

Sonrió justo cuando sonó una voz que la hizo temblar.

—¡Ahí estás, dumpling¹ de azúcar!

Perséfone se giró para encontrar al Dios del Sol caminando hacia ellos. Se veía luminoso, especialmente con el brillo del día. Usaba un traje similar al del enorme hombre detrás de ella, pero su coraza era de oro y hojas de laurel estaban entrelazadas entre su oscuro cabello. A pesar del exuberante tono de su voz, parecía frustrado, su mandíbula apretada, sus ojos con un tono antinatural púrpura.

—Apolo —gritó mientras la sujetaba del brazo.

—Tampoco te gusta ese, ¿eh? —preguntó.

—Hablamos de los sobrenombres.

—Lo sé, pero pensé que podrías... apreciarlo.

Ella lo miró y Apolo suspiró.

—Bien. ¡Vámonos, Sefi!

—Apolo —advirtió, plantándose en su sitio—. Suelta mi

brazo.

Se giró para enfrentarla, con los ojos radiantes. Algo estaba definitivamente mal.

—Te ofreciste —resopló, como si eso la convenciera de permitir que la arrastrase.

—La palabra que estás buscando es *por favor*.

Se miraron el uno al otro, y, de repente, sintió una presencia detrás de ella. Inclino su cabeza hacia atrás y se encontró al enorme hombre que la había ayudado antes. Se cernió sobre ellos, mirando a Apolo, con sus gruesos brazos cruzados sobre su pecho.

—¿Me estás desafiando, mortal? —Los ojos de Apolo se entrecerraron. Perséfone pudo sentir su magia activándose.

—No lucharás con él —dijo Perséfone, mirándolo fijamente.

Apolo se burló.

—¿Luchar? No habría pelea. Este no puede enfrentarme en batalla.

—Pelearé por ti, mi señor. —Otra voz se unió a la refriega y todos se voltearon para ver al hombre desnudo que había luchado más temprano. Se detuvieron, y estaban desnudos y embarrados, completamente ajenos al frío, o estaban demasiado entumecidos. Él que estaba hablando era el que había tenido la ventaja antes. Era atractivo, con grandes ojos marrones, una masa de corto, y rizado cabello, y barba.

—No hay necesidad —dijo Perséfone.

—No respondo ante ti, mujer.

Por el más breve de los momentos, Perséfone vio un destello de furia en los ojos de Apolo.

—Esta *mujer* es la prometida de Hades, la futura Reina del Inframundo. Arrodíllate ante ella o enfrenta mi ira.

Los ojos del hombre se abrieron antes de arrodillarse, seguido por su oponente y el hombre sordo, su nuevo amigo.

Cuando miró al Dios del Sol, estaba sonriendo.

—¿Ves lo que tu título les hace a los hombres, Perséfone?

Ella asintió.

—Debí dejar esta negociación cuanto tuve la oportunidad.

Pasó a Apolo y se dirigió a la cubierta del porche. No sabía a dónde iba, pero hacía frío, y tenía hambre.

—Ni siquiera sabes a dónde vas, Sefi —dijo Apolo, trotando para alcanzarla.

—Lo más lejos posible de tu concurso de pollas —respondió.

—Actúas como si fuera mi culpa —dijo él—. Tú eres la que no vino cuando lo pedí.

—No lo pediste. Lo *ordenaste*. Hablemos sobre eso.

Apolo estaba en silencio cuando caminó junto a ella. Después de un momento, empezó a hacer lo que sonaba como sonidos de disculpa.

—Yo... lo... si...

Perséfone desaceleró mientras Apolo luchaba a su lado. Trató de nuevo.

—Lo sien...

Su boca tembló, como si las palabras lo hicieran querer vomitar.

—Lo *siento* —finalmente lo logró, estremeciéndose.

—¿Tienes una hemorragia cerebral? —preguntó Perséfone.

—Esto puede sorprenderte, pero disculparse no es lo mío —dijo Apolo, deslumbrante.

—Estoy asombrada. Nunca lo habría adivinado.

—Sabes, podrías reconocer lo difícil que fue para mí. ¿No es para eso que están los amigos?

—Oh, ¿ahora somos amigos? Porque seguro no se sintió así antes.

Apolo frunció el ceño.

—Yo... no quería molestarte —dijo—. Estaba... frustrado.

—Lo noté. ¿Por qué?

—Conseguí... Estaba distraído mientras te traía aquí —admitió—. Pensé... que te perdía.

Las cejas de Perséfone se juntaron.

—¿Por qué estabas distraído?

Apolo empezó a abrir su boca y luego la cerró.

—La nieve empezó a caer de nuevo.

Ante la mención de la nieve, se giró en la dirección a la que él estaba mirando, las ráfagas se arremolinaban, ahora más gruesas, y su estómago se anudó.

—¿Podemos acordar que no vas a teletransportarme sin mi permiso?

—¿Hades necesita permiso?

De nuevo, lo fulminó con la mirada.

—¿De qué otra forma se supone que debo convocarte?

—Como lo hace la gente normal.

—No soy gente.

—Apolo...

Habían estado juntos un segundo y ella ya había tenido que advertirle dos veces.

—Bien —suspiró, cruzando sus brazos sobre el pecho, mientras apretaba los labios.

—¿Por qué me trajiste? —preguntó Perséfone.

—Quería presentarte a mi héroe —dijo—. Pero ya lo conociste.

—¿El grande? —preguntó, pensando que se refería al hombre sordo, y se sorprendió cuando las facciones de Apolo se pusieron tensas—. No, ese es el oponente de mi héroe, Ajax. *Mi* héroe es Héctor, el que mantiene todo junto.

Esperó que estuviera más orgulloso por eso, pero cuando continuó hablando, entendió su frustración.

—El que te insultó.

—Mmm, ¿dónde lo encontraste?

—Delos —dijo—. Es un héroe bien formado, pero arrogante. Esa será su muerte.

—¿Y aun así le diste tu favor?

—Delos es donde mi madre encontró refugio y nos tuvo a Artemisa y a mí —dijo—. Ellos son mi gente y él los protege. Le debo un favor.

Lanzaron sus miradas a través del campo donde varios hombres se enfrentaban, todos desnudos. Notó a Héctor, cuyos ojos se entrecerraron, con expresión burlona. Siguió su mirada y vio que observaba a Ajax, que estaba en el medio quitándose la ropa. Perséfone desvió sus ojos. Sabía que era una tradición que los griegos participaran en la mayoría de los deportes desnudos, con la excepción de las carreras de carros, pero, ¿también era necesario entrenar de esa manera?

—Hades no va a estar contento cuando se entere de cómo pasé mi día —reflexionó.

Esperaba que Apolo le diera una respuesta sarcástica, pero todo lo que dijo fue:

—Mmm.

Cuando lo observó, su mirada estaba fija en Ajax, sus ojos ardiendo. Conocía esa mirada, incluso en los ojos de alguien más, porque era la manera en que Hades la miraba. Codeó a Apolo.

—Pensé que Héctor era tu héroe —dijo Perséfone.

—Lo es.

—Entonces, ¿por qué estás mirando a Ajax?

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Apolo.

—Sería tonto si no observara al oponente de mi héroe.

—¿Cuando se está desvistiendo? —preguntó ella, levantando una ceja.

Apolo resoplo.

—No me gustas.

Se rio, pero su diversión murió cuando escuchó algo que ensombreció su espíritu.

—Míralo, vestido como un guerrero y no puede escuchar nada —dijo uno de los hombres en el campo, parado junto a otro, con los brazos cruzados, asintiendo hacia Ajax—. Qué chiste.

Perséfone apretó los puños y miró a Apolo, que permanecía imperturbable.

—No confío en él —dijo otro—. ¿Y si nos está engañando? ¿Tal vez pretende ser sordo para que bajemos la guardia y se lo dejemos fácil?

—Es un jodido favor —añadió una mujer—. De Poseidón, si escuché correctamente.

Todos se rieron, pero Perséfone estaba horrorizada. Miró a Apolo.

—¿Vas a permitir que sigan hablando así?

—No son mis héroes —dijo.

—Puede que no sean tus héroes, pero eres un canciller en los juegos. ¿No estableces el estándar de su comportamiento? —Se detuvo—. O ¿este es el estándar?

La mirada de Apolo era asesina, pero su atención regresó al campo mientras Héctor recogía un bastón de madera.

—Apolo. —La voz de Perséfone subió de tono.

Héctor se movió hacia atrás, su fuerza era evidente en la protuberancia de sus músculos, y tiró el bastón hacia Ajax. Perséfone miró con horror cómo el bastón voló por el aire, directo a la cabeza de Ajax, pero entonces, el mortal se giró en un segundo y atrapó el bastón con una mano. Lo miró

fijamente por un segundo antes de que su helada mirada cayera sobre Héctor y los que estaban a su lado durante su intento de asalto. Sus sonrisas se desvanecieron en bocas abiertas, justo como estaba la de Perséfone.

Ajax rompió el bastón contra su rodilla y descartó las piezas. Héctor sonrió.

—Así que tus reflejos son buenos, pero, ¿cómo eres en la arena?

En el siguiente segundo, cargó contra Ajax. Juntos, cayeron en el lodo, agua se deslizó por todas partes, rociando el rostro de los que estaban más cerca. Apolo se acercó al borde del pórtico, donde los dos estaban luchando, aunque no estaban luchando *exactamente*, estaban peleando. Por un momento, Héctor parecía tener la ventaja, golpeando el rostro de Ajax mientras se subía a su espalda, pero Ajax se hizo cargo rápidamente, capturando el puño de Héctor en sus manos y descartándolo como si no pesara nada. Ambos se pusieron de pie, rondándose el uno al otro, sus expresiones llenas de furia.

Héctor se apresuró contra Ajax que se inclinó, y le dio un puñetazo en el estómago. Entonces, levantó a Héctor y lo volteó sobre su espalda.

—Se odian el uno al otro —dijo Perséfone.

—Son oponentes —respondió Apolo, pero Perséfone no estaba segura.

Héctor se rio y bromeó con los otros héroes, solo era Ajax a quien trataba diferente. Se preguntó por un momento si era porque era diferente, sordo, o tal vez eran celos. Ajax era fuerte y capaz a pesar de su audición.

Aun así, Perséfone sentía que conocía esta rabia. La había sentido en el bosque de la desesperación.

Su mirada regresó a Héctor, que estaba quejándose en el frío suelo.

Tan rápido como su lucha había comenzado, terminó. Ajax no se puso de pie sobre Héctor para regodearse, pero se giró y miró a Apolo antes de recoger su ropa y abandonar el campo.

Las cejas de Perséfone se juntaron y miró desde el mortal retirándose hasta la forma del Dios del Sol.

—¿No vas a revisar a tu héroe? —preguntó.

—No. Es el castigo de Héctor por su arrogancia —dijo Apolo—. Quizás esto le enseñe humildad antes de enfrentar a Ajax en los Juegos Panhelénicos.

—¿Seguirás siendo el anfitrión de los juegos con este clima?

—Sí un hombre o mujer no pueden luchar con un poco de nieve, entonces no pertenecen a los juegos.

—No es solo por los competidores, Apolo. ¿Qué pasa con los espectadores? Viajar es peligroso con este clima.

—Si estás tan preocupada, tal vez deberías hablar con tu madre.

Perséfone bajó la mirada, frunciendo el rostro.

—¿Así que lo sabes?

—Todos lo sabemos —dijo Apolo—. No es como si Deméter no lo hubiera hecho antes. Es solo cuestión de cuando intervendrá Zeus.

El estómago de Perséfone se puso amargo.

—¿Ella escuchará a Zeus? ¿Si él le dice que se detenga?

—Lo haría —respondió Apolo—. O habría guerra.

Dejaron el campo y Apolo le dio un tour a Perséfone por la Palastra de Delfos. Era una hermosa instalación con varias habitaciones para bañarse, hacer deporte, y equipos que se ramificaban desde el pórtico que rodeaba el campo. Había varios campos de entrenamiento bajo techo y un enorme estadio abierto para prácticas de carros. Ahora miraba al campo desde una habitación privada que incluía un bar,

enormes televisores colgados en las paredes, y asientos de cuero que enfrentan una pared de vidrio. Estaba feliz por estar dentro, donde estaba cálido.

—Este lugar es increíble —dijo.

Había algo aún más impresionante sobre los estadios de carros y las carreras. Perséfone solo había podido verlos en televisión, pero estar aquí, en persona, le daba una idea de qué tan monumentales eran.

—Me alegra que te guste —dijo Apolo—. Yo... estoy muy orgulloso de ello.

Perséfone nunca pensó que escucharía a Apolo decir algo como eso.

Hubo silencio mientras miraron al centro, donde una pared baja llamada espina corría por la oblonga pista. Varias estatuas la decoraban, incluyendo una dorada de Apolo, pero también estaba Artemisa y una mujer que ella no reconoció.

—¿Quién es la tercera estatua? —preguntó.

—Mi madre, Leto —dijo Apolo—. Ella arriesgó su vida por dejarnos nacer a mi hermana y a mí, así que la protegemos.

Perséfone sabía que Hera había perseguido a Leto sin descanso antes y después de que diera a luz a los divinos gemelos, celosa por la infidelidad de Zeus. También sabía a qué se refería Apolo con *proteger*, él y su hermana habían matado a mortales y criaturas por igual. La boca de Perséfone se puso tensa con el pensamiento.

—Me gustaría que asistieras al primero de los juegos conmigo —dijo Apolo—. Es una carrera de carros.

—¿Me lo estás pidiendo u ordenando? —dijo Perséfone.

—Pidiendo —respondió Apolo—. A menos que digas que no.

—Y yo aquí, pensando que estabas cambiando —respondió ella suavemente.

—Pasos de bebé, senos dulces.

—Si Hades se manifiesta para matarte. No voy a impedirlo.

—¿Qué? ¡No es como si supiera a qué saben por experiencia!

—El simple hecho de que estemos teniendo esta conversación, es suficiente para hacer enfurecer a Hades.

—Tal vez deberías decirle que la toxicidad masculina no es atractiva.

Perséfone rodó los ojos y contestó.

—No confía en ti.

—Pero debería confiar en ti.

—Lo hace, también sabe cuántas veces te he dicho que no me llames por otros nombres. —Le dio una mirada desafiante.

Apolo se estiró y cruzó sus brazos sobre su pecho.

—Solo me estaba divirtiéndolo.

—¡Pensé que nos estábamos divirtiéndolo!

El Dios del Sol se iluminó.

—¿Te estabas divirtiéndolo?

Ella suspiró ruidosamente.

—Me haces arrepentirme de mantener mi parte de este trato.

Él sonrió.

—Lección número dos, Sefi. Cuando un dios te dé una salida, tómalala.

—¿Y cuál es la lección número uno?

—Nunca aceptes una negociación de parte de un Dios.

—Si esas son lecciones, nadie las estaba escuchando.

—Por supuesto que no. Dioses y mortales siempre quieren lo que no pueden tener.

—¿Incluyéndote? —preguntó, mirándolo.

Pareció sombrío entonces, una mueca empañando su rostro perfecto.

—Yo más que nadie —respondió Apolo.

1 Los dumplings son trozos de masa, a veces rellenos, que se cuecen en un líquido, como agua, sopa o masa dulce envuelta sobre frutas, verduras, carnes o pescados, y que pueden ser horneados.

X



UN PASEO EN EL PARQUE

Apolo devolvió a Perséfone a la Torre de Alejandría sin previo aviso. Su único indicio de que estaba a punto de actuar era el olor de su magia.

—¡Apolo! —gruñó, pero su frustración se perdió cuando el suelo pareció irse debajo sus pies. Su estómago dio un vuelco, el mundo brilló, y cuando se aclaró, encontró a Hades sentado detrás de su escritorio en la nueva oficina.

—Hola —dijo.

—Hola. —Su voz retumbó, un gruñido bajo y sus cejas se fruncieron.

No parecía complacido, pero parecía cómodo, se reclinó en su silla, un dedo presionado contra su boca, las piernas abiertas, y ella pensó que encajaría cómodamente en el espacio entre sus muslos.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Harmonía está despierta —dijo.

El corazón de Perséfone subió a su garganta.

—¿Cómo está? —Sus palabras llegaron a toda prisa.

—Estamos a punto de averiguarlo —dijo, y se puso de pie,

rodeando el escritorio—. ¿Disfrutaste tu tiempo con Apolo?

A Perséfone no le sorprendió que Hades supiera dónde había ido, probablemente podía oler la magia de Apolo. Aun así, frunció el ceño, sabiendo que Hades no estaba feliz y, sin embargo, no había nada que pudiera hacer. Ella y Apolo estaban sujetos a un trato que había insistido en cumplir cuando él intentó liberarla del contrato, algo que Hades no había estado en absoluto emocionado de saber.

Aun así, Perséfone mantuvo su postura. Lo último que necesitaba Apolo era sentirse abandonado.

—¿En una escala numérica? —preguntó ella—. Yo le daría alrededor de un seis.

Hades arqueó una ceja. Era como si quisiera divertirse, pero su irritación estaba ganando.

—Lamento que no estés satisfecho.

—No estoy disgustado contigo —respondió él—. Preferiría que Apolo no te llevara a Delfos durante la rabieta de tu madre y mientras los atacantes de Adonis y Harmonía todavía están ahí fuera.

—¿Me... seguiste?

La idea no la molestaba; de hecho, deseaba que Hades pudiera rastrear su ubicación con más frecuencia. Había momentos en los que él no podía encontrarla, de ninguna manera, y ella no estaba segura exactamente de cómo bloqueaba su capacidad para sentir y rastrear su magia. Había sucedido unas cuantas veces, una cuando se había perdido en el Inframundo, otra vez cuando Apolo la había robado para una ridícula competencia de karaoke y, finalmente, cuando Pirítoo la había secuestrado. Cada instancia era más peligrosa que la anterior.

Los ojos de Hades cayeron, y levantó su mano para que su anillo estuviera en exhibición completa, las gemas brillando bajo la luz, el centro de varias flores delicadamente

elaboradas.

—Estas piedras, turmalina y dioplasa, emiten una energía única, tu energía. Mientras lo uses, puedo encontrarte en cualquier lugar.

A Perséfone no le sorprendió esa habilidad, Hades era el Dios de los Metales Preciosos.

—No fue... intencionado —agregó Hades—. No me propuse... ponerte un rastreador.

—Te creo —dijo—. Es... reconfortante.

Hades la miró fijamente y luego le rozó los dedos con los labios. Su aliento era cálido contra su piel fría.

—Vamos, Afrodita está esperando —dijo, y desaparecieron.

Aparecieron fuera de una mansión compuesta de estuco blanco y vidrio. La puerta de entrada era de madera y tenía un tirador largo y elegante. Una ventana al lado permitió a Perséfone mirar y ver una escalera. Nunca habría adivinado que el estudio en el que había estado la noche anterior pertenecía a esta casa. Esa habitación era tradicional y cálida, mientras que esta era moderna y elegante.

Perséfone se estremeció, abrazándose mientras el viento azotaba a su alrededor, oliendo a sal y a frío punzante. El invierno de Deméter tampoco había olvidado las islas alrededor de Nueva Grecia, al parecer.

—¿No podemos simplemente teletransportarnos dentro como la última vez? —preguntó Perséfone, castañeteando los dientes.

—Podríamos —respondió—. Si nos hubieran invitado.

—¿Qué quieres decir? ¿No te dijo Afrodita que Harmonía estaba despierta?

Hades no respondió de inmediato.

—Hades —se molestó Perséfone.

—Ella envió a Hermes a por ti —respondió Hades—. Me encontró a mí en su lugar.

Se miraron el uno al otro. Perséfone no estaba segura de qué decir. Afrodita estaba intentando ir a espaldas de Hades, y mientras Perséfone se preguntaba qué esperaba lograr la Diosa del Amor sin Hades, también se preguntaba si Hades se daba cuenta de que no habría venido sin él.

—No harás esto sin mí —dijo.

Ella tenía su respuesta. Fue un golpe, un dolor que no había anticipado. Él no confiaba en ella, no con esto, de todos modos, y aunque reconoció que no tenía el mejor historial para obedecer, esto era diferente, ella era diferente. Le escocían los ojos y se tragó un nudo en la garganta mientras giraba la cabeza casi mecánicamente para mirar hacia la entrada.

—Perséfone...

Pero lo que sea que Hades estaba a punto de decir se perdió cuando se abrió la puerta. Respondió una mujer, excepto que Perséfone no pensaba que fuera una mujer en absoluto. Se veía lo suficientemente viva, mejillas rosadas y ojos vidriosos, pero no podía sentir ningún tipo de vida real, ni latidos del corazón o calidez.

Debe ser una animatrónica, pensó Perséfone, una de las creaciones de Hefesto.

—Bienvenidos. —Su tono era suave, entrecortado, le recordaba a la voz de Afrodita, solo que un poco tensa—. Mi señor y mi señora no esperan invitados. Digan sus nombres, por favor.

Perséfone empezó a abrir la boca, pero Hades pasó rápidamente junto a la mujer, el robot, fuera lo que fuera, y entró en la casa.

—¡Disculpe! —llamó a Hades—. ¡Estás entrando en la

residencia privada de lord y lady Hefesto!

—Soy lady Perséfone —dijo ella—. Ese es lord Hades.

El Dios de los Muertos se volvió hacia ella.

—Ven, Perséfone.

Cruzó los brazos sobre el pecho y la miró.

—Podrías mostrar algo de cortesía. No fuiste invitado, ¿recuerdas?

La boca de Hades se apretó.

La animatrónica se quedó en silencio, y Perséfone se preguntó por un momento si la había roto, pero su rostro cambió, se iluminó como si estuviera emocionada o complacida y dijo:

—Lady Perséfone, eres muy bienvenida. Por favor, sígame.

La mujer se volvió y se dirigió hacia una sala de estar abierta. Al pasar por Hades, dijo:

—Señor Hades, no eres muy bienvenido.

Puso los ojos en blanco, pero se puso a caminar junto a Perséfone. El calor se desplegó en su pecho cuando él tomó su mano. Ella trató de liberarse, pero la sujetó con fuerza y ella cedió. A pesar de lo enojada que estaba con él, ayudó que quisiera tocarla.

La casa de Afrodita era lo que esperaba: lujosa, abierta, romántica, y luego había elementos que no eran en absoluto lo que imaginaba: líneas modernas, arte en metal y madera pulida. Era una fusión de la Diosa del Amor y el Dios del Fuego y, sin embargo, por lo que había oído y visto de los dos, le sorprendió que sus distintas diferencias encajaran tan bien, y tan obviamente, en su hogar. Ella esperaba que vivieran separados y que eso fuera obvio.

Fueron conducidos por un pasillo: en un lado había ventanas, en el otro, lienzos rociados con rubor rosa y dorado. Perséfone mantuvo la mirada fija en el arte, sin querer mirar

hacia el jardín de enfrente y ver todas las plantas tropicales de Afrodita cargadas de nieve.

La criada se detuvo para abrir la puerta y les anunció al entrar.

—Milady Afrodita, lady Harmonía, lady Perséfone y lord Hades están aquí para verlas.

Entraron en una biblioteca y, aunque tenía las mismas ventanas del suelo al techo en la pared opuesta a ella, de alguna manera parecía más cálida. Tal vez fueron todas las estanterías de caoba, forradas con libros encuadernados en cuero y en relieve en oro, o las lámparas que arrojaban un resplandor ambarino sobre las paredes. Afrodita y Harmonía estaban sentadas una al lado de la otra en un sofá tapizado con terciopelo del color del frío océano de afuera. Delante de ellas había una bandeja con una tetera humeante, tazas y bocadillos pequeños.

Perséfone no podía apartar la mirada de Harmonía. La diosa rubia era una belleza como su hermana. Parecía más joven, su rostro menos anguloso y sus expresiones más suaves. La magia de Apolo había hecho mucho para curar los cortes y moretones que habían estropeado su piel la noche anterior, pero era evidente que había pasado por un trauma. Obsesión en sus ojos y la energía que la rodeaba. Se sentaba como si temiera que pudiera romperse, o tal vez como si no confiara en nadie, a pesar de que estaba a salvo. Acurrucada en su regazo estaba Opal, que estaba recién bañada, su pelaje blanco como la nieve una vez más.

Perséfone trató de no mirar los cuernos de Harmonía, o lo que quedaba de ellos, de todos modos. El hueso blanco se veía mal sobresaliendo de su cabello sedoso.

¿Volverían a crecer? Se preguntó. ¿Podrían restaurarse con magia? No lo sabía porque nunca había conocido a nadie que se acercara lo suficiente a un dios o una diosa para descornarlos. Tendría que preguntarle a Hades más tarde.

—Gracias, Lucy —dijo Afrodita, y la animatrónica se inclinó antes de partir. Los ojos de la diosa se dirigieron a Perséfone y luego a Hades.

—Veo que Hermes no siguió las instrucciones —comentó enérgicamente.

—Puedes agradecerle a Apolo por eso —dijo Perséfone.

—Perséfone y yo estamos haciendo esto juntos, Afrodita —dijo Hades.

Había silencio.

—Perséfone —dijo Afrodita—. Por favor, toma asiento.

Se sentó en una silla frente a las dos diosas. Afrodita continuó como si Hades no estuviera oscureciendo la habitación, aunque se colocó detrás de Perséfone.

—¿Té? —ofreció.

—Sí. —La voz de Perséfone era suave. Quería algo caliente para romper el frío en sus huesos.

Afrodita sirvió té y deslizó la taza y el platillo hacia ella.

—¿Azúcar?

—No, gracias —dijo, tomando un sorbo de la bebida amarga.

—¿Sándwich de pepino?

Era extraño ver a Afrodita haciendo de anfitriona, y Perséfone tuvo la impresión de que estaba siendo tan cortés debido al papel que quería que desempeñara en la búsqueda de los atacantes de Harmonía.

—No, gracias —dijo Perséfone.

Siguió el silencio, y fue Harmonía quien lo rompió con un suave carraspeo.

—Supongo que estás aquí para hablar conmigo —dijo, su voz era baja y suave, habló con cuidado, pero líricamente.

Perséfone vaciló, sus ojos se posaron en Afrodita por un

segundo.

—Si te sientes lo suficientemente bien. Necesitamos saber qué pasó anoche.

No podía decir cómo se sentía Harmonía al llevarlos a través del trauma de su encuentro con sus atacantes. No se inmutó ni parpadeó. Era como si estuviera encerrando todas sus emociones en un esfuerzo por comunicarse con ellas.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó y miró a Hades.

—¿Dónde estabas cuando te atacaron? —preguntó él.

—Estaba en el Parque Concorida —dijo.

El Parque Concorida estaba en Nueva Atenas. Era grande y tenía muchos senderos boscosos.

—¿En la nieve? —preguntó Perséfone.

Ofreció una pequeña sonrisa.

—Salgo a caminar allí todas las tardes con Opal —dijo. El perro blanco esponjoso en su regazo gruñó—. Tomamos nuestra ruta habitual. No sentí nada malo, ni violencia ni animosidad antes de que atacaran.

El hecho de que Harmonía caminara por el parque a menudo y tomara la misma ruta probablemente significaba que alguien conocía su rutina y planeó el ataque. La nieve también aseguraba pocos testigos.

—¿Cómo pasó? —preguntó Hades—. ¿Qué recuerdas primero?

—Algo pesado me consumió —respondió—. Sea lo que sea, me llevó al suelo. No podía moverme y no podía invocar mi poder.

Hubo un largo periodo de silencio y luego Harmonía comenzó de nuevo.

—Fue fácil para ellos después de eso, salieron del bosque, enmascarados. Lo que más recuerdo fue el dolor en mi espalda, una rodilla se posó en mi columna cuando alguien

tomó mis cuernos y me los cortó.

—¿Nadie fue en tu ayuda? —preguntó Perséfone.

—No había nadie —dijo Harmonía y negó—. Solo estas personas que me odian por ser algo que no puedo evitar.

—Después de que te quitaron los cuernos, ¿qué hicieron? —preguntó Hades. La pregunta fue cuidadosa, pero casi hizo que Perséfone se encogiera.

—Me dieron patadas, puñetazos y me escupieron —respondió.

—¿Dijeron algo mientras... te atacaban?

—Dijeron todo tipo de cosas —dijo—. Cosas feas.

Hizo una pausa por un momento, sus pestañas se llenaron de lágrimas.

—Usaron palabras como puta y perra y abominación, y algunas veces las unieron a una pregunta como: ¿dónde está tu poder ahora? Era como si pensarán que era una diosa de la batalla, como si les hubiera hecho algún daño. Todo lo que podía pensar es que podría haberles traído la paz y, en cambio, ellos me trajeron agonía.

Perséfone no supo qué decir, quizás porque no había nada que decir. No tenía la capacidad de comprender a las personas que habían herido a Harmonía o su motivo. Era odio, puro y simple. Odio por lo que era y nada más.

—¿Hay algo más que recuerdes? ¿Algo que puedas recordar ahora que nos ayude a encontrar a estas personas? —continuó Hades. Luego añadió suavemente—: Tómate tu tiempo.

Harmonía pensó, y después de un momento, comenzó a negar.

—Usaron la palabra *borregos* —dijo—. Dijeron, tú y tus borregos se dirigirán hacia la destrucción cuando comience el renacimiento.

—Borrego —repitió Perséfone, y miró a Hades—. Así es como me llamó la mujer de The Coffee House.

También había escuchado la palabra renacimiento antes, en el artículo que Helen había escrito sobre la Tríada. ¿Eran miembros estos atacantes enmascarados? ¿O simplemente seguidores renegados?

Harmonía guardó silencio y levantó su mano delgada y temblorosa para tocar los cuernos rotos en la parte delantera de su cabeza.

—¿Por qué crees que lo hicieron? —susurró ella.

—Para probar un punto —respondió Hades.

—¿Cuál es el punto, Hades? —preguntó Afrodita, la ira evidente en su voz.

—Que los dioses son prescindibles.

Reemplazables.

Desechables.

Inútiles.

—Y querían pruebas —agregó él—. No pasará mucho tiempo antes de que las noticias de tu ataque se difundan, lo queramos o no.

—¿No eres el Dios de las Amenazas y la Violencia? —preguntó Afrodita—. Usa tu vientre sórdido para adelantarte a esto.

—Olvidas, Afrodita, que primero debemos descubrir quiénes son. Para entonces, ya se habrá corrido la voz, si no entre las masas, entre aquellos que desean vernos caer.

Perséfone se encontró pensando en Sybil: ¿qué haría el oráculo en un momento como este? Era una pesadilla de relaciones públicas, pero peor aún, comunicaba que los dioses eran falibles, que podían, potencialmente, ser derrotados, y la última vez que los mortales habían luchado contra los dioses, el mundo se había ahogado en su sangre.

—Pero debemos dejarlo pasar por ahora —dijo él.

—¿Por qué? ¿Deseas que esto vuelva a suceder? —exigió Afrodita—. ¡Ya ha sucedido dos veces!

Las palabras fueron un insulto para Hades, y Perséfone, que solo deseaba ayudar.

—Afrodita. —Perséfone pronunció su nombre, su tono de advertencia.

—Entiendo lo que está diciendo lord Hades —interrumpió Harmonía—. Alguien está obligado a dejar escapar su conocimiento de mi terrible experiencia y cuando lo hagan, estarás listo... ¿No es así, Hades?

Perséfone miró de Harmonía al Dios de los Muertos, quien asintió.

—Sí —dijo él—. Estaremos listos.

XI



UN TOQUE DE UNA PESADILLA

Perséfone y Hades abandonaron la isla de Lemnos y regresaron al Inframundo. Cuando aparecieron en su dormitorio, Hades la agarró por los hombros y la aplastó contra él mientras tomaba su boca, besándola como si estuviera reclamando su alma. Por un momento, se quedó atónita. Había tenido en la cabeza que regresarían y discutirían. Hades sabía que estaba enojada con él y no le gustaba dejarlo hervir. Cedió ante la sensación de sus labios, el empuje de su lengua, el olor a ceniza y pino adherido a su piel. Movi  su brazo, acunando su cabeza en la curva de su codo mientras el otro iba hacia su rostro. Con un último barrido de su lengua sobre sus labios, se apartó.

Sus ojos se abrieron rápidamente para encontrar a Hades mirándola con ternura, como si se diera cuenta de su amor por ella una vez más.

— Por qué fue eso? —preguntó ella, sin aliento.

—Me defendiste ante Afrodita —dijo.

Perséfone abrió la boca para hablar, pero no tenía palabras. Le había gritado a la Diosa del Amor porque sus palabras habían sido crueles y Hades no merecía su censura. Le dolía pensar que alguna vez había hecho lo mismo.

—Estoy agradecido —agregó.

Ella le sonrió y él bajó la mirada a sus labios, antes de que sus cejas se fruncieran sobre sus endurecidos y oscuros ojos.

—Herí tus sentimientos —dijo él, frunciendo el ceño.

Sus palabras fueron una flecha en su pecho, robándole la sonrisa al recordar lo que le había dolido fuera de la casa de Afrodita. Miró hacia otro lado por un momento, sus pensamientos un poco caóticos, pero pensó que era mejor ser directa. Encontró su mirada.

—¿Confías en mí? —preguntó ella.

Los ojos de Hades se agrandaron.

—Perséfone...

—Lo que sea que estés a punto de hacer, detente —dijo Hécate, apareciendo en la habitación, cubriéndose los ojos con la mano.

Los dos se volvieron para mirarla. Vestía más formalmente de lo habitual, con túnicas del color de las rosas de medianoche y el cabello recogido en trenzas.

—¿Nos desvestimos antes de que abra los ojos? —preguntó Hades, mirando a Perséfone.

Hécate dejó caer su mano y lo fulminó con la mirada.

—Las almas están esperando. ¡Ustedes dos llegan tarde!

—¿Tarde para qué? —preguntó Perséfone.

—¡Su fiesta de compromiso!

Intercambiaron una mirada cuando Hécate tomó la mano de Perséfone y la arrastró hacia la puerta.

—Ven, no tenemos mucho tiempo para prepararte.

—¿Y yo? —dijo Hades—. ¿Qué me pondré para esta fiesta? Hécate miró por encima de su hombro.

—Solo tienes dos atuendos, Hades. Elige uno.

Luego salieron por la puerta y se dirigieron por el pasillo

de mármol hacia la Suite de la Reina, donde normalmente se preparaba para los eventos. Una vez dentro, Hécate convocó su magia. El olor la puso rígida, tal vez porque la última vez que lo usó en presencia de Perséfone, le había ordenado a su sombrío que atacara. Fue el olor lo que la desencadenó, mora e incienso, y la sensación, algo viejo, antiguo y oscuro, pero cuando la tocó, fue una caricia, un leve pinchazo que se sintió como seda desplegándose sobre la piel. Se relajó debajo de él, cerró los ojos y dejó que se enredara alrededor de su cuerpo y en su cabello. No pasó mucho tiempo después que Hécate habló.

—Perfecto —dijo, y Perséfone abrió los ojos para encontrar a la Diosa de la Magia sonriendo.

—¿No hay *lampades* esta vez?

—Desafortunadamente, no tenemos tiempo para el ocio —dijo—. Ven, mira mi obra.

La Diosa giró a Perséfone para mirarse en el espejo y soltó un suspiro. Llevaba un vestido rosa pálido con un corpiño ajustado y una falda de tul. Era simple y hermoso. En el proceso de usar su magia, Hécate le había quitado el glamour y estaba en su forma divina, con delgados cuernos blancos retorcidos en su cabeza y flores blancas de camelia formando una corona en su base. Su cabello se rizaba por su espalda, todos en diferentes tonos de oro. Sus ojos, verde botella y brillantes, la hacían parecer salvaje, indómita, amenazadora.

Siempre supo que había oscuridad dentro de ella. Hécate y Hades lo habían visto cuando ella solo podía sentirlo.

Ahora ella también lo veía.

Hay oscuridad dentro de ti. Ira, miedo, resentimiento. Si no te liberas primero, nadie más podrá hacerlo.

Se encontró con la mirada de Hécate en el espejo y la bruja le ofreció una suave sonrisa. Había escuchado sus pensamientos.

—Esta oscuridad no es la misma. Esta oscuridad es trabajo y trauma, dolor y pérdida. Es la oscuridad la que te convertirá en Reina del Inframundo.

Entonces Hécate se inclinó hacia delante, sosteniendo los hombros de Perséfone entre sus manos, colocando su barbilla sobre su hombro.

—Mírate mucho, amor mío, pero no temas el cambio.

Miró fijamente por un momento más y descubrió que no tenía miedo de la persona que la miraba fijamente. De hecho, le agradaba a pesar del dolor y la pena. Ella estaba rota y, de alguna manera, era mejor por eso.

—Ven. —Hécate deslizó sus dedos por los de Perséfone y se teletransportó.

Aparecieron en medio de Asfódelos, bajo un dosel etéreo de luces y reluciente tela blanca. Linternas y ramos de rosas blancas y ruborizadas, delphiniums, caldos y hortensias flanqueaban a ambos lados de la carretera. Había velas en cada ventana y mesas fuera de cada hogar llenas de una variedad de comida, todas las especialidades de las almas que residían en el interior. Los olores eran variados y deliciosos. Las propias almas salieron en masa, todas bien vestidas y alegres.

—¡Lady Perséfone ha llegado! —anunció Hécate, y después de que se inclinaran, vitorearon y se acercaron para tomar su mano o agarrar su vestido.

—¡Estamos tan emocionados, lady Perséfone!

—¡Felicitaciones, lady Perséfone!

—¡No podemos esperar para llamarte reina!

Sonrió y se rio con ellos hasta que Yuri se acercó y la abrazó.

—¿Qué opinas? —preguntó, sonriendo tan ampliamente que Perséfone estaba segura de que no había visto al alma tan feliz desde que la conoció.

—Es realmente hermoso, Yuri —dijo—. Te superaste a ti misma.

—¡Si crees que esto es hermoso, tienes que ver el prado!

Yuri tomó la mano de Perséfone y la guio por el largo camino, pasando por casas, flores y linternas hasta el verde esmeralda de la pradera de Asfódelos. Desde el centro de la ciudad, había visto orbes de luz en la distancia, pero ahora que se acercó, vio lo que realmente eran. Las lámparas flotaban a unos pocos pies del suelo, su luz sobrenatural encendía todo el prado cubierto de narcisos donde se colocaban mantas blancas. Cada espacio tenía una canasta de picnic decorada con los delphiniums blancos de los ramos que había visto en la ciudad.

—Oh, Yuri, es perfecto —dijo Perséfone.

—Lo pensé porque te gustan los picnics —dijo, y junto a ella, Hécate resopló.

Perséfone arqueó una ceja hacia la Diosa.

—¿Qué? Me gustan los picnics.

—Te gustan los picnics solo con Hades. Te gusta Hades —dijo.

—¿Y? Esta es mi fiesta de compromiso.

Hécate echó la cabeza hacia atrás, riendo.

—¿Te gusta? —preguntó Yuri. Pareció tomar las palabras de Hécate en sentido de que podría no gustarle la decoración.

—Me encanta, Yuri. Muchas gracias.

El alma sonrió.

—¡Ven! ¡Tenemos tanto planeado: bailes, juegos y fiestas!

Regresaron al concurrido centro de la ciudad y Perséfone se maravilló de la diversidad de las almas: había gente de todos los ámbitos de la vida, y quería aprender de cada uno. Todos iban vestidos de manera diferente, tenían diferentes tonos de piel y acentos, cocinaban diferentes alimentos y

preparaban diferentes tés, tenían diferentes costumbres y creencias, habían vivido vidas diferentes, algunas sin y otras con avance, algunas solo unos pocos años y otras, largas vidas y, sin embargo, aquí estaban, al final de todas las cosas, compartiendo su eternidad sin ningún indicio de ira o animosidad.

—Mira quién ha llegado, y también con túnicas nuevas —dijo Hécate, sacando a Perséfone de sus pensamientos. Se volvió y sus ojos conectaron con los de Hades, que se había manifestado al final del camino de la entrada a Asfódelos. Su presencia detuvo sus pasos e hizo que su corazón latiera dolorosamente en su pecho.

Era deslumbrante, un Rey de las Tinieblas, envuelto en sombras. Su túnica era del color de la medianoche, adornada en plata y colgada sobre un solo hombro, dejando al descubierto parte de su musculoso pecho y bíceps. Ella siguió su piel bronceada, los contornos y las venas que subían por su brazo y desaparecían bajo su largo y sedoso cabello. Esta vez, usaba la mitad superior y sus cuernos negros estaban coronados con púas de hierro.

De pie en los extremos opuestos del camino, Perséfone se sorprendió por lo similares que eran, no en apariencia, sino algo más profundo, algo que atravesaba sus corazones, huesos y almas. Habían comenzado en dos mundos muy diferentes, pero al final querían lo mismo: aceptación, amor y consuelo, y lo habían encontrado en los ojos, los brazos y la boca del otro.

Esto era poder, pensó mientras su cuerpo se sonrojaba y revoloteaba con una caótica maraña de emociones: la pasión y el dolor de amar a alguien más que el aire en tus pulmones y el brillo de las estrellas en el cielo nocturno.

—¡Lord Hades! —Un coro de voces sonó cuando varios niños corrieron hacia él, abrazando sus piernas. Otros se quedaron atrás, demasiado tímidos para acercarse—. ¡Juega

con nosotros!

Él sonrió y la golpeó con fuerza en el pecho, la risa que siguió sacudió sus pulmones. Se inclinó y tomó a una pequeña niña llamada Lily en sus brazos.

—¿A qué vamos a jugar? —preguntó.

Hubo varias voces a la vez.

—¡Al escondite!

—¡Gallina ciega!

—¡Ostrakinda²!

Era extraño, casi desgarrador, escuchar sus peticiones, sobre todo porque Perséfone sabía cuánto tiempo habían estado en el Inframundo por sus elecciones.

—Bueno, supongo que es solo una cuestión de a cuál jugaremos primero —respondió Hades.

Luego levantó la mirada y se encontró con la de Perséfone. Esa sonrisa, la que hacía que su corazón se agitara porque era tan rara y tan genuina, permaneció en su lugar.

Con su mirada, vinieron muchas otras. Algunos de los niños que habían sido demasiado tímidos para acercarse a Hades, se acercaron a ella, tomando cada una de sus manos.

—¡Lady Perséfone, por favor, juega!

—Por supuesto —se rio—. ¿Hécate? ¿Yuri?

—No —dijo Hécate—. Pero miraré y beberé vino desde el margen.

Se trasladaron a un espacio abierto cerca del área de picnic que Yuri y las almas habían organizado y jugaron la mayoría de los juegos que los niños habían sugerido, al escondite, que era demasiado fácil para Hades, ya que le gustaba volverse invisible justo cuando estaba a punto de ser encontrado, lo que significaba que cuando pasaron a jugar la gallina ciega, Perséfone había declarado que Hades no podía ser “eso”, ya que usaría sus poderes para encontrarlos en el

campo. Su juego final fue Ostrakinda, un juego de la Antigua Grecia en el que se dividieron en equipos: uno representaba la noche y el otro representaba el día, que se correspondían con los colores blanco y negro de una concha que se lanzaba al aire. Dependiendo de qué lado se volviera hacia arriba, un equipo perseguiría al otro.

Perséfone nunca antes había jugado al juego, pero era bastante simple. El mayor desafío sería escapar de Hades, porque mientras él estaba frente a ella en el equipo de la noche, sabía que tenía la mirada puesta en ella.

Entre ellos, un niño llamado Elías sostenía un caparazón gigante en la mano. Dobló las rodillas y saltó, enviándolo a volar por los aires. Aterrizó con un ruido sordo en la hierba, con el lado blanco hacia arriba, y hubo un caos cuando los niños se dispersaron. Por un segundo, Perséfone y Hades permanecieron en su lugar, con los ojos cerrados. Entonces, una sonrisa depredadora cruzó el rostro del dios y la Diosa de la Primavera se dio la vuelta. Mientras lo hacía, sintió el fantasma del dedo de Hades a través de su brazo; ya había estado cerca de capturarla.

Corrió, la hierba estaba fresca bajo sus pies y su cabello se movía detrás de ella, se sintió libre e imprudente cuando se volvió para mirar por encima del hombro a Hades que se estaba acercando, y, de repente, recordó que no se había sentido así desde antes del accidente de Lexa. El pensamiento hizo tambalear sus pasos, y se detuvo por completo, su euforia aplastada bajo el peso de la culpa.

¿Cómo pudo haberlo olvidado? Su rostro se calentó y un grosor se acumuló en su garganta haciendo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Hades se acercó a ella. Al reconocer que algo andaba mal, preguntó:

—¿Estás bien?

Le tomó un momento responder, un momento en el que

trabajó para tragarse las lágrimas que se acumulaban detrás de sus ojos y reprimir el temblor en su garganta.

—Acabo de recordar que Lexa no está aquí. —Miró a Hades—. ¿Cómo pude haberlo olvidado?

La expresión de Hades era sombría, sus ojos dolidos.

—Oh, cariño —dijo, y presionó sus labios contra su frente. Fue suficiente porque fue un consuelo. La tomó de la mano y la condujo al área de picnic donde las almas ahora se habían reunido para festejar. Yuri les mostró dónde debían sentarse, en el borde mismo del campo sobre una manta que estaba cargada con las mismas linternas y ramos de flores que decoraban el camino. La canasta estaba llena de alimentos y odres, ofreciendo una muestra de la cultura en Asfódelos.

Hicieron un festín y el prado se llenó de charlas felices, risas y gritos de alegría de los niños. Perséfone observó la escena con el corazón lleno. Esta era su gente, pero lo más importante, eran sus amigos. El impulso de protegerlos y mantenerlos era casi primordial; era ese impulso lo que la sorprendió, pero también era la forma en que supo que quería ser la Reina del Inframundo, porque asumir ese título significaba algo mucho más que la realeza. Era responsabilidad, era cariño, estaba haciendo de este reino un espacio aún mejor y más reconfortante.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Hades.

Ella lo miró y luego a sus manos. Sostenía un panecillo de trigo y lo había estado partiendo en pedazos, su regazo estaba cubierto de migas. Lo dejó a un lado y se las quitó.

—Estaba pensando en convertirme en reina —dijo.

Hades le ofreció una pequeña sonrisa.

—¿Y eres feliz?

—Sí —dijo—. Por supuesto. Estaba pensando en cómo será. Qué haremos juntos. Si, es decir, Zeus lo aprueba.

Los labios de Hades se tensaron.

—Sigue planeando, cariño.

No le hizo más preguntas sobre Zeus porque sabía que diría—: *nos casaremos a pesar de Zeus* —y le creyó.

—Me gustaría hablar de antes —dijo Hades—. Antes de que nos interrumpieran, me preguntaste si confiaba en ti.

Podía decir por su expresión que su pregunta había herido sus sentimientos. Dudó en hablar, buscando las palabras para explicarse.

—No pensaste que iría a verte cuando Hermes me llamó a Lemnos —dijo—. Dímelo, sinceramente.

Hades apretó la mandíbula antes de responder:

—No lo hice.

Perséfone frunció el ceño.

—Pero estaba más preocupado por Afrodita. Sé lo que quiere de ti. Me preocupa que intente investigar e identificar a los atacantes de Adonis y Harmonía por su cuenta. No es porque no confíe en ti, sino porque te conozco. Quieres hacer que el mundo vuelva a ser seguro, arreglar lo que está roto.

—Te dije que no haría nada sin tu conocimiento —dijo Perséfone—. Lo decía en serio.

Perséfone quería encontrar a los atacantes de Adonis y Harmonía tanto como Hades y Afrodita, pero eso no significaba que fuera a ser precipitada. Había aprendido mucho de sus errores. Sin mencionar que ver a Harmonía y cómo había sufrido la hizo detenerse aún más. Esta amenaza era obviamente diferente. Los dioses con el control de sus poderes no eran capaces de luchar contra ello, lo que significaba que ella lo tendría aún más difícil.

—Lo siento —dijo.

—Una vez dijiste que las palabras no tenían significado —respondió ella—. Dejemos que nuestras acciones hablen la próxima vez.

Ella le mostraría a Hades que quería decir lo que decía, y solo podía esperar que él hiciera lo mismo.

Más tarde, después de que las almas se retiraron a sus hogares para pasar la noche, permanecieron en el prado. Hades descansaba sobre su espalda, su cabeza en el regazo de Perséfone. Ella jugaba con su cabello, deslizando sus dedos a través de él mientras se derramaba sobre su muslo y en la hierba. Tenía los ojos cerrados, sus espesas pestañas rozando los puntos altos de su mejilla. Tenía unas líneas tenues alrededor de los ojos que se profundizaban cuando sonreía. Si había alguno alrededor de su boca, ella no podía verlo por la barba incipiente en su rostro.

Los dioses no envejecían más allá de cierto punto en su vida. Era diferente para todos, razón por la cual ninguno de ellos se veía igual, y probablemente una decisión tomada por las Moiras. Hades parecía haber madurado hasta los treinta y tantos.

—Hades —dijo su nombre y luego se calló, dudando.

—¿Mmm? —La miró y ella le sostuvo la mirada.

—¿Qué cambiaste por tu capacidad para tener hijos?

Se puso rígido y desvió la mirada hacia el cielo. Era algo en lo que había estado pensando desde que jugaban en el prado. Un día, después de haber saludado a las almas en las Puertas del Inframundo, Hades admitió que no podía darle hijos porque había regateado la habilidad. Ella no conocía los detalles y, en ese momento, estaba más preocupada por aliviar su ansiedad. Parecía pensar que esta admisión significaría el final de su relación.

Pero Perséfone no estaba segura de querer tener hijos y no estaba más cerca de tomar esa decisión ahora a pesar de que lo pidió.

—Le di la divinidad a una mujer mortal —respondió.

Las palabras hicieron que su garganta se sintiera apretada y sus dedos se estancaron mientras se enredaban en su cabello. Después de un momento, preguntó:

—¿La amabas?

Hades se rio sin humor.

—No. Ojalá pudiera afirmar que fue por amor o incluso por compasión —respondió—. Pero... quería reclamar un favor de un dios, así que negocié con las Moiras.

—¿Y pidieron tus... *nuestros*... hijos?

Esta vez, Hades rodó hasta quedar sentado, girándose para mirarla, los ojos vagando por su rostro.

—¿Qué estás pensando?

Ella negó.

—Nada. Solo... estoy tratando de entender al Destino.

Hades sonrió con ironía.

—El destino no tiene sentido, por eso es tan fácil de culpar.

Las comisuras de sus labios se volvieron hacia arriba, pero solo por un momento mientras apartaba la mirada. Sus pensamientos estaban confusos mientras trataba de averiguar cómo la hacía sentir exactamente el trato de Hades.

Extendió la mano para acariciarle la mejilla con los dedos.

—Si lo hubiera sabido, si me hubieran dado algún indicio, nunca lo hubiera hecho...

—Está bien, Hades —interrumpió Perséfone—. No pretendía causarte dolor.

—Tú no me causaste dolor —respondió—. A menudo pienso en ese momento, reflexiono sobre la facilidad con la que renuncié a algo que llegaría a desear, pero esa es la consecuencia de negociar con las Moiras. Inevitablemente, siempre desearás lo que se lleven. Creo que algún día llegarás

a resentirte conmigo por mis acciones.

—No lo hago, y no lo haré —dijo Perséfone, y lo creyó a pesar de que una extraña sensación le anudaba el pecho—. ¿No puedes perdonarte a ti mismo tan fácilmente como me has perdonado a mí? Todos hemos cometido errores, Hades.

La miró fijamente por un momento y luego la besó, guiándola hacia atrás, hacia el suelo acolchado. Ella se relajó bajo su peso y dejó que le devorara la boca con caricias lentas y calientes. Levantó las rodillas y lo enjauló entre los muslos mientras buscaba su dura longitud debajo de la túnica. Una vez que lo tuvo en la mano, Hades se echó hacia atrás para posicionarse contra su calor. Ella se arqueó contra la sensación de él empujándose dentro de ella. Se quedó allí por un momento, enterrado profundamente y llenándola, besándola una vez más antes de establecer un paso lánguido. Sus respiraciones tardaron en acelerarse, sus gemidos suaves, sus palabras susurradas, y bajo el cielo estrellado del Inframundo, encontraron alivio y refugio en los brazos del otro.

—Perséfone —la voz era melódica, un suave susurro a través de la piel.

Su respiración se atascó en su garganta mientras las manos subían por sus pantorrillas. Sus dedos se cerraron en puños en las sábanas de seda y su espalda se arqueó, inquieta, su cuerpo todavía medio enterrado en el sueño.

—Te gustará —susurró, sus labios rozando la parte inferior de su abdomen. Ella se retorció y se retorció bajo el susurrante toque.

—Ábrete a mí. —La voz persuadió. Las palabras eran una petición, pero las manos que le separaron las rodillas fueron una orden.

Abrió los ojos de un tirón, reconociendo el rostro hundido y los ojos sangrantes que miraban fijamente los suyos.

—Pirítoo —dijo, odiando la forma en que el nombre sonaba y se sentía en su boca, una horrible maldición que no merecía el aliento que necesitaba para hablar. Gritó, y su mano huesuda le apretó la boca. Se movió de modo que se sentó a horcajadas sobre ella, sus muslos presionando contra su cuerpo con fuerza.

—¡Shh, shh, shh, shh, shh! —arrulló, su rostro inclinado cerca, su cabello oscuro acariciando su mejilla—. No voy a herirte. Haré que todo sea mejor. Ya lo verás.

Ella lo arañó y, sin embargo, él no pareció darse cuenta.

Cuando apartó la mano, ella ya no podía emitir ningún sonido, le había robado la voz. Sus ojos se abrieron y las lágrimas se derramaron por los lados de su rostro. Este era otro de los poderes del semidiós.

Ofreció una sonrisa horrible que pareció atravesar su rostro.

—Ahí —dijo—. Me gustas más de esta manera. Así, todavía puedo oírte gemir.

Tenía un sabor amargo en la parte posterior de la boca y, cuando Pirítoo se deslizó por su cuerpo para asentarse entre sus muslos, comenzó a patear y agitarse. Su rodilla se elevó, golpeando a Pirítoo en el rostro, y cuando él cayó hacia atrás, se tambaleó hasta sentarse.

Se escabulló hacia atrás, pateando contra el colchón hasta que se presionó contra la cabecera. Su cuerpo se sentía caliente y frío al mismo tiempo, su ropa estaba empapada de sudor. Por un momento, miró ciegamente en la oscuridad, su respiración entrecortada, luego notó que una sombra se movía hacia ella y gritó.

—¡No! —Se echó hacia atrás, la cabeza golpeando dolorosamente contra la cabecera cuando las enredaderas

atravesaron la piel, enviando un dolor que le destrozó los huesos por todo el cuerpo. Gritó, el sonido penetró incluso en sus propios oídos.

—Perséfone. —La voz de Hades atravesó la oscuridad, y luego la chimenea cobró vida, inundando la habitación con luz, iluminando el desorden que había hecho con su cuerpo y la cama. Había sangre por todas partes, gruesas enredaderas sobresalían de sus brazos, hombros y piernas, desollando su piel. Cuando las vio, empezó a sollozar.

—Mírame —espetó Hades, y el sonido de su voz la hizo estremecerse. Lo miró a los ojos, con el rostro cubierto de lágrimas saladas.

Había algo en sus ojos, un destello de pánico que ella nunca había visto antes. Fue como si, por un momento, no supiera qué hacer. Agarró las espinas y se disolvieron en polvo y cenizas, luego sus manos estuvieron sobre su piel, enviando calor y sanación a través de su cuerpo. La carne que había destrozado con su magia se fusionó en una línea rosada arrugada hasta que se suavizó. Cuando terminó, se puso de pie.

—Te llevaré a los baños —dijo—. ¿Puedo... sostenerte?

Ella tragó saliva y asintió. La levantó con cautela y abandonó la cama ensangrentada.

No hablaron mientras Hades deambulaba por el pasillo. El olor a lavanda y sal marina era reconfortante. En lugar de llevarla a la piscina principal, Hades navegó por un camino separado, por un pasillo con paredes que relucían. Cuando la ayudó a ponerse de pie, descubrió que habían llegado a una habitación más pequeña con una piscina redonda. El aire era más cálido aquí y la luz era más agradable para sus ojos cansados.

—¿Puedo desvestirte? —preguntó.

Ella asintió y, sin embargo, le tomó un momento moverse, deslizar los dedos por debajo de los tirantes de su vestido

ensangrentado y bajarlo por sus brazos. Su túnica lo siguió. Él la miró fijamente por un momento y luego extendió la mano para pasarle un mechón de cabello por encima del hombro, se estremeció.

—¿Sabes la diferencia? —preguntó él—. ¿Entre mi toque y el suyo?

Ella tragó y respondió honestamente.

—Cuando estoy despierta.

Hizo una larga pausa antes de preguntar:

—¿Puedo tocarte ahora?

—No tienes que preguntar —respondió, y Hades apretó la mandíbula.

—Quiero —dijo—. En caso de que no estés lista.

Ella asintió y él la levantó y entró en la piscina, abrazándola de nuevo. La sangre sobre su piel coloreó el agua carmesí mientras danzaba en cintas. Él no preguntó sobre su pesadilla y ella no habló hasta que la tensión en su cuerpo disminuyó.

—No entiendo por qué sueño con él —susurró. Hades la miró con el ceño fruncido—. A veces pienso en ese día y recuerdo lo asustada que estaba, y otras veces creo que no debería afectarme tanto. Otros...

—No se puede comparar el trauma, Perséfone. —El tono de Hades era suave pero firme.

—Siento que debería haberlo sabido —dijo—. Nunca debí haber...

—Perséfone —dijo Hades, su voz suave, y sin embargo había un borde debajo de ella, una frustración que hizo que sus ojos ardieran—. ¿Cómo pudiste haberlo sabido? Pirítoo se presentó como un amigo. Jugó con tu bondad y compasión. La única persona que se equivocó aquí fue él.

Su boca comenzó a temblar y se tapó los ojos con las

manos. Su cuerpo se sacudió con fuerza y Hades se movió, sosteniéndola contra su piel desnuda, con la cabeza metida debajo de la barbilla. No estaba segura de cuánto tiempo estuvo llorando, pero permanecieron en la piscina hasta que terminó. Se vistieron y regresaron a la cama donde Hades sirvió dos vasos de whisky. Le entregó uno a Perséfone.

—Bebe —dijo.

Ella aceptó y se bebió el alcohol.

—¿Quieres dormir? —preguntó.

Ella negó.

—Ven, siéntate conmigo —dijo él, y se sentó junto al fuego. La guio a su regazo y ella apoyó la cabeza contra su pecho, reconfortada por el calor en su espalda y el olor de la piel de Hades.

Algún tiempo después, Perséfone sintió que la magia de Hades agitaba el aire. Abrió los ojos, dándose cuenta de que se había quedado dormida y ahora yacía en la cama. Rodó y se puso en una posición sentada, sorprendiéndose cuando vio a Hades. Había algo completamente salvaje en él, como si hubiera podido ahogar su humanidad en las profundidades de su oscuridad y todo lo que quedaba era un monstruo.

Este es un dios de la batalla, pensó.

—Fuiste al Tártaro —dijo en voz baja.

Hades no habló.

No necesitaba preguntarle qué había hecho allí. Había ido a torturar a Pirítoo, y la evidencia estaba por todo su rostro, manchado de sangre.

Una vez más, Hades guardó silencio.

Después de un momento, Perséfone se levantó y se acercó a él, colocando una mano en su rostro. A pesar de la mirada salvaje en sus ojos, se inclinó hacia su toque.

—¿Estás bien? —susurró ella.

—No —respondió.

Su mano cayó, deslizándose alrededor de su cintura. A Hades le tomó un momento, pero finalmente se movió, envolviéndola con los brazos, abrazándola con fuerza contra él. Después de un momento, habló, y su voz sonó un poco más normal, un poco más cálida.

—Ilias y Zofie encontraron a la mujer que te agredió —dijo.

—¿Zofie? —preguntó Perséfone, retrocediendo.

—Ha estado ayudando a Ilias —respondió.

Perséfone sentía curiosidad por saber exactamente qué quería decir Hades con eso, pero era una conversación para otro momento.

—¿Dónde está la mujer?

—Está detenida en Iniquity —respondió.

—¿Me llevarás con ella?

—Prefiero que duermas.

—No quiero dormir.

Hades frunció el ceño.

—¿Incluso si me quedo?

—Hay gente atacando a las diosas —dijo Perséfone—. Prefiero escuchar lo que tiene que decir.

Hades ahuecó su mandíbula y luego pasó los dedos por su cabello, haciendo una mueca. Sabía que estaba preocupado, preguntándose si podría manejar este enfrentamiento tan pronto después del horror de su pesadilla.

—Estoy bien, Hades —susurró—. Estarás conmigo.

Eso solo pareció hacer que frunciera más el ceño. Aun así, finalmente respondió.

—Entonces haremos lo que deseas.

2 Juego muy popular en la antigua Roma con el que los niños se entretenían durante horas.

XII



UN TOQUE DE ILUSTRACIÓN

Perséfone no había regresado a Iniquity desde la primera vez que lo visitó. Había venido con la esperanza de salvar a Lexa, y se había ido sin nada más que la sensación de que no conocía muy bien a Hades o su imperio.

El club era de estilo bar clandestino y los miembros podían acceder con una contraseña. Este espacio era un territorio neutral y, detrás de estos muros, los acuerdos se hacían teniendo en cuenta el equilibrio. Después de enterarse de la maldad que Hades estaba dispuesto a permitir que existiera en el mundo, Perséfone a menudo se preguntaba lo mismo: ¿Qué malevolencia permitiría si los resultados trajeran la paz, si evitaran la guerra, por ejemplo?

Se manifestaron en una habitación de aspecto similar a donde había conocido a Kal Stavros, el dueño de Epik Communications, un Magi y un mortal que se había ofrecido a salvar a Lexa a cambio de la historia de Hades y Perséfone. No había tenido la oportunidad de negarse antes de que Hades llegara y terminara el trato, marcando permanentemente el rostro de Kal.

La acusada se encontraba sentada bajo un charco de luz circular. Su cabello largo y oscuro era sedoso y liso. Mantenía

la cabeza presionada contra el respaldo de la silla, una serpiente negra se deslizaba lentamente alrededor de su cuello mientras otras dos se abrían paso alrededor de sus brazos, otras seis se deslizaban en un círculo alrededor de sus pies. Su odio era palpable mientras las miraba con la boca en una línea dura.

Perséfone avanzó poco a poco hasta que se detuvo en el borde de la luz.

—No necesito decirte por qué estás aquí —dijo.

La mujer miró con odio y cuando habló, su voz fue clara, sin una pizca de miedo o incluso rabia. Su calma puso nerviosa a Perséfone.

—¿Me matarás?

—No soy la Diosa de la Retribución —dijo Perséfone.

—No respondiste mi pregunta.

—No soy la que está siendo interrogada.

La mujer miró fijamente.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Perséfone.

Levantó la barbilla y respondió:

—Lara.

—Lara, ¿por qué me atacaste en The Coffee House?

—Porque estabas allí —respondió, indiferente—. Y quería que sufieras.

Las palabras, aunque no eran sorprendentes, todavía dolían.

—¿Por qué?

Lara no respondió de inmediato, y Perséfone observó cómo la serpiente detenía su deslizamiento para levantar la cabeza de su cuello y sisear, exponiendo colmillos venenosos. Ella se sacudió, cerrando los ojos con fuerza, preparándose para el mordisco.

—Todavía no —dijo Perséfone y la serpiente se detuvo. Lara miró a la diosa—. Te hice una pregunta.

Esta vez, cuando la mujer respondió, las lágrimas rodaban por su rostro.

—Porque representas todo lo que está mal en este mundo —dijo enfurecida—. Crees que defiendes la justicia porque escribiste algunas palabras de enojo en un periódico, ¡pero no significan nada! Tus acciones son mucho más reveladoras: tú, como muchos, simplemente has caído en la misma trampa. Eres una borrega, acorralada por el glamour olímpico.

Perséfone miró a la mujer, sabiendo que su ira había surgido de algo, una semilla que había sido plantada y alimentada por el odio, así que preguntó:

—¿Qué te pasó?

Algo inquietante se derramó de los ojos de Lara, una expresión que era difícil de explicar, pero cuando Perséfone lo vio, supo lo que era: trauma.

—Fui violada —siseó en un susurro apenas audible—. Por Zeus.

Su admisión fue una sorpresa a pesar de que Zeus era conocido por este comportamiento, un hecho que no debería serlo en absoluto. El poder le había dado a Zeus, y a muchos otros como él, un boleto para abusar sin ninguna razón, salvo que eran hombres y se encontraban en una posición de autoridad.

Era un error y estaba en el centro de su sociedad. Incluso entre las diosas, que eran iguales o, en algunos casos, más poderosas, el asalto se utilizaba como medio de control y opresión. Hera era un excelente ejemplo: engañada y violada por Zeus, estaba tan avergonzada que accedió a casarse con él. Como su reina, incluso su papel de Diosa del Matrimonio se había convertido en el de Zeus.

A su lado, Hades se puso rígido. Ella miró al Dios de los

Muertos, cuya mandíbula se apretó. Sabía que Hades castigaba severamente a quienes cometían crímenes contra mujeres y niños. ¿Estaba motivado por las acciones de su hermano? ¿Había castigado alguna vez a Zeus?

—Lamento que esto te haya pasado —dijo Perséfone.

Dio un paso hacia Lara y las serpientes que la habían mantenido firmemente en su asiento se desvanecieron en zarcillos de humo.

—No —espetó Lara—. No quiero tu compasión.

Perséfone se detuvo.

—No te estoy ofreciendo lástima —respondió—. Pero me gustaría ayudarte.

—¿Cómo puedes ayudarme? —dijo con odio.

La pregunta dolió, se sintió igual que cuando la mujer se le acercó en Nevernight y la reprendió. Aun así, tenía que hacer algo. Nunca había experimentado el alcance de la pesadilla de Lara, pero incluso entonces, Pirítoo todavía la perseguía de una manera que nunca imaginó.

—Sé que no hiciste nada para merecer lo que te sucedió —dijo Perséfone.

—Tus palabras no significan nada mientras los dioses aún puedan herir —ofreció en un susurro doloroso.

Perséfone no pudo hablar porque no había nada que decir. Podía discutir que no todos los dioses eran iguales, pero esas palabras no se sentían correctas para este momento, y Lara tenía razón, ¿qué importaba que no todos los dioses fueran iguales cuando los que hacían daño quedaban impunes?

Fue entonces cuando recordó algo que le había dicho su madre.

¿Consecuencias para los dioses? No, hija, no hay ninguna.

Las palabras le dieron náuseas y apretó los puños luchando contra ellas, jurando que un día las cosas serían

diferentes.

—¿Cómo habrías castigado a Zeus? —preguntó Hades.

Tanto Perséfone como Lara lo miraron, sorprendidas. ¿Estaba preguntando porque planeaba hacer algo al respecto? La mirada de Perséfone se desvió hacia Lara mientras hablaba.

—Haría que lo despedazaran miembro por miembro y que le quemaran el cuerpo. Haría que su alma se fracturara en millones de pedazos hasta que no quedara nada más que el susurro de sus gritos resonando en el viento.

—¿Y crees que puedes impartir esa justicia? —La voz de Hades fue baja, un desafío mortal, y se dio cuenta de que, aunque había estado aquí para simpatizar, él estaba aquí para conseguir algo más: su lealtad.

Lara puso una mirada de enojo.

—Yo no puedo. Los dioses —dijo—. Los nuevos.

Sus ojos adquirieron una mirada vidriosa, casi esperanzada, como si estuviera imaginando cómo sería: un mundo con nuevos dioses.

—Será un renacimiento —susurró.

Renacimiento. Borrega. Eran palabras que había escuchado antes y le hicieron pensar que Lara estaba conectada con las mismas personas que habían atacado a Harmonía y tal vez a Adonis, y sonaba como si estuvieran desesperados por marcar el comienzo de una nueva era de dioses por cualquier medio posible.

—No —dijo Hades, su voz pareció atravesarla, arrojándola fuera de la extraña posesión bajo la que había estado—. Será una *masacre* y no seremos nosotros los que moriremos. Serán *ustedes*.

Perséfone miró a Hades y le tomó la mano.

—Lo que te pasó fue horrible —dijo Perséfone—. Y tienes razón en que Zeus debería ser castigado. ¿No dejarás que te

ayudemos?

—No hay esperanza para mí.

—Siempre hay esperanza —dijo Perséfone—. Es todo lo que tenemos.

Hubo un momento de silencio y luego Hades habló:

—Ilias, lleva a la señorita Sotir a Hemlock Grove. Estará a salvo allí.

La mujer se puso rígida.

—Entonces, ¿me encarcelarás?

—No —dijo Hades—. Hemlock Grove es una casa segura. La Diosa Hécate dirige la instalación para mujeres y niños abusados. Ella querrá escuchar tu historia si deseas contársela. Más allá de eso, puedes hacer lo que quieras.

Perséfone estaba exhausta y un dolor se estaba formando detrás de sus ojos, extendiéndose a sus sienes. Podía contar los días que había pasado la noche durmiendo en las últimas tres semanas con una mano. Sostuvo su café entre las manos y tomó un sorbo, sus pensamientos se volvieron hacia Hades. Su corazón se apretaba con fuerza cada vez que pensaba en cómo la había encontrado, rota y sangrando en su cama, con los ojos llenos de pánico y dolor. Ella había querido consolarlo, pero las únicas palabras que pudo encontrar fueron unas para cuestionar su propia cordura y percepción de la realidad.

Eso solo pareció irritarlo.

Se estremeció, recordando de repente la forma en que su piel se partió cuando su magia rugió a la vida, la forma en que Hades se había visto cuando le preguntó si conocía la diferencia entre su toque y el de Pirítoo, cómo había llorado en sus brazos hasta que cayó dormida, despertando más tarde para encontrarlo regresando a su habitación, con el rostro

salpicado de sangre. La Perséfone que, sin saberlo, había invitado al Dios de los Muertos a jugar a las cartas, se habría sentido temerosa, disgustada, pero ya no era esa diosa. Había sido engañada, traicionada y doblegada, y vio el final de Pirítoo como juicio y justicia, más aún ahora que había escuchado la historia de Lara.

Difícilmente podía culparla por el ataque. Había canalizado su dolor de la única forma que tenía sentido para ella. ¿Seguramente Zeus vio que sus acciones estaban fortaleciendo a organizaciones como la Tríada?

El teléfono de su oficina sonó, sobresaltándola, sonando más fuerte de lo habitual. Quizás se debía a que estaba privada de sueño, pero lo sacó de su base rápidamente, principalmente para silenciarlo, y luego recordó que necesitaba responder.

—¿Sí? —Su saludo salió más como un siseo y siguió rápidamente con algo un poco más profesional—. ¿Puedo ayudarle?

—Lady Perséfone, lamento molestarla —dijo Ivy al otro lado de la línea—. Tengo a lady Harmonía aquí. Dice que no tiene una cita contigo. ¿Debería enviarla?

¿Harmonía estaba aquí de visita? Eso la sorprendió. No esperaba verla tan pronto después de su terrible experiencia. Más importante aún, no esperaba que Afrodita la perdiera de vista.

—Sí, por supuesto. Por favor, mándala arriba.

Se puso de pie, alisándose el jersey y el cabello. Hoy se sentía cohibida, no había tenido tiempo de prepararse cuando ella y Hades regresaron a casa de Iniquity. Se había puesto el atuendo de trabajo más cómodo que tenía y arregló su cabello en una trenza que no estaba en absoluto interesada en seguir siendo una trenza.

Entró en la sala de espera que había sido redecorada para adaptarse al estilo de Perséfone: un sofá con líneas modernas

estaba apoyado contra la pared. Un conjunto de coloridos retratos florales colgaba sobre este, mientras que dos espaciosos sillones de zafiro se sentaban enfrente. Una mesa de vidrio separaba a los dos y un jarrón de narcisos blancos se ubicaba en el centro.

Lo curioso de cómo se había decorado es que Perséfone no preguntó ni dio ninguna dirección. Acababa de regresar al trabajo el día después de que Hades le otorgara el espacio para encontrar todo arreglado. Cuando le preguntó al respecto, le echó la culpa a Ivy.

—No puede soportar el espacio vacío —dijo—. Le diste una excusa para decorar. Estará para siempre en deuda contigo.

—Eres quien me dejó trabajar aquí —respondió Perséfone—. Debería estar en deuda contigo.

—Ella ya lo está.

Perséfone no había pedido una aclaración. Cualquier trato entre él e Ivy estaba funcionando a favor de ambos.

Su atención se centró en el ascensor que sonó cuando alcanzó su piso. Cuando se abrió, pudo oír a Ivy hablando con Harmonía.

—Lord Hades nos mantiene ocupados. Más recientemente, compró varios acres en preparación para sus planes de comenzar un rancho de rescate y rehabilitación de caballos...

Perséfone arqueó una ceja. Esa era información nueva. Hizo una nota mental para preguntarle sobre eso más tarde, pero por ahora, se concentró en sonreír mientras Ivy y Harmonía salían del ascensor.

La Diosa de la Armonía se veía muy diferente a la última vez que Perséfone la vio, por lo que se sintió aliviada. Ya no estaba magullada ni rota, parecía curada, al menos en apariencia. Llevaba una blusa con mangas acampanadas, vaquero ajustado y botas. Su largo cabello rubio estaba rizado y caía en ondas sobre sus hombros. Un bolso grande colgaba

de su hombro, y Perséfone notó el pequeño rostro de Opal que asomaba desde adentro.

Cuando Harmonía vio a Perséfone, sonrió.

—Buenos días, lady Perséfone —dijo Ivy, inclinando la cabeza.

—Buenos días, Ivy —respondió—. Buenos días, Harmonía. No te esperaba.

La diosa se sonrojó.

—Lo siento mucho. Si es un mal momento, puedo volver luego.

—Por supuesto que no, me alegra que estés aquí —dijo Perséfone.

—¿Puedo traerles algo? ¿Café? ¿Té, tal vez? —preguntó Ivy, siempre la anfitriona.

—Café para mí —dijo Perséfone—. ¿Tú, Harmonía?

—Lo mismo.

—¡Por supuesto! Ya vuelvo.

Las dos observaron hasta que Ivy desapareció por el pasillo, luego Harmonía se volvió hacia Perséfone, sonriendo suavemente.

—Es muy amable —dijo Harmonía.

—Sí, la adoro —dijo Perséfone, y luego le hizo un gesto—. Te ves bien.

—Estoy mejor —respondió, aunque Perséfone vio un destello de inquietud en sus ojos. Lo reconoció de la misma manera que lo reconoció en sí misma: un monstruo que habitaba bajo la superficie. La tendría mirando por encima del hombro durante meses, años, tal vez para siempre.

—Ven, toma asiento en mi oficina —dijo Perséfone, dirigiéndola al interior y cerrando la puerta.

Se sentaron en el sofá y Harmonía tomó a Opal de su bolso y acomodó al perro en su regazo.

—No esperaba que salieras tan rápido —dijo Perséfone.

—¿Qué más puedo hacer? —preguntó—. ¿Esconderme hasta que los encuentren a todos? No creo que eso sea posible.

—Estoy segura de que Afrodita no estaría de acuerdo. Especialmente desde que Adonis había sido asesinado. Harmonía ofreció una leve sonrisa.

—Estoy segura de que lo haría. En realidad, es de Afrodita de quien vine a hablarte.

Perséfone arqueó las cejas.

—¿Oh? —Sus ojos se posaron en las manos de Harmonía, que acariciaban nerviosamente el largo pelaje de Opal.

—Creo que mi hermana era el objetivo previsto de mis atacantes —dijo.

—¿Qué te hace creer eso?

—Lo dijeron —respondió.

Se abrió un pozo en el estómago de Perséfone.

—¿Te preocupa que Afrodita sufra algún daño?

—No —dijo Harmonía—. Me preocupa que la intención de estas personas sea demostrar cuán vengativos pueden ser los Olímpicos, y temo que tienen como objetivo a mi hermana.

—¿Por qué empezar con ella? Hay otros dioses mucho más temperamentales.

—No lo sé —admitió Harmonía—. Pero no puedo evitar pensar que otro dios, un Olímpico, los ayudó a atacarme.

—¿Por qué dices eso?

—Reconocí el arma que usaron para sujetarme, la sensación, de todos modos. Era una red, similar a la que hizo Hefesto, pero la magia no era suya.

—¿De quién era la magia?

Harmonía empezó a hablar cuando alguien llamó a la

puerta y entró Ivy.

—Solo traje sus cafés —dijo, colocando una bandeja en la mesa de café.

—Gracias, Ivy —respondió Perséfone.

—Lo que sea por ti, querida. ¡Llámame si me necesitas!

A solas de nuevo, Perséfone sirvió a cada una taza de café, y mientras le entregaba a Harmonía su taza y su platillo, preguntó:

—¿De quién es la magia?

—De tu madre.

—¿De... mi *madre*? —Perséfone se quedó quieta con esa información por un momento. No cuestionó cómo Harmonía sabía quién era ella, estaba segura de que Afrodita reveló esa información—. ¿Cómo olía? ¿La magia?

—Inconfundible —respondió Harmonía—. Cálido como el sol en una tarde de primavera, con el aroma a trigo dorado y fruta dulce y madura.

Perséfone no respondió.

—No quise decírtelo delante de mi hermana —explicó Harmonía—. Existe la posibilidad de que pueda estar equivocada... especialmente si el arma que tienen fue creada a partir de la magia de la reliquia.

Esa era una posibilidad.

—Pero, ¿no sentiste ninguna otra magia?

Ella frunció el ceño y ofreció un silencioso:

—No.

—Pero... ¿por qué? —preguntó Perséfone en voz alta—. ¿Por qué ayudaría a esta gente tan empeñada en herir a los dioses?

—Quizás porque la han lastimado —comentó Harmonía y luego explicó—: Quizás apuntó a Afrodita porque es una de las razones por las que tú y Hades se conocieron.

Algo parecido a la sorpresa se apoderó de los hombros de Perséfone. Nunca había considerado que su madre lastimaría a quienes apoyaron la relación de Hades y ella, especialmente a través de un grupo de mortales que odiaban a los dioses. No tenía sentido, a menos que estuvieran pasando algo por alto.

—Si estos mortales odian a los dioses, ¿por qué aceptarían la ayuda de uno?

—Los mortales todavía son impotentes —dijo Harmonía—. Y no sería la primera vez que sucede algo así. A lo largo de cada guerra Divina, los dioses se han puesto del lado de sus posibles enemigos. Hécate es un ejemplo: un Titán que luchó junto a los Olímpicos.

Eso era cierto, y Hécate no fue la única que eligió a los Olímpicos. Helios había sido otro, y como se le recordaba a menudo, usó su lealtad como una razón para evitar ayudar a los dioses en cualquier capacidad.

—Lo siento mucho.

Las cejas de Perséfone se fruncieron cuando se encontró con la mirada de Harmonía.

—¿Por qué lo sientes? Tú fuiste la que sufrió.

—Porque no está en mi naturaleza sumar más a tu dolor —dijo.

—Esto no es tu culpa.

—Tampoco tuya —dijo Harmonía, como si leyera su mente, y luego la diosa ofreció como explicación—: Puedo ver que tu aura se pone roja de vergüenza y verde de culpa. No te culpes por las acciones de tu madre. No le pediste que buscara venganza.

—No es tan fácil —respondió—. Cuando tantos sufren como resultado de mi decisión de casarme con Hades.

—¿Es porque elegiste casarte con Hades, o algo mucho más profundo?

Perséfone miró a Harmonía inquisitivamente.

—En la raíz de la ira de Deméter hay una multitud de miedos. Tiene miedo de estar sola y le gusta sentirse necesaria.

Eso era cierto.

A Deméter le gustaba ser la salvadora, razón por la cual le había llevado tanto tiempo revelar los misterios de su culto, que incluía la jardinería. Eso le otorgaba una sensación de poder y necesidad cuando el mundo pedía comida y agua.

—¿Le dirás a Afrodita tus sospechas? ¿Que ella era el objetivo previsto tras tu ataque?

—No —dijo Harmonía—. Porque solo se sentirá culpable. Además, no tendrías ninguna posibilidad de manejar esta situación en silencio una vez que Hefesto se entere. Prendería fuego al mundo por ella.

Perséfone sonrió ante esas palabras. Había escuchado lo mismo de Hades y, de repente, sintió que entendía el amor que el Dios del Fuego poseía por la Diosa del Amor.

—Realmente se preocupa por ella.

—Sí —respondió Harmonía—. Lo veo en sus colores todos los días, pero es un amor oscuro que se tienen el uno al otro, obstaculizado por el dolor y la incomprensión compartidos. Creo que algún día llegarán a aceptarse mutuamente. — Harmonía miró su reloj—. Debo regresar a Lemnos antes de que Afrodita venga a buscarme.

Opal gruñó cuando Harmonía la recogió y la devolvió al bolso.

—Por supuesto —dijo Perséfone, de pie junto a la diosa.

Cuando abrió la puerta, encontró a Sybil al otro lado preparándose para llamar. La oráculo dejó caer su mano y le ofreció una sonrisa que rápidamente se desvaneció cuando sus ojos se movieron hacia Harmonía, su expresión volviéndose preocupada.

Extraño, pensó Perséfone.

—Sybil, esta es Harmonía —dijo Perséfone. Quizás no reconoció a la diosa, aunque eso no tenía sentido con sus antecedentes como oráculo.

—Es... un placer conocerte —dijo Sybil, aunque parecía distraída.

Harmonía extendió su mano.

—Un placer, Sybil. —Hizo una pausa—. Eres un oráculo.

—Lo fui —dijo, casi sin aliento.

—Siempre serás un oráculo, incluso si no trabajas para el Divino —dijo Harmonía—. Es tu don.

Hubo una extraña tensión que llenó el espacio entre las tres. Quizás fue por cómo había terminado el trabajo de Sybil como oráculo. Había sido desgarrador para ella, ver que algo por lo que había trabajado tan duro se derrumbaba en segundos.

—Venía a ver si estabas lista para el almuerzo —dijo Sybil.

—En el momento perfecto —dijo Harmonía—. Me estaba yendo. Perséfone, si necesitas algo, por favor, avísame. Sybil, fue un placer conocerte.

Harmonía se marchó y Sybil se volvió para verla marchar.

—¿Qué fue eso? —preguntó Perséfone, una vez que se perdió de vista.

—¿Qué? —preguntó la oráculo, frunciendo las cejas.

—Algo está mal. ¿Qué viste cuando miraste a Harmonía? Vi tu expresión cambiar.

—Nada —dijo rápidamente—. Comamos. Estoy hambrienta.

XIII



UNA TORMENTA PERFECTA

Perséfone, Sybil y Zofie caminaron por la calle hacia Ambrosia & Nectar para almorzar, agradecidas por la calidez una vez que estuvieron dentro. A pesar de no estar lejos de la Torre de Alejandría, el café se había sentido a kilómetros de distancia cuando lograron caminar a través de grandes montículos de nieve, todo mientras les arrojaban nieve y hielo. Las quitanieves no podían seguir el ritmo, aunque todavía lo estaban intentando.

Tomaron sus asientos y Perséfone ayudó a Zofie a navegar por el menú, informándole de sus platos favoritos.

—Quiero probar todo —dijo la amazona. Si fuera cualquier otra persona, Perséfone asumiría que estaba bromeando, pero sabía que, si no la detenía, intentaría hacer exactamente eso.

—Tendrás tiempo para probar todo eventualmente —prometió Perséfone.

Pidieron y mientras esperaban su comida, Zofie instruyó a Sybil sobre cómo desarmar a un intruso, específicamente, en el caso de que Ben regresara a su apartamento.

—Si él ataca con una espada, cógela en una parada y gira. —Demostró el movimiento con un giro de muñeca, y Perséfone

se alegró de que Zofie no hubiera manifestado su espada real —. Si te ataca, detén su espada hacia abajo.

—Zofie —dijo Sybil—. ¿Alguien te ha dicho que la gente ya no pelea con espadas?

La amazona pareció ofendida.

—¡Mis hermanas y yo siempre luchamos con una espada!

Perséfone trató de no reír.

—Está bien, ¿y si no hay espadas involucradas? ¿Solo combate cuerpo a cuerpo?

—Ve por la nariz —dijo, con un brillo malicioso en los ojos.

Su conversación continuó así incluso después de que llegó la comida. Perséfone se sentó en relativo silencio, perdida en sus propios pensamientos, tratando de reconstruir las cosas.

Un problema era que no tenía suficiente información sobre la muerte de Adonis, pero tal vez habían buscado sacar a Afrodita con su asesinato. Pero, ¿por qué intentar enfurecer a un atleta olímpico si no era para crear malestar? ¿No era suficiente la tormenta de nieve de Deméter? Aun así, si la suposición de Harmonía era correcta, ¿a por quién iría Deméter después? Había una serie de dioses y diosas que la apoyaban: Hécate, Apolo, aunque posiblemente reacios, luego estaba...

—Hermes —dijo Sybil—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Perséfone parpadeó y se encontró con la mirada dorada del dios. Parecía que acababa de llegar de la práctica de tenis, vestido con pantalón blanco y un polo azul claro. Se deslizó en la cabina junto a Perséfone, arrastrándola a lo largo del vinilo con poco esfuerzo.

—Almorzando con mis mejores amigas —respondió—. ¿Cómo se ve?

—Parece que estás arruinando nuestro almuerzo —dijo Perséfone.

—Bueno, no es como si estuvieras charlando —dijo, tomando el tenedor de Perséfone y hurgando en su comida intacta, mordió un trozo en su boca. Mientras masticaba, habló, mirando a Perséfone.

—Apuesto a que puedo adivinar lo que estabas pensando —dijo él—. Reviviendo una noche de sexo alucinante con Hades.

—Asqueroso —dijo Zofie.

Sybil rio.

Pero Perséfone deseaba que ese fuera el caso. Haría eso por encima de pensar en su madre, o en su noche real con Hades, que solo había estado llena de sangre y lágrimas.

Se las arregló para poner los ojos en blanco y mentir.

—En realidad, estoy pensando en la boda.

Hermes se iluminó.

—¡Dime que has elegido una fecha!

—Bueno, no —dijo, frunciendo los labios—. En realidad, estaba pensando en... fugarme.

Era una idea que se le había pasado por la mente varias veces desde que Hades se lo propuso y, dado el drama que rodeaba su compromiso, parecía la mejor opción. De todos modos, ¿alguien realmente necesitaba saber que estaban casados?

—¿Fugarte? —repitió Hermes, como si no supiera lo que significaba la palabra—. ¿Por qué te fugarías?

—Quiero decir, hay mucho malestar entre los mortales y los dioses en este momento, y una boda pública simplemente enfurecería más a mi madre...

Ahora pensaba que, si su madre estaba involucrada en el ataque a Harmonía, las cosas podrían empeorar con una boda.

—¿Y una privada no? —desafío de Hermes, ceja levantada.

—No entiendo esta boda —dijo Zofie—. ¿Por qué necesitas casarte? Amas a Hades, ¿no es así? ¿No es suficiente?

Amar a Hades era suficiente, pero su propuesta era la promesa de algo más. Un compromiso con una vida que compartirían y cultivarían juntos. Ella quería eso.

—Si me casara con Hades —dijo Hermes, tomando otro bocado de la comida de Perséfone—. Me gustaría una boda televisada para que todos supieran que ese pedazo de trasero es mío.

—Parece que pensaste mucho en casarte con Hades —observó Sybil.

—Aparentemente no hay necesidad de planear nada hasta que Zeus apruebe nuestro matrimonio, de todos modos —dijo Perséfone, mirando a Hermes.

—¿Por qué me miras como si debería haberte dicho? —preguntó Hermes, a la defensiva—. Todos saben eso.

—En caso de que lo hayas olvidado, crecí en una casa de cristal con mi madre narcisista —replicó Perséfone.

—¿Cómo podría olvidarlo? —preguntó Hermes—. *¿Cuándo hay una fuerte tormenta de hielo fuera para recordármelo?*

Sybil dio un codazo al dios.

—¡Ay! —Él la fulminó con la mirada—. Míralo, oráculo.

La mirada de Perséfone se separó de Hermes, cayendo a sus manos en su regazo.

—Esto no es tu culpa, Perséfone —dijo Sybil.

—Se siente así.

—Quieres casarte con el amor de tu vida —dijo ella—. No hay nada de malo en eso.

—Excepto que... todo el mundo parece desaprobarlo. Si no es mi madre, es el mundo o Zeus —hizo una pausa—. Quizás deberíamos haber esperado el compromiso. No es que no vayamos a estar juntos para siempre.

—Entonces permites que otros determinen cómo vives —dijo Sybil—. Y no hay nada justo en eso.

No era justo, pero Perséfone había aprendido mucho sobre la justicia en el tiempo transcurrido desde que conoció a Hades. De hecho, la lección había venido de la propia Sybil.

Correcto, incorrecto, justo, injusto; no es realmente el mundo en el que vivimos, Perséfone. Los dioses castigan.

Estaba empezando a comprender por qué los Impíos crecían en filas, por qué algunos se habían organizado y formado la Tríada, por qué deseaban que los dioses tuvieran menos influencia sobre sus vidas.

—Eso no es bueno —dijo Sybil, señalando con la cabeza un televisor en la esquina donde se transmitían las noticias.

Los Impíos se reúnen para protestar contra el clima invernal

Perséfone quería hundirse en sí misma.

Captó parte de lo que decía el presentador,

—Este clima inusual hace que muchos creen que un dios o una diosa pueden estar en busca de venganza. Tanto los Impíos como los fieles están pidiendo un fin de dos formas muy diferentes.

Perséfone miró hacia otro lado y, sin embargo, no pudo escapar de la transmisión, las palabras aún llegaban y resonaban en sus oídos.

—¿Por qué sufren los mortales cada vez que un dios tiene un cambio de humor? ¿Por qué deberíamos adorar a tales dioses?

—Entiendo cada vez menos a los Impíos —dijo Hermes.

Perséfone lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando empezaron, estaban enojados con nosotros por ser distantes y descuidados, como si quisieran nuestra

presencia. Ahora parecen pensar que pueden arreglárselas sin nosotros.

—¿Pueden? —preguntó Perséfone, porque realmente no lo sabía.

—Supongo que depende. ¿Helios todavía proporcionaría el sol? ¿O Selene la luna? A pesar de cómo los mortales perciben el mundo, somos la razón de su existencia: podemos crearlo y deshacerlo.

—Sí, pero... si proporcionaran el sol y la luna y todo el poder para mantener el mundo. Si los dioses... dieran un paso atrás de la sociedad mortal... ¿qué pasaría?

Hermes parpadeó.

—No lo sé.

Estaba claro que nunca antes lo había considerado.

La verdad era que los dioses nunca podrían liberar completamente su dominio sobre el mundo porque terminaría, pero, ¿podrían lograr un equilibrio? ¿Y cómo se veía eso exactamente?

—Disculpe... —Un hombre se acercó a su mesa, celular en mano. Era de mediana edad y vestía pantalón gris y una camisa blanca.

Hermes giró la cabeza.

—No —dijo, y la boca del mortal se cerró de golpe—. Vete.

Se dio la vuelta y se alejó aturdido.

—Eso fue de mala educación —dijo Perséfone.

—Bueno, hoy eres cualquier cosa menos una novia ruborizada —argumentó—. Dudo que quisieras posar para una foto con algún bicho raro.

Entonces su expresión se suavizó.

—Además, te ves triste.

Perséfone frunció el ceño, lo que no ayudó a su caso.

—Solo estoy... distraída —murmuró.

Hermes la sorprendió extendiendo la mano y colocándola sobre la suya.

—Está bien estar triste, Sefi.

Realmente no había pensado mucho en lo que estaba sintiendo, en cambio, se había concentrado en mantenerse ocupada, creando nuevos hábitos para reemplazar los viejos que le recordaban que Lexa ya no estaba aquí.

—Será mejor que regresemos —dijo, una vez más eligiendo la acción sobre el sentimiento.

Hermes las dejó afuera de Ambrosia & Nectar, dándoles a cada una un beso en la mejilla, incluso a Zofie, quien estaba demasiado sorprendida para reaccionar al principio, luego trató de golpearlo. Perséfone la agarró por la muñeca, pero en lugar de regañar a Zofie, miró a Hermes.

—Pregunta la próxima vez que decidas besar a alguien —dijo.

Por un momento, sus ojos se abrieron y luego pareció genuinamente arrepentido.

—Lo siento, Zofie.

La amazona se enfurruñó, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Bueno, me voy —dijo—. Tengo una cita con un hombre cabra. Salgamos pronto.

Una vez que desapareció, Perséfone, Sybil y Zofie intercambiaron una mirada.

—¿Hombre cabra? —preguntaron todas al unísono.

Perséfone y Sybil volvieron al trabajo, dejando a Zofie para patrullar. Cada vez que llegaba o regresaba de una salida, la amazona hacía rondas dentro y fuera de la Torre de

Alejandría. Lo que hizo después, no se dio cuenta. Sin embargo, tenía que admitir que estaba contenta de que Hades la hubiera asignado para trabajar con Ilias. Le dio a Zofie la oportunidad de hacer más trabajo basado en tareas y socializar.

Los dioses sabían que las amazonas necesitaban eso.

Ivy las saludó cuando entraron al edificio y se dirigieron al ascensor.

—Hermes tiene razón —dijo Sybil—. Deberíamos salir pronto.

Perséfone sabía lo que estaba pensando Sybil: no hemos ido a ningún lado desde que Lexa murió. Frunció el ceño ante el pensamiento.

—Sí —dijo distraída—. Deberíamos.

—Puedes decir que no —dijo Sybil, y Perséfone la miró a los ojos—. Si aún no estás preparada para ello. Todos lo entenderíamos, ¿sabes?

Perséfone tragó saliva con dificultad.

—Gracias, Sybil —susurró.

Se abrazaron, y Perséfone apoyó la cabeza en el hombro de Sybil hasta que llegaron a su piso, pero cuando salieron del ascensor, encontraron a Leuce y Helen de pie una al lado de la otra mirando por las paredes con ventanas un revoltijo de luces rojas y azules intermitentes en la distancia. A pesar de la densa niebla y la mezcla invernal, Perséfone sabía que la carretera estaba a lo lejos y que había sucedido algo horrible.

—Oh, dioses míos —susurró Perséfone, acercándose a Leuce y Helen.

La televisión sonó de repente y las tres se volvieron para encontrar que Sybil había encendido las noticias. Un rótulo corría por la parte inferior de la pantalla, anunciando el horror que podían ver en la distancia:

Múltiples Accidentes Reportados en la autopista A2

—Se cree que los accidentes son causados por carreteras resbaladizas y mucha nieve. No se sabe el número de víctimas mortales, sin embargo, se ha informado de que varios resultaron heridos.

Las imágenes y el video del accidente se movieron en segundo plano. Perséfone vio conmocionada cómo un automóvil tras otro se acercaba al accidente, sin darse cuenta debido a la densa niebla y sin capacidad para frenar a tiempo o ganar tracción en la carretera resbaladiza, chocando contra un vehículo tras otro.

—Qué horrible —dijo Helen justo cuando presenciaron cómo un gran remolque de tractor se deslizaba hacia la parte trasera de un automóvil, enviándolo por los aires—. ¿Cómo pudo sobrevivir esa persona?

No pudieron, y no había una forma segura de escapar del accidente. Dejar el auto significaba la posibilidad de resbalar en el hielo o ser atropellado por otro vehículo en la alineación, quedarse significaba esperar que la siguiente persona no golpeara demasiado fuerte.

Perséfone miró fijamente, un nudo formándose en su garganta. Esto es lo que temía: que Deméter se desahogara con la humanidad no solo porque no podía salirse con la suya, sino porque sabía que era la mejor manera de llegar a ella.

—¿Por qué desfilas como mortal? Eres una diosa.

—Me parezco más a ellos que a ti.

—No lo eres, y una vez que descubran quién eres en realidad, te rechazarán por fingir que eres uno de ellos.

—Tu madre está loca —dijo Leuce en voz baja.

Perséfone no necesitaba que se lo dijeran: lo sabía bastante bien.

Se apartó de la televisión y caminó a ciegas hacia su oficina. Una vez dentro, cogió el teléfono y marcó a Ilias.

—Lady Perséfone —respondió.

—¿Dónde está Hades? —preguntó.

Debió haber sentido la angustia en su voz porque no dudó en decírselo.

—Él está en Iniquity, mi señora.

—Gracias.

Le temblaban tanto las manos que apenas logró colgar el teléfono antes de desaparecer y aparecer en la oficina de Hades. Desde aquí, espiaba a los que usaban su club mientras se sentaban en el bar de abajo, bebiendo, fumando y jugando a las cartas. Hoy, sin embargo, descubrió que no estaba solo. Un hombre al que no conocía estaba frente al escritorio de Hades con un traje azul marino a pesar de que había dos sillas vacías esperando. Si Perséfone tenía que adivinar, el hombre no había sido invitado a sentarse.

Tan pronto como llegó, sus voces se detuvieron y la ardiente mirada de Hades se volvió hacia ella.

—Cariño —dijo Hades asintiendo. No había ningún indicio de sorpresa en su voz y, sin embargo, sabía por su expresión que estaba preocupado por su repentina aparición.

Entonces el hombre se volvió para mirarla. Era guapo y definitivamente un semidiós; esos brillantes ojos aguamarina delataban su parentesco de inmediato, un hijo de Poseidón. Tenía la piel morena, el cabello corto y oscuro y una barba incipiente que le cubría la mandíbula. Ella nunca lo había visto antes.

—Así que eres la hermosa lady Perséfone —dijo, sus ojos se hundieron, evaluando, y ella sintió disgusto de inmediato.

—Teseo, creo que deberías irte —dijo Hades, y la mirada del semidiós dejó la de ella, casi renuente. Perséfone se estremeció notablemente, perturbada por su presencia.

—Por supuesto —dijo—. De todos modos, llego tarde a una reunión.

Asintió hacia Hades y se volvió para salir, deteniéndose

frente a Perséfone.

—Encantado de conocerla, mi señora —dijo, y le tendió la mano. La miró y luego lo miró a los ojos; en verdad, no deseaba tomar su mano, así que no dijo nada en absoluto, pero en lugar de ofenderse, el hombre sonrió y dejó caer su mano.

—Probablemente tengas razón en no estrechar mi mano. Que tengas un buen día, mi señora.

Pasó junto a ella y lo observó hasta que salió de la oficina, sin confiar realmente en que se la devolvería. Una vez se fue, Hades habló:

—¿Estás bien?

Se volvió para encontrar que Hades se había movido silenciosamente a través de la habitación hacia ella.

—¿Conoces a ese hombre? —preguntó Perséfone.

—Tan bien como conozco a cualquier enemigo —respondió Hades.

—¿Enemigo?

Señaló con la cabeza hacia la puerta cerrada donde el semidiós había desaparecido.

—Ese hombre es el líder de la Tríada —respondió.

Tenía muchas preguntas, muchas, pero cuando la mano de Hades le tocó la barbilla, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Dime —dijo.

—La noticia —susurró—. Ha habido un accidente horrible.

No pareció sorprendido y Perséfone se preguntó si ya había sentido la muerte.

—Ven —dijo—. Los recibiremos en las puertas.

XIV



EL TEMPLO DE SANGRI

Perséfone había venido a menudo al muelle para recibir a las nuevas almas que cruzaban el río Estigia en el ferry de Caronte, pero esta vez, Hades se teletransportó al lado opuesto de la costa, a las Puertas del Inframundo. Hacía frío aquí, como si el aire del Mundo Superior se filtrara a través del suelo, pero ella apenas se dio cuenta porque ver las puertas en persona la dejó sin aliento.

Eran tan altas como las montañas en las que estaban construidas y estaban hechas de hierro negro. La parte inferior de las puertas había sido elaborada en una línea de narcisos, y de ellos brotaban enredaderas en espiral decoradas con flora y granadas, sus bordes elevados brillaban dorados bajo el cielo tenue, que se extendía sobre sus cabezas, pero desaparecía en una oscuridad extraña y aterradora alrededor de ellas. Más allá de las puertas había un gran olmo. Perséfone podía sentir su edad, incluso desde esta distancia. Era tan viejo como Hades y sus raíces eran profundas, sus extremidades estaban llenas de orbes de luz brillante y azulada.

—¿Qué se aferra a ese árbol? —le preguntó a Hades.

—Sueños —respondió, mirándola—. Aquellos que entren

al Inframundo deben dejarlos atrás.

Hubo una cierta tristeza que se apoderó de ella al pensarlo, pero también lo entendía: no había lugar para los sueños en el Inframundo, porque la vida aquí significaba existir sin carga, sin desafíos. La vida aquí significaba descanso.

—¿Todas las almas deben atravesar estas puertas? —Su voz era tranquila porque, por alguna razón, este espacio se sentía sagrado.

—Sí —respondió Hades—. Es el viaje que deben emprender para aceptar su muerte. Lo creas o no, una vez fue más aterrador que esto.

La mirada de Perséfone se encontró con la suya.

—No quise decir que fuera aterrador.

Él le ofreció una pequeña sonrisa y le tocó los labios con el dedo.

—Y, sin embargo, tiembles.

—Tiemblo porque hace frío —dijo—. No por miedo. Es muy hermoso, pero también es... abrumador. Puedo sentir tu poder aquí, más fuerte que en cualquier otro lugar del Inframundo.

—Quizás eso se deba a que esta es la parte más antigua del Inframundo —dijo.

Una capa apareció en las manos de Hades y la puso sobre los hombros de Perséfone.

—¿Mejor? —preguntó.

—Sí —susurró.

En el siguiente segundo, aparecieron tanto Hermes como Tánatos. Sus alas se envolvieron alrededor de ellos como un manto, luego se desplegaron, expandiéndose y estirándose, casi llenando el espacio en el que estaban para revelar un puñado de almas. Había unas veinte en total, de todas las edades, que iban desde lo que Perséfone supuso era cinco

años hasta los sesenta. La niña de cinco años llegaba con su padre, el de sesenta con su esposa.

Tánatos hizo una reverencia.

—Lord Hades, lady Perséfone —dijo—. Volveremos.

—¿Hay más? —preguntó Perséfone, con los ojos muy abiertos, mirando al Dios de la Muerte.

Él asintió con tristeza.

—Está bien, Sefi —dijo Hermes—. Solo concéntrate en hacer que se sientan bienvenidos.

Los dos dioses desaparecieron y, mientras lo hacían, el padre de la niña de cinco años cayó de rodillas.

—Por favor —suplicó—. ¡Tómame, pero no te lleves a mi hija! ¡Ella es muy joven!

—Has llegado a las Puertas del Inframundo —respondió Hades—. Me temo que no puedo cambiar tu destino.

Antes, Perséfone podría haber encontrado insensibles las palabras de Hades, pero eran la verdad.

No creía que fuera posible que el hombre pareciera más pálido, pero lo logró y gritó:

—¡Eres un mentiroso! ¡Eres el Dios de los Muertos! ¡Puedes cambiar su Destino!

Perséfone dio un paso adelante. Se sentía como si estuviera protegiendo a Hades de la ira de este hombre.

—Lord Hades puede ser el Dios de los Muertos, pero no es el tejedor de tu hilo —dijo—. No temas, padre mortal, y sé valiente por tu hija. Tu existencia aquí será pacífica.

Entonces volvió su atención a la hija y se arrodilló ante ella. Era adorable, pequeña con coletas rubias y rizadas y hoyuelos.

—Hola —dijo en voz baja—. Mi nombre es Perséfone. ¿Cuál es tu nombre?

—Lola —respondió la niña.

—Lola —dijo con una sonrisa—. Me alegra que estés aquí, y con tu padre. Eso es suerte.

Muchos niños llegaban al inframundo sin sus padres solo para ser adoptados por otras almas y reunirse con sus seres queridos años después. Si estas eran las circunstancias que estos dos sufrirían, se alegraba de que estuvieran juntos.

—¿Te gustaría ver algo de magia? —preguntó.

La niña asintió.

Perséfone esperaba que esto funcionara mientras recogía un puñado de tierra negra a sus pies. Imaginó una anémona blanca y observó cómo se materializaba sin esfuerzo en su palma. Soltó un suspiro, agradecida, y el rostro de Lola se iluminó cuando enhebró la flor en su cabello.

—Eres muy valiente —dijo—. ¿También serás valiente por tu padre?

La niña asintió y Perséfone se enderezó, dando un paso atrás. Poco después, más almas se les unieron, guiadas al Inframundo por Hermes y cosechadas por Tánatos. Antes de que terminaran su trabajo, el pequeño espacio estaba abarrotado con ciento treinta personas y un perro, cuyo dueño también había llegado al más allá. Perséfone saludó a muchos de ellos y Hades hizo lo mismo. Había niños y adolescentes, adultos jóvenes y mayores. Algunos tenían miedo y otros estaban enojados, solo unos pocos no tenían miedo.

En algún momento, los dedos de Hades se deslizaron entre los suyos e hizo un gesto hacia las puertas, que se abrían silenciosamente para revelar el olmo más allá en su plenitud: hermoso, antiguo y brillante.

—Bienvenidos al Inframundo —dijo.

Juntos, llevaron a las almas a través de las puertas y por debajo de las largas ramas del olmo. A medida que caminaban, miles de pequeños orbes de luz aparecieron y

brillaron, elevándose sobre sus cabezas para asentarse en las hojas del árbol. Las almas miraron con asombro, no con horror, sin darse cuenta de que esas pequeñas bolas de luz eran las esperanzas y sueños que habían formado durante toda su vida. Perséfone sintió una inmensa tristeza al verlo pasar, pero Hades le apretó la mano.

—Piensa en ello como una liberación —dijo—. Ya no estarán abrumados por el arrepentimiento.

Ella se consoló un poco con eso y cuando dejaron el refugio del árbol, llegaron a una franja de vegetación exuberante y un muelle que se extendía sobre las aguas negras del Estigia. La orilla del Río de la Aflicción estaba cubierta de narcisos blancos. Volviendo del otro lado, estaba Caronte vestido con una túnica blanca que se encendía como una antorcha contra la silenciosa penumbra del Inframundo. Sus poderosos brazos llevaron el bote a babor y sonrió.

—¡Bienvenidos, bienvenidos! —dijo—. Vengan, vamos a llevarlos a todos a casa.

Perséfone nunca antes había visto este proceso, pero observó mientras Caronte elegía a quién se le permitía entrar en su bote. Ni siquiera estaba lleno cuando decidió que era suficiente.

—No más —dijo—. Voy a volver.

Mientras se alejaba remando, Perséfone miró a Hades.

—¿Por qué no tomó más?

—¿Recuerdas cuando dije que las almas hacían este viaje para aceptar la muerte?

Ella asintió.

—Caronte no los llevará hasta que lo hayan hecho.

Los ojos de Perséfone se agrandaron.

—¿Y si no lo hacen?

—La mayoría lo hace —dijo.

—¿Y? —insistió Perséfone—. ¿Qué pasa con el resto?

—Es una base de caso por caso —respondió—. A algunos se les permite ver cómo viven las almas en Asfódelos. Si eso no los anima a adaptarse, se les envía a los Campos Elíseos. Algunos deben beber del Leteo.

—¿Y con qué frecuencia sucede eso?

—Es raro —dijo—. Pero, inevitablemente, en momentos como estos, siempre hay alguien que lucha.

Podía imaginarlo. Ninguna de estas personas se despertó y esperaba morir hoy.

Caronte regresó unas cuantas veces más y al final, los únicos dos que quedaban eran el hombre con la hija de cinco años. Caronte intentó tomarla, pero el padre protestó con vehemencia y Perséfone no lo culpó.

—¡Vamos juntos o no vamos!

Perséfone miró de Caronte a Hades y luego al hombre que sostenía a su hija en sus brazos. Ella también se aferró a él; por mucho que hubiera aceptado su fin, tampoco quería dejar a su padre.

Perséfone dejó el lado de Hades y se acercó al hombre.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó.

—Dejé a mi esposa e hijo atrás —dijo.

Consideró esta noticia, pero sabía que varias de las almas que ya habían pasado por el Estigia habían dejado atrás a un ser querido. También sabía que habría más como él. No podía hacerle una promesa que no podía cumplir para todos.

Entonces, en cambio, preguntó:

—¿Y no confías, después de todo lo que has visto aquí, que los volverás a ver?

—Pero...

—Tu esposa tendrá consuelo —dijo—. Porque estás aquí con Lola y ella esperará a reunirse contigo aquí, en el

Inframundo. En Asfódelos. ¿No deseas hacerles un espacio? ¿Darles la bienvenida cuando vengan?

El hombre miró a Lola y la abrazó, llorando un buen rato. Lo dejaron, y mientras tanto, Perséfone sintió la pesadez de esta tarea. No podía imaginar cómo Tánatos, Caronte y Los Jueces lograban esto todos los días.

Después de un rato, el hombre se recompuso y tomó aliento.

—De acuerdo. Estoy listo.

Perséfone se volvió hacia Caronte, quien sonrió.

—Entonces, bienvenidos al Inframundo —dijo y ayudó a los dos a subir al barco.

Hades y Perséfone se les unieron.

El viaje fue silencioso, las almas miraban hacia el agua, sus expresiones sombrías. El agarre de Hades sobre la mano de Perséfone se apretó, y ella supo que era porque reconoció la carga que llevaba, era tristeza, dolor y desesperación, pero su estado pronto se animó cuando vio a un grupo de almas de Asfódelos en la orilla opuesta esperando para darles la bienvenida.

—¡Miren! —exclamó Lola, señalando con un dedo diminuto.

Cuando Caronte llegó al muelle, Yuri e Ian los ayudaron a subir a la cubierta abarrotada.

—Bienvenidos —dijeron.

Hubo una oleada de actividad cuando fueron aceptados entre la multitud. Las almas habían estado perfeccionando su fiesta de bienvenida y habían logrado convertirla en una celebración más con música y canastas de comida. Inicialmente, le preocupaba que Hades lo desaprobara, ya que estas almas aún no habían sido juzgadas, pero el dios había sentido que esta era una entrada aún mejor a su reino, porque siempre estaría en la mente de aquellos que

terminaron en el Tártaro.

—Ellos reflexionarán sobre este momento y lamentarán no haber sido mejores en la vida.

Hades y Perséfone se quedaron con Caronte, viendo cómo las almas se marchaban por el camino de piedra, a través de los Campos del Luto. Mientras avanzaban, bailaron, cantaron y vitorearon. Se sintió como un final más feliz para un día espantoso.

Junto a ellos, Caronte se rio entre dientes.

—Ciertamente nunca olvidarán su entrada al Inframundo. Perséfone lo miró.

—¿Crees que eclipsará lo repentino de su muerte?

El daimon le ofreció una suave sonrisa.

—Creo que su Inframundo lo compensará con creces, milady.

Dicho esto, salió del muelle y volvió a cruzar el río.

Se volvió hacia Hades.

—¿Sigue siendo un destino tejido por las Moiras si es causado por otro dios?

Ella realmente no lo sabía.

—Todos los destinos son elegidos por las Moiras —respondió Hades—. Láquesis probablemente había asignado una cantidad de tiempo a cada uno de ellos que terminó hoy y Átropos eligió el accidente como su forma de muerte. La tormenta de tu madre proporcionó el catalizador.

Perséfone frunció el ceño y Hades volvió a apretarle la mano.

—Dejemos este lugar. Tengo algo que enseñarte.

Dejó que Hades los teletransportara, pero se sorprendió de dónde la trajo: al Templo de Sangri. Era un gran edificio de mármol y piedra blanca. Un conjunto de escalones constituía una subida empinada hacia las puertas cerradas y doradas

que se encontraban justo detrás de una hilera de antiguas columnas icónicas con pergaminos rematados en oro. Por muy decorativos que fueran, también eran prácticos, y sostenían un frontón detallado con los símbolos de Deméter: la cornucopia y los granos de trigo, que también eran de oro.

—Hades... ¿Por qué estamos en el templo de mi madre? —preguntó Perséfone.

—Visitando.

El Dios de los Muertos mantuvo su mirada, besó su mano y luego la guio hacia su brazo mientras comenzaba a subir los escalones.

—No deseo visitarla —dijo.

—Tu madre quiere jodernos —dijo—. Entonces la joderemos.

—¿Tienes la intención de quemar su templo hasta los cimientos? —preguntó.

—Oh, cariño —respondió Hades—. Soy demasiado depravado para eso.

Subieron los escalones y ella sintió una oleada de la magia de Hades cuando las puertas se abrieron. Varios sacerdotes y sacerdotisas vestidos de blanco dejaron su deambular cuando vieron entrar al Dios de los Muertos, con los ojos muy abiertos por el miedo.

—L-lord Hades... —Uno de los sacerdotes se estremeció mientras pronunciaba su nombre.

—Vete —ordenó.

—No puedes entrar al Templo de Deméter —se atrevió a decir una sacerdotisa—. Este es un espacio *sagrado*.

Hades ignoró a la mujer.

—Vete —dijo de nuevo—. O sé testigo, y complaciente, de la profanación de este templo.

Los sacerdotes y sacerdotisas de Deméter huyeron,

dejándolos solos en la habitación iluminada por el fuego. Las puertas se cerraron de golpe, haciendo que las sombras en la pared se estremecieran.

En el silencio, Hades se volvió hacia ella.

—Déjame hacerte el amor.

—¿En el templo de mi madre? Hades...

La interrumpió con un beso que la hizo gemir. Fue delicioso y profundo, y el deseo se acurrucó en su estómago como garras.

—Mi madre se pondrá furiosa —dijo cuando él se apartó.

—*Estoy furioso* —siseó él mientras su mano se clavaba en la base de su cráneo y sus labios volvían a los de ella. Su otra mano viajó hacia abajo, sobre su trasero y debajo de su muslo, enganchando su pierna alrededor de su cadera. Su erección se acurrucó contra su núcleo dolorido y ella gimió. Sus labios se movieron a su mandíbula y luego a su oreja mientras susurraba—: Y no has dicho que no.

No quiso decir que no. Los acontecimientos de hoy la habían dejado agitada, inquieta, estresada. Necesitaba liberación, lo necesitaba a él.

Se apartó y se miraron el uno al otro por un momento antes de que Perséfone pasara las manos por el pecho de Hades hasta los hombros y lo ayudara a quitarse la chaqueta. Mientras caía al suelo, su ropa siguió. Se desnudaron el uno al otro, un proceso lento y lánguido que implicó muchos besos, lamer y chupar, hasta que se quedaron desnudos y entonces Hades la tomó en sus brazos y la llevó por el pasillo flanqueado por columnas hacia el altar de su madre, que rebosaba de cornucopias de frutas y gavillas de trigo. Dos grandes cuencos de oro llenos de fuego rugían a ambos lados y el aire aquí estaba caliente, lo que hacía que el sudor goteara de sus pieles.

Hades se arrodilló y la acostó sobre el suelo de baldosas

antes de acomodarse entre sus piernas. La miró fijamente, sus ojos como fuego, recorriendo cada parte de su cuerpo, y luego se inclinó y la lamió, su lengua cálida contra su centro. Cuando se apartó, sus labios brillaron con su deseo y sonrió con malicia.

—Estás mojada para mí.

—Siempre —susurró.

—Siempre —repitió—. ¿Incluso al verme?

Ella asintió y Hades se humedeció los labios.

—¿Quieres saber cómo me siento cuando te veo? —preguntó, inclinándose para presionar un beso en el interior de su rodilla.

Ella asintió.

—Cuando te veo, no puedo evitar pensar en ti así —dijo, su voz fue un susurro sensual contra su piel mientras sus labios continuaban subiendo por su muslo—. Desnuda. Hermosa. Empapada.

Cada una de sus palabras fue enfatizada con el remolino de su lengua contra su piel y su respiración se aceleró cuanto más se acercaba a su núcleo ardiente.

—Mi polla está dura por ti —dijo—. Y estoy desesperado por llenarte.

La miró fijamente, su cabeza se cernía sobre el vértice de sus muslos, y podía sentir su aliento contra su carne fundida. Sus dedos se curvaron en sus palmas, sus uñas se clavaron en su piel.

—Entonces, ¿por qué estoy tan vacía?

La comisura de su boca se levantó, y luego descendió, su boca cubriendo su clitoris. Ella se arqueó contra él y sus manos fueron a sus senos, atrayendo sus pezones entre sus dedos, gimió y encontró su mirada ardiente. En cuanto lo hizo, él tiró de sus caderas, las manos se clavaron en su trasero y luego estuvo dentro de ella, sus dedos se curvaron

profundamente, estimulando una parte de ella que hizo que su respiración se atascara en su garganta. Cuanto más gritaba, más rápido se movía su lengua, más la persuadían sus dedos, y cuando se apartó de ella, sus labios y dedos brillaban.

La dejó relajarse sobre el azulejo y trepó por su cuerpo, con la boca descendiendo sobre la de ella. Sabía como ella, picante y salada, y mientras su lengua se deslizaba contra la suya, estiró la mano entre ellos, envolviendo su mano alrededor de su polla dura, acariciando con el pulgar la cabeza, llena de necesidad. Hades gimió.

—¿Quieres tomarme en tu boca? —preguntó.

—Siempre —dijo, sentándose.

Se estremeció y cerró los ojos.

—Esa palabra.

—¿Qué hay de malo en esa palabra?

—Nada —dijo, y tomó su lugar en el suelo, con una mano detrás de la cabeza—. Es... perfecta.

Perséfone envolvió su mano alrededor de la polla de Hades, lo lamió una vez y luego lo tomó en su boca. La mano de él se apretó en su cabello y siseó, apretando los muslos alrededor de sus rodillas dobladas. Mantuvo la boca concentrada en la punta suave durante un largo rato, saboreando cada gota de humedad que subía a la superficie y luego lo tomó hasta la empuñadura. Dejó escapar un largo suspiro y se sentó, quitándola de su longitud y presionando su boca caliente contra la de ella. La guio hasta ponerla de espaldas, moviéndose para agarrar su polla mientras la presionaba en sus resbaladizos pliegues, provocando su entrada y su clítoris.

Perséfone gimió y le clavó sus talones en el trasero.

—Ahora, Hades —ordenó—. Lo *prometiste*.

Ofreció una risa entrecortada.

—¿Qué te prometí, cariño?

Se inclinó para besar su cuello y sus dientes rozaron su oreja. Ella se volvió hacia él, enojada, con la esperanza de capturar sus labios, pero él se movió.

—Llenarme —susurró—. Follarme.

—Eso no fue una promesa —dijo—. Fue un voto.

Y luego se enfundó completamente, acomodándose profundamente, y por un momento se apoyó contra ella, sus cuerpos resbaladizos fusionándose. Sus labios tocaron su mandíbula, luego su boca, mientras esperaba a que ella se relajara debajo de él.

—Déjame hacerte el amor —dijo de nuevo y sostuvo su mirada mientras se movía, levantándose en sus manos sobre ella, comenzó a moverse, estableciendo un ritmo que aseguraba que ella sintiera cada parte de su polla. Se arqueó debajo de él, su espalda despegándose del suelo. Hades se retiró entonces, sus manos clavándose en sus muslos mientras inclinaba sus caderas y se sumergía en ella una y otra vez, firme y agonizante.

Deseaba que durara para siempre, deseaba correrse. Quería todo de una vez.

Entonces se retiró e inclinó la cabeza entre sus muslos, su boca descendió una vez más antes de empujarse de nuevo dentro de ella, su cuerpo cerniéndose sobre el suyo, sus brazos fuertes la enjaularon. Ella le observó el rostro mientras se movía, con los ojos pesados, su mandíbula tensa, sus labios entreabiertos. De vez en cuando se inclinaba para besarla, una, dos, una tercera vez, antes de que ninguno de los dos pudiera mantener los ojos abiertos, hasta que sus cabezas se inclinaron hacia atrás y se corrieron.

Después, se tumbaron en el suelo de baldosas, con las extremidades enredadas.

—¿Qué es eso que escuché sobre rescate de caballos? —

preguntó, su voz era baja. Estaba cansada, su cuerpo todavía temblaba por su liberación.

Hades no reaccionó, sus dedos continuaron enredándose por su cabello.

—Te lo iba a decir mostrándotelo —dijo—. ¿Quién te lo dijo?

—Nadie me lo dijo —respondió ella—. Lo escuché.

—Hmm. —Hizo un sonido somnoliento.

Después de un momento, se movió para que sus brazos descansaran sobre el pecho de él, con la barbilla apoyada sobre ellos.

—Harmonía vino de visita hoy —dijo.

—¿Oh? —Enarcó una ceja oscura, los ojos entreabiertos.

—Cree que el arma que se utilizó para capturarla fue una red —dijo—. Y que fue hecha con la magia de mi madre.

Hades no habló, no movió un solo músculo de su rostro.

—¿Por qué mi madre ayudaría a atacar a su propia gente?

—Ha sucedido cada vez que nuevos dioses suben al poder —respondió Hades. No pareció sorprendido en absoluto.

—¿Nuevos dioses o nuevo poder? —preguntó.

—Quizás ambos —respondió—. Supongo que lo sabremos tarde o temprano.

Perséfone guardó silencio, considerando las palabras de Hades.

—¿Qué estaba haciendo Teseo en tu oficina hoy? —preguntó, repentinamente curiosa. Cuando llegó, cualquier conversación que hubieran tenido no parecía ir bien debido a la tensión en la habitación.

—Tratando de convencerme de que no tuvo nada que ver con tu asalto y el ataque a Adonis o Harmonía.

—¿Y lo hizo?

—No pude detectar una mentira —admitió Hades.

—Pero, ¿aun así piensas que fue el responsable?

El fantasma de una sonrisa tocó sus labios, como si estuviera orgulloso de que pudiera leerlo tan bien.

—Creo que su inacción lo hace responsable —dijo Hades—. A estas alturas debe saber los nombres de sus atacantes y, sin embargo, se negó a divulgarlos.

—¿No tienes métodos para extraer información? —preguntó, arqueando una ceja.

Hades se rio entre dientes.

—¿Estás ansiosa por sangre, cariño?

Ella frunció el ceño.

—Simplemente no entiendo qué poder tiene para guardar esa información.

—El mismo tipo de poder que cualquier hombre tiene con sus seguidores —respondió Hades—. Arrogancia.

—¿No es eso una ofensa punible a los ojos de un dios?

—Confía, cariño, para cuando Teseo venga al Inframundo, seré yo quien lo acompañe directamente al Tártaro.

XV



CONVIRTIÉNDOSE EN PODER

El resto de la semana pasó rápidamente con Perséfone realizando su propia investigación sobre la Tríada. Se enteró de que la organización tuvo un comienzo fallido, alegando que su liderazgo estaba descentralizado. Esto llevó a que varias personas realizaran sus propias protestas, algunas pacíficas y otras más violentas. Cuando Zeus los declaró una organización terrorista, y como resultado, alentó a varios fieles mortales a buscar y atacar a los asociados con el grupo, se habían disuelto temporalmente solo para reformarse un año después bajo un nuevo liderazgo.

Eso fue hace cinco años.

Desde entonces, ha habido algunas protestas y más ataques violentos, pero la Tríada nunca se había responsabilizado por ellos, alegando que eran Impíos rebeldes. Perséfone recordó lo que había dicho Hades sobre Teseo: que el líder de la Tríada afirmaba no tener ninguna relación con el asesinato de Adonis y el ataque de Harmonía. ¿Podría ser este un caso de los Impíos atacando por su cuenta con la ayuda de Deméter?

No podía decirlo, solo esperaba que no fuera necesario otro ataque para averiguarlo.

Era sábado y Perséfone se dirigía a la cabaña de Hécate para entrenar, sin el conocimiento de Hades. Él había insistido en que descansara, ya que el sueño la había evadido la mayoría de las noches, pero sabía que después de presenciar el horrible accidente que se llevó tantas vidas en el Mundo Superior, el entrenamiento era una prioridad, además, tenía algunas preguntas para la antigua diosa.

Cuando llegó, Hécate estaba trabajando dentro de su cabaña, envolviendo hierbas secas con cordeles: tomillo, romero, salvia y estragón. Había varios bultos y todo el lugar olía dulce y amargo.

Se sentó para ayudar, seleccionando los tallos de cada pila antes de atar con cuidado el cordel en un lazo ordenado.

—¿Qué tipo de hechizos planeas lanzar con todo esto? —preguntó.

La esquina del labio de Hécate se curvó.

—Ninguno... estas hierbas son para cocinar.

—¿Desde cuándo? —preguntó Perséfone, pero su pregunta casi sonó como una acusación. Nunca había visto a la diosa cocinar nada salvo venenos.

—Cultivo todo tipo de hierbas —dijo Hécate—. Algunos para mis hechizos, otros para Milan, y otros para recreación.

Perséfone arqueó una ceja.

—¿Por qué Milan necesita tanto?

—Estas hierbas duran al menos tres años —dijo—. Pero me imagino que se está preparando para el banquete de bodas.

Perséfone se quedó helada. Ni siquiera había pensado en la comida, y ¿qué hay del pastel? ¿Eran estas cosas en las que debería estar pensando dados los eventos de la semana pasada? Frunció el ceño y las tensiones se acumularon entre sus cejas.

—No quería causarte estrés —dijo Hécate.

—No lo hiciste —dijo Perséfone y se detuvo—. Hécate, te pusiste del lado de los Olímpicos durante Titanomaquia, ¿no?

—¿Por qué preguntas?

Perséfone se estremeció ante el tono de su voz, era fría, casi furiosa. ¿Era este un tema del que la diosa prefería no hablar?

Hécate continuó envolviendo manojos de hierbas, sin dejar nunca su tarea.

—Solo... me preguntaba por qué no te pusiste del lado de los Titanes —dijo Perséfone—. Ya que eres uno de ellos.

—Ser uno de ellos no significa que esté de acuerdo con ellos —dijo, mientras continuaba trabajando, sus manos se movían rápido—. Bajo los Titanes, el mundo no habría evolucionado, y creí que los Olímpicos, aunque eran dioses, eran mucho más humanos que ellos.

Perséfone hizo una mueca.

—No creo que las razones de mi madre sean tan nobles.

—¿Qué quieres decir?

Perséfone le explicó lo que Harmonía le había dicho, que había sentido la magia de Deméter en el parque donde había sido atacada y sus sospechas de que podría estar trabajando con la Tríada, o los Impíos rebeldes.

No podía sacar las palabras de Harmonía de su cabeza.

Cálido como el sol en una tarde de primavera, con el aroma a trigo dorado y fruta dulce y madura.

La magia de Deméter se había sentido por toda el arma, la red, que había atrapado a Harmonía. Tenía sentido, por qué la diosa no podía invocar su magia para calmar a sus atacantes. Harmonía era una diosa menor. Contra Deméter, tenía pocas posibilidades de vencer a un antiguo Olímpico.

Cuando terminó con su explicación, Hécate no pareció sorprendida.

—No es el primer dios que intenta derrocar a los de su especie, ni será la última —respondió.

Era lo mismo que había dicho Hades.

—No pareces preocupada —observó Perséfone.

—Solo me preocupo por lo que puedo controlar —dijo Hécate—. Las acciones de tu madre son tuyas; no puedes evitar que elija este camino, pero puedes luchar contra ella en el proceso.

Perséfone se encontró con la mirada de Hécate.

—¿Cómo?

La diosa la miró fijamente y después de un momento, tomó un tosco par de tijeras que habían usado para cortar hierbas antes. Las colocó sobre la mesa, delante de Perséfone.

—Aprendes a curarte.

—¿Por qué? Dijiste que debería pelear, ¿no debería estar practicando magia?

—La curación es un poder necesario de dominar antes de enfrentarte a cualquiera de los Divinos. Todos los dioses tienen la capacidad de curarse hasta cierto punto. Hoy descubriremos la tuya.

¿*Todos* los dioses? Perséfone no tenía ni idea. Ella había pensado que era solo un poder poseído por unos pocos.

Perséfone miró fijamente a Hécate y luego sus ojos se posaron en las tijeras.

—¿Y qué se supone que debo hacer con estas?

—Te cortarás, o yo lo haré por ti.

Hubo un momento en el que pensó que Hécate debía estar bromeando, pero eso pasó rápidamente al recuerdo de cómo la Diosa de la Brujería le había ordenado a Nefeli que la atacara. Esa noche había ido más allá de enseñar simples trucos de magia. Esto era serio, y Hécate había demostrado que haría lo que fuera necesario para asegurarse de que se manifestara el

poder de Perséfone.

Tomó las tijeras.

—¿Qué se supone que debo hacer una vez que me corte?

—Hazlo y te lo diré —respondió.

Aun así, Perséfone vaciló. Nunca antes se había lastimado intencionalmente, y la idea de hacerlo la hizo temblar.

Solo finge que es tu magia, dijo, recordando la otra noche, cuando soñó que Pirítoo estaba en su habitación y unas ramas gruesas le habían hecho pedazos los brazos y las piernas. *Esto no es nada comparado con eso*.

Sostuvo las tijeras sobre su palma. En un instante, la mano de Hécate se extendió y la condujo hacia abajo. Los extremos de las tijeras le atravesaron la mano y se clavaron en la mesa de debajo.

Al principio, Perséfone estaba tan sorprendida que no reaccionó. Entonces, Hécate le quitó las cuchillas de la mano y con la sangre, vino el dolor. Perséfone gritó, agarrándose la muñeca de su mano herida mientras su magia brotaba a la superficie, inundando sus venas. Este era el tipo de magia que brotaba de su piel, del tipo que había estallado la noche que había soñado con Pirítoo.

—Curarte es una forma de defensa —dijo Hécate con calma, como si no acabara de apuñalarla.

—¿Qué diablos, Hécate? —demandó Perséfone, su voz era áspera y furiosa. Sus ojos ardían con magia; podía sentirlo, un calor residual que hacía que se le humedecieran los ojos.

—Tu magia no se despertará para curar un rasguño —dijo la diosa.

—Entonces, ¿tuviste que apuñalarme? —preguntó Perséfone.

Una horrible sonrisa se extendió por el rostro de la diosa.

—Tienes que aprender a invocar tu poder sin dolor, miedo

o ira. Debe convertirse en una segunda naturaleza, por lo que usaremos el dolor, el miedo y la ira para entrenar.

Perséfone rechinó los dientes. Su magia quemando su piel.

—Canaliza tu magia, Perséfone. ¿Qué se siente cuando Hades te sana?

Perséfone luchó con su mente, atrapada entre escuchar a Hécate y su ira, pero el dolor en su mano también llamó su atención y pronto se concentró en él y en los recuerdos de las manos curativas de Hades; había sido fácil para él, un pulso de poder que calentaba la piel, como deslizarse en una fuente termal.

—Bien —escuchó decir a Hécate, y cuando abrió los ojos, vio que su mano estaba curada, la única evidencia de que había resultado herida era la sangre en la mesa.

—Otra vez —dijo la diosa, recogiendo las tijeras.

Perséfone se estremeció y se puso de pie.

—No.

Hécate la miró fijamente, todavía sosteniendo las tijeras ensangrentadas en alto.

—¿Qué quieres, Perséfone?

—¿Qué tiene esto que ver con apuñalarme?

—Todo. Tu magia es reactiva, más que probablemente debido a un trauma, y aunque eso no es tu culpa, nos estamos quedando sin tiempo. ¿Crees que puedes tomarte cuatro minutos para curarte en el campo de batalla?

—Esto no es una batalla, Hécate.

—Pronto lo será... ¿Y dónde preferirías aprender? Así que te vuelvo a preguntar. ¿Qué quieres?

Ella quería a... Hades. Quería el Inframundo, el Mundo Superior, quería...

—Todo —dijo, sin aliento.

—Entonces, lucha por ello —dijo Hécate.

Perséfone extendió la palma de su mano.

Practicaron durante más de una hora. Después de la vigésima vez, Perséfone dejó de estremecerse cuando las tijeras se clavaron en la palma de su mano. No pasó mucho tiempo para que comenzase a curar la herida antes de que las cuchillas incluso dejaran su cuerpo. Dirigida por Hécate, se familiarizó con la forma en que su magia reaccionaba a la intrusión, más fuerte con el impacto, calentando inmediatamente su piel y levantándole el vello de la nuca.

—Te está instando a que lo uses —dijo Hécate—. Quiere protegerte.

Perséfone había escuchado esas palabras antes, pero ahora estaba comenzando a entenderlas, y a su magia. No era algo extraño lo que invadía su cuerpo, era tan natural para ella como su sangre y sus huesos.

—Es suficiente por hoy —dijo Hécate.

Perséfone había perdido la cuenta de las veces que había sido apuñalada. Se sentía cansada, pero extrañamente consciente. Como si su cuerpo se hubiera convertido en una víbora, enrollada y lista para atacar. Por una vez, desde que sus poderes se habían despertado, no se sentían tan lejos.

—Sí, querida —siseó Hécate y Perséfone se encontró con la oscura mirada de la diosa—. Lo entiendes ahora porque puedes sentirlo. No se trata de invocar poder. Se trata de convertirse en él.

Convertirse en poder.

—¿Con qué frecuencia podemos entrenar así? —preguntó Perséfone.

—Tan a menudo como quieras —dijo Hécate.

—Por favor, Hécate.

La diosa extendió una mano y ahuecó su barbilla. Por primera vez desde que habían comenzado a entrenar hoy, su mirada se volvió gentil.

—Siempre que recuerdes que te amo —respondió ella.

Las palabras hicieron que a Perséfone se le encogiera el estómago, eran palabras llenas de pavor, promesas y miedo, pero esos eran sentimientos que también existían fuera de esta cabaña, en el Mundo Superior, donde la magia de su madre rabiaba y donde Harmonía había sido atacada. Al menos aquí, con Hécate... sabía que estaría a salvo.

—Por supuesto. ¿Cómo podría olvidarlo?

Hécate le ofreció una sonrisa triste.

—Oh, querida. Puedo hacerte lamentar que alguna vez fuéramos amigas.

Perséfone consideró dirigirse al Elíseo para visitar a Lexa, pero después de su sesión con Hécate, se sentía particularmente agotada. En cambio, regresó al palacio. Cerbero, Tifón y Ortro caminaban obedientemente a su lado, y tuvo la sensación de que les habían ordenado escoltarla dentro del Inframundo, más que probablemente debido a su tendencia a vagar y encontrar problemas. Sus sospechas se confirmaron cuando, tan pronto como puso un pie dentro del palacio de Hades, los tres dóberman se dispersaron.

No estaba molesta por su presencia o su escolta, pero la hizo esperar un momento en el que lo necesitara menos. Una vez más, pensó en las palabras de Hécate, y se preguntó en qué se estaba metiendo exactamente al pedirle a la diosa que la entrenara como lo había hecho hoy.

—Oh, y Perséfone —había dicho Hécate mientras salía de su cabaña—. *No le digas a Hades sobre el día de hoy. No creo que tenga que decirte que lo desaprobaba.*

Esas palabras pesaron sobre ella mientras se dirigía a su dormitorio. Había hecho una promesa de ser completamente transparente con Hades, especialmente después de perder a

Lexa. Le costó mucho trabajo teniendo en cuenta que no estaba acostumbrada a comunicarse en absoluto. Crecer bajo el pulgar de su madre le había enseñado que expresar la opinión o los sentimientos de una, llamaba la atención y las críticas. Era mejor permanecer en silencio, existir tanto en secreto como fuera posible para evitar el castigo.

Esa era la forma en que había vivido durante años, pero después de la muerte de Lexa, se dio cuenta de que ya no podía hacerlo. Más importante aún, no era necesario. Hades quería saber de ella, quería entender su perspectiva, y ella quería lo mismo de él.

Todavía estaba considerando cómo hablar con él sobre los métodos de entrenamiento de Hécate cuando entró al dormitorio y encontró a Hades ocupando su espacio habitual frente al fuego, y a otro dios que no conocía. Era guapo y elegante: piel negra, cabello blanco y corto, rizado cerca de su cabeza. Tenía los ojos muy abiertos, como los de un ciervo, y labios carnosos. Vestía de blanco con detalles dorados: un cinturón alrededor de la cintura y una capa de collares. Llevaba los pies descalzos, pero probablemente se debía a que no necesitaba zapatos; unas grandes alas blancas le brotaban de la espalda.

—Hola —dijo, cerrando la puerta detrás de ella—. ¿Estoy... interrumpiendo algo?

Se dio cuenta de que era una pregunta extraña, pero... el dormitorio también era un lugar extraño para que Hades hiciera negocios.

El dios desconocido resopló.

—Perséfone —dijo Hades, sacando una mano de su bolsillo para hacer un gesto hacia el dios—. Este es Hipnos, dios del sueño. Es el hermano de Tánatos. No se parecen en nada.

Hipnos lo fulminó con la mirada.

—Lo habría descubierto por su cuenta, no tenías que decírselo.

—No quería que tuviera la falsa impresión de que serías amable.

Perséfone se lo quedó mirando, un poco sorprendida por la rapidez con que el tono y la atmósfera de la habitación habían cambiado en presencia de estos dos.

—No soy descortés —argumentó Hipnos—. Pero no me va bien en presencia de idiotas. No eres una idiota, ¿verdad, lady Perséfone?

Definitivamente no era como Tánatos. Este dios se sentía más impredecible. Quizás era por la naturaleza del sueño.

—N-no —dijo, ofreciendo una respuesta vacilante.

—Le he pedido a Hipnos que viniera para ayudarte a dormir —dijo Hades rápidamente.

—Estoy seguro de que lo ha entendido —espetó Hipnos.

—¿Y tú? ¿Le dijiste que no dormías?

Hipnos se echó a reír, un sonido profundo que provenía de algún lugar de su garganta.

—¿El Dios de los Muertos admitiendo que necesita ayuda? Eso es un sueño imposible.

Hasta ahora, Hades había permanecido imperturbable por el dios gruñón, pero, de repente, sus ojos se oscurecieron.

—Esto se trata de ti —respondió, trabajando para que su voz sonara suave y tranquila a pesar de que apretó los dientes—. No ha estado durmiendo, y cuando lo hace, se despierta con pesadillas. A veces cubierta de sudor, a veces gritando.

—No es... nada —trató de discutir Perséfone. No estaba interesada en seguir este camino, en revivir lo que había experimentado desde el día en que Pirítoo la llevó—. Son solo pesadillas.

—Y solo eres una jardinera glorificada —respondió Hipnos.

—Hipnos. —Hades dejó escapar un gruñido de

advertencia.

—No es de extrañar que vivas fuera de las Puertas del Inframundo —murmuró Perséfone.

Fue la primera vez que Hipnos pareció divertido.

—Para tu información, vivo fuera de las puertas porque todavía soy una deidad del Mundo Superior, a pesar de mi sentencia aquí.

—¿Tu sentencia?

—Es mi castigo vivir debajo del mundo por poner a Zeus a dormir —dijo.

—Dos veces —enfaticó Hades.

Hipnos miró de reojo al dios; una ceja enojada arqueada.

—¿Dos veces? ¿No aprendiste la primera vez? —preguntó Perséfone.

Hades intentó reprimir una sonrisa.

—Aprendí, pero es difícil ignorar una petición de la Reina de los Dioses. Rechazar a Hera significa vivir una vida infernal y nadie quiere eso, ¿*verdad*, Hades?

La aguda pregunta de Hipnos sacó la diversión de la mirada de Hades. Satisfecho con su pulla, el dios volvió su atención a Perséfone.

—Háblame de estas pesadillas —dijo Hipnos—. Necesito detalles.

—¿Por qué debes oír de ellas? —preguntó Hades—. Te dije que tenía problemas para dormir. ¿No es suficiente para crear un boceto?

—Suficiente, tal vez, pero un boceto no resolverá el problema. —Miró con enfado a Hades—. Soy mayor que tú, milord, una deidad primordial, ¿recuerdas? Déjame hacer mi trabajo.

Hipnos volvió a mirar a Perséfone.

—¿Y bien? —Su voz era áspera, exigente, pero ella tuvo la

sensación de que, si él no deseaba ayudarla, ya se habría ido —. ¿Con qué frecuencia las tienes?

—No todas las noches —dijo.

—¿Hay un patrón? ¿Vienen después de un día particularmente estresante?

—No lo creo. Esa es parte de la razón por la que no quiero dormir. No estoy segura de lo que encontraré al otro lado.

—Estos sueños... ¿proceden de algo traumático?

Perséfone asintió.

—¿Qué?

—Fui secuestrada —dijo—. Por un semidiós. Estaba obsesionado conmigo y... quería violarme.

—¿Tuvo éxito?

Perséfone se estremeció ante la pregunta directa de Hipnos y Hades gruñó.

—*Hipnos*.

—Lord Hades —espetó Hipnos—. Una interrupción más y dejaré tu compañía.

Los ojos de Perséfone se dirigieron a Hades, de cuya mano habían brotado letales agujas negras.

—Está bien, Hades. Sé que está tratando de ayudar.

El dios sonrió con pesar.

—Escucha a la mujer. Ella aprecia el arte de la interpretación de los sueños.

—No —dijo Perséfone—. No tuvo éxito, pero cuando sueño, parece estar cada vez más cerca de... conseguirlo.

No pudo evitarlo, miró a Hades mientras hablaba y vio que estaba pálido. Su pecho se sintió apretado. No había pensado en lo que esto podría hacerle, tal vez debería haberle dicho que se fuera. Sin embargo, dudaba que la hubiera escuchado.

—Los sueños, las pesadillas, nos preparan para sobrevivir

—dijo Hipnos—. Dan vida a nuestras ansiedades para que podamos combatirlas. Tú no eres diferente, Diosa.

—Pero sobrevivo —discutió Perséfone.

—¿Crees que sobrevivirías si volviera a suceder?

Ella empezó a hablar.

—No en la misma situación, en una diferente. Una en la que quizás un dios más poderoso te secuestrara.

Cerró la boca de golpe.

—No necesitas un boceto —dijo—. Debes considerar cómo lucharás en tu próximo sueño. Cambia el final y las pesadillas cesarán.

Entonces el dios se puso de pie.

—Y por el amor de todos los dioses y diosas, vete a dormir.

Con eso, Hipnos desapareció.

Perséfone miró a Hades.

—Bueno, fue agradable.

La expresión de Hades le dijo todo lo que necesitaba saber sobre lo que pensaba del Dios del Sueño. Luego sus ojos bajaron y se entrecerraron.

—¿Por qué hay sangre en tu camisa? —preguntó.

Los ojos de Perséfone se agrandaron y cuando miró, vio una mancha carmesí. No lo había notado antes de salir de la cabaña de Hécate. Supuso que esta era la manera de contarle a Hades sobre su sesión de entrenamiento de la tarde.

—Oh... estaba practicando con Hécate —dijo.

—¿Practicar qué?

—Curación —dijo.

Las cejas de Hades se fruncieron.

—Eso es mucha sangre.

—Bueno... no podía curarme exactamente si no estaba herida —explicó, pero supo por la expresión del rostro de

Hades que no era lo correcto. Incluyó la cabeza hacia un lado, endureciendo la boca.

—¿Está haciendo que practiques contigo misma primero?

Perséfone abrió la boca para hablar, pero no había nada que decir excepto:

—Sí... ¿Por qué está mal?

—Deberías estar practicando en jodidas... *flores*. No en ti. ¿Qué te hizo hacer?

—¿Importa? Me curé. Lo hice. —Estaba orgullosa—. Además, no tengo mucho tiempo. Sabes lo que le pasó a Adonis y viste lo que le pasó a Harmonía.

—¿Crees que dejaría que te pasara lo que les pasó? —preguntó.

—Eso no es lo que estoy diciendo —habló con cuidado, sabiendo que sus palabras importaban aquí, Hades ya se culpaba por lo que sucedió con Pirítoo—. Quiero poder protegerme.

Hades se limitó a mirarla, sus ojos bajaron a la sangre, lo que hizo que ella cruzara los brazos sobre el pecho para ocultarla.

—Te juro que estoy bien —dijo—. Bésame si crees que estoy mintiendo.

Sus ojos volvieron a los de ella y avanzó poco a poco, con la mano ahuecando su mandíbula.

—Te creo, pero te besaré de todos modos.

Los labios presionaron los de ella con dulzura, fue demasiado breve y demasiado dócil. Cuando se apartó, ella lo miró fijamente y le preguntó:

—¿Por qué no me dijiste que tenía la capacidad de curarme?

—Pensé que en algún momento Hécate te enseñaría —dijo—. Hasta entonces, era un placer curarte.

Se sonrojó, no ante ningún recuerdo en particular, sino ante el sonido de la voz de Hades, la voz de un amante, cálida e hipnótica. Sus ojos se posaron en sus labios, deliciosos, seductores.

—¿Qué haremos esta noche, cariño? —preguntó Hades.

Una sonrisa curvó los labios de Perséfone cuando respondió:

—Estoy ansiosa por jugar a las cartas.

XVI



EL ESCONDITE

—Jugamos según mis reglas —dijo Perséfone.

Se sentaron uno frente al otro ante la chimenea de su dormitorio, una mesa y una baraja de cartas entre ellos.

Hades arqueó una ceja.

—¿Tus reglas? ¿En qué se diferencian de las reglas establecidas?

—No hay reglas establecidas —dijo—. Eso es lo que hace que este juego sea tan divertido. —Hades frunció el ceño y ella supo que este era exactamente el tipo de juego que odiaba. Necesitaba estructura, pautas, *control*.

—Solo escucha. El objetivo es recolectar todas las cartas de la baraja —dijo Perséfone—. Cada uno de nosotros dejará una carta al mismo tiempo. Si las cartas suman diez o pones un diez, golpeas la baraja.

—¿Tú... *golpeas* la baraja? —preguntó Hades.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque así es como reclamas las cartas.

Se aclaró la garganta.

—Sigue.

—Además de la regla de las decenas, existe una regla para las cartas con figuras —explicó.

Tenía que concedérselo a Hades, mostró interés en las reglas del juego, probablemente más que nada porque estaba interesado en los desafíos.

—Dependiendo de la figura que saques, tienes un cierto número de posibilidades de obtener otra figura o el jugador que colocó la primera figura se lleva todas las cartas.

—Está bien —dijo muy deliberadamente.

Ella continuó.

—Y, por último, si golpeas en el momento equivocado, entonces tienes que poner dos cartas en la parte inferior de la pila.

—Bien —dijo—. Por supuesto. De nuevo, ¿cómo se llama este juego?

—Póquer egipcio —dijo Perséfone.

—¿Por qué?

Ella frunció el ceño.

—N-no lo sé. Simplemente es así.

Hades arqueó una ceja.

—Bueno, esto debería ser divertido. Vayamos a la parte importante: las apuestas. ¿Qué deseas si obtienes esta... baraja completa de cartas primero?

Perséfone consideró esto antes de decir:

—Me gustaría un fin de semana —dijo—. Sola. Contigo.

Los labios de Hades se arquearon.

—Estás apostando por algo que te daría con mucho gusto, y lo he hecho muchas veces.

—No un fin de semana secuestrada en tu dormitorio —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Un fin de semana... en

una isla o en la montaña o en una cabaña. *Vacaciones*.

—Mmm. No me estás dando una muy buena razón para ganar —dijo.

Perséfone sonrió.

—¿Y tú? ¿Qué deseas?

—Una fantasía —dijo—. Cumplida.

—¿Una fantasía?

—Una sexual.

Se necesitó de todo en ella para no tartamudear.

—Por supuesto. —Se las arregló para decir suavemente, tomando una respiración superficial. *Ahora, ¿quién estaba haciendo difícil el deseo de ganar?* Se mordió el labio—. ¿Puedo preguntar qué implica esta fantasía sexual?

—No. —Sus ojos brillaron con diversión—. ¿Aceptas?

—Acepto —dijo Perséfone y, mientras hablaba, apretó los muslos, sintiendo una sacudida de calor bajo en su estómago. Esperaba poder concentrarse lo suficiente en el juego para intentar ganar.

Cortó la baraja y dio a cada uno veintiséis cartas. La primera carta que dejó fue un dos de picas. Hades colocó una reina de tréboles.

—Eso significa que tienes tres oportunidades de obtener otra figura —explicó.

Su siguiente carta fue un rey.

—Ahora tienes cuatro oportunidades de conseguir una figura.

—Está bien.

Su primera carta fue un cinco de diamantes, la siguiente un tres de tréboles, la tercera una jota de corazones. Luego, fue el turno de Perséfone; afortunadamente, dejó otra figura.

—Ahora tienes una oportunidad de sacar una figura —

dijo.

Lo que sacó fue un diez de espadas.

A la velocidad del rayo, la mano de Hades descendió sobre la baraja con un fuerte estruendo.

Perséfone se estremeció y lo miró sorprendida. No había esperado que se moviera tan rápido, o que recordara tan bien las reglas.

—¿Qué? —preguntó cuando notó su expresión—. Dijiste dar un golpe.

—Eso no fue un golpe, fue más como una colisión.

Sonrió con suficiencia.

—Realmente quiero ganar.

Ella arqueó una ceja.

—Pensé que estabas intrigado por *mi* apuesta.

—Sí, pero puedo hacer realidad tu apuesta en cualquier momento.

—¿Y no crees que pueda hacer realidad tu fantasía en ningún momento?

Los labios de Hades se arquearon.

—¿Puedes?

Se miraron el uno al otro por un instante. La tensión entre ellos acumulándose rápidamente, una tormenta en el horizonte. Parte de ella quería descartar el juego por completo solo para incrustar su cuerpo en el de ella.

Entonces Hades habló, su voz baja y ronca.

—¿Deberíamos continuar?

Su juego progresó: un intercambio de cartas casi interminable. En un momento, a Hades solo le quedaba una carta: la victoria de Perséfone estaba a mano. Estaba tan emocionada que podía saborearlo.

—No te veas tan presumida, cariño. Volveré con esta carta

—prometió.

Y cuando dejó la tarjeta, era un diez.

Golpeó la baraja y reclamó las cartas: un ganador.

Perséfone lo fulminó con la mirada.

—¡Hiciste trampa! —acusó.

Hades se rio entre dientes.

—El reclamo de una perdedora.

—Cuidado, milord, puede que hayas ganado, pero soy responsable de la experiencia. Quieres que sea buena, ¿no es así?

Ni siquiera estaba segura de lo que iba a pedir, una fantasía de algún tipo. ¿Qué deseaba? Pensó en la vez que la había amenazado con llevarla a su oficina de cristal. Quizás tenía deseos más oscuros: sumisión o esclavitud o juego de roles. Apenas podía respirar mientras esperaba que él hablara, que le diera instrucciones.

Entonces se puso de pie, aflojándose la corbata y los gemelos. Perséfone echó la cabeza hacia atrás, con la mirada recorriendo los planos de su físico musculoso.

—Diez segundos —dijo.

Perséfone frunció el ceño. Había esperado que otras palabras salieran de su boca como... desvístete o tal vez, ponte de rodillas.

—¿Qué? —Quizás lo había escuchado mal. No había forma de que malinterpretara la tensión en esta habitación. Su mirada bajó a donde su erección se tensaba contra su pantalón.

No lo había malinterpretado.

—Tienes diez segundos para esconderte. Entonces te buscaré.

—¿Tu fantasía es jugar al escondite? —preguntó.

—No. Mi fantasía es la persecución. Te voy a cazar, y

cuando te encuentre, me enterraré tan dentro de ti que lo único que podrás decir es mi nombre.

Eso parecía justo.

Fingió considerar esta proposición y dijo:

—¿Usarás magia?

Su sonrisa se ensanchó.

—Oh, esto será mucho más divertido con magia, cariño.

Ella entrecerró los ojos.

—Pero este es tu reino. Sabrás donde sea que vaya.

—¿Me estás diciendo que no deseas que te atrapen?

Fue su turno de sonreír. Sin otra palabra, se teletransportó y apareció en el jardín de Hades. Había aterrizado al aire libre, en el camino de piedra negra que serpenteaba entre flores de colores y árboles oscuros. Se lanzó hacia el follaje, agachándose bajo cortinas de glicinas y separando ramas de sauce.

Sintió aparecer a Hades. Él era calor, una llama que calentó su piel y se sintió atraída por ella como una polilla. Se apretó contra el tronco del sauce, mirándolo a través de sus gráciles ramas.

Él se giró en su dirección, dando pasos deliberados pero cuidadosos hacia ella.

—He pensado en ti todo el día —dijo y un escalofrío la recorrió. Se apartó del árbol y vagó por el borde del jardín. Hades continuó siguiéndola y hablando.

—La forma en que sabes, la sensación de mi polla deslizándose dentro de ti, la forma en que gimes mientras te follo.

Perséfone llegó al muro del jardín, el corazón le latía más rápido. Estaba atrapada. Se volvió para encontrar a Hades bloqueando su camino, su mirada hambrienta. Extendió un brazo y luego el otro, encerrándola entre ellos. Su aliento

acarició sus labios mientras hablaba.

—Quiero follarte tan fuerte que tus gritos lleguen a los oídos de los vivos.

Los labios de Perséfone se curvaron y se acercó, sacando la lengua para saborearle antes de preguntar sin aliento:

—¿Por qué no lo haces?

Luego ella desapareció.

Apareció en Asfódelos, en el centro de sus concurridas calles. Era un día de mercado, lo que significaba que las almas salían en masa, intercambiando los productos que fabricaban en la comodidad de sus hogares. El olor a levadura de pan, té amargos y canela dulce flotaba en el aire.

—¡Lady Perséfone!

—¡Milady!

—¡Perséfone!

Las almas llamaron y comenzaron a apiñarse a su alrededor. Los niños estaban especialmente felices de verla y se apretujaron entre las almas mayores para alcanzarla, abrazar sus piernas y agarrar sus manos.

—¡Ven a jugar con nosotros, Perséfone!

—Lo siento mucho, todos. Me temo que estoy... en medio de un juego con lord Hades.

—¿Qué tipo de juego? —preguntó uno de los niños.

—¿Podemos jugar también? —dijo otro.

Realmente debería haber mantenido la boca cerrada, pero cuando llegó Hades, las almas de Asfódelos volvieron su atención hacia él.

—¡Hades! —Los niños gritaron y saltaron hacia él. El Señor del Inframundo atrapó a uno, el niño más pequeño, Theo, y lo levantó en el aire. El niño se rio y Hades sonrió. Fue una sonrisa impresionante y golpeó su corazón como una flecha. Una vez más, se encontró pensando en Hades como

padre.

Tragó saliva.

—¡Hades, juega con nosotros! —gritaron.

—Me temo que le he hecho una promesa a lady Perséfone que debo cumplir —dijo—. Pero ahora les haré una promesa: Lady Perséfone y yo volveremos a jugar lo antes posible.

La miró fijamente y estaba claro que todavía estaba concentrado en su objetivo.

—¡Los visitaremos pronto! —prometió Perséfone y desapareció. Hades la siguió; podía sentir su magia entrelazarse con la de ella, y cuando aparecieron, fue en los Campos de Asfódelos.

La besó y, por un breve momento, Perséfone se olvidó de que estaban en medio de una persecución. Fue áspero y su lengua chocó con la de ella. Bebió profundamente, como si quisiera consumir su esencia. Sus dedos se hundieron en sus musculosos brazos mientras se sostenía, ahogándose en su poder.

Se las arregló para volver en sí y alejarse. Hades pareció sorprendido y sus ojos se oscurecieron. Agarró la parte delantera de su vestido y la arrastró contra él, rompiendo la tela en dos para dejar al descubierto sus senos. Tomó cada uno en su mano y los cubrió con su boca, trabajando sus pezones con su lengua caliente hasta que estuvieron tensos. Luego besó su cuello, sus manos reemplazando su lengua mientras pellizcaban cada punta apretada.

La cabeza de Perséfone cayó hacia atrás mientras jadeaba y Hades gruñó en voz baja.

—Ríndete.

Su cabeza dio vueltas, rodeada por su olor. Él se había alejado lo suficiente para que pudiera ver su rostro, y cuando lo miró a los ojos, respondió.

—No.

Era una de las cosas más difíciles que había hecho en su vida.

Luego desapareció.

Esta vez, apareció en la cavernosa sala del trono de Hades. A pesar de tener múltiples ventanas, gran parte de la habitación quedaba a oscuras. Ascendió al trono y tomó asiento. La obsidiana estaba resbaladiza y fría contra sus brazos y espalda y, a pesar de que su vestido estaba roto, estaba sentada con la espalda recta y los senos expuestos.

Si Hades pensó que esta era su victoria, estaba equivocado.

Cuando se materializó y la vio en su trono, sus ojos parecieron oscurecerse y sus labios se curvaron en una sonrisa seductora. Estaba hambriento y su deseo impregnaba el aire. Olía a especias y humo y ella se inclinó hacia él, deseando saborearlo.

—Mi reina —dijo y se dirigió hacia ella.

—¡Detente! —ordenó ella. Para su sorpresa, Hades obedeció de inmediato, aunque estaba claro que no había querido hacerlo: sus manos se cerraron en puños y su mandíbula se tensó, sus hombros tensos. Sin embargo, antes de que pudiera protestar, le dio otra orden—. Desvístete.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Para alguien a quien no le gustan los títulos, vaya que eres autoritaria.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Debo repetirme?

Ahora Hades estaba sonriendo. Levantó la mano y Perséfone lo detuvo.

—No con magia. El camino mortal. Despacio.

—Como desees —dijo.

Hades se tomó su tiempo para desabotonarse la camisa y

el pantalón. Primero se quitó la camisa, mostrando su piel bruñida y los músculos de sus brazos y estómago. A continuación, se quitó el pantalón, revelando su erección gruesa y pesada.

Cuando terminó y se paró desnudo ante ella, ella se sentaba en el borde de su trono, sus manos agarrando los brazos. Consideró alcanzarlo, envolver sus dedos alrededor de su polla, pero se contuvo.

—Y tu cabello —dijo—. Suéltalo.

Extendió la mano, flexionando sus enormes músculos, mientras se desataba el cabello por lo general peinado hacia atrás. Los largos y oscuros mechones caían sobre sus hombros en ondas haciéndolo parecer salvaje e indómito. Eso la entusiasmó.

Pero había una cosa más que quería.

—Deja caer tu glamour —dijo.

Las comisuras de su boca se curvaron.

—Lo haré si tú lo haces.

Ella lo miró fijamente por un momento y luego soltó su dominio sobre su magia. Fue como dejar caer una pesada capa alrededor de ella o arrojar una piel que se había vuelto tensa y vagamente incómoda. Los ojos de Hades recorrieron todo su cuerpo, desde sus delgados cuernos blancos que se retorcían desde una cabeza de rebelde cabello dorado hasta sus pies descalzos, sucios por correr por el jardín y Asfódelos. No debería sentirse tan íntimo porque la forma en que la miraba le resultaba familiar, pero cuando sus ojos oscuros se encontraron con los de ella, sintió que podría implosionar por la intensidad.

Entonces él dejó caer su glamour. A Perséfone le encantaba ver la transformación de Hades. Su magia se evaporó como humo, despegándose de su cuerpo para revelar al antiguo dios debajo. Hades no estaba a menudo en su

forma Divina, lo cual era extraño considerando que alentaba a Perséfone a permanecer en la suya. Sus cuernos eran negros, letales y, sin embargo, elegantes, con las mismas curvas esbeltas que las de una gacela. La oscuridad de sus ojos se consumió para revelar unos iris azul eléctrico.

Entonces se puso de pie, estudiándolo con tanta intensidad como él a ella, y se acercó.

—No te muevas —susurró.

Creyó oírle gemir, pero no podía estar segura.

Puso su palma sobre su pecho. Su cuerpo era un infierno bajo su mano, tan caliente como el Río Flegetonte. Su piel era suave y sus músculos duros. Ella lo exploró, sus abdominales y costados, moviéndose más abajo hasta que su mano entró en contacto con su erección. Cuando sus dedos se cerraron alrededor de él, Hades inhaló, sus manos apretadas con tanta fuerza que estaba segura de que había perforado la carne.

Lo miró, acariciándolo hasta que una gruesa gota de semen brilló en la punta de su polla. La quitó con el dedo y se la llevó a la boca. Hades miraba como un depredador. Ella estaba superando sus límites, pero eso es lo que quería.

Regresó a su trono, sin apartar los ojos de él, con su sabor en los labios y dijo:

—Ven.

Ahora Hades sonrió.

—Solo para ti.

Ella consideró desaparecer de nuevo, pero Hades estuvo sobre ella al instante. Desgarró el resto de su ropa y la levantó de su trono por la cintura. Ella no tenía ningún deseo de resistirse. Se fundió con él: pecho con pecho, piernas alrededor de su cintura, piel suave con músculos de hierro.

Hades la penetró y un grito gutural se escapó de lo más profundo de cada uno de ellos.

—Estaba empezando a pensar que todo lo que querías

hacer era mirar —dijo contra su piel.

Ella respondió con un gemido cuando él hizo palanca en su peso y comenzó a moverse hacia dentro y hacia fuera. Cada centímetro resbaladizo de él la llenó a reventar.

—Te deseaba —logró decir—. Quise follar en cuanto estuvimos solos.

Su voz ahora fue un susurro, ronca y espesa de placer. Cada vez que empujaba, ella dejaba de hablar, deleitándose con el placer que asolaba su cuerpo.

—Y en lugar de follar, pediste un juego, ¿por qué?

—Me gustan los juegos previos —dijo, mordisqueando su oreja.

La risa de Hades se convirtió en un gruñido y la besó con fuerza, estrellándose contra ella por unos momentos incontrolados. Los gritos de Perséfone llenaron la sala del trono, pero se suavizaron cuando su impulso disminuyó. Fue una dulce tortura: la estaba arrastrando hasta el borde de un acantilado, sujetándola por un hilo.

Hades era la adicción definitiva. Era un subidón glorioso, una dicha embriagadora que deseaba todo el tiempo.

—Odio esperarte —dijo.

—Entonces búscame —dijo Hades, besando su cuello.

—Estás ocupado.

—Soñando con estar dentro de ti —dijo.

Consiguió soltar una risa entrecortada.

—Amo esa risa —dijo, besándola.

—Te amo —dijo ella.

Algo cambió cuando pronunció esas palabras. Hades encontró su mirada y la sostuvo mientras se sentaba en el borde de su trono. Perséfone mantuvo sus piernas envueltas alrededor de su cintura.

—Dilo de nuevo —dijo.

Lo estudió por un momento y retorció su cabello alrededor de sus dedos. Sería su salvavidas porque sabía por la voz de Hades y la forma en que la miraba, que estaba a punto de ser consumida.

—Te amo, Hades —dijo en voz baja.

Su sonrisa fue sobrecogedora y la besó, ayudándola a moverse hacia arriba y hacia abajo por su eje.

—Te amo. Eres la perfección —dijo, apretando su trasero donde todavía la sostenía—. Eres mi amante. Eres mi reina.

Se echó hacia atrás y deslizó la mano entre ellos. Una nueva sensación la abordó mientras le acariciaba la hendidura. Ella gimió y tomó el control, montándolo más fuerte, más rápido, sintiéndolo más profundo que nunca.

Hades respondió, encontrando sus embestidas. Los golpes de sus cuerpos eran feroces y se corrieron brutalmente. Perséfone se derrumbó contra él, sus cuerpos resbaladizos y calientes, mientras luchaban por recuperar el aliento.

Después de unos momentos, sintió a Hades besar su cabello.

—¿Por qué es la primera vez que escucho sobre tus fantasías? —preguntó ella.

Cuando él no respondió de inmediato, lo miró.

—¿Cómo verbalizo tal cosa? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que solo... me dices lo que quieres —dijo—. ¿No es eso lo que querías de mí?

Esbozó una sonrisa.

—Sí —respondió—. Entonces, dime, ¿cuál es tu fantasía?

Perséfone no esperaba esa pregunta y, a pesar de que yacía en los brazos de su amante, desnuda y cubierta de sudor por hacer el amor, se sonrojó.

—Yo... no creo que tenga una —dijo.

—Me perdonarás si no te creo —dijo.

—No —dijo ella—. Yo no... está en tu naturaleza detectar mentiras.

Hades se rio un poco y luego:

—Pero, ¿qué se necesitará? ¿Para conocer tus fantasías?

Perséfone no respondió de inmediato mientras pasaba el dedo por su musculoso pecho.

—Un día... quiero que... me restrinjas —dijo.

Notó la fuerza con la que tragó Hades, pero no se rio y por eso, estuvo agradecida.

—Siempre haré lo que me pidas —dijo.

Se quedaron en silencio por un largo momento, luego Perséfone habló.

—¿Y tú? —Su voz fue tranquila—. ¿Qué otras fantasías viven en esa cabeza tuya? —Hades se rio entre dientes, apretando los brazos alrededor de su cuerpo resbaladizo.

—Cariño, cada vez que te follo es una fantasía.

XVII



UN TOQUE DE SOMBRA

Perséfone se dirigió al trabajo el lunes por la mañana temprano. Había recibido un correo electrónico de Helen anoche pidiendo una reunión a primera hora. Tenía una actualización sobre la Tríada y su liderazgo, y Perséfone estaba ansiosa por descubrir lo que había encontrado. En el camino, abrió su tableta para ponerse al día con las noticias. El primer titular que le llamó la atención fue el más grande y estaba ubicado debajo de una pancarta que decía noticias de última hora.

Un individuo que se identifica como miembro del Movimiento del Renacimiento, una secta de mortales Impíos, afirma haber descornado con éxito a una diosa.

El pavor se acumuló en el estómago de Perséfone, pero también la esperanza. Hades había sospechado que esta noticia saldría eventualmente. Esta era su oportunidad de rastrear a los culpables que habían herido y mutilado a Harmonía y posiblemente asesinado a Adonis.

Al leer el artículo, se sorprendió un poco al descubrir que no había mucha información, e incluso el autor parecía escéptico del informe. Parecía que habían recibido una

llamada de una persona que les contó el incidente, pero sin ningún detalle. Decían que el grupo había logrado “someter a una diosa” y “cortarle los cuernos”.

Cuando se pidió una prueba del incidente, la persona que llamó dijo: “El mundo tendrá pruebas cuando usemos los cuernos de los dioses en el campo de batalla”.

Queda por ver si este informe es fáctico, pero una cosa está clara, el Renacimiento es una entidad violenta del peor tipo, porque creen que en realidad están luchando por un gran bien.

“Somos un escudo para aquellos que ya no desean ser gobernados por los dioses. Cortaremos los hilos que nos unen al destino, liberaremos a los que están bajo el hechizo de su Divinidad. Somos libertad”.

Era una promesa y una declaración de guerra.

—¿Milady? —La voz de Antoni fue un suave retumbar. Levantó sus ojos, encontrándose con su mirada en el espejo retrovisor—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió—. Estaba leyendo algo... perturbador.

Antoni frunció el ceño.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—No, Antoni, pero gracias —dijo Perséfone. Cuando comenzó a guardar su tableta, Antoni se movió para salir del vehículo—. No lo hagas, Antoni. Hace mucho frío.

—Permíteme ayudarte a llegar a la puerta. La acera y los escalones están resbaladizos.

—Aún más razón para que te quedes —respondió ella.

—Si insistes —cedió finalmente—. Te veré esta noche.

—Por supuesto. Que tengas un buen día, Antoni.

—Y usted, milady.

Perséfone no sabía qué tipo de recados o tareas tenía

Antoni además de llevarla al trabajo. Una vez, cuando el gigante había venido a buscarla, había venido de recoger la tintorería, sin embargo, cuando se le preguntó si era para Hades, dijo que no. En otra ocasión, había tenido una caja de vinos tintos que, según explicó, era un pedido para Milan. Sin embargo, fuera lo que fuera, siempre parecía perfectamente feliz de ejecutar.

Dejó la cálida comodidad del asiento trasero del Lexus y entró en el gélido aire diurno. La acera estaba resbaladiza, pero una capa de sal y arena facilitó la estabilización. Una vez dentro, saludó a Ivy, aceptó su café con un gesto de agradecimiento y entró en el ascensor. Mientras subía, se llevó la taza a las mejillas y a la nariz hasta que estuvieron calientes y mantuvo su chaqueta puesta incluso después de entrar a su oficina. ¿Estaba imaginando cosas? Definitivamente se sentía más frío aquí. Perséfone sabía que este clima podría provocar fallas de luz y energía, y no tenía ninguna duda de que Deméter continuaría hasta ese punto. De hecho, no le sorprendería que ese fuera el siguiente método de matar de su madre: congelar a la gente hasta la muerte.

Alguien llamó a su puerta y Perséfone miró hacia arriba, encontrándose con la mirada de Helen. Estaba vestida con un top tejido negro y una falda a cuadros en blanco y negro. Llevaba medias gruesas y botas hasta la rodilla para mantenerse abrigada, y su cabello rubio estaba retorcido en un peinado recogido. Un par de pendientes de perlas completaban el atuendo. A pesar de que Helen siempre se veía elegante, Perséfone pensó que se veía un poco más elegante de lo habitual.

—Te ves muy hermosa —dijo Perséfone.

—Gracias —dijo Helen, con las mejillas sonrojadas—. Yo... me reuniré con alguien para almorzar.

—¿Oh? —Perséfone arqueó una ceja—. ¿Alguien que

conozca?

—No lo creo. Al menos, no todavía.

Perséfone interpretó que eso significaba que Helen esperaba presentarle a esta persona misteriosa. Aun así, no presionó. Helen había llegado para su reunión y, por mucho que disfrutara de la compañía tanto de ella como de Leuce, le gustaba mantener las cosas lo más profesionales posible en el trabajo.

Después de un momento de silencio, Perséfone hizo un gesto hacia el sofá frente a su escritorio.

—Toma asiento —dijo—. Creo que tenías algo que compartir.

—Sí —dijo Helen sentándose—. Quería discutir mi artículo contigo. Lo estoy llevando en una nueva dirección.

—Continúa —animó Perséfone, curiosa. Cogió su bolígrafo, lista para tomar notas.

Helen vaciló.

—Hice lo que sugeriste —dijo, y algo en esas palabras hizo que el estómago de Perséfone se revolviera—. Me acerqué a los miembros de la Tríada y logré una entrevista con uno de sus líderes, un alto lord.

—¿Un *alto* lord?

—Ellos... tienen una especie de jerarquía —explicó—. Es para proteger a aquellos que no pueden protegerse a sí mismos.

—Quieres decir que los que tienen el poder están en la cima —dijo Perséfone.

—Poder *real* —dijo Helen como si Perséfone no supiera qué es el poder real.

—¿Te refieres a los dioses?

—Sí y no —dijo—. Tienen el poder de los dioses, pero lo usan para proteger. Responden a las oraciones, Perséfone.

Ellos *escuchan*.

—Helen —dijo Perséfone, dejando caer su bolígrafo—. Estás equivocada.

—No lo estoy. Lo he visto.

—Lo has visto —dijo Perséfone secamente—. ¿Qué has visto? Dame un ejemplo.

—He estado en sus reuniones y escuché testimonios —dijo. Perséfone tomó nota mental de volver a lo que Helen acababa de revelar: ¿Reuniones? ¿Qué reuniones? La mortal continuó—: Este hombre tenía cáncer. Rezó a Apolo, ofreció sacrificios, incluso se presentó en una de sus actuaciones y le pidió ayuda. Sin respuesta, ni una palabra. Vino a la Tríada y uno de los altos lores lo *sanó*.

Perséfone se puso rígida al escuchar esta historia. Sonaba muy familiar.

—¿Alguna vez te has detenido a considerar por qué los dioses pueden no haber respondido a esas oraciones?

—¡Sí! Y la respuesta siempre es, ¿por qué? ¿Por qué deberíamos sufrir enfermedades, padecimientos y la muerte cuando los dioses existen en perpetua salud e inmortalidad?

Perséfone no tenía una respuesta para eso porque ni siquiera ella lo sabía, excepto que, después de perder a Lexa, tenía que creer que cada fibra tejida en el tapiz del mundo tenía un propósito mayor. Quizás era que a veces un amigo tenía que morir para que se alzara una diosa.

Se quedó mirando a Helen, preguntándose qué la había atraído al lado de la Tríada tan rápidamente.

—En serio, Perséfone. Pensé que lo entenderías después de lo que le pasó a Lexa.

—No digas su nombre —dijo Perséfone, con la voz temblorosa.

—Si tuvieras la oportunidad, ¿no la habrías hecho vivir para siempre?

—Lo que quiero no importa. Hablas de cosas de las que no sabes nada. Una cosa es proclamar que los dioses deben rendir cuentas por sus acciones, eso, ciertamente, es cierto. Otra cosa es perturbar activamente el equilibrio del mundo.

Y Perséfone había aprendido las consecuencias de esas acciones por las malas.

Helen puso los ojos en blanco.

—Te han lavado el cerebro, demasiado tiempo sobre la polla de Hades.

—Eso no es apropiado —espetó Perséfone y se puso de pie—. Si esta es la dirección prevista de tu artículo, no aprobaré su publicación.

Helen levantó la barbilla, el desafío brilló en sus ojos.

—No tienes que hacerlo —dijo, con un tono presumido en su voz—. Se lo llevaré a Demetri.

—Hazlo —dijo—. Pero te arrepentirás.

—¿Es eso una amenaza? —preguntó Helen.

—Eso depende —dijo Perséfone—. ¿Tienes miedo?

Notó la duda que brilló en los ojos de Helen. Perséfone tomó su teléfono y eligió la línea directa de Ivy.

—¿Lady Perséfone?

—Ivy. Por favor, llama a Zofie.

Cuando colgaba, Helen habló.

—*Tienes* miedo. Miedo de perder tu estatus cuando Hades caiga.

Perséfone colocó sus manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante, asegurándose de que el glamour que mantenía oculto el verdadero fuego de sus ojos se desvaneciera mientras miraba fijamente a Helen.

—*Eso* se sintió como una amenaza —dijo Perséfone, con voz tranquila—. ¿Fue una amenaza?

Los ojos de Helen se agrandaron y antes de que la mortal pudiera hablar, alguien llamó a la puerta. Ninguna de las dos se movió, ambas inmóviles por la tensión en la habitación. Perséfone lo reconoció como su magia, hizo que el aire se sintiera pesado y eléctrico.

Otro golpe y la puerta se abrió. Zofie estaba en el umbral, su cabello oscuro en su trenza habitual. Estaba vestida con una túnica negra, pantalón y botas. Se veía sin pretensiones, para nada la guerrera para la que fue criada.

—Milady, ¿necesitaba mi ayuda?

—Sí, Zofie. Por favor, acompaña a Helen fuera de las instalaciones. No debe hablar con nadie cuando salga del edificio.

—Necesito empacar mi oficina —discutió Helen.

Perséfone no la miró y mantuvo la mirada fija en su Égida.

—Zofie, asegúrate de que solo recoja sus pertenencias personales de su oficina.

—Como desee, milady —dijo, inclinando la cabeza. Se volvió hacia Helen—. Vamos.

Helen dio un paso hacia la puerta, pero se volvió hacia Perséfone.

—Se acerca una nueva era, Perséfone. Pensé que eras lo suficientemente inteligente como para estar a la vanguardia. Creo que estaba equivocada.

Sin previo aviso, Zofie empujó a Helen hacia la puerta, haciendo que se tambaleara hacia delante. La mortal se equilibró antes de girar para enfrentarse a Zofie.

—¡Cómo te atreves! —gruñó Helen.

Zofie sacó una daga de una funda oculta debajo de su túnica. Brilló bajo las luces fluorescentes de la sala de espera.

—Lady Perséfone no dijo que tuvieras que salir *caminando* del edificio. *Vamos*.

Cuando se fueron, Perséfone se derrumbó en su silla, sintiéndose exhausta. No podía pensar en la conversación que acababa de tener con Helen. Definitivamente no esperaba que cambiara su perspectiva sobre la Tríada después de una investigación tan corta. Por otra parte, no sabía mucho sobre Helen fuera de su ética de trabajo, que siempre había parecido dedicada y entusiasta.

Y esas cualidades que no había perdido, pero que había aplicado en otros lugares.

Quizás había algo más en el trabajo que Perséfone no podía ver, algo en la vida personal de Helen que hacía que ponerse del lado de la Tríada fuera la mejor opción.

Sintiéndose frustrada, dejó su piso para ir a la oficina de Hades. Cuando llegó, estaba vacía y todo parecía intacto. El escritorio estaba despejado excepto por un jarrón de narcisos blancos y un marco de fotos. Se ponían narcisos frescos diariamente por Ivy, quien, al ser una driada, tenía un talento especial para mantener las flores vivas más tiempo de lo habitual.

Incluso en su ausencia, estar en un espacio que olía a él calmó sus nervios, así que se quedó, caminando hacia la ventana para contemplar el día invernal. Abajo, vio a Helen esperando en la acera helada, con los brazos cruzados con fuerza sobre su pecho mientras se estremecía notablemente. Después de un momento, llegó una limusina negra.

Perséfone bajó las cejas, preguntándose quién lo había enviado. Helen usualmente tomaba el transporte público hacia y desde el trabajo. Quizás estaba más enredada en la Tríada de lo que pensaba. El conductor no fue de ayuda. Salió de la comodidad de su cabina vestido con un traje y sin marcas de identificación. Abrió la puerta y ella se deslizó dentro antes de que el vehículo se deslizara por la carretera.

De repente, Hades se manifestó detrás de ella, de pie cerca. Esperaba que pusiera sus manos alrededor de su

cintura, en cambio, la enjauló con ellas, las palmas presionadas contra la ventana.

—Cuidado —dijo Perséfone—. Ivy te regañará por manchar el vidrio.

—¿Crees que tendrá una opinión si te follo contra él?

Perséfone se volvió y la luz burlona en los ojos de Hades se atenuó.

—¿Qué ocurre?

Le contó todo. Incluyendo lo que consideró la amenaza de Helen: *cuando Hades caiga*. Lentamente, apartó las manos de la ventana y se colocaron a sus costados. Bajó las cejas y los labios se torcieron en una mueca.

—¿Tienes miedo por mí?

—Sí. Sí, idiota. ¡Mira lo que esa gente le hizo a Harmonía!

—Perséfone...

—Hades —lo interrumpió—. No minimices mi miedo a perderte. Es igual de válido.

Sus rasgos se suavizaron.

—Lo siento.

—Sé que eres poderoso —dijo—. Pero... no puedo evitar pensar que la Tríada está tratando de provocar otra Titanomaquia.

Odiaba decirlo, odiaba desenterrar lo que había causado tanto malestar dentro de Hades, pero necesitaba pronunciar las palabras, decirlas en voz alta. Pensó que una vez que estuvieran en el aire entre ellos, sonarían ridículas, completamente improbables.

Pero no lo hicieron.

Porque estaba segura de que los Primordiales y los Titanes se habían sentido intocables, y aun así habían caído.

Hades colocó sus manos a ambos lados del rostro de Perséfone.

—No puedo prometer que no tendremos guerras mil veces durante nuestra vida —dijo—. Pero te prometo que nunca te dejaré voluntariamente.

—¿Puedes prometer que nunca te irás?

Le ofreció una pequeña y triste sonrisa y luego la besó. Sus manos se entrelazaron en su cabello y luego se deslizaron hacia su espalda y caderas, explorando. Quería esto más de lo que quería pensar en cómo él no había respondido a su pregunta, así que frotó su polla a través de su pantalón, provocando un gruñido en algún lugar profundo de su garganta. En respuesta, él la agarró por las caderas, rozándose contra ella, pero Perséfone empujó contra su pecho y lo miró a los ojos.

—Déjame tener esto —dijo.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Ella tomó sus manos y lo condujo detrás de su escritorio, donde lo empujó a su silla y se arrodilló ante él. Colocada entre sus muslos, soltó el botón de su pantalón y lo abrió, su prominente sexo se elevó, grueso y duro, de la tela.

Sostuvo su mirada mientras envolvía su mano alrededor de la base de su polla, acariciándolo, aumentando la presión mientras se movía hacia su cabeza. Si su mirada fuera de fuego, ella se habría quemado feliz debajo de ella. Sonrió mientras él apretaba los dientes, y sus dedos se volvieron blancos mientras se sostenía de los brazos de su silla. Entonces ella se inclinó y pasó la lengua por su coronilla. Tenía un sabor amargo y cálido y olía a especias.

Un suave gemido escapó de su boca, y luego las palabras.

—Sí —dijo—. Esto. Sueño con esto.

Tenía preguntas: ¿Qué había soñado, exactamente? ¿Su boca? ¿Este acto, realizado así? ¿En su oficina abierta? Pero no preguntó ninguna de ellas y continuó, estimulada por su respiración que se agitaba irregularmente, entrecortada y

laboriosa.

—Lord Hades. —La voz de Ivy entró en la refriega y sintió que Hades se tensaba, su postura cambiando mientras se ponía rígido y se sentaba más recto. Su presencia no impidió que Perséfone continuara, trabajó más duro, prodigando a cada sensible bajada y arco de su polla con su lengua.

—¿Por qué estás sentado?

Sonaba perpleja y Perséfone se rio a pesar de que la polla de Hades le llenaba la boca. Su reacción fue inmediata. Él entrelazó una de sus manos en su cabello.

—Estoy trabajando —dijo.

—No hay nada en su escritorio —dijo.

—Está... llegando —dijo, sus dedos se clavaron en su cuero cabelludo.

—Bien, bueno, cuando tengas un momento...

—Vete, Ivy. Ahora.

Perséfone no escuchó nada más de ella. Supuso que se había ido cuando Hades le puso otra mano en el rostro. Por un momento, sus ojos se encontraron con los de él mientras hablaba.

—Toma todo de mí —dijo, y se empujó en su boca.

Fue profundo y sus ojos se llenaron de lágrimas, su garganta estaba llena de él, pero quería ser esto para él.

—Sí —siseó—. Así.

Él bombeó y ella se atragantó, pero él se quedó allí, rígido en su boca hasta que se corrió, su garganta llena de su semen. Tragó saliva, sintiendo el ardor en la nariz. Cuando se retiró, ella respiró entrecortadamente, con la frente apoyada en su rodilla. La mano de Hades le acarició el cabello.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella lo miró.

—Sí. Cansada.

Él le rozó los labios con la punta de los dedos.

—Esta noche, haré que te corras con la misma fuerza.

—¿En tu boca o alrededor de tu polla?

Él sonrió ante su pregunta y respondió:

—Ambas.

Hades restauró su apariencia y ayudó a Perséfone a ponerse de pie.

—Sé que estás teniendo un día difícil —dijo—. Odio irme, pero vine a decirte que me reuniré con Zeus.

—¿Por qué?

Podía pensar en dos razones.

—Creo que lo sabes —dijo—. Espero asegurar la aprobación de Zeus para nuestro matrimonio.

—¿Lo confrontarás por Lara?

—Hécate ya lo ha hecho —dijo Hades—. Pasarán unos buenos dos años antes de que sus bolas vuelvan a crecer.

Los ojos de Perséfone se agrandaron.

—¿Ella... lo castró?

—Sí —dijo Hades—. Y si conozco a Hécate, fue sangriento y doloroso.

—¿De qué sirve su castigo si puede regenerarse?

—Es un poder que no se puede quitar, me temo. Pero al menos, por un tiempo, será... *menos*... un problema.

—A menos que niegue nuestro matrimonio —dijo Perséfone.

—Ahí está —concordó.

Quería que él la tranquilizara, que le dijera que eso no sucedería, que Zeus no se atrevería. Hades pareció sentir su malestar, aseguró sus manos detrás de su cuello y acercó su frente a la de ella.

—Confía, cariño, no permitiré que nadie, ni rey, ni dios, ni

mortal, se interponga en el camino de hacerte mi esposa.

Perséfone regresó a su planta y encontró a Sybil, Leuce y Zofie en el escritorio de Helen. Estaba al lado del de Perséfone y decorado de manera simplista, con detalles en mármol y oro.

—¿Qué está pasando?

—Zofie nos puso al corriente de Helen —dijo Leuce—. Entonces, pensé en revisar sus cosas.

—¿Porque...?

—Porque ha estado escondiendo cosas —dijo la ninfa.

—¿Cómo lo sabes?

—La he estado observando —dijo—. Tomaba llamadas telefónicas fuera de la oficina. Pensé que era extraño, así que la seguí un día.

—¿Y?

—Y se estaba encontrando con un tipo que seguía glorificando a la Tríada... y a sí mismo —dijo—. Creo que están durmiendo juntos.

—¿Cómo se veía?

—Un semidiós —dijo y sus labios se torcieron en una expresión de disgusto—. Un hijo de Poseidón si tuviera que adivinar. Está en los ojos.

Teseo, pensó.

—¿Cuándo me lo ibas a decir?

—Hoy —dijo Leuce—. Es por eso que Helen fue a verte esta mañana, quería llegar a ti primero.

Perséfone bajó la mirada hacia el escritorio de Helen. Estaba limpio y organizado. Tenía varias investigaciones almacenadas en carpetas de archivos y etiquetadas con letra limpia.

Sybil estaba hojeando un pequeño libro negro.

—¿Qué es eso? —preguntó Perséfone.

—Notas —dijo la oráculo—. Solo trato de ver si dejó algo útil.

—Digo que quememos sus cosas —dijo Zofie—. No dejar rastro de su traición.

—No la llamaría traidora —dijo Perséfone, y buscó las palabras; confundida, tonta, delirante, todo vino a la mente.

—Es una escaladora —dijo Sybil—. Está buscando una oportunidad que la lleve a la cima rápidamente. Por eso dejó Noticias Nueva Atenas contigo. Pensó que podría ir a la cima contigo.

—¿Viste eso en sus colores?

—Rojo, amarillo, naranja, un toque de verde para los celos.

—¿Sabías todo eso mirándola y no nos advertiste? —respondió Leuce.

Sybil levantó la vista del libro negro.

—Vi ambición cuando la miré. Puede ser un rasgo positivo o negativo. No sabía cómo lo iba a usar.

—No creo que ninguna de nosotras lo supiera —dijo Perséfone.

—¡Sefi, es la hora del almuerzo!

Hermes apareció a su lado de repente, cantando. Ella saltó, no esperándolo tan pronto, pero cuando sus ojos se dirigieron al reloj, vio que era casi mediodía. El tiempo se le había escapado.

—Serán unos minutos, Hermes... ¿Qué llevas puesto?

Parecía un mono y era de color verde militar.

Metió las manos en los bolsillos y se retorció.

—¿No te gusta? Lo llamo mi traje de estar.

—Y... ¿vas a almorzar en él?

Hermes la fulminó con la mirada.

—Solo di que no te gusta, Sefi. No herirás mis sentimientos y sí, tengo toda la intención de ir a almorzar con mi traje de estar.

—Um, Perséfone —dijo Sybil—. Creo que deberías echarle un vistazo a esto.

—¡Oh, no, no lo haces! —Hermes envolvió una mano alrededor de su brazo para mantenerla en su lugar.

—Hermes, déjame ir.

Frunció los labios.

—¡Pero... tengo hambre!

Ella lo fulminó con la mirada y la soltó, refunfuñando.

—Bien.

La oráculo entregó el libro abierto. En una de las páginas, Helen había dibujado un triángulo y luego había garabateado la fecha, la dirección y la hora. La fecha era hoy, la hora, las ocho de esta noche.

—Leuce, ¿puedes investigar esto?

—Espera. Déjame ver —dijo Hermes.

—Pensé que tenías hambre —respondió Perséfone.

—Deja de recordármelo —dijo Hermes entre dientes y le arrebató el libro negro de las manos.

Pasó un minuto estudiando la página y luego dijo:

—Esa es la dirección del Club Afrodisia.

—¿Eso... pertenece a Afrodita?

—No, un mortal lo posee —dijo—. Se llama a sí mismo Maestro.

Sybil y Leuce rieron.

—¿Qué tipo de club es? —preguntó Perséfone, aunque pensó que podía adivinar.

—Un club de sexo —dijo—. Uh, no es que yo haya estado.
Perséfone arqueó una ceja.

—¿Quieres decir que Helen tiene una reunión en un club de sexo? —preguntó Leuce.

—Tal vez sea perversa —dijo Hermes encogiéndose de hombros—. ¿Quiénes somos para juzgar las preferencias sexuales de los demás?

Perséfone frunció el ceño.

—Creo que deberíamos comprobarlo.

Hermes rio.

—¿Crees que Hades te dejará ir a un club de sexo?

—Haré que se corra.

—Estoy seguro de que lo harás, Sefi, pero no allí.

Perséfone le lanzó una mirada mordaz.

—Si no vas a ser útil, puedes almorzar solo.

—Solo digo que Hades mataría totalmente la vibra. Si vamos a ir, él no puede venir.

—Entonces díselo —dijo—. No me iré sin su conocimiento.

—Uh, no. Me hará jurar que te protegeré con mi vida.

—¿No lo harás? —preguntó.

Hermes abrió la boca para hablar y luego hizo una pausa, su mirada se suavizó.

—Por supuesto que te protegería.

Perséfone le ofreció una pequeña sonrisa.

—Podemos ir —sugirió Leuce—. Sybil y yo.

—No —dijo ella—. No solas y no sin mí.

Esto se sintió personal, no solo porque involucraba a Helen, una mujer que había considerado amiga y empleada, sino porque temía que sus amigas también pudieran convertirse en objetivos. Si esta reunión era sobre el futuro de

la Tríada y sus planes, necesitaba estar allí.

Miró a Hermes.

—Prepárate para hacer ese juramento, Hermes, y protégeme con tu vida.

Hades accedió a regañadientes a dejar que Perséfone fuera al Club Afrodisia, pero había hecho lo que había predicho Hermes e hizo que el dios hiciera un juramento para protegerla.

—¿Y eso que significa? —le había preguntado Perséfone cuando regresó más tarde para informarle que había obtenido el permiso de Hades.

—No te preocupes por eso, Sefi. Tengo esto —había dicho—. ¡Ponte algo sexy!

Perséfone negó y trató de no reír cuando el dios partió apresuradamente.

Después del trabajo, regresó al Inframundo. Antes de prepararse para la investigación de la noche, se teletransportó a Elíseos. Había pasado un tiempo desde que había visitado a Lexa, y descubrió que lo que más deseaba después de lo que sucedió con Helen era a su mejor amiga.

Se tomó su tiempo para vagar por los campos dorados, salpicados de árboles gloriosamente frondosos con raíces salvajes y profundas. De vez en cuando, las amapolas salían disparadas del suelo, mezclándose con la hierba. Una vez, antes de que Tánatos permitiera que Perséfone se acercara a Lexa, le había preguntado al Dios de la Muerte sobre las amapolas esporádicas.

—Son lugares de descanso eterno —había respondido.

—Te refieres a...

—Cuando un alma ya no desea existir en el Mundo

Superior o en el Inframundo, se libera en la tierra.

Continuó explicando que la energía de sus almas a menudo actuaba como magia.

—De ella brotan amapolas y granadas.

Había tenido más preguntas: ¿Cuándo decide un alma que ya no quiere existir? Por supuesto, estaba pensando en Lexa cuando le preguntó, pero la respuesta de Tánatos no fue la que esperaba.

—A veces no pueden elegir. A veces vienen a nosotros tan destrozadas que continuar sería una tortura.

Fue entonces que Perséfone comprendió que había tenido suerte con Lexa. Al menos solo había tenido que beber del Lete. Al parecer, había peores destinos.

Mientras Perséfone alcanzaba la cima de una de las muchas colinas, se detuvo en busca de los familiares rizos oscuros de Adonis, pero no lo encontró. Era posible que ni siquiera lo reconociera aquí. Incluso Lexa, aunque familiar, se veía diferente, y habían pasado meses desde la última vez que vio al mortal. Incluso si lo veía, no era como si pudiera acercarse. Elíseos era para curar. Las almas aquí no recibían visitantes; ni siquiera socializaban entre ellos.

Lexa era la excepción, y Perséfone tenía la sospecha de que Hades tenía algo que ver con eso, aunque nunca lo había preguntado.

Se quedó un rato más, con la mirada fija en los campos, antes de continuar para encontrar a Lexa.

Se tomó su tiempo, disfrutando de la paz que venía con estar en esta parte del Inframundo. Aquí era fácil olvidar la amenaza de su madre, la Tríada, y el repentino cambio de comportamiento de Helen. Era como si el entorno alejara esos pensamientos, haciéndolos más difíciles de alcanzar, y siempre tuvo la sensación de que, si se quedaba aquí el tiempo suficiente, se olvidaría de irse.

Había otra colina, y mientras descendía a un valle bajo con más árboles donde Lexa solía quedarse más a menudo, su mirada se enganchó en un par de almas sentadas debajo de uno de los árboles. Estaban hombro con hombro, con la cabeza inclinada, y ella casi apartó la mirada, sintiendo como si se entrometiera en un momento íntimo. Excepto que pronto se dio cuenta de que estaba mirando a Tánatos y Lexa. Uno al lado del otro, eran opuestos, Tánatos con su cabello blanco, una llama contra los mechones de medianoche de Lexa. Lo único que compartían eran unos brillantes ojos azules, *y aparentemente aliento y espacio*, pensó Perséfone con suavidad.

Se preguntó qué debería hacer: *¿Darse la vuelta y volver más tarde? ¿Agacharse y mirar desde lejos? ¿Acercarse y separarlos?* Sin embargo, no tuvo la oportunidad de decidir porque los ojos de Tánatos se clavaron en ella, y se apresuró a ponerse de pie, poniendo distancia entre él y Lexa, quien frunció el ceño cuando vio a Perséfone.

Sintiéndose incómoda e insegura, bajó la colina hacia ellos. Dudó cuando vio que Tánatos se acercaba mientras Lexa permanecía debajo del árbol, con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados.

—No estás aquí a la hora habitual —observó Tánatos.

—No —estuvo de acuerdo, pero no se disculpó. Elíseos podía ser vigilado por él, pero Hades era el rey—. Tengo un lugar al que ir esta noche. Pensé en venir a ver a Lexa temprano.

—Está cansada —dijo él.

—Estaba hablando contigo —señaló Perséfone y entrecerró la mirada.

—Entiendo que la extrañas —dijo Tánatos—. Pero tus visitas no producirán los resultados que deseas.

Se echó hacia atrás, como si la hubiera abofeteado. Las facciones de Tánatos cambiaron, sus ojos se abrieron un poco

y dio un paso hacia ella, como si se diera cuenta del dolor que sus palabras habían causado.

—Perséfone...

—No —dijo dando un paso atrás.

No necesitaba que le recordaran que Lexa nunca volvería a ser la misma. Lamentaba ese hecho todos los días, luchaba con la culpa de que esto fuera su culpa.

—No quise hacerte daño.

—Pero lo hiciste —dijo y desapareció.

Como no pudo visitar a Lexa en el Inframundo, se teletransportó al cementerio de Ionia, a su tumba. Todavía era nueva: un montículo estéril con una lápida que decía: *Amada hija, tomada demasiado pronto*. Esas palabras se apoderaron de su corazón por dos razones: porque sentía que Lexa había sido llevada demasiado pronto, pero también porque Perséfone sabía que estaban equivocadas. Al final, morir fue elección de Lexa.

Logré lo que necesitaba, había dicho, justo antes de irse con Tánatos a beber del Lete, y las cosas nunca volverían a ser lo mismo.

Era la primera vez que Perséfone venía aquí desde el funeral de Lexa. Respiró temblorosa mientras se arrodillaba junto a la tumba. Estaba espolvoreada con nieve, y cuando su palma tocó la tierra fría, una alfombra de anémona blanca brotó de la tierra. Esta magia fue fácil de liberar porque la emoción detrás de ella era tan cruda, tan dolorosa, que prácticamente salió de su piel.

Pasó algún tiempo quitando la nieve de las flores y de la lápida.

—No sabes cuánto te extraño.

Le habló a la tumba, a la lápida, al cuerpo enterrado dos metros más abajo. Eran palabras que no podía decirle al alma en el Inframundo porque eran palabras que no entendería.

Por eso estaba aquí, para hablar con su mejor amiga.

Se sentó en el suelo, el frío se filtró a través de su ropa y en su piel. Suspiró, apoyando la cabeza contra la piedra en su espalda y mirando hacia el cielo, ráfagas de nieve se derretieron en su piel.

—Me voy a casar, Lex —dijo—. Dije que sí.

Se rio un poco. Prácticamente podía escuchar a Lexa gritar mientras saltaba en el aire y le echaba los brazos alrededor del cuello, y tan feliz como la hacía ese pensamiento, también la aplastó.

—Nunca había sido tan feliz —dijo—. O tan triste.

Estuvo en silencio durante mucho tiempo, dejando que lágrimas silenciosas corrieran por su rostro.

—¿Sefi?

Miró hacia arriba para encontrar a Hermes parado a unos metros de distancia, luciendo como fuego dorado en medio de la nieve.

—Hermes, ¿qué haces aquí?

—Creo que puedes adivinar —dijo, pasando sus dedos por su cabello rubio mientras tomaba asiento a su lado. Iba vestido de manera informal, con una camisa de manga larga y vaquero oscuro.

—¿Sin jersey esta vez?

—Eso es solo para ocasiones muy especiales.

Se sonrieron el uno al otro y Perséfone se secó los ojos, las pestañas aún estaban húmedas de llorar.

—¿Sabías que perdí un hijo? —dijo después de un largo momento.

Perséfone lo miró fijamente, solo viendo el perfil de su hermoso rostro, pero podía decir por el profundo dorado de sus ojos y la forma de su mandíbula, este tema de conversación era difícil para él.

—No —susurró—. Lo siento mucho.

—Sabes de él —dijo Hermes—. Su nombre era Pan, el Dios de la Naturaleza, de pastores y rebaños. Murió hace muchos años y todavía lo lloro... algunos días es como si hubiera ocurrido ayer.

Sabía qué pregunta haría los demás: ¿Cómo murió? Pero esa no era una pregunta que quisiera hacer, porque era una que no le gustaría responder, así que en cambio, dijo:

—Háblame de él.

Una sonrisa curvó sus labios.

—Te hubiera gustado —dijo, empujándola con el hombro—. Era como yo, guapo y divertido. Amaba la música. ¿Sabías que inventó la pipa? Una vez desafió a Apolo a una competencia. —Hermes hizo una pausa para reír—. Perdió, por supuesto. Era simplemente... divertido.

Continuó contando historias de Pan: sus grandes y no tan grandes amores, sus aventuras y, finalmente, su muerte.

—Su muerte fue repentina, en un momento existió y luego no, y escuché de su paso por el viento, a través de gritos de mortales y dolientes. No lo creí, así que fui a Hades y me dijo la verdad. Las Moiras le habían cortado el hilo.

—Lo siento mucho, Hermes.

Sonrió, aunque triste.

—La muerte es así —dijo—. Incluso para los dioses.

Ante esas palabras, el frío la recorrió, demasiado profundo para ignorarlo.

—Deberíamos irnos —dijo, poniéndose de pie y le tendió la mano—. Tenemos que ir al Club Afrodisia y sé que no vas a usar eso.

Se las arregló para reír mientras él la ayudaba a ponerse de pie y, antes de que desaparecieran para ir por caminos separados, Hermes la miró a los ojos.

—Nadie dijo nunca que tuvieras que fingir que todo estaba bien —dijo Hermes—. El dolor significa que amamos ferozmente... y si eso es todo lo que alguien tiene que decir sobre cualquiera de nosotros al final, creo que vivimos nuestra mejor vida.

XVIII



CLUB AFRODISIA

Perséfone estaba envuelta en su chaqueta más abrigada, todavía helada cuando salieron de la parte trasera de la limusina de Hades. Debajo de su abrigo, llevaba un vestido negro que mostraba más piel de la apropiada para este tipo de clima. Un escote V profundo exponía la turgencia de sus senos, mientras que los tajos profundos delanteros destacaban sus muslos. Le costó mucho decidir si Hades aprobaría el vestido, pero imaginó que él estaría igualmente en conflicto si la viera, dividido entre la frustración y un profundo deseo de follarla.

Sybil también vestía de negro, aunque su vestido era más corto y parecía más lencería. Le recordó a Perséfone algo que usaría Afrodita. Leuce se vistió con una blusa roja transparente y vaquero ajustado, mientras parecía que Zofie había saqueado su armadura, vistiendo un corsé negro de varillas de acero que resaltaba su elegante cuerpo y pantalón oscuro. Sorprendentemente, Hermes vestía un atuendo más monótono: un escote en V blanco y una chaqueta gris con vaquero oscuro. En secreto, Perséfone había esperado que apareciera con su mono.

—Disfruten de su velada —dijo Antoni mientras regresaba

al asiento del conductor.

—Llamaré cuando estemos listos —prometió Perséfone.

—No veo un club de sexo —dijo Leuce, mirando los edificios bordeando la acera.

Tenía razón: no había señales del Club Afrodisia. Había un restaurante, un bar y un edificio vacío.

—Está en la parte de atrás —dijo Hermes.

Lo siguieron por el callejón oscuro, que había sido barrido y desempolvado, lo que hizo que la caminata fuera más fácil de lo que Perséfone esperaba.

El club era discreto y no había señalización, solo una entrada donde un charco de luz amarilla se derramaba sobre un conjunto de puertas esmeralda donde había dos gorilas. Verificaron sus identificaciones y mantuvieron las puertas abiertas para ellos. En el interior, fueron recibidos por un hombre vestido con un impecable traje negro.

—Ah, Maestro Hermes —dijo el encargado—. Bienvenidos.

—Sebastian —saludó el Dios de las Travesuras.

Los ojos del hombre se posaron en Perséfone, Sybil, Leuce y Zofie.

—Has traído invitados. Mujeres. —Sebastian pareció sorprendido, arqueando las cejas.

Hermes se aclaró la garganta.

—Sí. Estas son mis amigas. Has oído hablar de lady Perséfone. Pronto se casará con Hades.

—Por supuesto —dijo—. ¿Cómo pude estar tan ciego ante tu belleza? No sabía que lord Hades compartía.

—No lo hace —dijo Perséfone.

Hermes se aclaró la garganta.

—Y estas son sus amigas: Sybil, Leuce y Zofie.

—Estamos verdaderamente honrados. Espero que

encuentre placentero su tiempo aquí. Sígueme.

Sebastián los llevó arriba, y mientras Perséfone lo seguía junto a Hermes, le dio un codazo.

—Nunca has estado aquí antes, ¿eh?

—Solo un par de veces —dijo.

Perséfone lo miró.

—¿Solo dos veces y eres tan conocido?

Él sonrió.

—¿Qué puedo decir? Mis habilidades son legendarias.

Perséfone puso los ojos en blanco y le dio un codazo más fuerte.

—¡Auch! —Se frotó el costado—. ¿Qué? ¡He tenido mucha práctica!

Negó, y mientras una parte de ella quiso reír, otra recordó su conversación con Hades poco después de su juego de *Yo Nunca He*. Todavía estaba aprendiendo. A veces se preguntaba si le había dado a Hades exactamente lo que necesitaba, especialmente después de la forma en que había tomado el control en su oficina hoy. Había sido rudo y sin remordimientos mientras empujaba en su boca. No era la primera vez que habían tenido sexo duro, o la primera que ella sintió que necesitaba algo más que su experiencia estándar. Quizás este club le diera algunas ideas.

Cuando llegaron a lo alto de los escalones, se encontraron en un pasillo oscuro. Perséfone extendió la mano para sostenerse de la pared en busca de apoyo y descubrió que era suave, de terciopelo. Pasaron varias puertas, todas con nombres como Carnal, Pasión, o Lujuria, antes de llegar a una llamada Anheló.

En el interior, la suite estaba iluminada con luces azules débiles que arrojaban la mayor parte del lugar en la oscuridad. Había dos grandes sofás de cuero negro que parecían más bien camas, y un banco con restricciones. Había

una paleta encima. Perséfone mantuvo su abrigo puesto mientras se acercaba al balcón donde la luz roja fluía desde el techo, bañando el piso en un carmesí oscuro.

Abajo, había varias camas, grandes sofás, bancos y dos jaulas. Había gente por todas partes. Algunos usaban máscaras y otros no, algunos practicaban sexo de todo tipo, oral y de otro tipo, algunos se sentaban en sofás y sillas charlando y mirando. También había una pista de baile, aunque pequeña, algunas personas se balanceaban allí mientras se tocaban y exploraban. Todo estaba en alguna especie de calma y para nada como Perséfone se lo había imaginado.

Supuso que lo que *había* imaginado se parecía más al sexo que tenía con Hades, pero lo que compartía con él era mucho más intenso. No se trataba de compartir, no como este lugar.

Aun así, era lento, amable y respetuoso. Una mujer estaba siendo azotada por un hombre mientras le hacía una mamada a otro, varias parejas estaban teniendo relaciones sexuales, sus rostros contorsionados de placer, otra mujer estaba restringida mientras un hombre la complacía. Durante un largo momento, Perséfone se sintió atraída por su juego en particular. No podía decidir por qué estaba fascinada, pero se dio cuenta de que era porque siempre había pensado en las restricciones como una cosa, una pérdida de control, pero esto se veía diferente. Sensual, provocadora y cariñosa. Parecía confianza.

Comenzó a sentir calor por todas partes y se aclaró la garganta, un dolor profundo se instaló. Le había dado a Hades lo que había considerado su mejor trabajo al principio del día. Su encuentro había sido sexy y pesado, y su necesidad era desesperada. Enroscó los dedos alrededor del alféizar del balcón.

—Entonces, ¿qué piensas? —preguntó Hermes acercándose sigilosamente a su lado.

—Es... diferente —dijo, buscando las palabras adecuadas.

—¿No es tan sórdido como pensabas? —preguntó, arqueando una ceja.

—No —dijo ella—. Es... en realidad un poco... soso.

Incluso con un vibrador comunitario.

—¿Ves algo que te gustaría probar?

Perséfone miró fijamente.

—Me refiero con Hades —agregó.

Puso los ojos en blanco y cambió de tema.

—¿Dónde crees que se llevará a cabo esta reunión? —preguntó.

—Supongo que depende del tipo de reunión que tenga —dijo Hermes.

Sybil, Leuce y Zofie se unieron a ellos en el balcón.

Leuce se rio un poco.

—Supongo que algunas cosas nunca cambian.

Perséfone asumió que la ninfa se refería al hecho de que la sociedad griega antigua estaba hipersexualizada y, en verdad, sus puntos de vista sobre el sexo no habían cambiado tanto. Incluso en su sociedad moderna, la prostitución era legal.

—Rápido, cúbrete los ojos, Zofie —bromeó Leuce.

—¿Por qué? —preguntó la amazona—. Estoy familiarizada con el sexo.

Todos miraron, sorprendidos.

—¿Qué? —preguntó, sonando exasperada—. Puede que no conozca la sociedad moderna, pero el sexo no es moderno.

Hermes se rio entre dientes y Sybil sonrió.

—¿Has tenido sexo? —preguntó Leuce.

Zofie puso los ojos en blanco.

—Por supuesto.

—Pero... jugamos Yo Nunca He... —dijo Leuce—. ¡Y no bebiste! ¡Ni *una* sola vez!

Zofie se quedó callada durante un largo momento y luego dijo:

—Creo que no entendí el juego.

Se rieron y miraron durante un rato, comentando varios actos y posiciones. Las parejas se mezclaban, intercambiaban y participaban en diferentes tipos de sexo, pero con el tiempo, Perséfone notó que algunos abandonaban la sala, uno por uno, moviéndose hacia la oscuridad.

Se puso rígida.

—¿A dónde crees que van? —preguntó Sybil.

—No lo sé —respondió Perséfone.

—¿Investigamos? —preguntó Hermes.

—Alguien tiene que quedarse y vigilar a Helen —dijo Perséfone—. Sybil, Leuce, ¿la vigilarán y enviarán un mensaje de texto cuando llegue?

—Por supuesto —dijo Sybil.

—Zofie, necesito que te quedes aquí con ellas.

—Mis órdenes son protegerte, milady.

—De hecho, yo juré protegerla esta noche —dijo Hermes—. Me perdonarás por no confiar en que nadie más lo haga.

La amazona miró a Hermes y comenzó a protestar cuando Perséfone interrumpió.

—Zofie, esto es importante. Te ordeno que protejas a mis amigas. Si Helen está aquí con la Tríada y nos reconoce, estamos en problemas.

—Muy bien, milady —dijo, todavía mirando a Hermes.

Perséfone se quitó la chaqueta y los dos abandonaron la suite, colocándose máscaras de tela antes de dirigirse al piso del club. Hermes se detuvo en la oscuridad de la escalera.

—Haz lo que yo haga —dijo, y pasó el brazo de ella por el suyo mientras caminaban por la sala. Se tomaron su tiempo, paseando alrededor de camas de miembros enredados y sofás con hombres y mujeres perdidos en la agonía de la pasión. Lo que la sorprendió fue lo silencioso que era, incluso con música y gemidos.

Una pareja les sonrió: El hombre estaba entre las piernas de su compañera.

—¿Te gustaría unirte? —preguntó.

—Estamos más que felices de ver —dijo Hermes.

No parecían molestos cuando el hombre comenzó a practicarle sexo oral a la mujer. Perséfone desvió la mirada, sintiéndose extraña de pie en el centro de esta habitación, viendo a la gente participar libremente en el sexo tan abiertamente. No estaba segura de poder hacer esto; no estaba segura de sentirse cómoda con la gente mirándola a ella o a Hades. Ella era posesiva, él era posesivo. No terminaría bien.

Pronto, se adentraron en la oscuridad, navegando por un pasillo donde estaba un hombre.

—Milady —dijo.

Ella se puso rígida ante el título, pero se dio cuenta de que cuando Hermes le soltó el brazo, él estaba allí para ayudarla a bajar los escalones. Aceptó su mano y caminó delante de Hermes hacia una habitación circular y abarrotada, rodeada de columnas y arcos empotrados. Era un teatro, pero construido más como un anfiteatro. El escenario se encontraba en el punto más bajo de la habitación y en su centro había una diosa.

Estaba atada, sus brazos y piernas extendidos con fuerza sobre un banco negro. No estaba consciente y había sangre goteando de una herida en su cabeza.

Perséfone se congeló por un momento, un gélido hilo de

miedo recorrió su espina dorsal. No reconoció a la diosa, pero sintió que todavía estaba viva. Los transeúntes la abucheaban y le tiraban cosas, otros coreaban *cortarle los cuernos* una y otra vez.

—Esa es Tique —dijo Hermes.

Perséfone saltó. No había sentido al dios acercarse, pero ahora que estaba cerca, su ansiedad disminuyó un poco.

—Tique —susurró Perséfone en respuesta—. ¿La Diosa de la Fortuna y la Prosperidad?

—La misma —respondió, su voz sombría. Ella lo miró, notando la tensión de su mandíbula y el endurecimiento de sus ojos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Perséfone.

Tenían que ayudarla.

—Esperamos —dijo Hermes—. No sabemos quién o qué está de su lado.

Perséfone sintió pavor ante ese comentario, una fuerza abrumadora que la empujó hacia una corriente rápida. Pensó en el arma que había derribado a Harmonía y en su madre, cuya magia la había impulsado. ¿A qué se enfrentarían aquí?

Estudió a la gran multitud, pero no encontró a Helen entre ellos.

Más personas se unieron hasta que la sala estuvo abarrotada y calurosa. La máscara se pegaba a la piel de Perséfone, incómoda y húmeda. Con más gente, vino más ira y burlas. Había violencia en el aire y se apretó más contra Hermes, sintiéndose cada vez más incómoda. El dios apretó su agarre sobre ella, lo que fue menos reconfortante de lo que debería haber sido porque sabía que Hermes también estaba tenso.

Un aplauso repentino llamó su atención hacia el escenario donde estaba un hombre. Estaba vestido con un traje azul marino, hecho a la medida de su gran cuerpo. Tenía el cabello

rubio ondulado y los ojos tan brillantes y azules que ella podía ver su brillo, incluso desde la distancia.

Semidiós, pensó.

—Ese es Okeanos —dijo Hermes.

—¿Quién es Okeanos?

—Es un hijo de Zeus —dijo Hermes—. Tiene un gemelo, Sandros. Por lo general, no están lejos el uno del otro.

Perséfone observó a Okeanos mientras rodeaba a Tique como un depredador, con una expresión de disgusto en el rostro. Se detuvo en su cabeza y agarró uno de sus cuernos, rompiéndolo sin esfuerzo. El chasquido hizo que la bilis subiera a la garganta de Perséfone, pero provocó vítores de la multitud. Después de haber roto el segundo cuerno de su cabeza, los sostuvo en alto como un trofeo mientras la multitud lo saludaba como a un héroe de la antigüedad.

Luego, los arrojó a un lado como si no fueran nada, como si no acabara simplemente de mutilar a la diosa sujeta sobre la mesa.

—¡Los Olímpicos se burlan del poder! —gritó—. Ellos desfilan, celebridades más obsesionadas con su imagen y su riqueza y mortales heridos, que concediendo sus oraciones *desesperadas*.

La multitud rugió de acuerdo.

—Es una historia más antigua que el tiempo. Los dioses viven más allá de su utilidad para el mundo y deben ser reemplazados por otros nuevos, aquellos que lo entienden y ven su potencial. Somos esos dioses. Es hora de recuperar nuestro mundo.

Más vítores.

Perséfone se sintió enferma. Era la narrativa que había esperado y la que Helen había perpetuado. Estos semidioses realmente querían derrocar a los Olímpicos. El problema era que estas personas, Adonis, Harmonía, Tique, no eran

Olímpicos, eran inocentes. ¿Qué sentido tenía hacerles daño?

El movimiento de Tique llamó la atención de Okeanos. El semidiós continuó hablando mientras se acercaba a la diosa.

—¡Tendremos un renacimiento! Un mundo nuevo donde tus oraciones son contestadas, donde los dioses interceden solo cuando se les pide, donde sanen y no lastimen, pero el precio es nefasto.

Tomó una espada que debió estar sobre la cabeza de Tique. Brillaba, afilada y peligrosa.

—¿Están dispuestos a pagarlo? —preguntó, y la multitud respondió con un rotundo sí.

En ese momento, Perséfone olió la magia de su madre. Le llamó la atención y le aceleró el corazón. Por un momento, sintió pánico, su respiración se convirtió en jadeos cortos y su visión se volvió borrosa, pero tan rápido como sintió la magia, se fue y cuando sus ojos regresaron al escenario, Anfión estaba levantando la espada.

—¡No! —gritó Perséfone y extendió las manos, justo cuando varias cabezas se movieron en su dirección, se congelaron, excepto Okeanos, cuya mirada se entrecerró sobre ella.

Mierda.

Puede que los semidioses no sean tan poderosos como otros dioses, pero era imposible saber con qué magia nacieron, y parecía que Okeanos podía controlar el tiempo. Sin una palabra, extendió la mano y envió un rayo hacia ella.

Los ojos de Perséfone se agrandaron y se agachó para evitar el golpe, pero cuando aterrizó en el suelo, alguien se materializó frente a ella, una diosa.

—Afrodita...

La diosa extendió su brazo y en el segundo siguiente, el cuerpo de Okeanos se tambaleó, y su corazón voló de su pecho a la mano que esperaba de Afrodita. Los ojos de él se

agrandaron y cuando cayó de rodillas, Perséfone perdió el control de su magia y la multitud se movió una vez más.

Hubo un momento de pesado silencio antes de que la multitud se diera cuenta de lo que había sucedido.

—¡Dioses! ¡Hay dioses entre nosotros! —gritó alguien.

Luego se produjo el caos: algunos gritaron y huyeron, mientras que otros se quitaron las máscaras y buscaron armas dentro del teatro.

—¡Hermes! —gritó Perséfone—. ¡Ve por Tique!

El Dios de la Travesura desapareció en un instante, apareciendo en el escenario junto a la diosa inmóvil. La multitud se abalanzó en un intento de atacar a Hermes, pero los ojos del dios habían comenzado a brillar y algunos vacilaron.

Perséfone se puso de pie.

—¡Afrodita!

La diosa no parecía escucharla, su atención estaba en el corazón que aún latía en su mano, la sangre se filtraba entre sus dedos. Entonces los ojos de Perséfone se movieron cuando un mortal se abalanzó sobre la diosa, un candelero largo levantado para golpear.

—¡Afrodita!

Aun así, la diosa permaneció tranquila, casi pasiva mientras volvía la cabeza en dirección al mortal, extendía la mano y lo enviaba volando hacia atrás entre la multitud, desparramando los cuerpos hasta que aterrizó con un fuerte crujido contra la pared opuesta.

Perséfone esperaba que los mortales salieran disparados, pero en cambio, corrieron hacia ellos.

Una mano tiró de su cabello, jalando su cabeza hacia atrás, estirando su garganta, y le arrancó la máscara. El movimiento fue tan violento que se quedó atónita y tardó un momento en encontrar un par de ojos familiares.

—¿Jaison?

No lo había visto desde el funeral de Lexa. Había dejado de comunicarse con ella, ahora sabía por qué. Sus rizos oscuros eran más largos y su rostro sin afeitar. Parecía rudo y enojado.

—Vaya, vaya, vaya, los favorecidos han llegado para infiltrarse en nuestra reunión.

—Jaison... —dijo su nombre, alcanzando su mano para disminuir el tirón que tenía en su cabeza. Se sorprendió cuando el mortal la soltó, y se tambaleó hacia atrás solo para ser empujada con fuerza por alguien. Mientras se tambaleaba hacia delante, fue empujada de nuevo. Esta vez, logró detenerse antes de que otra persona pudiera tocarla, pero estaba rodeada.

Se encontró con los ojos de Jaison.

—¿Por qué? —se encontró preguntando.

—¿No es obvio? Hades podría haber salvado a Lexa. Podrías haberla salvado.

—No te atrevas —dijo Perséfone, con los ojos llorosos, ardiendo con lágrimas frescas.

—Si lo hubieras hecho bien la primera vez, ella no se habría ido. Ella no era la misma cuando regresó.

—¡Porque quería morir! —gritó Perséfone—. Estaba cansada, pero fuiste demasiado egoísta para ver eso. Fui demasiado egoísta.

—No finjas que te importa —dijo—. Si lo hicieras, no te casarías con Hades.

El círculo se tensó y Perséfone se puso rígida.

—No hagas esto —dijo—. Te arrepentirás.

—No tememos a Hades —dijo Jaison.

—No es a Hades a quien debes temer —dijo—. Es a mí.

Él se rio y los demás se unieron, pero la ira de Perséfone

estaba hirviendo. Una mano la alcanzó y explotó, literalmente. Las espinas brotaron de sus brazos, piernas y palmas. Salieron disparados como cuchillas y cortaron a los mortales que la rodeaban, ensartando a muchos de ellos, incluido Jaison, en cualquier nivel en el que estuvieran: la cabeza, la garganta, el pecho o el vientre. Gritó por su enfado, por la carnicería, por el dolor, pero mientras todo esto moría, las espinas se retrajeron y se hundieron en su cuerpo como si fueran parte de ella. Aun así, quedó rota y ensangrentada, con la piel partida.

Cayó de rodillas en el centro de su masacre, inclinándose hacia delante, respirando entrecortadamente. Saboreó la sangre.

Sana, pensó. Tienes que sanarte.

Entonces sintió la inconfundible presencia de Hades. Primero vio sus zapatos, luego sus ojos hicieron el lento ascenso por su cuerpo. Cuando vio su rostro, vio a un dios, uno antiguo lleno de rabia, oscuridad y muerte.

Perséfone tardó un momento en darse cuenta de por qué la habitación se había quedado tan silenciosa: era porque todos estaban muertos. ¿Ella había hecho esto? ¿O fue la malicia de Hades?

—*Hades...* —Trató de decir su nombre, pero la sangre en su boca era espesa y se atragantó con la palabra, enviando un rocío carmesí a sus zapatos. Su cabeza dio vueltas y cayó al suelo.

Hades se inclinó y la tomó en brazos. Ella nunca lo había visto lucir de esta manera, atormentado, afectado, y sabía que estaba luchando contra algo horrible y oscuro. Quería consolarlo y todo lo que podía pensar es que esperaba que él supiera cuánto lo amaba.

Entonces todo se oscureció.

PARTE II

“Odioso para mí como las puertas del Hades es el hombre que esconde una cosa en su corazón y expresa otra”.

- Homero, la Ilíada

XIX



LA ISLA DE LAMPRI

Cuando Perséfone se despertó, estaba en una cama desconocida. Sentía la lengua hinchada, pero podía respirar, su garganta ya no estaba llena de sangre. Levantó los brazos, su piel suave y sin marcas por la magia que había usado para defenderse en el sótano del Club Afrodisia. Estaba curada y, sin embargo, no podía evitar sentir que había fallado porque no había podido hacerlo por sí misma.

Se sentó, escudriñando la habitación luminosa en busca de Hades. No le tomó mucho tiempo encontrarlo. Las puertas del balcón estaban abiertas, dejando entrar el aire fresco y salado que movía las cortinas de gasa sobre la cama. Justo fuera, estaba sentado Hades. Se deslizó de la cama, se envolvió el cuerpo con la sábana y se unió a él.

Llevaba una bata negra y estaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados en sus muslos y un vaso de whisky atrapado entre sus dedos. Sus rasgos eran severos, las cejas fruncidas, la mandíbula apretada. Parecía sumido en sus pensamientos y ella tuvo un poco de miedo de molestarlo, pero quería ver sus ojos.

—Hades —susurró.

La miró, su mirada tormentosa y se preguntó qué tipo de

batalla estaba librando por dentro.

—¿Estás bien? —preguntó.

—No —dijo él, y la respuesta la hizo estremecerse. Tomó un trago de su vaso y su mirada volvió a sus pies. Vacilante, se acercó y extendió la mano para pasar los dedos por su cabello. Estaba húmedo y olía fuertemente a especias. Respiró hondo, reconfortada por ello.

—Hades —dijo su nombre de nuevo. Esta vez, le tomó más tiempo levantar la mirada hacia ella—. Te amo.

Se dio cuenta de cuánto le costó tragar y desvió la mirada. Ella suspiró y extendió la mano hacia su copa, dejándola en la mesa junto a él. Se las arregló para sentarse a horcajadas sobre él en la pequeña silla, una rodilla a cada lado de sus piernas. Tomó su rostro entre sus manos y le rozó las mejillas con los pulgares. Era tan hermoso y tan destrozado.

—¿Me dirás cómo te sientes?

—No sé si hay algo que decir —respondió.

Lo estudió durante un largo momento.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Estoy enojado conmigo por dejarte ir, por confiar en que otro te cuidara.

—Le ordené a Hermes...

—Hizo un juramento —gruñó, interrumpiéndola. Perséfone se congeló por un momento, tomada con la guardia baja por la ira de Hades. No había estado despierta lo suficiente para pensar en esto. Ella acababa de verlo y lo deseaba. Debería haber sabido que él se tomaría lo suyo como algo personal. Se culpaba por Pirítoo, también se culparía por esto.

Aun así, intentó explicarlo.

—Hades. —Le puso las manos en el pecho—. Me... herí. Fallé. No pude curarme.

La mandíbula de Hades se apretó.

—Estoy bien —dijo—. Estoy aquí.

—Apenas —dijo con los dientes apretados.

Fue la primera vez que notó que las manos de Hades no estaban sobre ella. En cambio, se agarraban a los brazos de su silla. Cuando vio esto, se bajó de su regazo y dio un paso atrás, golpeando la espalda contra la barandilla del balcón.

—No sé qué hacer —dijo con impotencia.

—Puedes parar —dijo, con la mirada llena de rabia—. Puedes decidir no involucrarte. Puedes dejar de intentar cambiar la opinión de las personas y salvar un mundo. Deja que la gente tome sus decisiones y enfrente las consecuencias. Así es como funcionaba el mundo antes de ti, y así es como el mundo continuará.

Se empujó del balcón, enderezándose bajo sus palabras enojadas.

—Esto es diferente, Hades, y lo sabes. Este es un grupo de personas que han logrado capturar y someter a los *dioses*.

—Sé exactamente lo que es —dijo con gruñido—. Lo he vivido antes y puedo protegerte de eso.

—No te pedí que me protegieras —dijo Perséfone, alzando la voz.

—No puedo perderte. —Se puso de pie, enjaulándola, con los dientes al descubierto—. Casi lo hago, ¿lo sabías? Porque no pude conseguir que mi mente estuviera bien para curarte. He abrazado a hombres, mujeres y niños mientras sangraban como tú sangrabas. Me han rociado el rostro con su sangre. Les he hecho rogar por sus vidas, una vida que no podía extender, curar o regalar porque no puedo luchar contra sus destinos. Pero tú... No suplicaste por vida; ni siquiera estabas desesperada por ello. *Estabas en paz*.

—Porque estaba pensando en ti —le espetó. Era como si le hubiera clavado un cuchillo en el pecho. Su corazón se sentía

abierto y expuesto, latiendo con todo su dolor y el de él. Hades se congeló—. No pensaba en la vida o la muerte ni en nada más que en lo mucho que te amaba y quería decírtelo, pero no podía...

Se detuvo. No necesitaba dar más explicaciones, Hades ya sabía por qué no había podido hablar y no quería recordarle el horror que había experimentado mientras ella yacía inconsciente y sangrando. Su mirada se detuvo en su rostro antes de que su cabeza cayera en el hueco de su cuello y su cuerpo se sacudiera contra el de ella. No dijo nada mientras sentía lágrimas calientes empapando su piel. Pasó mucho tiempo antes de que se compusiera, y cuando se apartó, sus ojos estaban oscuros y enrojecidos. Nunca lo había visto así antes. Este era su dolor, real y crudo.

Ella presionó su mano contra su mejilla.

—¿Me llevarás a la cama?

—Te tomaré aquí —dijo, y se inclinó para besarla. Sabía a sal y whisky y habló contra su boca—. Y luego te tomaré sobre la cama y luego en la ducha, y en la playa. Te tomaré en todas las superficies de esta casa y en cada centímetro de esta isla.

Sus manos se movieron a sus caderas, y la atrajo hacia sí mientras regresaba a la silla. Ella dejó caer la sábana de su cuerpo antes de sentarse a horcajadas sobre él. Las manos de Hades ahuecaron sus senos y luego llevó sus pezones a su boca. Perséfone pasó los dedos por su cabello mientras él trabajaba, su respiración se hizo más superficial, su cuerpo se movía contra su erección, que todavía estaba cubierta por la túnica que vestía. Ella se sintió frustrada, queriendo sentir piel contra piel y los separó, exponiendo su pecho y su carne hinchada. Se movió contra su calor, la fricción la hizo humedecerse más.

Las manos de Hades se movieron hacia su trasero, apretando mientras ella se mecía contra él, luego sus dedos se deslizaron dentro de ella y se estremeció. Pasó unos minutos

disfrutando de la sensación de él, pero pronto deseó más. Ella lo liberó y alcanzó su polla, guiándolo dentro de ella. Se apretó contra él, sintiéndose frenética y desesperada. El vello que se arrastraba desde su estómago hasta su ingle jugueteó con su clitoris. Mientras tomaba el control, Hades se inclinó hacia atrás, con los brazos estirados sobre su cabeza, agarrándose a la parte superior de la silla. Observó su rostro, los ojos brillando, todavía llenos de sombras.

Pronto sus manos regresaron a su cintura y la ayudó a moverse, rozándose contra ella. La sensación de él era un tónico que tomaría por el resto de su vida. Les daba vida a sus miembros y llamas a su alma. Su boca se movió sobre su hombro, los dientes rozaron su piel. Sus alientos se mezclaron; sus gemidos empezaron a ser liberados en rápida sucesión. Perséfone sintió que la parte inferior de su estómago se tensaba, sus músculos se apretaron alrededor de la polla de Hades y su caliente liberación se vertió en ella.

Se derrumbó contra él, respirando con dificultad. Después de un largo momento, se movió, presionando un beso en su pecho antes de enderezarse con Hades todavía dentro de ella. Sonrió.

—¿Estás cansado?

—Nunca me había sentido más vivo —dijo, y parecía que algo de la oscuridad se había desvanecido de sus ojos. Lo besó, largo y lento, su lengua lamiendo la de él hasta que estuvo duro una vez más. Se apartó y apoyó la cabeza contra su pecho, contenta de quedarse así para siempre.

—¿Dónde estamos? —preguntó, su voz era tranquila.

—Estamos en la isla de Lampri —respondió—. Nuestra isla.

—¿Nuestra?

—La tengo —dijo—. Pero rara vez vengo. Después de encontrarte en el club, no quise ir al Inframundo. No deseaba estar en ningún otro lugar más que solo. Entonces, vine aquí.

Hubo otro largo tramo de silencio.

—¿Sabes si Tique sobrevivió?

Fue entonces que las manos de Hades se apretaron a su alrededor.

—No —dijo—. No sobrevivió.

Más tarde, Hades le dio a Perséfone su teléfono, lo que le permitió comunicarse con Sybil, Leuce y Zofie. Habían creado un chat para decirle que la amaban. Sus ojos se llenaron de lágrimas ante sus dulces mensajes. Les hizo saber que estaba bien y preguntó por ellas.

Estamos bien. Zofie se aseguró de que llegáramos a casa sanas y salvas, dijo Sybil y explicó lo que pasó arriba. Sabíamos que algo andaba mal cuando la gente salió de las sombras gritando que un dios estaba atacando a la gente. No supimos si fue Hermes o... Hades.

Pero no había sido ninguno de los dos.

Había sido Afrodita.

Había sido ella. De repente, recordó la carnicería que había causado. ¿A cuántas personas había matado?

Dejó el teléfono a un lado y cuando Hades entró en la habitación, se detuvo.

—¿Qué ocurre?

—¿A cuántas personas maté? —susurró.

Hades hizo una pausa y luego preguntó:

—¿Qué recuerdas?

—Hades...

—¿Ayudará saberlo? —preguntó.

Abrió la boca para hablar, pero no supo responder.

—Piensa en ello —dijo—. Digo esto como un dios que

conoce la respuesta.

Después, caminaron por la playa. Era extraño ver a Hades en un lugar tan brillante vestido con nada más que una tela envuelta alrededor de su cintura. Su piel estaba bruniada bajo el sol, convirtiéndose en un bronce dorado. Ella no podía apartar la mirada.

—¿Por qué estás mirando? —preguntó.

—¿Te molesta? —preguntó, frunciendo el ceño.

—No —dijo, pragmáticamente—. Me dan ganas de follar.

Ella sonrió.

Cuando llegaron a la orilla, corrió hacia el océano chillando de placer cuando el agua se precipitó sobre ella, empapando la parte inferior de su vestido blanco. Se volvió para encontrar a Hades vadeando hacia ella.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —le preguntó a Hades—. ¿Desde que visitaste el océano?

—¿Por diversión? —preguntó—. Apenas lo sé.

—Entonces haremos que esto sea memorable —dijo, levantándose por su cuerpo, sus dedos clavándose en sus hombros anchos y musculosos mientras envolvía sus piernas alrededor de su cintura. Su polla se acomodó contra ella y sus dientes rozaron su labio inferior.

—Te amo —susurró ella.

Sus bocas y cuerpos se fusionaron. Su sangre latía con fuerza, esparciendo sus pensamientos. Sus manos se deslizaron sobre la piel del otro, disfrutando de la sensación. Cuando los dedos de Hades se apretaron en su trasero, aplastándola con una ferocidad desesperada que quería igualar, se separaron del otro, sus labios palpitando.

—Quiero mostrarte algo —dijo.

Ella arqueó una ceja, su lujuria eclipsaba cualquier otro pensamiento.

—¿Es tu polla?

Él se rio entre dientes.

—No te preocupes, cariño. Te daré lo que quieras, pero aquí no.

Dejaron el agua y Hades la guio por la playa hacia una arboleda de plantas y árboles tropicales. Más allá de ellos había un camino que se volvía rocoso a medida que se acercaba a una cueva abierta. Justo dentro, había una serie de escalones que descendían en espiral hacia una gruta. El agua tenía el color de cientos de zafiros relucientes. Por encima de ellos, el techo se había derrumbado, permitiendo que una corriente de luz solar cálida se filtrara y golpeará el agua. Una exuberante vegetación crecía dentro de las paredes de la cueva y se derramaba sobre la superficie rugosa.

Perséfone se quedó mirando, asombrada por lo hermoso que era.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Es hermoso.

Hades sonrió y comenzó a bajar otra serie de escalones que conducían al agua. Se quitó su cubierta de la cintura y se quedó desnudo, volviéndose hacia ella. Cuando se acercó a él, Hades salió del borde y se hundió en la piscina profunda. Ella lo vio emerger a cierta distancia de la orilla.

Sus ojos brillaban, oscuros y reverentes.

—¿Me acompañarás?

Se sacó el fino vestido por la cabeza y lo arrojó a su lado mientras se sumergía en el agua. Hades la agarró por la cintura, presionando sus labios contra los de ella a medida que salía a la superficie. Flotando en la gruta, le hizo el amor a su boca mientras ella estiraba la mano entre ellos, guiando su polla entre sus piernas para que pudiera sentirlo allí. Se quedó sin aliento cuando los labios de él dejaron su boca, arrastrándose por su mandíbula.

—Construiré templos en honor a nuestro amor y te adoraré hasta el fin del mundo. No hay nada que no sacrificaría por ti. —Se apartó para mirarla, ojos como estrellas relucientes—. ¿Entiendes eso?

—Sí —dijo, apretando su asidero alrededor de él—. Te daré todo lo que siempre quisiste, incluso cosas sin las que pensabas que vivirías.

Sus bocas chocaron de nuevo, y Hades la agarró, guiándolos hacia atrás, a un hueco en la pared de roca donde una cascada de agua mantenía oculta una cueva más grande. La levantó del agua y entró en ella, guiándola contra la pared de la caverna. Un brazo se estiró hacia arriba, el otro encontró apoyo al lado de su cabeza. Ella sostuvo su mirada ardiente.

—Hay algo oscuro que vive dentro de mí —dijo—. Lo has visto. Lo reconoces ahora, ¿no?

Ella asintió.

—Te quiere de una manera que te asustaría.

¿Estaba diciendo esto para asustarla? Porque tuvo el efecto contrario, enviando un escalofrío de emoción por su espalda.

—Dime.

—Esa parte de mí te quiere rezando por mi polla. Retorciéndote debajo de mí mientras te embisto. Rogando que mi semen te llene.

Perséfone mantuvo sus manos presionadas contra la pared, sus uñas raspando la roca detrás de ella. Lo miró a través de sus pestañas, sintiéndose tímida y atrevida.

—¿Cómo prefiere recibir la oración, milord?

—De rodillas —dijo.

Lo miró mientras se arrodillaba, al nivel de su erección. Hades recogió su cabello en una mano, enroscándolo alrededor de sus puños hasta que su cuero cabelludo pinchó

de dolor.

—Chúpame —le ordenó y ella obedeció.

Tomándolo en su boca, colmando de atención la corona con su lengua, chupando la punta hasta que saboreó su semen. Hades gimió, su mano apretándose en su cabello, trayendo lágrimas a sus ojos, pero continuó, queriendo jugar con la oscuridad que afloraba en la aspereza de su agarre. Cuando comenzó a empujar en su boca, todo lo que pudo hacer fue recibir, un recipiente para su placer. Ambas manos ahuecaron su cabeza, sus músculos se hincharon, su respiración se volvió entrecortada. Ella pensó que se correría, pero se retiró de repente, arrastrándola de pie bruscamente, moldeando su boca con la suya. Ella cambió su postura mientras él guiaba su polla entre sus piernas, provocando su apertura, resbaladiza por la necesidad de él.

—Hades... —Su voz salió estrangulada, una súplica que él respondió agarrando sus caderas y embistiéndola. Mientras la apoyaba contra la pared, otra mano se posó sobre su cuello, su rostro presionado contra el suyo mientras se movía. Cada embestida provocó un gemido desesperado de su garganta, sus dedos apretaban sus hombros, raspando su piel. La boca de Hades volvió a la de ella, saboreando su lengua, raspando con sus dientes. Besó y se movió con una ferocidad que no había sentido antes y sacó palabras sucias y sonidos de su boca que nunca había dicho ni escuchado.

—Quiero sentir tu liberación —dijo ella, arqueando su espalda, sus omóplatos cortando la roca—. Quiero que te corras dentro de mí. —Su respiración se atascó en su garganta.

»Quiero sentirlo gotear por mis muslos. —Sus talones se clavaron en su trasero.

»Quiero estar tan llena de ti, que te saborearé durante días. —Cerró la boca sobre el lóbulo de su oreja y chupó con fuerza.

Mientras hablaba, Hades continuó empujando, su boca se movió hacia su cuello, donde le chupó la piel y la mordió con fuerza. Ella gritó ante el dulce aguijón, mientras la vibración de su primer orgasmo comenzó a oscilar a través de ella; continuó, sin alcanzar su punto máximo, solo duró una y otra vez hasta que todo su cuerpo tembló, y cuando Hades gimió, ofreciendo un gruñido salvaje, sintió el calor de su liberación dentro de ella.

Se quedaron pegados el uno al otro por un rato, hasta que Hades se apartó y la levantó en sus brazos, teletransportándose al dormitorio donde la acostó en la cama. Esperó que se estirara a su lado, pero en cambio, se arrodilló entre sus piernas y besó sus muslos hasta que su boca cubrió su clitoris, su lengua devoró dulcemente su piel hinchada.

—Hades —susurró su nombre una y otra vez. Sus manos se hundieron en su cabello y luego cayeron en las sábanas debajo de ella, retorciéndose cuando otro clímax la atravesó, y cuando bajó de lo alto, Hades finalmente descansó a su lado.

Agotada, cayó en un sueño profundo.

Más tarde se despertó y encontró a Hades dormido a su lado. Estaba acostado boca abajo, sus dedos entrelazados con los de ella. Parecía tranquilo, los zarcillos de oscuridad que se habían aferrado a él horas antes, desterrados por el sueño. Lo miró durante un rato y luego se soltó de su agarre, se puso una bata y salió. Se apoyó en la barandilla del balcón, mirando la noche. Aquí reinaba la paz, al margen de la destrucción de su madre.

Y se sentía mal por estar aquí, mal por sentirse tan feliz cuando reinaba tal caos.

—¿Por qué frunces el ceño? —preguntó Hades.

Su voz la sobresaltó y se volvió para encontrarlo en la puerta, su cuerpo desnudo envuelto por la luz del dormitorio. El calor floreció bajo en su vientre cuando sus ojos se posaron en su carne erecta y pensó en cómo la había mirado en la

gruta, las palabras eróticas que había dicho, la restricción que había roto.

Tragó saliva y sacudió los pensamientos de su cabeza.

—Sabes que no podemos quedarnos aquí —dijo Perséfone—. No con lo que dejamos atrás.

—Una noche más —dijo Hades, suplicó.

—¿Y si es demasiado tarde?

Hades no habló. Dejó su lugar en la puerta y se acercó a ella, ahuecando su rostro, sus ojos escrutadores.

—¿No puedo convencerte de que te quedes aquí? —preguntó—. Estarías a salvo y volvería contigo en cada momento libre.

Sus manos se cerraron sobre sus antebrazos.

—Hades —susurró—. Sabes que no lo haré. ¿Qué clase de reina sería si abandonara a mi gente?

Sus labios se inclinaron hacia arriba, pero su mirada fue triste.

—Eres la Reina de los Muertos, no la Reina de los Vivos.

—Los vivos eventualmente se vuelven nuestros, Hades. ¿De qué nos servirá si los abandonamos en la vida?

Hades suspiró y apoyó su frente contra la de ella.

—Desearía que fueras tan egoísta como yo —dijo.

—No eres egoísta —dijo—. Me dejarías aquí para ayudarlos, ¿recuerdas?

Su mirada cayó a sus labios y la besó, sus manos se deslizaron hasta su cintura, hundiéndose bajo su bata, estirándose para ahuecar su centro caliente.

Perséfone jadeó, su nombre en sus labios.

—Hades —susurró contra sus labios.

—Si no es otra noche, al menos otra hora —dijo.

¿Cómo podía decir que no?

Sus brazos se cerraron alrededor de su cuello cuando él la levantó hasta el borde del balcón, sus dedos se hundieron en su carne resbaladiza el tiempo suficiente para provocar un gemido. Cuando se retiró, las uñas de ella se clavaron en su piel y Hades se rio entre dientes.

—Estabas equivocada —dijo, llevándose sus dedos a su boca—. Soy egoísta.

Lo miró, un hambre carnal estallando dentro de ella. Mientras chupaba su carne, abrió más las piernas, invitándolo a regresar.

—Solo una hora —le recordó a Hades.

Su sonrisa apenas estaba ahí y justo cuando se movía para unirse una vez más, gruñó, jalando a Perséfone desde la repisa del balcón al suelo.

—Joder —espetó—. *Hermes*.

—Me encantaría unirme a ustedes —dijo el dios, apareciendo en el balcón a solo unos pasos de distancia—. En otra ocasión, tal vez.

Perséfone se volvió para abrocharse la túnica y, cuando miró hacia atrás, vio que el rostro cincelado del dios estaba estropeado por un gran corte que iba desde la parte inferior de su ojo hasta su labio.

Sus ojos se agrandaron.

—Hermes, ¿qué te pasó en el rostro?

Sonrió, sus ojos gentiles a pesar de su respuesta.

—Rompí un juramento.

Los labios de Perséfone se separaron y su mirada volvió a Hades, que no la miraba, demasiado enojado y concentrado en el Dios de la Travesura.

—¿Qué quieres, Hermes? Estábamos a punto de regresar.

—¿Cuánto tiempo es “a punto de”? —preguntó, pero la sonrisa que ofreció fue sin humor y Perséfone descubrió que

no le gustaba la melancolía que se aferraba a él. ¿Era este su dolor por perder a Tique o algo más?

—Hermes... —comenzó Hades.

—Zeus los ha convocado a los dos al Olimpo —interrumpió Hermes—. Ha llamado al Consejo. Quieren discutir su separación.

XX



UN CONSEJO DE OLÍMPICOS

—¿Nuestra separación? —repitió Perséfone, mirando a Hades—. ¿No hay cuestiones más urgentes? ¿Como que la Tríada asesine a una diosa y ataque a otra?

—Solo te di una razón por la que Zeus llamó al Consejo —dijo Hermes—. Eso no significa que no vallamos a discutir otras preocupaciones.

—Iré pronto, Hermes —dijo Hades, quien no había hecho ningún intento por cubrirse.

Hermes asintió y luego miró a Perséfone.

—Hasta luego, Sefi —dijo, guiñando un ojo. Desapareció, y ella pensó que tal vez estaba tratando de suavizar la culpa que sintió al ver su rostro lleno de cicatrices.

Perséfone se volvió hacia Hades.

—¿Le hiciste eso al rostro de Hermes?

Su mandíbula se apretó.

—Preguntas y, sin embargo, lo sabes.

—No tenías...

—Sí, tenía —la interrumpió—. Su castigo podría haber sido peor. Algunas de nuestras leyes son sagradas, Perséfone,

y antes de que te sientas culpable por lo que le pasó al rostro de Hermes, recuerda que él sabía las consecuencias, aunque tú no.

Sus palabras se sintieron como una reprimenda. Desvió la mirada y dijo en voz baja:

—No lo sabía.

Hades suspiró, sonando frustrado, pero la tomó de la mano y la atrajo hacia sí.

—Lo siento —dijo, presionando una palma contra su mejilla—. Quería consolarte.

—Lo sé —dijo ella—. Debe ser agotador... tener que enseñarme constantemente.

—Nunca me canso de enseñar —dijo, su voz tranquila—. Mi frustración viene de otro lugar.

—Quizás pueda ayudar... si me dijeras más —ofreció.

Hades sostuvo su mirada, considerándola antes de hablar.

—Me preocupa que mis palabras salgan mal y que encuentres mis motivos bárbaros.

Ella frunció el ceño. No le sorprendió que se sintiera así. Lo había llamado la peor clase de dios. Había asumido que sus acuerdos con los mortales eran simplemente para su diversión, no intentos reales de salvar almas.

—Lo siento —dijo—. Creo que te di este miedo cuando nos conocimos.

—No —dijo—. Estaba allí antes que tú, pero solo importó cuando te conocí.

—Entiendo el castigo de Hermes —dijo—. Me consuela.

A pesar de sus palabras, sintió que su expresión permanecía insegura, cautelosa. Aun así, se inclinó hacia delante y presionó sus labios contra la frente de ella. Cerró los ojos contra su beso, sintiendo el calor a través de su cuerpo. Lo miró a los ojos mientras él se apartaba.

—¿Te gustaría acompañarme al Consejo? —preguntó.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Lo dices en serio?

Ofreció una pequeña sonrisa.

—Tengo condiciones —dijo—. Pero si los Olímpicos van a hablar de nosotros, es justo que estés presente.

Ella sonrió.

—Ven, debemos prepararnos —dijo, y ella sintió el roce de su magia mientras se teletransportaban.

Había esperado aparecer en su habitación para que pudieran vestirse, pero en cambio, Hades los había llevado a una habitación llena de armas.

—Es esto...

—Un arsenal —dijo Hades.

La habitación era redonda, el suelo de mármol negro como el resto del castillo. La mayoría de las paredes estaban arregladas con lo que parecían estantes de libros, solo que contenían una variedad de armas: espadas y lanzas, jabalinas y hondas, arcos y flechas. También había armas modernas: pistolas, granadas y otra artillería. También había escudos, cascos, cotas de mallas y corazas de cuero en exhibición, pero lo que llamó su atención fue la pieza en el centro de la habitación, una exhibición de la armadura de Hades. Parecía amenazante y mortal. Puntas de metal afiladas cubrían los hombros, brazos y piernas. Una capa negra colgaba del hombro izquierdo y un yelmo oscuro descansaba a sus pies.

Perséfone se acercó y pasó los dedos por el frío metal del casco. Trató de imaginarse a Hades vestido con esto. Ya era grande e imponente, esto lo haría... monstruoso.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó en voz baja—. ¿Desde que usaste esto?

—Un tiempo —respondió—. No lo necesito a menos que

esté luchando contra dioses.

—O contra un arma que pueda matarte —dijo.

Hades no respondió. La rodeó y recogió el yelmo.

—Este es el Yelmo de la Oscuridad —dijo—. Otorga a su portador la capacidad de volverse invisible. Fue hecho para mí por los cíclopes durante la Guerra de Titanomaquia.

Sabía de las Tres Armas: el Yelmo de la Oscuridad de Hades, el Rayo de Zeus y el Tridente de Poseidón. Siempre había puntos de inflexión durante la batalla, un momento en el que la marea cambia para bien o para mal para cualquiera de los bandos. Estas armas cambiaron el destino de los Olímpicos y les permitieron derrotar a los Titanes.

Al ver el yelmo, Perséfone sintió pavor. Sospechaba que la Tríada deseaba la guerra. ¿Vería pronto a Hades vestido con esta armadura?

—¿Por qué necesitas este yelmo? —preguntó—. Uno de tus poderes es la invisibilidad.

—La invisibilidad es un poder que gané con el tiempo a medida que me volvía más fuerte —dijo, luego ofreció una sonrisa irónica—. Fuera de eso, prefiero proteger mi cabeza durante la batalla.

Pensó que estaba siendo gracioso, pero Perséfone frunció el ceño mientras le entregaba el yelmo. Lo sostuvo entre sus manos, mirando los arañazos y pequeñas abolladuras en su superficie. Siempre imaginó que nadie se acercó lo suficiente a Hades como para lastimarlo durante la batalla, pero las marcas en este yelmo le recordaron lo contrario.

—Quiero que uses esto mientras estés en el Consejo —dijo.

Perséfone levantó la cabeza.

—¿Por qué?

—El Consejo es para los Olímpicos —dijo—. Y no estoy ansioso por presentarte a ninguno de mis hermanos,

especialmente en estas circunstancias. No te gustará todo lo que se dice.

—¿Te preocupa que mi boca sabotee nuestro compromiso? —preguntó, arqueando una ceja.

Hades sonrió, y fue refrescante considerando que había estado tan serio los últimos días desde sus heridas en el Club Afrodisia.

—Oh, cariño, tengo fe en que tu boca solo lo mejorará.

Se miraron fijamente durante un largo momento antes de que su mirada bajara, recorriendo sus músculos hasta su polla todavía erecta.

—¿Vas a ir al Consejo desnudo, milord? Si es así, insisto en mirar.

—Si sigues mirándome así, no iremos al Consejo en absoluto —dijo, y con un movimiento de muñeca, ambos estaban vestidos de negro: Hades con su traje y Perséfone con un vestido tubo. Le hizo preguntarse cómo se vestían los otros dioses para asistir al Consejo. ¿Usarían las mejores galas de los dioses antiguos?

Hades le tendió la mano.

—¿Lista?

En verdad, no estaba segura, pero Hades y su yelmo la reconfortaron. Esta sería una de las últimas veces que tendría tiempo de considerar si estaba lista. Llegaría un momento en el que no habría opción, cuando todo dependiera de una acción rápida.

Colocó sus dedos en su palma, todavía sosteniendo el yelmo y se teletransportaron.

Aterrizaron en la sombra, su espalda estaba contra una gran columna, y cuando miró hacia un lado, pudo ver más curvas hacia la izquierda y la derecha. Perséfone podía oír voces, retumbantes y frustradas.

—¡Esta tormenta debe terminar, Zeus! Mi culto pide alivio.

Perséfone no sabía quién hablaba, pero supuso que era Hestia a juzgar por el tono aún suave.

—No estoy ansioso por ver que se vaya la tormenta —dijo Zeus—. Los mortales se han vuelto demasiado audaces y necesitan que se les enseñe una lección. Quizás morir de frío les recuerde quién gobierna su mundo.

Perséfone se encontró con la mirada de Hades. Las palabras de Zeus eran un problema. Eran la razón por la que Harmonía había sido atacada y por qué Tique había muerto. Era un comportamiento del que los mortales se estaban cansando y se estaban rebelando.

Hades se llevó el dedo a los labios, tomó el yelmo y se lo puso sobre la cabeza. Ella no se sintió diferente una vez que estuvo puesto, excepto que era pesado y no se ubicaba correctamente sobre su cabeza. Los labios de Hades rozaron sus nudillos antes de dejarla ir. Se movió a través de la oscuridad sin ser detectado. Ella solo supo cuándo apareció ante los Olímpicos porque habló, su voz oscura, goteando desdén.

—No les recordarás nada salvo su odio por ti, por todos nosotros —dijo Hades, respondiendo a la declaración anterior de Zeus.

—Hades. —Su nombre salió como un gruñido de la boca de Zeus.

Perséfone se arrastró por el exterior de las columnas. Más allá de ellos, pudo ver el respaldo de un juego de tronos y el frente de otros tres: Poseidón, Afrodita y Hermes. Cada trono representaba una pieza de los dioses. Para Poseidón, era un tridente, Afrodita, una concha rosa, para Hermes, la varita de su heraldo.

Su mirada se detuvo más tiempo en Afrodita, recordando cómo se había parado con el corazón de Okeanos en su mano, imperturbable por el salvajismo de su magia. ¿Enfrentaría consecuencias por matar a uno de los hijos de Zeus?

Perséfone no conocía las reglas de los Olímpicos, pero pensó que la diosa debía haberse justificado ante el Dios del Trueno, porque estaba sentada aquí, entre los doce, como si nada hubiera ocurrido.

Perséfone se acercó sigilosamente, hasta que tocó el borde de uno de los tronos, uno que supuso pertenecía a Apolo, ya que rayos dorados salían disparados desde lo más alto.

—Por lo que tengo entendido, Hades, la tormenta es tu culpa. No pudiste mantener tu pene fuera de la hija de Deméter.

—Cállate, Ares —dijo Hermes.

Perséfone notó la oscuridad que ensombrecía los ojos del dios y la forma de su mandíbula que hacía que sus pómulos parecieran afilados.

—¿Por qué debería hacerlo? Dice la verdad. —Una voz dijo desde la derecha: Perséfone pensó que sonaba como Artemisa.

—Podrías haberte follado a un millón de otras mujeres, pero elegiste quedarte con una, y la hija de una diosa que te odia más de lo que ama a la humanidad —continuó Ares.

—Ese coño debe ser de oro —reflexionó Poseidón.

Perséfone sintió algo amargo en el fondo de su garganta y luego una oscura sensación de pavor cuando la magia de Hades estalló, fuerte y vibrante.

—Personalmente cortaré el hilo de cualquier dios que se atreva a hablar una palabra más sobre Perséfone.

—No te atreverías. —Perséfone reconoció la voz de Hera—. Las consecuencias de matar a un dios aparte de las Moiras serán espantosas. Podrías perder a tu querida diosa.

Siguió un tenso silencio mientras Perséfone trataba de imaginar la expresión del rostro de Hades. Probablemente comunicaba algo parecido a *pruébame*.

—El hecho es que la tormenta de nieve está causando un gran daño. —La sedosa voz de Atenea, tranquilizadora y

autoritaria, entró en la refriega.

—Entonces debemos discutir soluciones para poner fin a su rabia —dijo Hades.

—Nada la convencerá de poner fin a su asalto, excepto su separación —dijo Hera.

Si bien eso era cierto, también implicaba que no había otras formas de acabar con la ira de Deméter.

—Eso está fuera de discusión.

—¿La chica desea siquiera estar contigo? —desafió Hera—. ¿No es cierto que la atrapaste en un contrato para obligarla a pasar tiempo contigo?

Los dedos de Perséfone se cerraron en puños.

—Ella es una *mujer* —dijo Hermes—. Y ama a Hades. Lo he visto.

—Entonces, ¿deberíamos sacrificar las vidas de miles por el verdadero amor de dos dioses? —dijo Artemisa—. Ridículo.

—No vine aquí para que el Consejo pudiera discutir mi vida amorosa —dijo Hades.

—No, pero desafortunadamente para ti —dijo Zeus—. Tu vida amorosa está causando estragos en el mundo.

—También tu polla —dijo Hades—. Y nadie ha llamado al Consejo por eso.

—Hablando de pollas y los problemas que causan —intervino Hermes—. ¿Nadie va a hablar sobre los problemas que está causando tu descendencia? Tique está muerta. Alguien nos está atacando... *logrando* matarnos... ¿y quieres discutir sobre la vida amorosa de Hades?

Perséfone no pudo evitar sonreír ante las palabras de Hermes, pero los otros dioses no tardaron en desanimarla.

—No tendremos nada de qué preocuparnos si la tormenta de Deméter continúa —dijo Artemis—. Los mortales se congelarán hasta los cimientos. Será Pompeya de nuevo.

—¿Crees que la ira de Deméter es lo peor que podría pasar? —preguntó Hades, su tono amenazante—. Tú no conoces mi ira.

Fue una amenaza; una que Perséfone sabía que no llevaría la conversación a ninguna parte. Hades le había pedido que no se revelara, pero el hecho era que estos dioses estaban teniendo una conversación sobre ella, sus pensamientos, sus sentimientos, su elección, y no estaban avanzando hacia lo que realmente importaba, y eso era lo que Deméter estaba planeando con la Tríada. Dejó el lugar junto al trono de Apolo y dio la vuelta al arco. Cuando llegó al borde, donde estaba sentado Ares, se quitó el yelmo de Hades y lo dejó a un lado. Quitándose su glamour, entró en el centro del arco y, de repente, se vio rodeada por once Olímpicos.

Su mirada conectó con la de Hades y la sostuvo. Él se sentó rígidamente; sus manos se curvaron alrededor de los bordes de su trono. Bajo su mirada, pudo enderezar los hombros y levantar la barbilla. No tenía idea de cómo se veía para estos dioses antiguos, probablemente joven e inexperta, pero al menos la verían, la conocerían y, al final de esto, la respetarían.

—Hades —dijo su nombre y eso pareció calmarlo. Le ofreció una pequeña sonrisa antes de que su atención fuera atraída hacia Zeus, cuya voz pareció retumbar profundamente bajo sus pies.

—Vaya, vaya, vaya. La hija de Deméter.

—Lo soy —dijo, sin que le gustara cómo los ojos del Dios del Trueno brillaron cuando estuvieron sobre ella. Había visto al rey muchas veces, una figura imponente y grande, su cuerpo llenaba su trono. A pesar de ser el menor de sus dos hermanos, su cabello tenía un tono plateado que lo hacía parecer mayor. No sabía por qué, tal vez sintió que le daba más autoridad o había regateado algo de su juventud a cambio de poder. A su lado estaba Hera, quien la miraba con

juicio. Su rostro, hermoso y noble, era esculpido y cínico.

Miró a su izquierda y encontró el rostro dorado y pasivo de Atenea, el trono vacío de su madre y luego Apolo y Artemisa. Apolo inclinó la cabeza una fracción. Fue el único reconocimiento que recibió: no había luz en sus ojos ni inclinación en sus labios. Trató de no dejar que su estado de ánimo la perturbara mientras miraba a su derecha donde encontró a Poseidón mirando abierta y hambrientamente. Luego a Hermes, Hestia y Ares.

Hermes sonrió, sus ojos gentiles.

—Has causado muchos problemas —dijo Zeus, atrayendo su atención de mala gana. Encontró su mirada sin brillo.

—Creo que te refieres a que *mi madre* ha causado muchos problemas —dijo—. Y, sin embargo, pareces decidido a castigar a Hades.

—Simplemente busco resolver un problema de la manera más sencilla posible.

—Eso podría ser cierto si Deméter solo fuera responsable de una tormenta —dijo Perséfone—. Pero tengo razones para creer que está trabajando con los semidioses.

Hubo un instante de silencio.

—¿Qué razones?

—Estuve allí la noche en que Tique murió —dijo Perséfone—. Mi madre estaba allí. Sentí su magia.

—Quizás estaba allí para recuperarte —sugirió Hera—. Como es su derecho por la Ley Divina. Es tu madre.

—Dado que basamos nuestras decisiones en leyes arcaicas, entonces debo estar en desacuerdo —dijo Perséfone.

La mirada de Hera se endureció y Perséfone tuvo la clara impresión de que no le gustaba que la desafiara.

—¿Por qué motivos?

—Hades y yo follamos —declaró Perséfone—. Por Ley

Divina, estamos casados.

Hermes soltó una risa estrangulada, pero todos los demás permanecieron en silencio. Miró a Zeus. Por mucho que lo odiara, él era a quien necesitaba convencer.

—Fue la magia de mi madre la que mantuvo a Tique restringida —dijo Perséfone.

El dios la miró fijamente por un momento y luego miró a Hermes en busca de confirmación.

—¿Es esto cierto, Hermes?

Sus dedos se curvaron en puños.

—Perséfone nunca mentiría —respondió.

—La Tríada es un verdadero enemigo —dijo Perséfone—. Tienen motivos para temerles.

Hubo algunas risas y Perséfone miró a su alrededor.

—¿No acaban de escuchar lo que dije?

—Harmonía y Tique son diosas, sí, pero no son Olímpicas —dijo Poseidón.

—Estoy segura de que los Titanes pensaron lo mismo de ti —respondió ella—. Además, Deméter es una Olímpica.

—Ella no sería la primera que intentó, y falló, en derrocar me —dijo Zeus, y notó cómo miraba tanto a su izquierda como a su derecha. A pesar de cómo se sentaban los Olímpicos, en este círculo, unidos, estaban divididos. Había odio aquí e impregnaba el aire como humo.

—Esto es diferente —dijo Perséfone—. Tienes un mundo listo para cambiar su alianza a un grupo de personas que creen que son más mortales que dioses, y la tormenta de mi madre forzará la decisión.

—Así que volvemos al problema real —dijo Hera—. Tú.

Perséfone la fulminó con la mirada; su mandíbula se apretó.

—Si me devuelves a mi madre, me convertiré en un

problema real —dijo Perséfone—. Seré la razón de tu miseria, de tu desesperación, de tu ruina. Te prometo que probarás mi veneno.

Nadie se rio. Nadie habló. Solo hubo silencio. Miró a Hades, cuya mirada ardía en la de ella. No sintió que estuviera decepcionado, pero estaba nervioso. Preparado. Listo para actuar si era necesario.

—Hablas de lo que *no* haremos —dijo Zeus—. Pero, ¿qué quieres que hagamos cuando el mundo sufre bajo una tormenta creada por tu madre?

—¿No estabas listo para ver cómo el mundo sufría hace unos minutos? —respondió Perséfone. No era lo que deseaba, por supuesto. Era lo último que quería, pero sentía como si estos dioses estuvieran a segundos de enviarla de regreso con su madre, y Perséfone no iría. Tendría a Hades. Tendría el mundo, de una forma u otra.

—¿Estás sugiriendo que permitamos que continúe? —preguntó Hestia.

—Sugiero que castiguen a la fuente de la tormenta —dijo.

—Te olvidas. Nadie ha podido localizar a Deméter.

—¿No hay ningún dios aquí que lo vea todo?

Hubo risas.

—Hablas de Helios —dijo Artemisa—. No nos ayudará. No te ayudará porque amas a Hades y Hades le robó su ganado.

Aun así, miró a Zeus a pesar de las otras respuestas.

—¿No eres el Rey de los Dioses? ¿No está Helios aquí por tu gracia?

—Helios es el Dios del Sol —dijo Hera—. Su papel es importante, más importante que el amor obsesivo de una diosa menor.

—Si fuera tan grande, ¿no podría derretir la tormenta de nieve que asola la tierra?

—¡Suficiente! —La voz de Zeus resonó en la cámara; sus ojos brillaron cuando cayeron sobre ella. Perséfone sintió que le temblaban las entrañas. No le gustó la mirada de Zeus, no le gustó los pensamientos que se agitaban dentro de su cabeza. Aun así, cuando habló, a ella le complacieron sus palabras.

»Nos has dado mucho que considerar, diosa. Buscaremos a Deméter, todos nosotros. Si está aliada con la Tríada, deja que admita y enfrente el castigo. Hasta ese momento, sin embargo, aplazaré el juicio sobre tu boda con Hades un poco más.

Hera miró con enfado a su marido, claramente insatisfecha con esta elección.

—Gracias, lord Zeus —dijo, inclinando la cabeza.

Odió pronunciar las palabras o pensar demasiado en por qué había tomado esa decisión. Tenía la sensación de que él esperaba ganar su favor de alguna manera.

Los ojos de Perséfone se movieron hacia Hades mientras Zeus continuaba.

—Por esta noche, nos despediremos de Tique.

Uno a uno, los dioses desaparecieron de la habitación.

—¡Nos vemos luego, Sefi! —dijo Hermes.

Hades dejó su trono y Perséfone habló mientras se acercaba.

—Lo siento. Sé que me pediste que me escondiera, pero no pude. No cuando querían...

La silenció con un beso, marcó sus labios y su boca y, cuando se apartó, le sostuvo el rostro.

—Estuviste maravillosa —dijo—. En serio.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Pensé que me apartarían de ti.

—Jamás —susurró, y pronunció la palabra una y otra vez

como una oración, una súplica desesperada, hasta que ella casi lo creyó.

XXI



UN TOQUE DE MIEDO

La pira sobre la que descansaba Tique era hermosa: mármol, engastado con esmeraldas y rubíes y espolvoreado con oro. Sobre él había pilas de madera y, encima, la propia Tique. Su rostro y miembros eran de un blanco pálido, bañados por la luz de la luna. Su cuerpo envuelto en seda negra. Su cabello, tan oscuro como la medianoche, se derramaba por el borde de la pira.

Los dioses estaban a varios metros de distancia en un arco mientras otros residentes del Olimpo se reunían detrás de ellos. No se pronunció ninguna palabra mientras Hefesto encendía la pira con su magia. Las llamas fueron pequeñas al principio, pero se consumieron rápidamente y Perséfone no pudo apartar la mirada.

Mi madre ha hecho esto, pensó.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, mientras el aire se llenaba de humo. Las ramitas de lavanda y romero destinadas a ayudar a tapar el olor, no podían enmascarar el abrumador aroma de la carne quemada. Los brazos de Hades se apretaron alrededor de su cintura.

—La muerte de Tique no fue culpa tuya —dijo. Sintió la vibración de su voz contra su espalda. No se sentía culpable,

pero se preguntaba quién sería el próximo. ¿Cuánto hasta que su madre y la Tríada atacaran de nuevo?

—¿A dónde van los dioses cuando mueren? —preguntó Perséfone.

—Vienen a mí, sin poderes —dijo—. Y les doy un papel en el Inframundo.

—¿Qué tipo de papel?

Perséfone tenía curiosidad, dados los acuerdos que hacía con los mortales.

—Depende de lo que los desafió en su vida como dios. Tique, sin embargo, siempre quiso ser madre. Entonces, le regalaré el Jardín de los Niños.

Algo espeso se le acumuló en la garganta y tardó varios momentos en tragarlo.

—¿Podremos hablar con ella? ¿Sobre la forma en que murió?

Perséfone odiaba preguntar, pero quería conocer la historia de Tique como ellos conocían la de Harmonía.

—No de inmediato —respondió—. Pero dentro de una semana.

A Perséfone no le agradaba la idea de pedirle a Tique que reviviera su muerte, especialmente una vez que estuviera en el Inframundo. Se suponía que era un espacio de renovación y curación, pero no podrían luchar contra este enemigo si no supieran con qué estaban lidiando.

Su mirada se detuvo en las llamas que consumían a la diosa hasta que disminuyeron y no quedó nada más que la imagen brillante y borrosa de las brasas.

Era tarde cuando Perséfone se despertó. La luz nebulosa del Inframundo se filtraba por las ventanas. Rodó,

sorprendida de encontrar a Hades acostado a su lado.

—Estás despierta —murmuró. Se tumbó de lado, el cabello suelto y los ojos ensombrecidos.

—Sí —susurró—. ¿Dormiste?

—He estado despierto por un rato.

Era su forma de responder que no.

Hades le rozó los labios con los dedos.

—Es una bendición verte dormir.

Con tantas cosas sucediendo, Perséfone no había pensado mucho en sus pesadillas. Desde que Hades había llevado a Hipnos a visitarla, habían permanecido a raya, aunque dudaba que eso tuviera mucho que ver con el Dios del Sueño, y más con el hecho de que se había estado recuperando de heridas graves.

Se miraron el uno al otro durante un largo momento, y luego Perséfone dejó caer la cabeza sobre el pecho de Hades. Era cálido y podía sentir y escuchar su corazón latiendo contra su oreja, un golpeteo constante que seguía el ritmo del de ella.

—¿Tique logró cruzar el río? —preguntó Perséfone.

—Sí, Hécate estaba allí para recibirla. Son muy buenas amigas.

Eso era reconfortante. El pulgar de Hades acarició ligeramente su espalda baja. Sus manos estaban calientes, el movimiento la adormeció, haciendo que sus ojos pesaran por el sueño.

—Me gustaría entrenar contigo hoy —dijo Hades después de un momento.

—Me gustaría eso —respondió. Había entrenado con Hades antes y siempre había aprendido algo. Era amable y paciente en su instrucción, e inevitablemente acababa en sexo.

—No creo que te guste —dijo Hades.

Perséfone se apartó lo suficiente para encontrarse con su mirada.

—¿Por qué dices eso?

Su mirada se clavó en la de ella, una oscuridad permaneció allí tan profunda y tan antigua como su magia.

—Solo recuerda que te amo.

Perséfone sintió una profunda sensación de pavor mientras se encontraba frente a Hades en el centro de su arboleda. Era la forma en que la miraba, como si hubiera enterrado todo su calor. Estaba vestido con una túnica negra corta que destacaba sus poderosos brazos y muslos. Su mirada vagó sobre su piel, el ascenso y descenso de sus músculos y, cuando encontró el camino de regreso a sus ojos, un profundo dolor se instaló en su pecho. Él le devolvió la mirada, sin emociones, cuando el deseo normalmente encendía sus ojos.

Entonces habló, su voz baja y ronca, temblando por su espalda.

—No voy a verte sangrar de nuevo —dijo.

—Enséñame —susurró ella.

Le había pedido lo mismo la noche en que se conocieron, cuando lo invitó a su mesa a jugar a las cartas. Entonces no había entendido lo que realmente estaba pidiendo, no estaba segura de entenderlo ahora, pero la diferencia era que este dios la amaba.

—Me amas —susurró.

—Te amo.

Pero la verdad de eso no estaba escrita en su rostro. Parecía severo, el hueco de sus mejillas profundo y

ensombrecido. Entonces, el aire a su alrededor cambió, volviéndose pesado y cargado. Había sentido esto antes, en el Bosque de la Desesperación, cuando la magia de Hades se había elevado para desafiar la suya. Le levantó el vello de los brazos e hizo que los latidos de su corazón se sintieran más lentos en su pecho.

Entonces, todo quedó en silencio.

Perséfone ni siquiera había notado el ruido antes; solo sabía que ahora había una ausencia. Echó un vistazo a los árboles plateados que los rodeaban, al dosel oscuro sobre su cabeza, y luego notó un movimiento a su izquierda y derecha. Antes que tuviera tiempo de reaccionar, algo oscuro la atravesó, sacudiéndole los huesos y haciéndole temblar el alma. No fue exactamente doloroso, pero le robó el aliento. Cayó de rodillas, con el estómago revuelto. Quería vomitar.

Qué demonios.

—Los espectros son magia de la muerte y las sombras —dijo Hades llanamente—. Están intentando cosechar tu alma.

Perséfone luchó por recuperar el aliento y levantó los ojos para encontrarse con los de Hades. Su expresión envió una extraña corriente de miedo a través de ella, y la parte más desconcertante del sentimiento era que nunca antes le había temido.

—¿Estás... *tratando* de matarme?

La risa fría de Hades la heló hasta los huesos.

—Los espectros de las sombras no pueden reclamar tu alma a menos que tu hilo haya sido cortado, pero pueden enfermarte violentamente.

Perséfone tragó saliva, aun saboreando la película amarga en el fondo de su garganta mientras se ponía de pie con piernas temblorosas.

—Si estuvieras luchando contra cualquier otro Olímpico, *cualquier enemigo*, nunca te habrían dejado ponerte en pie.

—¿Cómo peleo cuando no sé qué poder usarás contra mí?

—Nunca lo sabrás —dijo.

Lo miró fijamente durante un segundo y luego algo emergió de la tierra bajo sus pies: una mano negra con garras. Se cerró alrededor de su tobillo y se sacudió. Cayó hacia delante mientras tiraba, arrastrándola al pozo del que había salido. Sacó las manos para frenar la caída y sintió un dolor agudo en la muñeca al aterrizar.

—¡Hades! —gritó, arañando la tierra en un esfuerzo por anclarse, su corazón latía con miedo y adrenalina. Rodó y se sentó lo más rápido posible, sus manos en busca de la extraña garra que sujetaba su tobillo como un cepo, pero cuando trató de apartarla, unas afiladas espinas salieron de ella y le atravesaron la piel.

Perséfone se echó hacia atrás, gruñendo antes de sacar una enorme espina de su piel y apuñalar a la criatura que la sostenía. De esta manó sangre negra, pero se soltó y desapareció en la tierra. Antes que pudiera volverse, otra sombra la atravesó. Esta vez se arqueó, gritando mientras caía al suelo. En el suelo de la arboleda, luchó por respirar y su visión se nubló.

—Mejor —escuchó decir a Hades—. Pero me diste la espalda.

Se cernió sobre ella, un verdadero Dios de los Muertos, una sombra oscureciendo su visión.

Odiaba sentir como si fuera el enemigo. Giró la cabeza para que no pudiera ver las lágrimas amenazando, sus dedos cerrándose en puños. Espinas brotaron de la tierra, pero Hades desapareció antes de que tuvieran la oportunidad de enredarlo. Rodó sobre sus manos y rodillas y lo encontró al otro lado del claro.

—Tu mano delató tus intenciones. Invoca tu magia con tu mente, sin movimiento.

—Pensé que habías dicho que me enseñarías —dijo, con la voz temblorosa.

—Te estoy enseñando —dijo—. Esto es lo que será de ti si te enfrentas a un dios en la batalla. Debes estar preparada para cualquier cosa, para todo.

Perséfone se miró las manos. Estaban ensangrentadas y sucias y solo había estado entrenando cinco minutos, pero en ese tiempo, Hades había logrado ilustrar lo poco preparada que estaba para enfrentar cualquier tipo de batalla. Recordó el discurso de Hécate: *Recuerda mis palabras, Perséfone, te vas a convertir en una de las diosas más poderosas de nuestro tiempo*. Se rio sin humor. ¿Cómo se suponía que iba a volverse tan poderosa, tan controlada, cuando se enfrentaba a dioses que habían pasado toda su vida perfeccionando su poder?

Excepto que había poseído tal poder. En el Bosque de la Desesperación. Había usado el poder de Hades contra él, y se había sentido cruel y agonizante, y sabía a dolor, amargo y acre.

—Arriba, Perséfone. Ningún otro dios hubiera esperado.

Déjame extraer tu oscuridad, había susurrado antes de explorar su cuerpo por primera vez y, ahora mismo, esas palabras se clavaron en ella, desenredando hilos de oscuridad. Se puso de pie, temblando. No por los golpes que había recibido su cuerpo, sino por la frustración, por la ira.

La tierra comenzó a temblar y trozos de roca se levantaron del suelo. En respuesta, la magia de Hades la rodeó: un ejército de humo y sombras. Debería sentirse mal, al contrario de su propia magia, pero Hades nunca había sido el enemigo.

Excepto ahora, se recordó. Ahora mismo, lo era.

Cuando la roca y los pedazos de tierra se elevaron, las sombras de Hades también lo hicieron, disparándose hacia ella. Los miró, se centró en ellos, los obligó a reducir la velocidad y extendió la mano, no para detenerlo, sino para

sujetarlo. La magia se filtró en su piel. Fue una sensación extraña, tangible, ya que se entrelazó con su sangre, y cuando abrió la mano, unas garras negras sobresalieron de las puntas de sus dedos.

Hades sonrió.

—Bien —dijo.

Y luego Perséfone cayó de rodillas.

Su pecho se sentía como si hubiera implosionado, todo su aliento fue robado por cualquier fuerza invisible que la hubiera golpeado. Cuando cayó al suelo, todos los miedos que había poseído durante su corta vida se abrieron camino desde su garganta.

De pronto, Deméter se paró frente a ella.

—Madre...

Tiró de Perséfone por la muñeca. Todavía estaba dolorida por la caída anterior, y el tirón envió un dolor más agudo a través de ella.

Gritando, Deméter se rio.

—Kore —dijo, y Perséfone hizo una mueca al escuchar el nombre—. Sabía que este día llegaría.

Perséfone luchó por liberarse, por tener un asidero de su poder, pero no estuvo a la altura de su llamado.

—Tú serás mía. Para siempre.

—Pero las Moiras...

—He deshecho tu destino —dijo, y se teletransportó. El olor de la magia de Deméter hizo que Perséfone quisiera vomitar. Se manifestó dentro de las paredes de una caja de cristal. Fuera, estaba Deméter. Perséfone cargó contra el cristal, golpeando y pateando, gritando a todo pulmón.

—¡Te odio! ¡Te odio!

—Quizás ahora —dijo—. Pero en un milenio, solo me tendrás a mí. Disfruta viendo morir tu mundo.

Todo se oscureció y, de repente, se vio rodeada de imágenes. A su alrededor había pantallas sobre las que se desarrollaba la vida de sus amigos y enemigos, pasando mientras ella seguía siendo la misma dentro de su prisión. Incluso Lexa tenía un espacio, una imagen estancada de su lápida gastada por la intemperie. Vio cómo las vidas de Sybil, Hermes, Leuce, Apolo y más continuaban sin ella. Sybil siguió adelante y murió, Hermes y Apolo empeoraron, y Leuce regresó con Hades. Hades, su amante, su verdadera alma gemela, le dio la bienvenida a su cama. Observó cómo él encontraba consuelo en el cuerpo de otra, en Leuce, que se quedó, y en otras mujeres que no reconoció. Llegaron, una puerta giratoria, y Hades se vació en cada una, respirando con dificultad en el hueco de sus cuellos hasta que lo dejaron agotado y todavía solo.

Sus uñas se clavaron en las palmas de sus manos, su garganta sangraba mientras le gritaba y lo maldecía.

Dijiste que quemarías este mundo por mí, y, sin embargo, vives, sigues adelante y existes dentro de él, sin mí.

Sacó su ira contra las paredes, pero incluso su rabia no era lo suficientemente fuerte como para invocar su poder. Mientras estaba allí, viendo el mundo de Hades continuar sin ella, juró que lo terminaría. Acabaría con él.

—*Perséfone*.

Su nombre, la forma en que fue pronunciado, un susurro suave y sin aliento, llamó su atención y se encontró con la mirada de Hades. De repente, el mundo era diferente, como si hubiera escapado de su jaula y ahora estuviera en el centro de un campo de batalla en llamas. En el suelo, a sus pies, yacía Hades, con los ojos vidriosos, la curva de sus labios llena de sangre y derramándose por su rostro.

Perséfone cayó de rodillas.

—Hades. —Su voz fue diferente, tensa. Le apartó el cabello del rostro y, a pesar de la sangre, él le sonrió.

—Pensé... pensé que nunca volvería a verte.

—Estoy aquí —susurró.

Levantó una mano y le pasó un dedo por la mejilla. Ella inhaló, cerró los ojos hasta que su toque desapareció y cuando los abrió, descubrió que él había cerrado los suyos.

—¡Hades! —Colocó sus manos sobre su rostro y sus ojos se abrieron en rendijas.

—¿Mmm?

—Quédate conmigo —suplicó.

—No puedo —dijo.

—¿Qué quieres decir con que no puedes? —dijo ella—. Puedes curarte. ¡Cúrate!

Sus ojos estaban más abiertos ahora y su expresión triste.

—Perséfone —dijo—. Se acabó.

—No —dijo, negando. Pasó los dedos por su cabello enmarañado y le acarició el pecho con las manos.

Las manos de Hades se aferraron a las de ella.

—Perséfone, mírame —ordenó. Fue lo más fuerte que había sonado su voz desde que lo encontró aquí tirado—. Fuiste mi único amor, mi corazón y mi alma. Mi mundo comenzó y terminó contigo, mi sol, estrellas y cielo. Nunca te olvidaré, pero te perdonaré.

Las lágrimas le quemaron los ojos y le apretó la garganta.

—¿Perdonarme?

Fue como si esas palabras la hicieran más consciente de su entorno y del horror que la rodeaba. De repente se dio cuenta de dónde estaba y recordó los eventos que habían precedido a esto: estaba en el Inframundo y ardía. No quedaba nada de la exuberante y elegante belleza que Hades había creado, ni los jardines ni el pueblo de Asfódelos, ni siquiera el palacio se alzaba en el horizonte. En su lugar, había fuego y espinas, eran gruesas y en espiral, acumulando

escombros como una aguja a través del hilo, y fue una de esas ramas la que había atravesado el estómago de Hades.

—¡No!

Trató de ordenarle a la rama que se desvaneciera y cuando eso no funcionó, trató de romperla, pero sus manos resbalaron sobre la sangre de Hades.

—No, por favor. Hades, no tenía la intención de...

—Lo sé —dijo en voz baja—. Te amo.

—No —suplicó, las lágrimas corrían por su rostro. Le dolía la garganta, le dolía el pecho—. Dijiste que no te irías. Lo *prometiste*.

Pero Hades no se movió de nuevo y los gritos de Perséfone llenaron el silencio mientras su dolor se manifestaba en la oscuridad.

Más tarde, se despertó rodeada por el familiar aroma de especias y cenizas, su cuerpo acunado suavemente contra un duro pecho. Abrió los ojos y se encontró entre los brazos de Hades. La conmoción de verlo bien e ileso hizo que su piel se sintiera demasiado tensa y hormigueante.

—Lo hiciste bien —dijo.

Sus palabras solo sirvieron para convocar una nueva ola de emoción. Sus labios temblaron y se cubrió el rostro mientras comenzaba a llorar.

—Está bien —dijo Hades, sus brazos se apretaron alrededor de ella y sus labios se presionaron contra su cabello—. Estoy aquí.

Ella solo sollozó más fuerte. Trabajó para recomponerse, para dominar su emoción, porque necesitaba distanciarse de él y de este espacio donde había presenciado un horror que se había sentido tan real.

Luchó por liberarse de su agarre.

—Perséfone...

Se puso de pie y se volvió hacia él. Estaba sentado en el suelo, luciendo muy parecido a cuando comenzaron, completamente sin cambios por lo que había ocurrido y eso solo sirvió para enojarla más.

—Eso fue cruel. —Le dolía la garganta mientras hablaba, ronca y arruinada—. Sea lo que sea, fue cruel.

—Era necesario —dijo Hades—. Debes aprender...

—Podrías haberme advertido —dijo—. ¿Sabes siquiera lo que vi?

Su mandíbula se apretó y supo que lo sabía.

—¿Y si los roles se hubieran invertido?

Sus ojos se volvieron opacos.

—Se han invertido —dijo.

Ella se estremeció.

—¿Fue algún tipo de castigo?

—Perséfone... —Trató de alcanzarla, pero dio un paso hacia atrás.

—No... —Levantó las manos para detenerlo—. Necesito tiempo. Sola.

—No quiero que te vayas —dijo.

No sabía qué decir, así que se encogió de hombros.

—No creo que sea tu elección.

Desapareció, pero no antes de escuchar a Hades pronunciar un gruñido bajo y gutural.

XXII



UN TOQUE DE ARREPENTIMIENTO

Perséfone apareció en un baño. Al aterrizar, se arrodilló y vomitó en el retrete. No estuvo mucho tiempo allí cuando escuchó su nombre.

—¿Perséfone? —La voz confusa de Sybil llegó desde cerca, y la diosa miró hacia arriba para encontrar al oráculo en la puerta, cuchillo en mano—. Oh, dioses míos, ¿qué pasó?

Entró más en la habitación y Perséfone levantó la mano para evitar que se acercara.

—Está bien. Estoy bien —dijo, teniendo arcadas una vez más.

Pasaron unos largos segundos en los que no pudo hablar y Sybil se acercó, apartando el cabello de su rostro y colocando un paño frío en su frente. Cuando las náuseas pasaron, Perséfone se recostó contra la bañera, su cuerpo hundido por el cansancio. Sybil tomó asiento cerca. No tenía idea de cómo se vería, pero si sus manos eran algún tipo de indicación, debía ser malo. Estaban sucias y magulladas, sus uñas rasgadas y ensangrentadas, y había un dolor en su muñeca que le recordaba su caída anterior.

—¿Me dirás lo que pasó? —preguntó Sybil.

—Es una larga historia —respondió, pero en realidad, no quería pensar en eso ahora mismo porque no estaba segura de poder evitar que le dieran náuseas y no le quedaba nada para vomitar. Solo pensar en tener que recordar detalles hacía que se le revolviera el estómago.

—Tengo tiempo —dijo Sybil.

Un movimiento provino de la puerta y, por un instante, Perséfone pensó que Hades podría haberla seguido a casa de Sybil, pero en cambio encontró un rostro familiar mirándola.

—¿Harmonía? —preguntó Perséfone, frunciendo el ceño—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella sonrió, sosteniendo a Opal en sus brazos.

—Pasando el rato —dijo—. ¿Estás bien?

—Lo estaré —respondió, y luego miró a Sybil—. ¿Puedo... tomar un baño?

—Por supuesto —dijo Sybil—. Yo... te traeré algo de ropa.

Perséfone esperó para moverse hasta que Sybil regresó. Colocó un conjunto de ropa en la encimera cerca del lavabo junto con una toalla grande y una de mano.

—Gracias, Sybil —susurró Perséfone.

La oráculo dudó en la puerta, frunciendo el ceño.

—¿Estás segura de que estás bien, Perséfone?

—Lo estaré —dijo, y luego sonrió levemente—. Lo prometo.

—Te prepararé un poco de té —dijo antes de cerrar la puerta.

Perséfone se levantó y abrió el grifo, dejando que corriera caliente hasta que el vapor flotó en el aire y empañó el espejo. Se quitó la ropa y se sumergió en el agua que la esperaba. Completamente sumergida, cerró los ojos y se concentró en curar todo lo que le dolía: su garganta raspada, su cuerpo magullado y su muñeca torcida. Una vez que se sintió un poco más completa, acercó las rodillas a su pecho, hundió el

rostro en los brazos y sollozó hasta que el agua se enfrió. Después, se levantó, se secó y se vistió.

Encontró a Sybil en la sala de estar sola, con una taza de té esperando. La oráculo estaba sentada con las piernas cruzadas en el sofá con la televisión encendida, pero Perséfone no reconoció el programa y Sybil tampoco parecía estar prestando atención. Tenía una baraja de cartas de oráculo en la mano y las estaba barajando.

—¿Dónde está Harmonía? —preguntó.

—Se fue —dijo Sybil.

—Oh —dijo Perséfone, tomando asiento al lado de Sybil—. Espero que no se haya ido por mi culpa.

Sin embargo, no pudo evitar sentir que había interrumpido algo, suponía que realmente lo había hecho. Había venido a la casa de Sybil porque era el único lugar al que sentía que podía ir, y sabía que sería seguro.

—Por supuesto que no —respondió Sybil—. Se fue porque Afrodita vendría a buscarla.

—Es muy protectora con su hermana —dijo Perséfone—. Yo... no sabía que ustedes dos eran amigas.

—Nos relacionamos poco después de conocernos fuera de tu oficina —dijo Sybil.

Hubo una larga pausa, el sonido de los pies de Sybil continuó un poco más hasta que se detuvo y miró a Perséfone.

—¿Quieres contarme lo que pasó?

Perséfone se sentó en silencio antes de tomar un sorbo de té y dejarlo a un lado.

—Todo se está desmoronando —susurró.

—Oh, Perséfone —dijo Sybil—. Todo está confluyendo.

Al oír sus palabras, apoyó la cabeza en el regazo de Sybil y lloró.

Perséfone se despertó más tarde con la alarma de Sybil. Se había quedado dormida en el sofá sin regresar al Inframundo. Se levantó para prepararse y tomó prestada la ropa de Sybil: unas medias gruesas, una falda y una camisa.

—Se suponía que íbamos a visitar el sitio de construcción del Proyecto Halcyon hoy, pero tuvimos que reprogramarlo debido al clima —dijo Sybil mientras le servía una taza de café.

Frunció el ceño. Esperaba que Zeus cumpliera su palabra y buscara verdaderamente a Deméter; mejor aún, esperaba que los Olímpicos pudieran convencerla de que detuviera su ataque.

—No es tu culpa, ¿sabes? —dijo Sybil.

—Lo es —dijo Perséfone—. Estoy segura de que lo viste venir antes de que sucediera.

La oráculo negó.

—No, solo podría ver lo que mi dios quiere que vea —respondió—. Pero no tienes el control de las acciones de tu madre.

—Entonces, ¿por qué me siento responsable?

—Porque está lastimando a la gente y culpándote a ti —dijo Sybil—. Y se equivoca al hacerlo.

Deméter puede estar equivocada, pero, aun así, la carga era pesada. Pensó en las personas que habían muerto en ese terrible accidente en la carretera. Nunca olvidaría haber recibido tantas almas en el Inframundo a la vez, o cómo había visto que sus sueños los abandonaban a medida que pasaban bajo el olmo, o la culpa que aún podía adherirse a un alma incluso después de haber pasado por las Puertas. Sabía que no sería la última vez que sucediera algo así, aunque preferiría que su madre no fuera responsable.

Suspiró y tomó un sorbo de su café, dejándolo a un lado mientras salían del apartamento de Sybil. Decidieron caminar la corta distancia hasta la Torre de Alejandría en el frío. Perséfone consideró teletransportarse, pero parte de ella quería experimentar de primera mano lo que estaba haciendo la magia de su madre. Intentó alimentar su ira y frustración, y funcionó. La caminata fue miserable: la nieve y el hielo les golpearon el rostro y sus pies resbalaron sobre la nieve compactada en la acera. El hielo se desprendía de los rascacielos y edificios, y se estrellaba contra el suelo con un impacto suficiente como para herir o dañar.

Para cuando subieron los escalones helados y entraron en la torre, estaban congeladas.

—¡Buenos días, milady! —dijo Ivy, rodeando su escritorio con un café en cada mano—. Buenos días, señorita Kyros.

Entregó una taza a cada una.

—Ivy, ¿eres maga? —preguntó Perséfone, mientras tomaba un sorbo de café, dejando que el vapor le calentara la nariz.

—Siempre estoy preparada, milady —respondió.

Sybil empezó a subir las escaleras y mientras Perséfone la seguía, Ivy habló.

—Milady, no estoy segura de que haya tenido la oportunidad de leer los periódicos esta mañana, pero creo que querrá comenzar con *Noticias Nueva Atenas*.

El terror se instaló en el estómago de Perséfone.

—No es bueno —dijo cuando sus ojos cubiertos de musgo se encontraron con los de Perséfone.

—No pensé que lo sería.

Perséfone subió las escaleras a su oficina. Después de instalarse, sacó las noticias. El titular en negrita decía:

Conoce a Teseo, el líder semidiós de la Tríada

El artículo fue escrito por Helen y comenzaba con una descripción general de Teseo; lo llamó hijo de Poseidón, encantador y bien educado. La descripción hizo que Perséfone sintiera náuseas considerando que había conocido al semidiós y él la había inquietado.

El artículo continuaba:

Teseo se unió a Tríada después de presenciar cómo varios hombres se salieron con la suya, a pesar de que sus crímenes fueron presenciados por mortales y divinos por igual.

—Todavía recuerdo sus nombres —dice Teseo—. Epidauro, Sinis, Escirón. Eran ladrones y asesinos, y se les permitió continuar con sus juergas criminales a pesar de las oraciones de los lugareños. Estaba cansado de ver al mundo adorar a los dioses por su belleza y poder en lugar de por sus acciones.

Teseo agregó:

—Los dioses no piensan en términos de bien y mal, justicia o injusticia. Te daré un ejemplo. Hades, Dios del Inframundo, permite que los criminales sigan infringiendo la ley mientras le sirvan.

Los dientes de Perséfone se apretaron con fuerza, sus dedos se clavaron en la pantalla de su tableta. Si bien no es completamente falso, la declaración de Teseo era engañosa. Perséfone se enteró en su primera visita a Iniquity que Hades estaba muy involucrado en el inframundo criminal de Nueva Grecia. Tenía una red de criminales a su entera disposición, y todos pagaron una deuda para continuar su negocio en forma de caridad. Perséfone no sabía el alcance de Hades, pero por lo poco que sabía, él lo gobernaba.

Perséfone siguió leyendo:

Pronto, Teseo, hijo de un Olímpico, se encontró guiando a la Tríada por un nuevo camino: un camino pacífico.

—Me horrorizó la historia temprana de la Tríada. Las

bombas y las balaceras. Era bárbaro; además, ¿por qué no dejar que los dioses hablaran por sí mismos? Sabía que no pasaría mucho tiempo para que uno, o muchos, ejecutaran su ira sobre el mundo. Tenía razón.

En un ataque de ira, Perséfone arrojó su tableta. Aterrizó con estrépito contra la pared y luego se hizo añicos en el suelo. Todo quedó en silencio y luego se abrió la puerta. Leuce asomó la cabeza.

—¿Estás bien?

Cuando entró la ninfa, la puerta golpeó la tableta que había arrojado. Leuce hizo una pausa, la miró fijamente y luego la recogió.

—¿Helen te hizo enojar? —preguntó.

—Es intencional —dijo Perséfone—. Me está antagonizando al igual que la Tríada intenta antagonizar con los dioses.

—No te equivocas —dijo Leuce, colocando la tableta rota en el escritorio de Perséfone—. Helen ni siquiera sabe lo que cree, es simplemente una seguidora. De alguna manera, pensó que ese camino estaba con Teseo. No tengo ninguna duda de que llegará a lamentar esa decisión.

Ella... Perséfone se ocuparía de eso.

—¿Te pido una nueva tableta?

—Por favor —dijo Perséfone.

—Por supuesto.

Leuce se fue, y cuando cerró la puerta, Hades apareció frente a ella, manifestándose en espirales de humo oscuro. Estaba exhausto, su rostro estaba demacrado con sombras que le decían que no había dormido la noche anterior. Una punzada de culpa la golpeó en el pecho. Probablemente se había quedado despierto agonizando por sus acciones y las palabras de ella.

—¿Necesitas algo? —preguntó.

Hades alcanzó detrás de él y giró la cerradura en su lugar.

—Tenemos que hablar —dijo.

Perséfone se apartó de su escritorio, pero permaneció sentada.

—Habla —dijo.

Él se acercó, un cuerpo inmenso prácticamente llenando la habitación, tenso, y pensó que debía estar enojado con ella, lo que la frustró. Fue él quien llevó su entrenamiento demasiado lejos y, sin embargo, incluso ella se dio cuenta del valor de lo que Hades había estado enseñando, ningún otro dios habría sido misericordioso.

Hades se arrodilló ante ella y extendió las manos sobre sus rodillas.

—Lo siento —dijo, sosteniendo su mirada—. Fui demasiado lejos.

Perséfone tragó saliva y desvió la mirada. Era difícil sostener su mirada dado que todo lo que podía recordar ahora era cómo se veía en la muerte.

—Nunca me dijiste que tenías el poder de convocar miedos —dijo, su voz tranquila.

—¿Hubo alguna vez un momento para hablar de ello?

No lo hubo... lo sabía. Aun así, era parte de su deseo de saber todo sobre él: los poderes que poseía, las organizaciones benéficas que mantenía, los tratos que hacía.

Cuando no respondió, Hades habló:

—Si me lo permites, me gustaría entrenarte de manera diferente —dijo—. Dejaré la magia a Hécate y en su lugar te ayudaré a estudiar los poderes de los dioses.

Las cejas de Perséfone se levantaron.

—¿Harías eso?

—Haría cualquier cosa si eso significara protegerte —dijo

—. Y dado que no aceptarás estar encerrada en el Inframundo, esta es la alternativa.

Ella le sonrió.

—Siento haberme ido —dijo.

—No te culpo —dijo—. No es muy diferente de lo que hice cuando te llevé a Lampri. A veces, es muy difícil existir en el lugar donde experimentas el terror.

Perséfone tragó saliva. Eso es exactamente cómo había sido y todo se había sentido tan real.

—¿Estás enfadada conmigo? —susurró Hades.

Perséfone volvió a mirarlo.

—No. Sé lo que estabas intentando hacer.

—Me gustaría decirte que te protegeré de todos y de todo —dijo—. Y quisiera. Te mantendría a salvo para siempre dentro de los muros de mi reino, pero sé que lo que deseas es protegerte tú misma.

Ella asintió, y en su mirada vio el conflicto de su alma. Tendría que dejar que se hiriera para que pudiera ser poderosa.

—Gracias —susurró.

Él sonrió levemente, y luego sus ojos se movieron hacia la copia de *Noticias Nueva Atenas* en su escritorio, oscureciéndose.

—Supongo que ya has leído esto —dijo ella.

—Ilias lo envió esta mañana —dijo Hades—. Teseo está jugando con fuego y lo sabe.

—¿Crees que Zeus actuará?

La última vez que Zeus se había pronunciado en contra de la Tríada, muchos mortales fieles se habían organizado para cazar a sus miembros. El problema era que no todas las personas que se identificaban como Impíos eran miembros de la Tríada. Aun así, fueron asesinados.

—No lo sé —admitió—. No creo que mi hermano vea a la Tríada como una amenaza, sin embargo, ve la asociación de tu madre como peligrosa, por eso cambió su enfoque hacia ella.

—¿Qué será de ella si Zeus puede encontrarla?

—¿Si cesa su ataque al Mundo Superior? Probablemente nada.

Nuevamente, escuchó la voz de Deméter.

¿Consecuencias para los dioses? No, hija, no hay ninguna.

—¿Quieres decir que se saldrá con la suya con el asesinato de Tique?

Hades no habló.

—Debe ser castigada, Hades.

—Lo será —respondió—. Al final.

—No solo en el Tártaro, Hades.

—Con el tiempo, Perséfone —dijo Hades con suavidad, y su toque pasó de sus rodillas a sus manos, que había apretado en puños—. Nadie, ni los dioses, y mucho menos yo, te impedirá tomar represalias.

Hubo un silencio y luego Hades se levantó.

—Ven —dijo, deslizando sus dedos entre los de ella y poniéndola de pie.

Sus cejas se juntaron.

—¿A dónde vamos?

—Solo quería besarte —dijo, acercando su boca a la de ella. Su magia emergió y ella sintió el familiar tirón de la teletransportación. Cuando se separaron, se encontraban en medio de un claro en el Mundo Superior. Estaba cubierto de nieve y rodeado de espesos árboles, doblados por el hielo. Aun así, era hermoso. Cuando se volvió, encontró un edificio: Halcyon. Todavía estaba en construcción, solo un armazón de la estructura en la que se convertiría, pero estaba claro que

sería magnífico.

—Oh —susurró.

—No puedo esperar a que lo veas en primavera —dijo—. Te encantarán los jardines.

—Me encanta todo —dijo—. Me encanta ahora.

Entonces miró a Hades, a la nieve en su cabello y en sus pestañas.

—Te amo.

Hades la besó antes de guiarla a través del laberinto que sería Halcyon. Las paredes estaban erigidas, los paneles de yeso en su lugar. Nombró cada habitación como si supiera el diseño de memoria: recepción y comedor, habitaciones comunitarias y de residentes, y espacios para varios tipos de terapia. Finalmente, llegaron a un espacio en la planta superior, después de subir varios tramos de escaleras. Era una gran sala que daba al jardín que estaría dedicado a Lexa. En la distancia, alrededor de la habitación, Perséfone podía ver el horizonte brumoso de Nueva Atenas.

Era impresionante.

—¿Qué habitación es esta? —preguntó.

—Tu oficina —dijo Hades.

—¿Mía? Pero yo...

—Tengo una oficina en cada negocio que poseo, ¿por qué no deberías tú? —dijo—. E incluso, si no trabajas aquí a menudo, la usaremos.

Perséfone se rio y Hades le devolvió la sonrisa. Se miraron el uno al otro por un momento. Había una tensión entre ellos que quería enmendar, no provenía de su enojo o su distancia, sino de algo mucho más primario. Lo sintió dentro de ella, un tirón tan profundo que le dolían los huesos.

Se estremeció.

—Deberíamos regresar —dijo Hades.

Sin embargo, ninguno de los dos se movió.

—Hades —susurró su nombre, una invitación. En el siguiente segundo, sus bocas chocaron. Hades se presionó contra ella, su erección dura contra sus caderas cuando golpeó la pared. Sus manos se enroscaron alrededor de sus muñecas mientras las inmovilizaba junto a su cabeza.

—Te necesito —susurró, besando su mandíbula y cuello. Sus manos se movieron, sus dedos presionando firmemente su trasero, recogiendo su falda. La respiración de Perséfone se aceleró y sus dedos buscaron a tientas los botones de su camisa. Quería sentir el calor de su piel contra la de ella.

—¡Quietos!

Apolo apareció a solo unos metros de distancia. Parecía molesto, como si fuera él quien hubiera sido interrumpido. Iba vestido de manera informal, con vaquero y una camisa blanca estilo túnica que tenía un cuello en V con cordones. Sus rizos eran rebeldes y caían juguetonamente contra su frente.

—Vete, Apolo —gruñó Hades, todavía bajando por el cuello de Perséfone hasta su clavícula.

—Hades. —Sus dedos se apretaron alrededor de las solapas de su chaqueta.

—No puedo hacer eso, Señor del Inframundo —dijo Apolo—. Tenemos un evento.

Hades suspiró, lo que sonó más como un gruñido, y se apartó de Perséfone. Ella se esforzó por recuperar el aliento y se enderezó la falda y la blusa.

—¿Qué quieres decir con que *tenemos* un evento? —preguntó.

—Hoy es el primero de los Juegos Panhelénicos —dijo.

Se había olvidado por completo de los juegos. Las carreras de carros eran esta noche.

—Eso no es hasta esta noche —discutió.

—¿Y? Te necesito ahora.

—¿Para qué?

—¿Importa? —preguntó—. Tenemos una...

—No lo hagas —espetó Hades, y Apolo cerró la boca—. Ella te hizo una pregunta, Apolo. Respóndela.

Perséfone miró a Hades, sorprendida por su comentario.

El dios entrecerró sus ojos violetas y cruzó los brazos sobre su pecho.

—La cagué. Necesito tu ayuda —admitió, mirando hacia otro lado.

—¿Necesitabas ayuda y, sin embargo, deseas ordenársela a ella?

—Hades...

—Él ordena tu atención, Perséfone, tiene tu amistad solo por un trato, y cuando lo necesitaste delante de todos esos Olímpicos, se quedó callado.

—Ya es suficiente, Hades —dijo Perséfone.

No culpaba a Apolo por no hablar en el Consejo. ¿Qué podía decir?

—Apolo es mi amigo, trato o no. Hablaré con él de lo que me molesta.

Hades la miró fijamente por un momento y luego la besó de nuevo, profunda y mucho más de lo apropiado con una audiencia. Cuando se alejó, dijo:

—Me reuniré contigo en los juegos más tarde.

Cuando desapareció, se volvió hacia Apolo.

—En verdad no le agradas.

Él puso los ojos en blanco.

—Eso no es nada nuevo. Vamos, necesito un trago.

XXIII



UNA PELEA DE AMANTES

—¿Vodka? —preguntó Apolo mientras se servía un vaso. Estaba de pie al otro lado de la isla en su impecable cocina. Perséfone solo había estado en el ático de Apolo una vez, cuando estaba ayudando a Sybil a mudarse. Era un espacio moderno con grandes ventanales y una combinación de colores monocromáticos. Si no supiera cuán disciplinado era Apolo, asumiría que nadie vivía aquí, pero el dios era conocido por su disciplina y eso se extendía a su entorno. Mantenía todo perfectamente organizado y limpio, incluso sus electrodomésticos de acero inoxidable estaban intactos, una hazaña que merecía un premio.

—Son las diez de la mañana, Apolo —señaló Perséfone, sentada en la barra de desayuno frente a él.

—¿Tu punto?

Suspiró.

—No, Apolo. No quiero vodka.

Él se encogió de hombros.

—Como quieras —dijo, bebiéndose el vaso.

—Eres un alcohólico.

—Hades es un alcohólico —dijo Apolo.

No estaba equivocado.

—Entonces, ¿necesitas mi consejo? —preguntó Perséfone, cambiando de tema.

Apolo sirvió otra bebida y la volvió a consumir. Ella lo miró, esperando, notando lo mucho que se parecía a Hermes en este momento. Estaba en la forma de su mandíbula y el fruncimiento de sus cejas, no podían negar su sangre compartida.

—La jodí —admitió finalmente.

—Lo supuse —dijo suavemente, manteniendo su mirada incluso mientras él entrecerraba sus ojos violetas con molestia.

—Grosera —respondió.

Perséfone suspiró.

—Apolo, solo dime qué pasó.

Sabía que le estaba dando largas y quería que lo escupiera antes de acabar con la botella de vodka, no es que eso lo perturbaría mucho. Solo quería que se diera prisa antes de decidir que *ella* necesitaba un trago.

—Besé a Héctor.

Perséfone parpadeó, un poco sorprendida por su admisión.

—Pensé que te gustaba Ajax.

—¿Cómo supiste sobre Ajax?

—En la Palestra, estabas mirándolo —dijo. No mencionó que él había olido diferente cuando llegó a lo de Afrodita; algún otro aroma se había mezclado con su magia y lo había reconocido como el de Ajax cuando la ayudó en el campo.

Apolo frunció el ceño.

—¿Por qué besaste a Héctor?

Se frotó el rostro con las manos.

—No lo sé —gimió—. Estaba enojado con Ajax, y Héctor

estaba allí y pensé... Por qué no... *ver* de qué se trata esto... Y entonces entró Ajax.

—Oh, Apolo.

Podía ver su desdicha, era tan evidente en su mirada que le dolía el corazón.

—Ni siquiera sé por qué me importa. Juré que nunca volvería a hacer esto.

—¿Hacer qué otra vez?

—¡Esto! ¡*Amor*!

De repente, lo entendió. Apolo se refería a Hyacinth, el príncipe espartano del que se había enamorado hacía mucho tiempo. El mortal había muerto en un horrible accidente. Más tarde, iría a Hades y le rogaría al Dios de los Muertos que lo arrojara al Tártaro para que no tuviera que vivir en un mundo sin su amor, pero Hades se negó y Apolo buscó venganza en los brazos de Leuce.

—Apolo...

—No... me compadezcas.

—No lo hago. No lo hago —dijo—. Pero la muerte de Hyacinth no fue culpa tuya.

—Sí, lo fue —dijo—. No era el único dios que amaba a Hyacinth y cuando me eligió, Céfiro, el Dios del Viento del Oeste, se puso celoso. Fue su viento el que cambió la trayectoria de mi lanzamiento, su viento que resultó en la muerte de Hyacinth.

—Entonces su muerte es culpa de Céfiro —dijo Perséfone.

Apolo negó.

—No lo entiendes. Incluso ahora veo que está sucediendo con Ajax. Héctor se pone más celoso todos los días. La pelea que eligió con Ajax en Palestra no fue la primera.

—¿Y si le gustas a Ajax? —preguntó Perséfone—. ¿Y si está dispuesto a luchar por ti? ¿Decidirás no perseguirlo por

miedo?

—No es *miedo*... —comenzó Apolo y luego miró hacia otro lado con enojo.

—Entonces, ¿qué es?

—No quiero arruinar esto. No soy... una *buena* persona ahora. ¿Qué pasa cuando vuelva a perder? ¿Me volveré... malvado entonces?

—Apolo —dijo Perséfone con tanta suavidad como pudo—. Si te preocupa ser malvado, entonces tienes más humanidad de la que crees.

Él le dio una mirada que suplicaba diferir.

—Deberías hablar con Ajax —dijo, y aunque ofreció el consejo, sabía lo difícil que era comunicarse. Había sido su mayor desafío cuando se trataba de su relación con Hades. En parte, culpaba a su madre. A lo largo de los años, Perséfone se había acostumbrado a permanecer callada, incluso cuando tenía una opinión o un deseo, temiendo las consecuencias, es decir, el menosprecio de su madre. Hades fue la primera persona que dio la bienvenida a su visión, y tenía que admitir que todavía era difícil de creer que él realmente quisiera saber lo que pensaba.

—Él no me *quiere*.

—No lo sabes.

—¡Lo sé porque lo dijo!

Perséfone se quedó mirando al dios. Un profundo ceño tiraba de su boca, y sus ojos tenían un dolor que ella solo podía comparar con lo que había sentido cuando estuvo en el Bosque de la Desesperación.

—¿Qué dijo exactamente? —preguntó.

Suspiró, claramente frustrado.

—Nos estábamos besando, y todo iba estupendo y luego me empujó y dijo... *No puedo hacer esto*, y se fue.

Perséfone arqueó una ceja, definitivamente estaba dejando algo fuera.

—¿Estás seguro de que eso es lo que dijo?

—Sí —siseó Apolo—. Puede que sea sordo, pero definitivamente puede hablar, Perséfone.

—Eso no significa que no te quiera —dijo Perséfone.

—¿Qué más se supone que significa?

—Se suponía que tenías que... *no sé*... ¡perseguirlo!

—La última vez que perseguí a alguien, suplicó ser convertido en un árbol.

—¡Esto es diferente! —dijo Perséfone, frustrada. Hizo una pausa por un momento y luego suspiró—. ¿Ajax te devolvió el beso?

Un tinte rosado se abrió camino hasta las mejillas de Apolo y Perséfone tuvo que morderse la mejilla para no reír. Era extraño ver avergonzado al egoísta Dios de la Música.

—Sí, me devolvió el beso, por eso no entiendo... cómo... ¿cómo podría no quererme?

—No dijo que no te quería. Dijo que no podía hacer esto, lo que podría haber significado cualquier cosa. Podría haber significado que no podía hacer eso *ahora*. No lo sabrás hasta que lo preguntes.

—Bueno, ahora no puedo preguntar porque besé a Héctor.

—¡Es exactamente por eso que necesitas hablar con él! —discutió Perséfone—. ¿Harías que Ajax pensara que no te preocupas por él?

—¿Por qué debería importarme lo que él piense?

Reconoció su respuesta como un mecanismo de defensa: cada vez que algo no salía como quería, inmediatamente decidía que no valía la pena ni su tiempo ni su energía.

—Apolo, eres un idiota.

La fulminó con la mirada.

—Se supone que eres mi amiga.

—Si estás buscando a alguien que elogie cada una de sus decisiones, acude a tus adoradores. Los amigos te dicen la verdad.

No la miró, eligiendo en cambio mirar fijamente a la pared, así que ella continuó:

—Habla con Ajax, Apolo, y con Héctor.

—¿Héctor? ¿*Por qué?*

—Porque también le debes una explicación —dijo—. Lo besaste, lo que significa que ahora tiene motivos para creer que hay más cosas entre ustedes que antes.

El dios frunció el ceño y después de un momento, murmuró:

—Dije que nunca volvería a hacer esto.

—No puedes evitar cómo te sientes.

—Lo *sabía* —discutió—. No soy *bueno* para nadie, Sefi.

Ella se sentó allí, negando, sintiéndose derrotada por él.

—Hyacinth no pensaba eso —dijo, su voz tranquila—. Apuesto a que Ajax tampoco.

El Dios de la Música frunció el ceño.

—¿Qué sabes? Estás aquí solo por un trato, y estás en ese trato porque te negaste a comunicarte con Hades.

Los labios de Perséfone se aplanaron y le dolió el pecho ante las palabras de Apolo. Lo sabía bastante bien, se lo recordaba a menudo, cada vez que quería llamar y hablar con Lexa o ir a almorzar con su mejor amiga, cada vez que entraba a los Elíseos. Se las arregló para parpadear lo suficiente para contener las lágrimas y se aclaró la garganta.

—Una decisión de la que me arrepentiré por el resto de mi vida.

No dio ninguna aclaración antes de desaparecer de la vista de Apolo.

XXIV



LAS CARRERAS DE CARROS

Perséfone llegó al estadio Talaria con Sybil, Leuce y Zofie. Desde el exterior, la arena parecía más un edificio de mármol con columnas apiladas y arcos de ventanas reflectantes. En un día normal de julio, reflejarían la belleza del sol poniente. En cambio, estaban llenos de hielo. A pesar del clima, había gente por todas partes, caminando a través de la nieve hacia una de las muchas entradas alrededor del estadio.

—Dice que aquí hay ocho héroes compitiendo —dijo Leuce, mirando su teléfono. La pantalla hizo brillar sus ojos blancos—. Tres mujeres y cuatro hombres.

—Debería haber más mujeres —dijo Zofie, quien se sentaba al lado de Leuce y aún se elevaba por encima de ellas—. Manejamos el dolor mucho mejor.

Se rieron.

—¿Hades tiene un héroe en los juegos, Perséfone? —preguntó Sybil. Su cabello estaba recogido en una coleta rizada y se había cambiado a algo un poco menos formal después del trabajo, ahora con vaquero y una sudadera con capucha rosa de la Universidad de Nueva Atenas.

—No que yo sepa —dijo Perséfone. Hades nunca había

elegido un héroe, ni en los juegos ni en la batalla, aunque los había resucitado.

—Las carreras de carros nunca fueron mis favoritas —dijo Leuce, arrugando la nariz. Probablemente estaba recordando algo de su vida en el mundo antiguo.

—¿Por qué? —preguntó Perséfone.

—Porque son sangrientas. ¿Por qué crees que comienzan los Juegos con ellas?

—Para eliminar a los competidores —dijo Zofie, con un brillo amenazador en sus ojos.

Eso llenó a Perséfone de una sensación de pavor y se preocupó por los competidores, en particular por Ajax. Sabía que era hábil, pero si algo le sucedía, Apolo estaría devastado.

—No te preocupes —dijo Sybil—. Ellos entrenan para esto.

—El entrenamiento no significa nada cuando se trata de animales —dijo Zofie.

Antoni se detuvo en la parte trasera del estadio y se estacionó en una entrada privada donde solo quedaban un puñado de personas. Dejaron la comodidad de la limusina y entraron en la fría noche. Perséfone había optado por llevar un vestido blanco, una chaqueta negra y gruesas medias negras. Aun así, el viento las atravesó. Una vez dentro, las llevaron a un ascensor, al último piso, donde las condujeron a una suite privada. Era un espacio moderno y monocromático con una barra, sofás de cuero negro y grandes televisores en exhibición en cada rincón de la sala que mostraban imágenes de juegos anteriores y entrevistas con héroes. Una plataforma de asientos estaba ubicada cerca de una gran ventana de suelo a techo que daba a la arena, que se veía exactamente como el área de práctica en la Palestra de Delphi.

—Esto es bonito —dijo Leuce, acercándose a las ventanas.

—¿No podemos sentarnos más cerca? —preguntó Zofie.

—No quiero comer tierra, Zofie —dijo Leuce—. O morir.

¿No has visto cómo se estrellan esos carros?

Los ojos de Perséfone se posaron en Sybil, preguntándose si se sentiría cómoda aquí dado que el espacio recordaba tanto a Apolo, pero la oráculo sonrió.

—Estoy bien, Perséfone —dijo.

Las cuatro pidieron bebidas en el bar.

—Whisky, por favor —dijo Perséfone—. Solo.

—¿*Whisky*? —preguntó Leuce, arqueando una ceja—. ¿No eres una borrachina?

Se encogió de hombros.

—Probé un poco del whisky de Hades la otra noche y me gustó.

Llegaron sus órdenes, y Perséfone tomó un sorbo de su bebida, disfrutando del sabor y el olor y le hizo desear que Hades ya estuviera aquí.

—¡Sefi!

Giró y vio que Hermes se acercaba vestido con una chaqueta blanca, pantalón, y una camisa celeste. Se veía cómodo y guapo.

—¡Hermes! ¡No sabía que estarías en esta suite!

—Parece que somos tú, yo, algunos Olímpicos, y cualquier juguete que elijan traer —dijo, y Perséfone abrió los ojos como platos—. ¡Vas a compartir, Sefi!

Casi gimió. Lo último que quería hacer era estar en la misma habitación con Zeus, Poseidón, Hera y Ares. De repente, la idea de Zofie de sentarse en primera línea a pesar de sus peligros, sonaba como la mejor opción.

Perséfone tomó un trago más grande.

Pronto, los dioses comenzaron a llegar con sus favoritos detrás y la habitación se volvió cálida y fragante con magia. La primera en llegar fue Artemisa: hermosa y atlética, llevaba un vestido corto y el cabello peinado hacia atrás en una cola

de caballo recta y apretada. Cuando entró, se detuvo, frunciendo el ceño a Hermes y luego a Perséfone.

—Eres tú —dijo.

—Tiene nombre, Artemisa —dijo Hermes—. Pórtate bien.

—Estoy portándome bien —dijo, pero su enfoque fue depredador—. Te encuentro intrigante, diosa.

—*Perséfone* —dijo Hermes—. Su nombre es Perséfone.

—¿Sigues decidida a casarte con Hades y dejar que el mundo muera? —preguntó.

Perséfone inclinó la cabeza hacia un lado y preguntó:

—¿No eres la Diosa de la Caza?

Artemisa levantó la barbilla.

—¿Qué tiene eso que ver con esto?

—Creo que podrías usar tus excepcionales habilidades de rastreo para localizar a mi madre en lugar de insultarme.

Sus labios se apretaron.

—Tienes una boca insufrible, diosa.

Los labios de Perséfone se curvaron.

—Creo que eso es lo único en lo que tú y Hades estarían de acuerdo.

Artemisa puso los ojos en blanco y se alejó.

—Ignórala —dijo Hermes—. Tiene un palo en la vagina.

Perséfone miró al dios.

—Es *trasero*, Hermes. Tiene un palo en el trasero.

Él se encogió de hombros.

—Es casi lo mismo.

Ella trató de no reír.

Llegó más gente. Zeus vino con Hera, y Poseidón con una hermosa ninfa del océano que lucía cabello azul. Los hermanos de Hades le sonrieron, pero solo Zeus habló. La hizo

sentir incómoda y ella se puso tensa con su acercamiento.

—Te ves bien, lady Perséfone.

—Gracias —dijo, aunque las palabras se sintieron incómodas y poco sinceras.

—Confío en que Hades llegará pronto —dijo.

—Sí. Esperamos recibir una actualización sobre su progreso para encontrar a mi madre y poner fin a la tormenta —dijo.

El rostro de Zeus se endureció y luego asintió secamente.

—Por supuesto.

Mientras se alejaba, tuvo la impresión de que él no había pensado dos veces en los mortales de la tierra mientras holgazaneaba en el Olimpo.

Afrodita y Harmonía llegaron un rato después. Fue a Harmonía a quien notó primero, cuando la diosa se dirigió directamente hacia su grupo, sonriendo mientras se paraba cerca de Sybil.

—Es bueno verte, Harmonía. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —dijo y sonrió—. Siento haber tenido que irme...

Dejó que su voz se desvaneciera cuando Afrodita se unió a ellos.

—Perséfone —dijo, y asintió a los demás—. Todos... los demás.

Hubo un instante de silencio que siguió a su acercamiento. Por lo general, Perséfone se apresuraba a comenzar una conversación, pero todo lo que pudo pensar fue en cómo se vio Afrodita en el sótano del Club Afrodisia: ensangrentada, sosteniendo el corazón de un semidiós en la mano. Se preguntó cómo se había enterado la diosa del mitin. ¿Estaba satisfecha con el derramamiento de sangre? Eran preguntas que tendrían que esperar, un fuerte estallido de

música y vítores interrumpieron sus pensamientos.

—¡Oh, los juegos están comenzando! —dijo Zofie.

Tomaron sus asientos y Perséfone se sintió aliviada cuando Hermes se dejó caer en el de la derecha, Sybil estaba a la izquierda. Vieron cómo la Ceremonia de Apertura comenzaba abajo. El primer anuncio fue para Apolo, el canciller de los juegos, quien fue llevado sobre una litera, o una silla abierta, que era sostenida por cuatro hombres muy fuertes con el pecho desnudo y engrasado. Llevaban túnicas blancas, puños de oro y hojas de laurel en el cabello, el mismo atuendo que lucía Apolo. Sonrió y saludó a la multitud, sin señales de su agonía presente. Lo seguía un grupo de mujeres que bailaban y arrojaban pétalos al suelo.

Dieron una vuelta al campo y luego regresaron al centro.

—¿Apolo se sentará con nosotros? —preguntó Perséfone.

—No, él tiene su propio palco —dijo Hermes.

Después, los héroes de los dioses marcharon hacia el centro del campo mientras ellos y su dios patrocinador eran anunciados. Reconoció a varios que se habían entrenado en Palestra, incluidos Héctor y Ajax.

—¿Tienes un héroe en los juegos? —le preguntó a Hermes.

—Lo tengo —dijo—. Tercero desde la izquierda. Su nombre es Esopo.

Perséfone lo encontró en la alineación: un hombre fuerte pero delgado con cabello rubio arena.

—No pareces particularmente emocionado —señaló Perséfone.

Se encogió de hombros.

—Tiene dones, pero no es fuerte como Ajax ni contundente como Héctor. Esos dos son la verdadera competencia.

También había otros: Damon, que pertenecía a Afrodita, y Castor, que pertenecía a Hera. Anastasia a Ares, Demi a

Artemisa, y Cynisca a Atenea. Mientras marchaban hacia el campo, flexionaron sus músculos en una rutina de poses que hizo que la multitud vitoreara más fuerte.

—Damas y caballeros, dioses y diosas, Divinidad de la Realeza entre nosotros, ¡den otra ronda de aplausos para nuestros héroes de Nueva Grecia!

Perséfone se inclinó hacia Hermes y habló por encima del rugido de la multitud.

—Dijiste que Héctor era contundente —dijo Perséfone—. ¿Qué significa eso?

—Ya verás.

Al sonido de una trompeta, se sentó hacia delante y ocho carros emergieron de las sombras del estadio, cada uno tirado por cuatro poderosos caballos. Eran poderosos corceles, sus pieles sedosas y de distintos colores. Sus cascos golpearon la tierra mientras convergían en la pista, levantando polvo y terrones mientras sus domadores, los héroes, los impulsaban.

—¿Cómo funciona esto? —le preguntó a Hermes, con el corazón acelerado por la emoción.

—Los conductores deben dar doce vueltas alrededor del hipódromo. Allí llevarán la cuenta —dijo, señalando un sistema mecánico en el centro de la arena, una serie de estatuas de delfines que se lanzarían en picada una vez que se hubiera conquistado la primera vuelta.

—¿Por qué usan una forma tan antigua de llevar la cuenta? —preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Escogemos y elegimos lo que deseamos conservar de la antigüedad, Sefi. ¿No te has dado cuenta?

Mientras hablaban, sus ojos permanecieron en el campo, observando la carrera, una batalla entre la bestia y el hombre por ser la primera en llegar al puesto de giro. Había tanto polvo, tanta velocidad, tanto poder... Tenía que ser peligroso.

Justo cuando ese pensamiento cruzó por la mente de Perséfone, uno de los carros se volcó.

Su inhalación sorprendida se atascó en su garganta cuando el carro aterrizó y se hizo añicos, el cuerpo roto de Castor aplastado debajo, pero lo que hizo que su sangre se enfriara aún más fue la risa que escapó tanto de Zeus como de Poseidón ante la muerte inmediata del mortal.

—No hay victoria para ti, ¿eh, Hera? —se burló Zeus.

Miró a Hermes, quien rápidamente tomó su mano y la apretó.

—Es un juego para ellos, Sefi.

Se mordió el labio con fuerza, recordando por qué la Tríada protestaba por los juegos; esto es lo que objetaban. Hubo más movimiento en el campo cuando un grupo de personas corrió hacia la pista para quitar los escombros del carro roto, pelear con los caballos y llevarse el cuerpo.

—¿Por qué no se detienen? —preguntó Perséfone—. Ese hombre... Castor... está muerto.

—Es la naturaleza del juego —dijo Hermes.

Poco después del primer accidente, hubo otro. Dos carros chocaron en una maraña de caballos y riendas. Esopo fue arrojado de su carro mientras la pierna de Demi fue aplastada bajo ella; sus gritos provenientes desde el suelo. Aun así, ambos estaban vivos.

Perséfone estaba dividida entre seguir mirando y huir de este lugar por completo, pero se quedó porque Ajax todavía estaba en la carrera y a la cabeza, junto a Héctor. Las ruedas de sus dos carros estaban a centímetros una de la otra, y sus caballos seguían avanzando. De los dos, Héctor parecía el más desesperado, instando a sus corceles con el uso de su látigo, azotando una y otra vez hasta que lo usó contra Ajax.

—No puede hacer eso. —Perséfone se inclinó hacia delante, mirando a Hermes—. ¿Puede?

El Dios de la Travesura se encogió de hombros.

—Realmente no hay reglas. ¿Es justo? No.

De repente comprendió lo que quería decir Hermes cuando describió a Héctor como contundente.

Su atención volvió a la pista.

Héctor continuó azotando a Ajax hasta que logró agarrarse al látigo y soltarlo de las manos de Héctor, pero la trampa de Héctor tuvo un precio, ya que su carro se acercó demasiado a la pared, golpeando con tanta fuerza que se rompió en pedazos y lo envió volando. Perséfone ni siquiera vio dónde aterrizó el mortal, estaba demasiado concentrada en Apolo, que había aparecido en el campo justo cuando Ajax terminaba su última vuelta, ganando la carrera.

Ajax detuvo su carro, su amplia sonrisa en exhibición para la multitud. Mientras desmontaba, Apolo se acercó y extendió la mano vacilante, tocando el rostro ensangrentado del mortal donde el látigo le había partido la piel. Entonces, de repente, los dos se besaron. Ajax acunó el rostro de Apolo entre sus manos, su boca devoraba, su cuerpo abrumador. Su muestra de afecto fue recibida con vítores, incluso de Hermes.

—¡Sí! ¡Ve por ello, hermano!

Perséfone trató de no reír.

Cuando la multitud comenzó a abuchear, Apolo se giró para encontrar a Héctor levantándose del polvo, acunando su brazo contra su pecho. Escupió sangre, un chorro de carmesí saliendo de su nariz y boca, el odio brilló en sus ojos.

Fue entonces que Perséfone se dio cuenta de algo extraño: un grupo de espectadores que salía de su lugar entre la multitud y bajaba las escaleras del estadio.

—Hermes... ¿quiénes son esas personas?

Justo cuando planteó la pregunta, Ajax pareció notarlo, y en el segundo siguiente, estaba arrastrando a Apolo tras él mientras sonaban disparos y gritos llenaban el aire.

—¡Agáchense! —gritó Sybil, pero Perséfone solo pudo ver el horror cuando Ajax empujó a Apolo al suelo, recibiendo bala tras bala.

—¡No! —El grito de Perséfone fue crudo y doloroso, raspándole la garganta mientras se levantaba y golpeaba la ventana.

—Perséfone. —Hermes la alcanzó—. ¡Tenemos que irnos!

Apolo gritó bajo el cuerpo convulsionando de Ajax. Finalmente, logró rodar y las balas que corrieron hacia ellos se detuvieron en el aire, cayendo al suelo.

—Hay otros aquí que lucharán —argumentó Hermes—. Pero no tú.

Hermes tenía su mano envuelta alrededor de su brazo mientras la arrastraba lejos de la ventana. Entonces, hubo un sonido terrible, un crujido que sonó como la magia de Zeus escapando de las nubes, excepto que no lo era. Parte del estadio había explotado.

—¡Saquen a los mortales! —ordenó alguien y hubo una repentina oleada de magia. Perséfone observó cómo Harmonía se desvanecía con Sybil y Leuce. Zofie se puso de pie, con la mano extendida hacia Perséfone.

—¡Vamos! —Hermes la empujó hacia la amazona.

Luego hubo otra explosión y Perséfone se encontró flotando en el aire, aterrizando con fuerza en el centro de la pista en medio de escombros y polvo. Cuando golpeó, sintió un dolor agudo en las costillas y como si le hubieran quitado el aliento del cuerpo. Rodó sobre su espalda, jadeando en busca de aire justo cuando una sombra se cernía sobre su cabeza.

Un hombre mortal sosteniendo una roca en alto.

Perséfone gritó, su magia se agitó, y del suelo, grandes espinas se alzaron atravesando al hombre. Él dejó caer la piedra, atravesado con la vida, la sangre goteando de su boca.

Rodó y se arrastró lejos, poniéndose de pie en medio del

caos de gritos desesperados y muerte. La gente yacía inmóvil mientras otros trepaban a los cuerpos para escapar de la arena en ruinas. Había cientos de estos atacantes enmascarados, e incluso mientras los dioses descendían, continuaron apuntando. No entendía esto, pero sabía lo que era: odio.

La magia encendió el aire en una corriente de luz brillante: cayeron relámpagos y la energía pulsó. Artemisa desató una lluvia de flechas mortales mientras Atenea atravesaba a otros con una lanza y Ares con una espada. Zofie también luchó, después de haber aterrizado en la arena. Un hilillo de sangre bajaba por su cabeza a su rostro, pero tenía la espada desenvainada y era ágil, rápida y peligrosa.

Fue un derramamiento de sangre. Fue una batalla.

—¡Perséfone! —Su nombre salió de la boca de Apolo. Se dio la vuelta, pero ya era demasiado tarde. Una bala le dio en el hombro.

—¡No! —Los ojos de Apolo brillaron mientras corría hacia ella.

Se tambaleó un par de pasos, sorprendida, con el lado izquierdo de su cuerpo entumecido. Se las arregló para mirar hacia abajo, y cuando vio que la sangre se filtraba en la tela blanca de su vestido, comenzó a caer, pero antes de que pudiera aterrizar en la tierra, unos brazos fuertes la rodearon. El asidero la sacudió y lanzó un grito gutural.

—Te tengo —dijo Hades. Ella miró fijamente sus ojos oscuros y tormentosos solo por un segundo antes de que él se teletransportara.

XXV



MONSTRUOS

Cuando aparecieron en el Inframundo, entre las paredes de la alcoba de Hades, un dolor caliente se instaló en lo más profundo de sus huesos, irradiando desde su hombro. Perséfone gimió, obligándose a respirar a través del dolor mientras Hades la acomodaba en la cama. Empezó a sacarle el brazo de la chaqueta y luego rasgó el vestido para acceder a la herida, y cuando sus dedos la rozaron, ella inhaló con fuerza entre sus dientes.

—¿Qu-qué haces? —dijo entre dientes.

—Necesito ver si la bala salió de tu cuerpo —dijo Hades.

—Déjame curarla.

—Perséfone...

—Tengo que intentarlo —dijo—. Hades...

Cerró las manos en puños y retrocedió, frotándose la frente con los dedos ensangrentados.

—Hazlo, Perséfone —gruñó.

Ella cerró los ojos contra su frustración, sabiendo que su pánico estaba ganando. Él no había querido verla sangrar nunca más, y aquí estaban. Respiró hondo una y otra vez hasta que la calma se apoderó de ella y pudo concentrarse en

el ardiente dolor que emanaba de su hombro herido. Esta vez, solo quería que el calor terminara, así que imaginó que la magia que utilizaba para calmarlo era fresca y limpia, un beso de escarcha a principios de la primavera.

—*Ahora.* —Escuchó el gruñido bajo de Hades.

Pero Perséfone sabía que su magia estaba funcionando: la herida palpitaba mientras se curaba.

Finalmente, Hades dejó escapar un leve suspiro y Perséfone abrió los ojos, observando su hombro expuesto para ver que la piel estaba ligeramente rosada y fruncida, pero la herida estaba curada.

—Lo hice —dijo y sonrió mirando a Hades.

—Lo hiciste —dijo, sus ojos pasando de la herida a su mirada, y tuvo la sensación de que no lo creía del todo.

—¿Qué estás pensando? —preguntó, con voz tranquila.

—Nada que quieras saber —dijo.

Ella le creyó.

Finalmente, se acercó.

—Vamos a limpiarte.

Una vez más, Hades la estrechó contra su pecho y la llevó al baño. Cuando sus pies tocaron el suelo, se acercó para apartar los mechones de cabello sueltos del rostro de Hades, su sangre aún manchaba su piel.

—¿Estás bien?

En lugar de responder, abrió la ducha, dejando que el agua se calentara.

Le tomó la mano y le besó la palma antes de acercarse a ella por detrás y bajarle la cremallera del vestido estropeado, guiándolo hacia abajo por encima de sus pechos y caderas hasta que cayó en un montón en el suelo. Le siguió el sujetador, y su tacto se detuvo en sus senos, luego en su cintura y después en sus muslos, mientras deslizaba las

bragas por sus piernas y se arrodillaba en el suelo para mirarla.

—Hades —susurró su nombre, y entonces sus labios rozaron su piel mientras besaba un camino ardiente por su cuerpo. Las manos de ella se enredaron en su cabello mientras él se detenía para acariciar cada uno de sus pezones, antes de que su boca devorara la de ella.

Cuando sus dedos se enredaron en la chaqueta de él, se apartó.

—¿Te desnudo? —preguntó ella, deseosa de tener su piel contra la suya.

—Si lo deseas —dijo.

Alcanzó los botones de su camisa, pero un dolor agudo en el hombro la hizo estremecerse y bajó el brazo. Hades frunció el ceño.

—Déjame —dijo, haciendo un rápido trabajo con los botones. Se quitó la chaqueta, la camisa y los pantalones. Cuando estuvo desnudo, la agarró por los costados y la atrajo hacia él, rodeándola con sus brazos. Su boca se inclinó hacia la suya y ella se abrió para él. Sentirlo dentro de ella de cualquier manera era como inyectar magia en sus venas: la hacía sentir salvaje y apasionada. Pero pronto sintió verdadera magia, magia curativa, cuando la palma de Hades se posó sobre ella.

Rompió el beso y miró su hombro. Donde había dejado una cicatriz, ahora había una piel suave.

—¿No fui lo bastante buena? —preguntó.

No era exactamente la pregunta que pretendía hacer, y supo una vez que las palabras salieron de su boca, que herirían a Hades, pero era lo único que se le ocurría decir porque este tipo de magia era importante para ella y quería dominarla.

—Por supuesto, eres lo bastante buena, Perséfone —dijo

Hades, y llevó sus manos a la mandíbula de ella, deslizando los dedos en su cabello—. Soy sobreprotector y temo por ti y, tal vez egoístamente, deseo eliminar cualquier cosa que me recuerde mi fracaso en protegerte.

—Hades, no has fallado —dijo.

—Estamos de acuerdo en no estar de acuerdo —dijo.

—Si yo soy suficiente, entonces tú eres suficiente.

Él no habló, y ella subió las manos por su pecho, rodeando su cuello con los brazos.

—Lo siento. Nunca quise verte sufrir de nuevo, no como lo hiciste en los días posteriores a la muerte de Tique.

—No tienes nada que lamentar —dijo y la besó.

Esta vez, la guio hasta la ducha. Se quedaron fuera del chorro mientras él agarraba el jabón y mojaba un paño. Empezó por su hombro, lavando suavemente la sangre. Pasó a sus senos, los manoseó y apretó, sus manos resbaladizas provocaron cada uno de ellos antes de pasar a su estómago y sus costados, sus muslos y sus pantorrillas. De rodillas ante ella, le dio una orden.

—Gira.

Ella obedeció, apoyando las manos en la pared mientras él volvía a subir por su cuerpo. Pasó un rato lavando entre sus muslos, con los dedos acariciando su carne. Cuando se puso en pie, ella estaba nerviosa y, aunque su erección se engrosó entre ellos, no se movió para tomarla. En cambio, la miró fijamente y le dijo:

—Te amo.

—También te amo —dijo ella, y hubo algo en ese momento, en el intercambio de palabras, que la hizo llorar—. Más que nada.

No eran palabras suficientemente poderosas, pero no podía encontrar las que necesitaba, las que quería. Las que transmitían lo mucho que le dolía la sangre y los huesos, el

corazón y el alma por él.

—Perséfone —susurró Hades, apartando una lágrima perdida de su rostro. La tomó en brazos y la sacó de la ducha. Ni siquiera estaban secos cuando se instaló junto al fuego. Acunada contra su pecho, se sentaron en silencio mientras los acontecimientos de la noche volvían a su realidad.

El estadio de Talaria había sido el espacio perfecto para un ataque. La distracción de las carreras de carros, el drama añadido entre Apolo, Ajax y Héctor. Nadie sospechaba nada.

—Toda esa gente —susurró—. Se fueron.

Se preguntó cuántos habían muerto, y luego la culpa se apoderó de ella al darse cuenta de que debería haber estado en las puertas para recibirlos, para calmarlos.

Los brazos de Hades la rodearon con fuerza.

—No podrás consolar a todos los que llegan a las puertas de forma inesperada, Perséfone. Esas muertes son demasiado numerosas. Consuélate, las almas de Asfódelos están allí y te representarán bien.

—También te representan a ti, Hades —dijo.

Entonces pensó en algo: los inocentes no fueron los únicos que murieron esta noche. Entre ellos, estaban los que habían iniciado la violencia.

—¿Qué pasa con los atacantes que han muerto esta noche?

Se encontró con la mirada de Hades. No podía saber lo que estaba pensando, pero él respondió a su pregunta sin vacilar.

—Esperan castigo en el Tártaro. —Hizo una pausa, y luego preguntó—: ¿Deseas ir?

Una sonrisa se esbozó en sus labios. No era de anticipación, sino en respuesta a su pregunta. Semanas atrás, nunca habría sugerido un viaje a la cámara de tortura que utilizaba para castigar a las almas y, sin embargo, ahora lo hacía sin vacilar.

—Sí —respondió—. Deseo ir.

Llegaron a una parte del Tártaro que Perséfone nunca había visitado. Era una sala cavernosa, flanqueada a cada lado por enormes columnas de obsidiana. Tardó un momento en darse cuenta de que cada conjunto de columnas bloqueaba una puerta. Estaban en una mazmorra. El aire aquí era espeso, cargado de un poder ancestral. Echó la cabeza hacia atrás, buscando el origen de la magia.

—Aquí hay monstruos —dijo Hades, como para explicar.

—¿Qué... clase de monstruos? —preguntó.

—Muchos —dijo, con aspecto ligeramente divertido—. Algunos están aquí porque fueron asesinados, otros porque fueron capturados. Vamos.

La tomó de la mano y la condujo a través de muchas celdas oscuras. A medida que avanzaban, oyó siseos, gruñidos y un horrible lamento. Perséfone miró a Hades en busca de una explicación.

—Las arpías —dijo Hades—. Aelo, Ocípete y Celeno; se inquietan, sobre todo cuando el mundo es un caos.

—¿Por qué?

—Porque perciben el mal y desean castigar —dijo.

Se cruzaron con muchos más, incluida una criatura que era mitad mujer y mitad serpiente. Unos elegantes dedos rodearon los barrotes de su celda cuando apareció su cabeza. Era hermosa, su cabello era largo y caía sobre sus hombros en ondas rojas, tapando sus pechos desnudos.

—Hades —siseó, con sus ojos rasgados brillando.

—Lamia —dijo en señal de reconocimiento.

—¿Lamia? —preguntó Perséfone—. ¿La asesina de niños?

El monstruo siseó ante sus palabras, pero Hades

respondió:

—La misma.

Lamia era la hija de Poseidón y una reina. Su aventura con Zeus la llevó a que Hera la maldijera a perder cualquier hijo que diera a luz, y finalmente, se volvió loca, robando los bebés de sus madres para darse un festín con su carne. Su historia era espeluznante, sobre todo porque Lamia había pasado de desear un hijo por encima de todo a consumirlos.

Siguieron adelante hasta llegar al final del pasaje, donde una puerta mantenía aprisionada a una enorme criatura parecida a un dragón. Tenía siete cabezas de serpiente, escamas y aletas palmeadas a lo largo del cuello. Siseaban, con colmillos que goteaban un líquido negro en un hilo que llegaba hasta su gran vientre bulboso y terminaba en una charca. En esa agua había varias almas, cuyos rostros estaban quemados hasta ser irreconocibles.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Es una hidra —dijo Hades—. Su sangre, su saliva y su aliento son venenosos.

Perséfone se quedó mirando.

—¿Y los mortales en la charca? ¿Qué hicieron?

—Son los terroristas que atacaron el estadio —dijo.

—¿Es este su castigo?

—No —dijo Hades—. Piensa en esto como su celda de detención.

Perséfone dejó que las palabras de Hades se instalaran entre ellos. Eso significaba que no había indulto cuando los jueces asignaban el destino de un alma al Tártaro. Su castigo comenzaba de inmediato, y esas quemaduras, el veneno que devoraba su piel directamente hasta los huesos, era solo el principio.

—¿Y cómo los castigarás? —preguntó, inclinando la cabeza para encontrar su mirada. Hades la miró fijamente.

—Tal vez... ¿Te gustaría decidirlo tú?

De nuevo, se encontró sonriendo a pesar del horror de su conversación. Hades le estaba pidiendo que determinara el castigo eterno de un alma, y eso le gustaba. La hacía sentir poderosa, confiada. Por un breve momento, se preguntó en qué la convertía eso, pero ya lo sabía. La convertía en su reina.

Su mirada volvió a las almas en el lago venenoso.

—Deseo que existan en un estado constante de miedo y pánico. Que experimenten lo que infligieron a otros. Existirán, por la eternidad, en el Bosque de la Desesperación.

—Entonces lo tendrás —dijo Hades, y levantó su mano para que ella la tomara. Cuando sus dedos se posaron en los de él, las almas bajo la hidra se desvanecieron.

»Déjame mostrarte algo.

La llevó a la biblioteca, a la jofaina con la que había tropezado al principio de sus visitas al palacio. Cuando la encontró por primera vez, supuso que era una mesa, pero al acercarse descubrió un mapa parcial del Inframundo reflejado en la superficie oscura. Cuando le preguntó a Hades por qué no estaba completo, le dijo que el resto le sería revelado cuando se ganara el derecho.

En ese momento, solo Hécate y Hermes podían ver todo el Inframundo.

Ahora, cuando miraba, veía todos los ríos, prados y montañas. Sabía que las posibilidades de que el mapa siguiera siendo el mismo eran escasas, ya que Hades manipulaba a menudo su mundo, añadiendo, moviendo o borrando lugares.

—Muestra el Bosque de la Desesperación —dijo Hades, y el agua onduló hasta que una dura escena se representó ante sus ojos. Cuando Perséfone había deambulado entre aquellos árboles, había estado sola, el bosque silencioso a su

alrededor, pero ahora lo veía como lo que era: lleno de miles de almas, todas ellas viviendo alguna forma de su infierno personal. Había almas que se sentaban en la base de los árboles, con las rodillas pegadas al pecho, temblando. Otras se cazaban unas a otras, arremetiendo y asesinando, solo para ser revividas y cazadas de nuevo.

—Los que cazan —dijo—. ¿Cuál es su miedo?

—Pérdida de control —dijo Hades.

—¿Y los que están siendo asesinados? —preguntó en voz baja.

—Fueron asesinos en vida —respondió.

También había otras: almas que bebían de los arroyos y morían lenta y dolorosamente, almas que quedaban atrapadas en una parte del bosque que permanecía perpetuamente en llamas, almas que eran atadas y estiradas entre los árboles mientras eran pinchadas hasta que la exposición las llevaba a la muerte.

Cuando cada ciclo terminaba, volvía a empezar, un ciclo interminable de tortura y muerte.

Después de un momento, Perséfone se apartó de la jofaina.

—Ya he visto suficiente.

Hades se unió a ella, tomando su mano entre las suyas y besando sus nudillos.

—¿Estás bien?

—Estoy... satisfecha —respondió y se encontró con su mirada—. Vamos a la cama.

Hades no discutió, y mientras regresaban a su recámara, ella se dio cuenta de que la venganza tenía un sabor: era amargo y metálico con una dulzura subyacente.

Y se le antojó.

—Perséfone —dijo Hades, con un matiz de preocupación

en su voz. Sabía que se preguntaba si había ido demasiado lejos al mostrarle el Bosque de la Desesperación.

Se quitó la túnica, sintiéndose tensa. Rodó los hombros antes de volverse hacia él.

—Hades —respondió. Lo necesitaba dentro de ella, necesitaba la distracción y la liberación que él le proporcionaría.

—Has pasado por mucho —dijo, aunque sus ojos ardían con un deseo tan potente que sus piernas ya temblaban—. ¿Estás segura de que quieres esto esta noche?

—Es todo lo que quiero —dijo.

Él dio un paso más, cerrando el espacio que los separaba y sus bocas chocaron con las lenguas unidas. Se estremeció bajo sus manos, arqueándose contra él, con sus caderas desesperadas por moverse contra las de él. Lo ayudó a quitarse la túnica y lo besó por el pecho hasta llegar a su sexo hinchado. Cuando sus labios tocaron su cabeza, él emitió un suspiro, pesado y casi crudo, que rozaba su garganta.

Lo miró, curiosa por ver su expresión, llena de oscura pasión. Eso no hizo más que avivar el fuego en la boca de su estómago. El espacio entre sus muslos se humedeció y su cuerpo se preparó para acogerlo.

—¿Está bien? —No estaba segura de por qué lo preguntaba. Tal vez solo quería oírlo decir que sí con ese fuego que lo consumía todo en sus ojos.

—Más que eso —contestó, y volvió a él, saboreando con la lengua desde la punta hasta la base, burlándose de cada cresta y lamiendo la piel aterciopelada. Inhaló entre dientes cuando llegó al fondo de su garganta, con los dedos enredados en su cabello. Lo miró. Su mirada era tierna, cariñosa, y sin embargo le abrasaba el alma, calentando cada parte de ella hasta fundirla.

—No sabes las cosas que deseo hacerte —dijo.

Le sostuvo la mirada, le dio una última y fuerte succión a la corona de su polla, y luego lo soltó. Se enderezó, con la cabeza inclinada hacia la de él, sus bocas a la altura mientras susurraba:

—Muéstrame.

Era un reto y Hades aceptó el desafío. Con la mano apretada en la nuca de ella, acercó su boca a la suya, invadiendo y enredando la lengua con la de ella y luego, como si no pesara nada, la atrajo al centro de la cama. De nuevo, su boca cubrió la de ella chupando y acariciando. Se inclinó contra él y sus dedos se clavaron en los brazos musculosos hasta que los inmovilizó por encima de su cabeza, y entonces sintió que algo se enroscaba alrededor de ellos, algo suave pero que la retenía; miró hacia arriba y descubrió que sus muñecas estaban atadas con magia de las sombras.

Un hilo de inquietud la recorrió.

—¿Está bien? —preguntó él, sentándose de nuevo, con sus fuertes muslos a horcajadas sobre ella, con la polla pesada y erecta. Ella tragó saliva, con ese extraño hilo de inquietud tirando del fondo de su mente. ¿Estaba bien? No podía decidirse.

Es Hades, se recordó. Estás a salvo.

Asintió, el malestar se disipaba mientras él la miraba abrasadoramente.

Hades sonrió, y su corazón latió con más fuerza en su pecho, la anticipación se enroscó en su interior.

—Te haré retorcerte —prometió, arrastrándose por su cuerpo con gracia depredadora—. Te haré gritar; haré que te corras tan fuerte que lo sentirás durante días.

Su boca se cerró sobre la de ella, moviéndose para que sus piernas estuvieran entre las de ella y besó su cuerpo, su piel deslizándose deliciosamente contra su clítoris mientras se abría camino hacia su centro... y, sin embargo, su pecho se

apretó de una manera que no le era familiar.

Intentó liberar el sentimiento que se había anudado junto a su corazón, pero no pudo respirar lo suficientemente hondo. Levantó la cabeza y observó cómo Hades descendía, deteniéndose a besar el interior de sus muslos, lamiendo la carne sensible.

Segura, pensó una y otra vez, la sensación en su pecho en conflicto con el fuego en el fondo de su estómago. *Segura. A salvo. A salvo.*

Entonces la abrió de par en par, aplastando sus piernas contra la cama y, de repente, no pudo respirar en absoluto. Era como si se hubiera encontrado de nuevo en Estigia, siendo arrastrada desde la superficie del agua negra hasta las oscuras profundidades en las garras de los muertos que vivían allí. Cuanto más luchaba, cuanto más la sujetaban, más oscuro se volvía todo. Se dio cuenta de que las ataduras de su muñeca eran de cuerda gruesa. Las manos sobre sus muslos estaban húmedas.

—Perséfone.

La voz estaba apagada, pero se acercó a ella.

—Hades. —Se atragantó con su nombre.

Una mano se abrió paso bajo la superficie del agua, y ella la alcanzó, pero al salir a tomar aire, se encontró de frente con Pirítoo, rostro demacrado, labios pálidos, ojos sangrantes, y de pronto se vio de vuelta en aquella silla de madera. Sus bordes le mordían la piel. Pirítoo se alzaba de rodillas ante ella.

—Ingrata. —Su voz chirrió.

—¡No, no, *no!*

Apretó sus piernas desnudas, incluso cuando la mano de Pirítoo la rozó desde la pantorrilla hasta el muslo.

—Te estaba protegiendo —se quejó, mirándola con desprecio, con la sangre goteando de su rostro sobre su piel—. ¿Y así es como me pagas?

—No me toques, joder —gritó, pero el agarre de Pirítoo se endureció, sus dedos se clavaron en ella y le separó las piernas, clavando su cuerpo entre ellas. Se movió hacia delante en un intento de apartarse, y algo agrio le subió por la garganta.

Iba a vomitar.

—No —gimió—. Por favor, no.

¿Dónde estaba Hades? ¿Por qué había permitido que esto sucediera? Dijo que Pirítoo no podía alcanzarla, no podía hacerle más daño.

¿Dónde estaba su magia? Intentó alcanzarla, pero parecía tan paralizada como ella.

—*Perséfone* —dijo Pirítoo, acercando las manos a su centro. Su cuerpo se apretó; sus entrañas se estremecieron—. No pasa nada.

Entonces Pirítoo se inclinó para presionar sus labios contra el muslo de ella y se quebró.

—¡No!

Las ataduras que rodeaban sus muñecas se soltaron y golpeó a Pirítoo, su mano conectó con su mejilla. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había espinas que salían de su piel, como si sus manos fueran el tallo de una rosa. En cuanto vio la sangre, sintió que había salido de la oscuridad.

Ya no estaba en esa silla de madera, sino en el centro de un mar de seda negra en su cama, y no era Pirítoo quien estaba frente a ella, sino Hades. Su mejilla sangraba por su golpe.

La sangre se deslizaba por su rostro mientras lo miraba fijamente, con los ojos muy abiertos, su cerebro se esforzaba por dar sentido a lo que había ocurrido, pero no tenía ningún sentido.

Segura, pensó.

Empezó a acercarse a él, queriendo limpiar la sangre,

borrar la evidencia de su golpe, pero se detuvo cuando vio sus manos, llenas de espinas ensangrentadas. Le tembló la boca, le temblaron las manos y se echó a llorar.

Hades tardó un momento en moverse para tomarla entre sus brazos, pero cuando lo hizo, su cuerpo estaba frío y rígido.

—No lo sabía —dijo Hades, su voz era baja y áspera. Era como si estuviera enojado, pero se esforzara por no dejarlo ver.

Lo siento, quiso decir, pero su boca no funcionaba.

—No lo sabía —repitió Hades—. Lo siento. Te amo.

Repitió esas palabras hasta que se le quebró la voz.

XXVI



RELIQUIAS

Cuando Perséfone despertó, Hades ya se había ido.

Su ausencia renovó su angustia e hizo que le doliera el pecho. Sintió horror de que Pirítoo invadiera un espacio tan apreciado. Peor aún, se sintió avergonzada. Había creído que podía soportar cualquier cosa siempre que fuera con Hades y, sin embargo, tan pronto como fue retenida, había perdido el contacto con la realidad.

¿Cómo se supone que iban a seguir adelante?

Hades siempre sabía lo que tenía que hacer, pero anoche lo había visto congelarse, y lo conocía lo suficiente como para adivinar que se alejaría.

Suspiró, con todo su cuerpo cargado de tristeza, y se levantó de la cama, vistiéndose para el día con un peplo blanco. Se puso en contacto con Sybil, Leuce y Zofie, que estaban bien pero preocupadas por ella. Les envió un rápido mensaje de texto asegurándoles que estaba bien y curada. Leuce también había enviado una serie de artículos y Perséfone pasó parte de la mañana leyéndolos y viendo vídeos relacionados con los atentados del estadio de Talaria. Una parte de ella se preguntaba si alguien había conseguido captar un vídeo de su magia, pero todas las imágenes

compartidas eran del exterior del recinto.

Los muertos se multiplicaban: un total de ciento treinta personas. De ellos, tres héroes habían muerto: Damon, Esopo y Demi. Sin embargo, había titulares que afirmaban que el número de muertos se debía al uso innecesario de la magia por parte de los dioses que habían asistido a los juegos.

Fue un intento fallido de justificar el terrorismo de la Tríada.

Perséfone dejó su tableta a un lado, necesitando un descanso de la pesadez.

Se dirigió al exterior del palacio, a los jardines. Siempre había sido capaz de percibir los aromas que pertenecían a las distintas magias, pero cuanto más tiempo residía en el Inframundo, más notaba que cada flor olía a Hades: era una corriente subterránea, tenue, pero definitivamente distinta. Las rosas, por ejemplo, eran dulces con un toque de humo. Hacía tiempo que no podía recorrer estos caminos y visitar estas flores y, al llegar al final del sendero, se detuvo en su parcela, la que Hades le había dado después de que aceptara su trato de crear vida en el Inframundo.

Era una arena negra y estéril. Imaginó que todas las semillas que había plantado seguían enterradas debajo, latentes, pero algo en darle vida al jardín en ese momento no le parecía bien. Tal vez guardaría la transformación para Hades y la ofrecería como regalo de bodas, si es que alguna vez se celebraba. Cualquier planificación se había detenido mientras esperaban que Zeus diera su bendición, que ahora se había aplazado debido a la tormenta de Deméter, aunque Perséfone tenía que admitir que no parecía tan importante en este entorno, donde los dioses morían y la gente era asesinada.

Abandonó los jardines y entró en los Campos de Asfódelos, donde se le unieron Cerbero, Tifón y Ortro. Pasearon por los mercados del Valle de Asfódelos. Algunas almas se dedicaban

a sus negocios habituales: comercio de alimentos y textiles; regaban sus jardines mientras otras ordeñaban las vacas en el prado. El olor a pan horneado y a canela dulce llenaba el aire, y con él llegaban unos débiles sollozos. Perséfone siguió el sonido y encontró a Yuri calmando un alma.

—¿Está todo bien? —preguntó Perséfone. Nunca había visto un alma alterada en Asfódelos y, sin embargo, incluso Perséfone sabía que había una especie de melancolía en el aire que nunca había sentido antes.

El alma se apartó inmediatamente de Yuri y se secó los ojos, sin mirar a Perséfone. Sin embargo, pudo comprobar que era joven, probablemente de unos veinte años. Tenía el cabello negro y un flequillo recto que enmarcaba un rostro pálido.

—Lady Perséfone. —Yuri hizo una reverencia y el alma que estaba a su lado imitó su acción rápidamente—. Esta es Angeliki. Acaba de llegar a Asfódelos.

Perséfone no necesitaba más explicaciones. La mujer había estado en el Estadio Talaria.

—Angeliki —dijo Perséfone—. Es un placer conocerte.

—Para mí también —susurró la mujer.

—Lady Perséfone pronto será nuestra reina —dijo Yuri.

Los ojos de Angeliki se abrieron de par en par.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti, Angeliki? ¿Para ayudarte a adaptarte a tu nuevo hogar?

Eso solo hizo que la mujer llorara más fuerte, y Yuri la abrazó una vez más, alisando una mano por su brazo.

—Está preocupada por su madre —explicó Yuri—. Angeliki era su cuidadora. Ahora que está aquí, no hay nadie que la cuide.

Perséfone sintió una punzada de tristeza por esta mujer cuyas lágrimas no eran para ella, sino para otra, y supo que tenía que hacer algo.

—¿Y cómo se llama tu madre, Angeliki?

—Nessa —dijo—. Nessa Levidis.

—Me aseguraré de que la cuiden —dijo Perséfone.

Los ojos de Angeliki se abrieron de par en par.

—¿Lo harás? ¿De verdad?

—Sí —dijo ella—. Te lo prometo.

Y los dioses no podían romper las promesas.

La joven abrazó a Perséfone.

—Gracias —dijo, sollozando contra ella, con el cuerpo temblando—. Gracias.

—Por supuesto —dijo Perséfone, antes de apartarse—. Todo irá bien.

Respiró profundamente y luego soltó una pequeña carcajada.

—Voy a limpiarme.

Perséfone y Yuri observaron cómo el alma desaparecía dentro de la casa.

—Eso fue muy amable de tu parte —dijo Yuri.

—Fue lo único que se me ocurrió hacer —dijo, y no estaba segura de que Hades lo aprobara, pero había mucha gente que había muerto en el ataque de Talaria, y habían dejado atrás a sus seres queridos, tanto jóvenes como mayores. No era que ella se hubiera ofrecido a entregar un mensaje personal.

Tomó nota mentalmente de hablar con Katerina sobre la creación de un fondo para ayudar a las familias de las víctimas, algo que Hades aprobaría.

—Me alegro de verte —dijo Yuri.

—Igualmente —dijo Perséfone—. Siento no haberte visitado.

—Está bien —dijo—. Sabemos que las cosas no están bien

arriba.

Perséfone frunció el ceño.

—No, no lo están.

Miró a su alrededor, dándose cuenta de que ninguno de los jóvenes residentes había venido corriendo hacia ella como solía hacer.

—¿Dónde están los niños?

Yuri sonrió.

—Están en el jardín con Tique —dijo—. Les ha estado leyendo todas las mañanas. Deberías visitarlos. A los niños les encantaría.

Le gustaría ver a los niños, pero también le gustaría visitar a Tique. Sin embargo, le preocupaba. ¿Estaba Tique preparada para responder a las preguntas sobre su muerte?

—Vamos, voy a caminar hasta el huerto —dijo Yuri—. Iba a recoger granadas cuando me tropecé con Angeliki.

Salieron de la aldea principal, siguiendo un camino hacia un grupo de árboles donde Yuri se quedó a recoger fruta. Más allá del huerto, estaba el Jardín de los Niños, que no era un jardín en absoluto, sino más bien un parque construido en el bosque circundante. Desde que Perséfone había llegado al Inframundo, el espacio se había transformado lentamente, pasando de un par de columpios y un balancín a algo mucho más mágico y aventurero. Ahora abarcaba cinco acres con toboganes y arenales, estructuras para escalar y puentes colgantes donde los niños solían jugar, pero hoy los encontró reunidos en un claro y a Tique encaramada sobre una gran roca. Estaba contando una historia de la forma más animada: sus expresiones y voces cambiaban para adaptarse a los personajes mientras hablaba.

—Prometeo quería que el mundo fuera un lugar mejor y, en lugar de pasar sus días en el Monte Olimpo, exploró y vivió entre los hombres que luchaban a pesar de toda la belleza del

mundo. Un día, Prometeo se dio cuenta de que, si los hombres tuvieran fuego, podrían calentarse, cocinar alimentos y aprender a fabricar herramientas. Las posibilidades eran infinitas.

»Pero cuando Prometeo acudió a Zeus y le rogó que compartiera el fuego con los mortales, el Dios del Trueno se negó, temiendo la fuerza de los mortales. *“Es mejor”, dijo Zeus, “que los mortales confíen en los dioses para todo lo que necesiten; que recen por sus necesidades y se las concederemos”*.

»Pero Prometeo no estaba de acuerdo, así que desafió a Zeus y dio al hombre el fuego. Zeus tardó muchos meses en mirar desde su percha en el Olimpo, pero cuando lo hizo, vio a los mortales calentándose con el fuego, que ahora estaba en los hogares, en las casas que habían construido porque Prometeo les había dado fuego. Enfurecido, Zeus encadenó a Prometeo a la ladera de una montaña como castigo por su traición, pero Prometeo no se entristeció por su sentencia, más bien se alegró, se alegró, porque sabía que, en la tierra salvaje, los mortales prosperaban.

La voz de Tique era serena, exuberante y agradable, y Perséfone descubrió que prefería el final de esta versión de la historia de Prometeo: la verdad era mucho más oscura. Tras el engaño de Prometeo, Zeus liberó a Pandora sobre el mundo y les dio tanto miedo como esperanza; la esperanza, quizá la más peligrosa de las armas.

Perséfone vio similitudes en la forma en que Zeus veía a la humanidad incluso ahora. El deseo del dios era mantener a los mortales en una posición de sumisión. Era su razón para descender a la Tierra, para recordar a los humanos quién era el todopoderoso.

También fue la razón por la que la Tríada tomó represalias.

—¡Cuéntanos otra historia, lady Tique! —dijo un niño.

—Mañana, joven —dijo con una sonrisa—. Tenemos una visita.

La Diosa de la Fortuna se encontró con la mirada de Perséfone y los niños se volvieron a mirar.

—¡Lady Perséfone!

Se abalanzaron sobre ella, rodeando sus piernas con los brazos y tirando de su falda.

Se rio y se inclinó para aceptar sus abrazos.

—¿Has venido a jugar con nosotros? —preguntó uno.

—¡Por favor, juega con nosotros!

—He venido a hablar con lady Tique —respondió Perséfone—. Pero los veremos jugar. Pueden mostrarnos todos sus nuevos trucos.

Eso pareció satisfacerles y se alejaron a toda prisa hacia el patio de recreo, trepando y corriendo, columpiándose y deslizándose.

Tique se acercó. Era hermosa, alta y ágil, con el cuerpo cubierto por una túnica negra y el cabello largo y negro recogido en un moño en la parte superior de la cabeza. Hizo una reverencia.

—Lady Perséfone —dijo—. Es un placer conocerla.

—Lady Tique —saludó—. Lo siento mucho.

—No hay necesidad de lamentarse —dijo, ofreciendo una pequeña sonrisa—. Ven, vamos a caminar.

Le ofreció el brazo y Perséfone lo aceptó. Las dos se mantuvieron a la sombra. En esta parte del Inframundo, el aire era siempre cálido, y los árboles tenían un brillo que le recordaba a la primavera.

—Supongo que deseas saber cómo he muerto —dijo Tique.

Las palabras se retorcieron en el pecho de Perséfone como un cuchillo.

—No *deseo* tanto saber —dijo Perséfone—. Pero... me temo

que seguirá ocurriendo si no aprendemos de ti.

—Entiendo —dijo Tique—. Fui derribada por algo pesado, como una red. Luego me atacaron los mortales, varios de ellos. Recuerdo que sentí la primera puñalada de dolor y me sorprendió que me hicieran daño. Luego sentí otra, luego otra. Estaba rodeada.

—Oh, Tique —susurró Perséfone.

—No pude curarme. Creo que, tal vez, las Moiras cortaron mi hilo.

Caminaron un poco más y luego se detuvieron. Tique se volvió para mirar a Perséfone, con sus amables ojos tormentosos.

—Sé lo que deseas preguntar —dijo la diosa.

Perséfone tragó saliva. Tenía las palabras en la punta de la lengua: *¿Está mi madre involucrada? ¿También sentiste su magia?*

—Sentí la presencia de tu madre —dijo Tique—. Esperaba... que estuviera allí para ayudarme. No estaba lo suficientemente consciente como para entender que era solo su magia.

El sentimiento de culpa recorrió a Perséfone, haciéndole un nudo en el estómago.

—No entiendo por qué mi madre ha tomado este camino —dijo Perséfone, y sintió el dolor de esas palabras rebotar en su cuerpo.

Hubo una pausa y luego Tique habló:

—Tu madre y yo solíamos ser cercanas —dijo.

Perséfone frunció las cejas. No sabía que Deméter y Tique hubieran sido amigas. En el tiempo que había pasado en el invernadero, nunca había oído hablar de la Diosa de la Fortuna ni se había encontrado con ella.

—Yo... no te recuerdo —dijo Perséfone.

Tique sonrió y fue triste.

—Fuimos amigas mucho antes de que rogara a las Moiras por una hija —dijo—. Mucho antes de que estuviera tan enojada y dolida.

—Cuéntame.

Tique respiró hondo.

—Tu madre te mantuvo en secreto por muchas razones. Eres consciente de una: tu eventual matrimonio con Hades, pero Deméter se escondió mucho antes de que llegaras. Ella fue violada.

Perséfone sintió que su garganta estaba en carne viva al tragar este conocimiento.

—¿Qué?

—Poseidón la engañó, atrayéndola hacia él en forma de caballo, y luego la atacó. Ese fue el comienzo de su odio hacia los otros Olímpicos. Continuó después de que ella fue a Zeus, rogando que castigara a su hermano y, sin embargo, se negó. No te digo esto para excusar su comportamiento hacia ti o hacia el mundo. Te lo digo para que entiendas el por qué.

—Yo... no lo sabía.

—Tu madre no ve la fuerza en su supervivencia.

Perséfone nunca se había planteado de dónde venía su madre, los abusos que había sufrido o superado.

Pero esto...

Este era el trauma de Deméter. Era la semilla que había plantado las raíces de su miedo al mundo, su miedo por ella. Poseidón y Zeus eran uno de los tres; cuando se trataba de Hades, era probable que Deméter no tuviera espacio para considerarlo digno.

—Ella nunca fue la misma —continuó Tique—. Creo que enterró partes de sí misma para poder existir, pero al hacerlo, perdió la parte de sí misma que también vivía.

Perséfone intentó inhalar, pero no lo consiguió.

—Lo siento, Perséfone.

—Me alegra que me lo hayas contado —dijo, aunque su mente daba vueltas con una nueva comprensión. A pesar del mal que Deméter había cometido, Perséfone podía ver los hilos que llevaban a su madre por ese camino y, al final, no tenían nada que ver con ella y sí con el trauma. Poseidón la había roto; Zeus la había aplastado, y ella había tenido que existir en un mundo en el que ellos seguían siendo poderosos y tenían el control.

—¿Lo sabe Hades? —preguntó Perséfone.

—No sé si Deméter se lo dijo a alguien, salvo a mí.

No estaba segura de por qué, pero eso la hizo respirar un poco más tranquila.

—¿Qué hago?

Tique se encogió de hombros.

—Es difícil saberlo. Quizás vivir con el conocimiento de que Deméter hizo lo mejor que pudo dadas sus circunstancias y, sin embargo, saber que eso no significa que tu trauma no sea válido. Todos estamos rotos, Perséfone. Lo que importa es lo que hacemos con los pedazos.

Deméter estaba utilizando sus piezas para hacer daño, y Perséfone sabía que, al final, a pesar de las luchas de su madre, habría que detenerla.

—Gracias, Tique.

—No será fácil, Perséfone. El sistema está roto; algo nuevo debe ocupar su lugar, pero no hay promesas en la guerra, no hay garantía de que lo que defendemos vaya a ganar.

—Y, sin embargo, la oportunidad vale la pena... ¿no?

Tique sonrió, un poco triste y dijo:

—Eso es la esperanza. El mayor enemigo del hombre.

Después de salir del Jardín de los Niños, Perséfone se dirigió a la biblioteca, vagando por los estantes, recogiendo material sobre la Titanomaquia, curiosa por los acontecimientos que habían llevado a la derrota de los Titanes y al reinado de los Olímpicos. Una vez reunidos algunos libros, se sentó ante el fuego y leyó.

La mayoría de los textos detallaban la amargura y la lucha de la batalla, pero también la capacidad de Zeus para seducir y elaborar estrategias. Tenía un historial de manipulación y regateo para conseguir la lealtad de dioses y monstruos, prometiendo poder a los dioses y ambrosía y néctar a los monstruos. Perséfone no conocía esta versión del Dios del Trueno: *¿aún existía? ¿Estaba tan cómodo en su posición y poder que había perdido su ventaja? ¿O su feliz ignorancia y su naturaleza indulgente eran más bien una treta?*

Sintió a Hades antes de verlo: su presencia se deslizó por su cuello y columna vertebral, como si sus labios recorrieran su piel. Se puso rígida. Teniendo en cuenta la noche que habían pasado juntos, no esperaba verlo hoy y, sin embargo, apareció en su periferia. El Dios de los Muertos siempre tenía el aspecto de haberse manifestado desde la sombra, pero bajo su piel y detrás de sus ojos se movía algo más oscuro que le heló la sangre.

Perséfone bajó su libro y se miraron durante un largo rato. Él mantuvo la distancia y ella sintió la extrañeza que había entre ellos, una tensión que le oprimía la piel y le ahogaba el pecho. Quería decir algo sobre la noche anterior, decirle que lo sentía y que no entendía por qué había sucedido, pero esas palabras eran demasiado duras.

—Hablé con Tique hoy —dijo en cambio—. Cree que la razón por la que no pudo curarse fue porque las Moiras cortaron su hilo.

Hades se quedó mirando un momento, con una expresión vacía. Este era un Hades diferente, uno que salía a la superficie cuando el otro no se molestaba en sentir.

—Las Moiras no cortaron su hilo —dijo.

Perséfone esperó a que continuara y, al no hacerlo, le preguntó:

—¿Qué estás diciendo?

—Esa Tríada ha logrado encontrar un arma que puede matar a los dioses. —Hades habló con naturalidad, sin que hubiera preocupación o ansiedad en su tono.

—Sabes lo que es, ¿no?

—No con seguridad —respondió.

—Dime.

Hades se detuvo un momento. Era como si no supiera por dónde empezar... o quizás algo más que no quería contar.

—Has conocido a la hidra —dijo—. Ha estado en muchas batallas en el pasado, ha perdido muchas cabezas, aunque, simplemente se regenera. Las cabezas no tienen precio porque su veneno se utiliza como veneno. Creo que Tique fue derribada por una nueva versión de la red de Hefesto y apuñalada con una flecha envenenada por la hidra, una reliquia, para ser más específicos.

—¿Una flecha envenenada?

—Fue la guerra biológica de la Antigua Grecia —dijo Hades—. He trabajado durante años para sacar de la circulación reliquias como estas, pero hay muchas, y redes enteras dedicadas a conseguirlas y venderlas. No me sorprendería que la Tríada haya conseguido hacerse con unas cuantas.

Perséfone dejó que esa información se asimilara antes de decir:

—Creí que habías dicho que los dioses no podían morir a

menos que fueran arrojados al Tártaro y despedazados por los Titanes.

—Normalmente —dijo Hades—. Pero el veneno de la hidra es potente, incluso para los dioses. Ralentiza nuestra curación y probablemente, si un dios es apuñalado demasiadas veces...

—Se mueren.

Eso daría sentido a por qué Tique no pudo curarse. Después de un momento, Hades habló, y las palabras que salieron de su boca, la conmovieron, no solo por lo que dijo, sino porque estaba ofreciendo información y él nunca lo hacía.

—Creo que Adonis también fue asesinado con una reliquia. Con la guadaña de mi padre.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

Hubo un segundo de silencio.

—Porque su alma estaba destrozada.

Perséfone comprendió. Adonis había ido al Elíseo a descansar por la eternidad. Su alma era la magia con la que florecían las amapolas o las granadas.

—¿Por qué no me lo dijiste?

De nuevo, se quedó callado, pero esperó a que hablara.

—Supongo que tenía que llegar a un lugar donde pudiera decírtelo. Ver un alma destrozada no es fácil, llevarla al Elíseo es aún más difícil.

La mirada de sus ojos atormentados le dijo que no entendería lo que Hades había visto.

Perséfone apartó su libro y susurró su nombre, desesperada por calmarlo, pero cuando se movió, él pareció ponerse rígido, con los ojos dirigiéndose al libro.

—¿Qué estabas leyendo? —preguntó cambiando de tema, y Perséfone sintió un eco de dolor palpitando en su pecho.

—Estaba buscando información sobre la Titanomaquia —

dijo, y observó cómo la mandíbula de Hades se tensaba.

—¿Por qué?

—Porque... creo que mi madre tiene objetivos más grandes que separarnos.

XXVII



EL MUSEO DE LA ANTIGUA GRECIA

Era tarde cuando Perséfone se despertó y encontró el espacio a su lado vacío. Hades no había venido a la cama. Se levantó y fue en su busca, encontrándolo fuera, en el balcón, envuelto en la noche. Se puso detrás de él y le rodeó la cintura con los brazos. Él se tensó y sus manos se aferraron a las de ella, rompiendo su agarre mientras se giraba hacia ella.

—Perséfone.

Le sorprendió un poco la rapidez con la que se había girado.

—¿No vas a venir a la cama? —preguntó, con la voz susurrada.

—Estaré en breve —dijo, soltándose. Perséfone se llevó la mano al pecho.

—No te creo.

Se quedó mirando un momento, con una expresión inexpresiva.

—No puedo dormir —dijo—. No quiero molestarte.

—No me vas a molestar —dijo—. Tu ausencia es la razón por la que no puedo dormir.

Se sintió un poco tonta al decirlo en voz alta, pero era cierto que su presencia le facilitaba la relajación.

—Los dos sabemos que eso no es cierto —dijo, y ella se estremeció ante sus palabras, porque sabía que se refería a Pirítoo. Se mordió el interior de la mejilla para evitar que le temblara la boca. En el tiempo que llevaba conociendo a Hades, él nunca la había rechazado, y, sin embargo, aquí estaba, resistiéndose. Le dolía y se sentía culpable.

—Tienes razón —dijo ella—. No es cierto.

Lo dejó allí, pero en lugar de volver a su cama, se dirigió al pasillo, a la Suite de la Reina, donde se metió bajo las frías mantas y lloró.

Perséfone estaba sentada detrás de su escritorio, con una taza de café entre las manos. Miraba fijamente el vapor que se extendía en el aire, incapaz de concentrarse. No había dormido y se sentía aturdida. Su cuerpo no deseaba otra cosa que encontrar un lugar tranquilo y echarse una siesta, pero sus pensamientos eran caóticos y se repetían en su cabeza.

Agonizó, dudando entre sentirse culpable o enojada por la distancia de Hades. Tal vez debería haber forzado la conversación en torno a su reacción, pero después de que él se negara a ir a la cama, había perdido la confianza y, en cambio, se sentía ansiosa por abordar el tema. Se había desencadenado de la nada, y había arremetido contra Hades, y aunque sabía que él también había sufrido, no era nada comparado con lo avergonzada, lo devastada, lo violada que se sentía.

Se le ocurrió otro pensamiento: *¿y si él ya no estaba dispuesto a explorar sus fantasías con ella? ¿Y las suyas propias?*

Un golpe llamó su atención y Leuce entró con un brazo

lleno de periódicos. Parecía tan agotada como se sentía Perséfone.

—¿Estás bien? —preguntó Perséfone.

La ninfa colocó la pila sobre su escritorio y se encogió de hombros.

—No he dormido bien desde...

Sus palabras se desviaron, pero no necesitó terminar su frase porque Perséfone sabía que estaba luchando después del ataque al Estadio Talaria.

—Algunas cosas no han cambiado desde la antigüedad —dijo Leuce—. Se sigue matando, solo que con armas diferentes.

No se equivocaba: la sociedad era tan violenta como pacífica.

Los ojos de Perséfone se posaron en el montón de periódicos que Leuce le había traído. El primero era de *Noticias Nueva Atenas* y el titular era sobre el ataque al estadio de Talaria:

MUERTE Y VIOLENCIA:

LA CONSECUENCIA DE SEGUIR A LOS DIOS

Era un artículo de Helen que afirmaba que el ataque había sido diseñado por la Tríada para forzar el cambio, y que, sin conflicto, los mortales seguirían viviendo bajo el pulgar de los dioses.

Se eligió el estadio porque los juegos representaban el control que los dioses seguían teniendo sobre la sociedad y, para que eso cambiara, había que dismantelarlo. El problema era que, de las ciento sesenta personas que habían muerto en ese estadio, ¿cuántas de ellas querían ser mártires de la Tríada?

La respuesta de Helen fue cruel: ¿dónde estaban sus dioses?

—No puedo creer que Demetri haya aprobado ese artículo —dijo Leuce, pero Perséfone tenía la sensación de que Demetri no había tenido mucho que decir en esto—. Helen se ha vuelto loca.

—No creo que crea realmente lo que escribe —dijo Perséfone—. No creo que piense por sí misma en absoluto.

De hecho, Perséfone estaba segura de ello.

—Si la vuelves a ver, por favor, conviértela en un árbol —dijo Leuce.

Perséfone soltó una pequeña carcajada cuando Leuce se marchó, cerrando la puerta tras ella. Por un momento, se hundió en su silla, sintiéndose aún más agotada que antes. La traición de Helen había sido impactante, pero esto era algo más. Algo mucho peor. Casi como una declaración de guerra.

Se enderezó lo suficiente y leyó unos cuantos artículos más, sintiendo su corazón más y más pesado con cada titular:

Al menos 56 muertes atribuidas a las condiciones meteorológicas invernales, solo la semana pasada

Millones de personas sin electricidad ni agua debido al peligroso clima invernal

Muchos temen una crisis alimentaria en medio del temporal de invierno

Pero fue un epígrafe en particular el que llamó su atención cerca de la parte inferior de la página:

Robo de varios objetos en un museo

Perséfone pensó que eso era extraño y recordó que Hades había mencionado reliquias procedentes del mercado negro, pero, ¿y si habían sido tomadas de museos?

Mi madre se esconderá a plena vista.

Perséfone llamó a Ivy a la recepción.

—¿Sí, mi señora?

—Ivy, haz que Antoni traiga el auto. Voy a salir unos

minutos.

—Por supuesto. —Hubo una pausa y luego añadió—: Y... ¿qué debo decirle a lord Hades? ¿Si pregunta dónde has ido?

Perséfone se puso rígida ante la pregunta. Estaba frustrada con Hades, pero tampoco quería que se preocupara.

—Puedes decirle que he ido al Museo de la Antigua Grecia —respondió Perséfone y colgó.

Se puso la chaqueta y bajó las escaleras, pasando por el escritorio de Ivy.

—Disfrute de su salida, mi señora —dijo Ivy mientras salía del edificio.

Bajó los escalones helados. Antoni esperó, sonriendo a pesar del frío.

—Mi señora —dijo, abriendo la puerta del Lexus.

—Antoni —dijo con una sonrisa mientras se deslizaba en la cálida cabina. Cuando el cíclope entró en el lado del conductor, preguntó—: ¿A dónde, mi señora?

—El Museo de la Antigua Grecia.

La frente de Antoni se frunció, señal de su sorpresa.

—¿Investigación? —preguntó.

—Sí —respondió—. Podría llamarse así.

El Museo de la Antigua Grecia estaba situado en el centro de Nueva Atenas. Antoni la dejó en la acera y ella se dirigió por el patio hacia unas escaleras de mármol y la entrada del edificio. Perséfone había visitado el museo muchas veces, normalmente en días soleados en los que la plaza estaba llena de gente. Hoy, sin embargo, el paisaje era árido y deslumbrante, las estatuas de mármol, que normalmente cegaban bajo la luz, estaban enterradas bajo montones de nieve.

Al entrar en el museo y pasar por el control de seguridad, se detuvo a respirar, tratando de captar la magia de su

madre, pero todo lo que pudo oler fue café, limpiadores y polvo. Paseó por las exposiciones, cada una dedicada a una época diferente de la Antigua Grecia. Las exposiciones eran hermosas y los objetos estaban dispuestos con elegancia. A pesar de la intriga, se fijó en las personas, buscando la familiaridad en sus expresiones o en el movimiento de su cuerpo. Era difícil identificar a un dios si había manipulado demasiado su glamour.

No estaba segura de cuánto tiempo había vagado por el museo, pero al cabo de una hora había recorrido todas las exposiciones, excepto el ala infantil. Mientras miraba su entrada, de colores brillantes, con una letra exagerada y columnas caricaturescas, percibió un olor familiar, almizclado y cítrico, que le heló la sangre.

Deméter.

Su corazón latía con más fuerza a medida que se adentraba más y más en el ala colorida e interactiva, pasando por las estatuas de cera y las maquetas de edificios antiguos, siguiendo el aroma de la magia de Deméter hasta que la encontró en el centro de un grupo de niños. Definitivamente había tomado medidas para ocultar su verdadera identidad, aparentando más edad con el cabello canoso y algunas arrugas más, sin embargo, seguía manteniendo ese aire altivo que tanto le recordaba a su madre.

Al parecer, estaba dando una vuelta, y ahora mismo estaba explicando la historia de los Juegos Panhelénicos y su importancia en su cultura.

Esto no es lo que había imaginado, incluso cuando había adivinado que Deméter se escondía a plena vista.

Verla con los niños era como ver a otro dios. Ya no era severa y había una luz en sus ojos que Perséfone no había visto desde que era muy joven. Entonces Deméter levantó la vista y se encontró con la mirada de Perséfone, y toda aquella amabilidad se desvaneció. El momento fue breve, un parpadeo

de decepción, ira y disgusto, antes de que volviera a mirar a los niños, con una sonrisa bailando en su rostro tan amplia que sus ojos se arrugaron.

—¿Por qué no pasan un tiempo explorando? Estaré aquí si tienen alguna pregunta. ¡Adelante!

—¡Gracias, señora Doso! —dijeron los niños al unísono.

Perséfone no se movió una vez que los niños se alejaron, pero Deméter se volvió hacia ella, entrecerrando los ojos y levantando la barbilla en el aire.

—¿Has venido a matarme?

Perséfone se estremeció.

—No.

—Entonces has venido a reprenderme.

Perséfone no respondió inmediatamente.

—¿Y bien? —El tono de Deméter era cortante.

—Sé lo que te pasó... antes de que yo naciera —dijo Perséfone, notando la sorpresa en la mirada de Deméter, en la forma en que sus labios se separaron. Aun así, solo fue un momento de debilidad, un instante en el que Perséfone vislumbró el verdadero dolor de su madre y se angustió antes de volver a enterrarlo, frunciendo el ceño.

—¿Ahora pretendes entenderme?

—Nunca pretendería saber por lo que has pasado —dijo Perséfone—. Pero me gustaría haberlo sabido.

—¿Y qué habría cambiado eso?

—Nada, salvo que podría haber pasado menos tiempo enojada contigo.

Deméter ofreció una sonrisa salvaje.

—¿Por qué lamentar la ira? Alimenta muchas cosas.

—¿Te gusta la venganza?

—Sí —siseó.

—Sabes que puedes parar esto —dijo Perséfone—. No se puede luchar contra el Destino.

—¿Te lo crees? —preguntó Deméter—. ¿Dado el destino de Tique?

Los labios de Perséfone se aplanaron. Era la admisión de Deméter.

—Ella te amaba —dijo Perséfone.

—Quizás... y, sin embargo, también me dijo que no podía luchar contra el Destino, y aquí estoy: su hilo cortado por mis manos.

—Todo el mundo puede asesinar, madre —dijo Perséfone.

—Y, sin embargo, no todo el mundo puede asesinar a un dios —replicó.

—Así que este es tu camino —dijo Perséfone—. ¿Todo porque me enamoré de Hades?

Los labios de Deméter se curvaron.

—Oh, hija, esto está más allá de ti. Derribaré a cada Olímpico que se ponga del lado del Destino, a cada adorador que los tenga en alta estima, y finalmente, los mataré también, y cuando haya terminado, destrozaré este mundo a tu alrededor.

La ira de Perséfone sacudió su cuerpo.

—¿Crees que me mantendré al margen y miraré?

—Oh, flor. No tendrás elección.

Fue entonces cuando Perséfone comprendió que no podía recuperar a la Deméter que había bajo la superficie. Aquella diosa hacía tiempo que se había ido, y aunque aparecía de vez en cuando, cuando sonreía a los niños y cuando recordaba su trauma, nunca volvería a ser aquella persona. Esta es la persona que ella creía que tenía que ser para sobrevivir.

Había perdido a su madre hacía mucho tiempo y esto... esto era un adiós.

—Los Olímpicos te están buscando.

Entonces Deméter ofreció una horrible sonrisa. Parecía que iba a hablar cuando fue interrumpida.

—¡Señorita Doso! —dijo un niño y Deméter se volvió, su boca torcida y sus ojos estrechos desaparecieron, sustituidos por una sonrisa y unos ojos brillantes.

—¿Sí, cariño? —Su voz era tranquila y fría, un tono reservado para las dulces nanas.

—¡Cuéntanos la historia de Heracles!

—Por supuesto. —Ofreció una risa que sonó plateada. Su mirada se dirigió a Perséfone y, una vez más, su falsa fachada se desvaneció y habló—: Deberías temer que me busquen, hija.

Entonces la Diosa de la Cosecha se volvió, despidiendo a Perséfone sin otra mirada.

Las palabras de Deméter fueron una advertencia, y arrojaron una horrible sombra sobre su corazón. Perséfone respiró profundamente, odiando cómo se le llenaba la garganta con el sabor de la magia de su madre, y salió del museo.

XXVIII



UN TOQUE DE TERROR

Perséfone no volvió al trabajo tras su visita al museo. En su lugar, se teletransportó al Inframundo y fue en busca de Hécate, encontrando a la diosa en su pradera, esperando. Hoy iba vestida de negro, a juego con Nefeli, que estaba sentada detrás de ella, como un presagio. Se frenó al verlas, la ansiedad brotó en su pecho. Hécate nunca la esperaba; siempre estaba haciendo algo: recogiendo hierbas y setas, preparando venenos o maldiciendo a los mortales.

Se detuvo en el borde del prado y miró a la diosa.

—Sentí tu rabia en el momento en que entraste en el Inframundo —dijo Hécate.

—Estoy cambiando, Hécate —dijo Perséfone, con la voz quebrada.

—Estás evolucionando —corrigió Hécate—. Lo sientes, ¿verdad? La oscuridad que se eleva.

—No quiero ser como mi madre.

Era su mayor temor, algo en lo que había pensado desde la noche en que le pidió a Hades que la llevara a Tártaro para poder torturar a Pirítoo.

—No me inmuto ante la tortura —dijo Perséfone—. Deseo

vengarme de aquellos que me han hecho daño. Mataría para proteger mi corazón. Ya no sé quién soy.

—Eres Perséfone —dijo Hécate—. La reina predestinada de Hades.

Su pecho subía y bajaba con respiraciones pesadas.

—No debes avergonzarte de herir a la gente que te hace daño —dijo Hécate—. Es la naturaleza de la batalla.

Habían hablado de combate y de guerra, eran palabras que se habían enhebrado en las conversaciones de los últimos meses: batalla con Deméter, guerra con los dioses.

—Pero eso significa que no soy mejor que los que me hacen daño.

Hécate ofreció una risa sarcástica.

—Quienquiera que lo haya dicho nunca ha sido herido, ni como tú ni como yo.

Perséfone quería hacer más preguntas a Hécate: ¿cómo la habían herido? Pero también conocía el tipo de dolor que desataban esas preguntas, y no deseaba provocarlo en la diosa.

—Tu madre prepara una guerra contra el Mundo Superior —dijo Hécate—. ¿Deseas derrotarla?

—Sí —siseó Perséfone.

—Entonces te enseñaré —dijo Hécate, y sus palabras fueron seguidas por una terrible oleada de poder mientras el fuego negro se acumulaba en sus manos, proyectando sombras en su rostro. Tenía un aspecto aterrador, con el rostro ceniciento y sin color.

—Lucharé contra ti como lo hará tu madre —dijo—. Pensarás que nunca te he querido.

Antes que pudiera pensar demasiado en esas palabras, Hécate desató su magia de sombras. Cuando impactó, fue lanzada hacia atrás, contra el tronco de un árbol. El dolor era

insoportable, un dolor agudo que la hacía sentir como si su columna se hubiera roto en pedazos. No podía moverse, así que inmediatamente invocó su magia, trabajando para curarse, pero el repentino bramido de Nefeli convirtió la sangre de Perséfone en hielo. Se había olvidado de la criatura que se dirigía hacia ella.

No estaba completamente curada cuando se puso en pie y extendió la mano, utilizando su magia para teletransportar a la criatura a otra parte del Inframundo. Al otro lado de la pradera, Hécate se quedó quieta y, por primera vez desde que Perséfone conoció a la Diosa de la Brujería, se dio cuenta de que nunca había sentido realmente su magia. La había sentido en ráfagas, como luces fantasmales que se encendían en la oscuridad, que la guiaban de forma intermitente y que olían a salvia y tierra. Esta magia, la que había invocado para luchar, era diferente. Era antigua. Olía amargo y ácido como el vino, pero dejaba un sabor en la garganta, un sabor metálico parecido al de la sangre. Al sentirla, una sensación de temor se incrustó en su corazón y, de repente, su latido irregular era lo único en lo que podía concentrarse: eso y la rápida aproximación de Hécate.

Se concentró en curar y reunir su poder, recordando las palabras que Hades había utilizado mientras luchaba contra ella en la arboleda.

Si estuvieras luchando contra cualquier otro Olímpico, cualquier enemigo, nunca te habrían dejado ponerte en pie.

Hécate siguió esta regla, enviando más magia de las sombras hacia ella. Perséfone levantó la mano y, durante unos segundos, todo se ralentizó, pero, a diferencia de las otras veces que había conseguido congelar el tiempo, la magia de Hécate palpitó, como si antes solo hubiera utilizado una fracción de ella, destruyendo su hechizo. Las sombras volvieron a chocar contra ella, haciéndola volar hacia atrás. Aterrizó con fuerza, el viento se le fue de los pulmones, la tierra se amontonó a su alrededor mientras se detenía

deslizándose.

Mientras estaba allí, el suelo empezó a temblar y a rugir. Sintió que la tierra se abría debajo de ella y se puso de rodillas, clavando las uñas para no caer en el abismo que se había abierto bajo ella. Levantó la vista y encontró a Hécate a pocos metros de distancia. Tenía los ojos negros. Había roto la tierra sin mover un dedo. Había utilizado una magia poderosa y no estaba aletargada. Tenía a Perséfone de rodillas y solo había utilizado una pizca de sus habilidades.

Intentó levantarse, pero solo consiguió caer un poco más.

—Hécate... —El nombre de la diosa salió de sus labios, pero no se conmovió con su súplica. En cambio, su respuesta fue lanzar más llamas. Perséfone cayó, gritando en el abismo. La oscuridad duró solo unos segundos antes de que volviera a aterrizar en el claro de la batalla. Se estrelló varios metros en el suelo antes de descansar en el fondo de un cráter.

Se quedó tumbada durante un segundo, parpadeando hacia el cielo del Inframundo. Era brumoso y brillante.

De nuevo, recordó las enseñanzas de Hades.

¿Cómo puedo luchar si no sé qué poder utilizarás contra mí?

Nunca lo sabrás.

Se teletransportó, apareciendo detrás de Hécate, con la magia agitándose en su sangre. Nada más aterrizar, la diosa de la magia se giró y, esta vez, en lugar de lanzar una sombra, surgieron del suelo unas vides negras y espinosas. Los ojos de Perséfone se abrieron de par en par antes de desaparecer una vez más. Cuando apareció a unos metros de distancia, cavó profundamente, invocando su magia, y una enredadera espinosa similar surgió del suelo, más gruesa y afilada, con púas de color rojo. Se enredó con la de Hécate, formando una barrera entre las dos diosas.

—Finalmente —dijo Hécate, y una sonrisa malvada se

dibujó en su rostro.

Perséfone sintió cómo estallaba la magia de Hécate, una energía tan feroz y mortífera que le hizo vibrar el corazón en el pecho. Entonces, la maraña de espinas explotó y Perséfone cayó al suelo, cubriéndose la cabeza mientras las púas se esparcían por el claro. Sintió varios pinchazos agudos cuando su cuerpo fue atravesado por ellas. Rugió a pesar del dolor, y su magia la invadió, empujando la madera astillada fuera de su cuerpo y sellando las heridas.

—Tú eres la única que puede detener a tu madre —dijo Hécate—. Sin embargo, me parece que estás esperando que los Olímpicos intervengan.

Perséfone se estremeció. Hécate no se equivocaba, pero la diferencia era que los olímpicos eran mucho más poderosos que ella.

—Quizás más poderosos entonces, pero, ¿ahora? —preguntó Hécate.

—Sal de mi cabeza —dijo Perséfone entre dientes. La diosa de la brujería la ignoró.

—¿Y si no se ponen de tu lado? ¿Y si los separan a ti y a Hades?

Las manos de Perséfone temblaron, y hubo un cambio en su interior, un cambio en su magia. Estaba sacando de un pozo al que solo había accedido una vez.

Estaba oscuro.

Era una parte de ella en la que había almacenado su ira, sus dudas y su miedo, todos los pensamientos y experiencias negativas que había tenido. Esa energía se filtró de su cuerpo a la tierra. A su alrededor, las hojas y la hierba se marchitaron, las ramas de los árboles cayeron como si estuvieran fundidas.

Estaba drenando la magia de Hades del Inframundo, robando su vida para alimentar la suya.

Si Hécate se dio cuenta, no dudó en su discurso.

—Zeus tomará el camino de la menor resistencia. Tú eres la menor resistencia. Eres débil.

—No soy débil.

—Demuéstralo.

La tierra a sus pies era ahora estéril. Los árboles que una vez fueron frondosos y esmeralda se habían convertido en cenizas, los restos arrastrados mientras una oscuridad se reunía alrededor de Perséfone, levantando su cabello y rasgando sus ropas.

—Soy la Diosa de la Vida —dijo Perséfone—. La Reina de la Muerte.

Mientras las sombras se arremolinaban, Perséfone sintió que ella misma se convertía en oscuridad.

—Soy el principio y el fin de los mundos.

En el siguiente segundo, arremetió, moviéndose más rápido de lo que se había movido en su vida y, al acercarse a Hécate, juntó las manos. Una energía oscura salió disparada y golpeó a la diosa en el pecho. Voló hacia atrás, arrastrando los pies por el suelo, desgarrando la tierra. Aterrizó en una maraña de espinas que Perséfone había convocado, enredando sus muñecas y sus tobillos.

Cuando el polvo se asentó, Perséfone se quedó respirando con dificultad, su cuerpo zumbaba por la energía que había logrado convocar desde el Inframundo.

Hécate sonrió.

—Bien hecho, querida —dijo—. ¿Vamos a tomar el té?

Perséfone sintió algo húmedo bajo su nariz y, al tocarse los labios, sus dedos salieron cubiertos de sangre.

Sus cejas se juntaron.

—Huh —murmuró—. Sí, me encantaría.

Se retiraron a la cabaña de Hécate, dejando la pradera vacía de magia.

—¿Debo... restaurarlo? —preguntó Perséfone mientras se alejaban.

—No —dijo Hécate, indiferente—. Deja que Hades vea tu obra.

Perséfone no discutió. Se sentía cansada, aunque no tan agotada como en el pasado cuando había usado su magia. La sangre era nueva, sin embargo, y al sentarse en la mesa de Hécate, la diosa le entregó un paño negro.

—Has usado mucho poder —explicó Hécate—. Tu cuerpo se acostumbrará.

Un aroma terroso y amargo llenaba el espacio mientras Hécate preparaba el té.

—¿Has pensado más en la boda? —preguntó Hécate—. Las almas están ansiosas por confirmar una fecha.

—No lo he hecho —contestó Perséfone, mirándose las manos: tenía las uñas rotas y los dedos sucios. La boda le hizo aflorar otros sentimientos, como la culpa. De repente, quiso volver a luchar solo para no tener que enfrentarse a lo que sentía.

Hécate le puso delante una taza de té humeante junto con un tarro de miel.

—Tendrás que endulzarlo —dijo—. Es corteza de sauce, así que será amarga.

Perséfone añadió la miel lentamente y dio un sorbo al té. Se concentró mucho en la tarea, evitando el contacto visual con Hécate, aunque sabía que la diosa la miraba fijamente.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Hécate, sentándose frente a Perséfone.

No sabía qué responder, así que se quedó callada, pero sus ojos se empañaron de lágrimas.

—¿Querida? —La voz de Hécate era grave.

—No —susurró, y su voz se quebró—. No estoy bien.

Hécate cruzó la mesa y cubrió la mano de Perséfone con la suya.

—¿Quieres contarme?

Perséfone tragó, las lágrimas cayeron silenciosamente por su rostro.

—Ha sido un día muy largo —dijo en voz baja. Hizo una pausa y luego habló—. Tengo miedo de que Hades se distancie de mí.

—No creo que sea capaz de mantenerse alejado mucho tiempo —replicó Hécate.

—No sabes lo que hice.

—¿Qué has hecho?

Perséfone contó lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior. Tuvo que hacer una pausa para respirar hondo, pues no esperaba tener una respuesta tan visceral por el mero hecho de recordar la experiencia, pero incluso ahora, al pensar en cómo habían empezado, con besos sanadores que poco a poco se habían transformado en algo más apasionado, y en cómo terminaron, con el horror de revivir el secuestro de Pirítoo, se dio cuenta de que su corazón se aceleraba y le dolía el pecho.

—Cariño, no has hecho nada malo.

No se había sentido así cuando se había despertado sola.

—Puede ser cierto que Hades se distancie, es probable que lo haga porque piensa que te ha hecho daño.

Sabía que eso era cierto. Nunca olvidaría la expresión de horror que había puesto cuando se dio cuenta de lo que había pasado.

—Le hice daño —respondió.

—Lo asustaste —aclaró Hécate—. Hay una diferencia.

—Odio a Pirítoo por lo que ha hecho. Primero invadió mis sueños y ahora la parte más sagrada de mi vida con Hades.

—Olvidalo si eso ayuda —dijo Hécate—. Pero Pirítoo no se irá hasta que te enfrentes a lo que te pasó.

Perséfone tragó.

—Me siento... ridícula. Tanta gente ha experimentado cosas peores...

Pensó en Lara, que había sido violada por Zeus.

—No compares los traumas, Perséfone —dijo Hécate—. No servirá de nada. Encontrarás la manera de recuperar tu poder.

—Me siento poderosa cuando estoy con Hades. Me siento más poderosa cuando tenemos sexo. No sé por qué, solo me asombra que este dios adore mis pies.

—Entonces recupera ese poder —dijo Hécate—. El sexo tiene que ver con el placer tanto como con la comunicación. Habla con Hades. Dile lo que necesitas.

Perséfone se encontró con la mirada de Hécate.

—Lo amo, Hécate. El mundo quiere quitármelo, y temo que, si no lo libero, habrá guerra.

—Oh, querida —dijo Hécate, con una nota de melancolía en su voz—. No importa tu elección, nada evitará la guerra.

XXIX



LA CURACIÓN

Perséfone cenó con las almas en Asfódelos. Cuando regresó al palacio, se bañó y se puso un camisón blanco que se pegaba a su piel húmeda. Al dirigirse a su habitación, no le sorprendió encontrarla vacía, a pesar de sentir la presencia de Hades en algún lugar del Inframundo. Pensó en su conversación con Hécate y supo que tenía que terminar con esto antes de que fuera más allá.

Saliendo al balcón, fue en su busca, bajando las escaleras hacia el exuberante jardín de Hades. El camino de piedra estaba fresco contra sus pies descalzos, y el aire se sentía húmedo como si acabara de llover, aunque, por lo que sabía Perséfone, no llovía en el Inframundo.

Cuando atravesó el sombreado dosel del jardín, el crepúsculo se asentó en tonos apagados de rosa, naranja y azul. Una luna austera se hacía más brillante, y, bajo ese hermoso cielo, estaba Hades. Cerbero, Tifón y Ortro corrían en círculos a su alrededor, aplastando la hierba mientras perseguían su bola roja. Fue Cerbero quien se fijó primero en ella, luego Tifón, después Ortro y, por último, Hades, que se giró y miró fijamente cuando se acercó. Sus ojos eran oscuros y quemaban cada parte de su piel expuesta. El deseo estalló

en su estómago, endureciendo sus pezones bajo la fina tela de su camisón.

Se detuvo a unos pasos de él.

—No te he visto en todo el día —dijo.

—Ha sido un día ajetreado —respondió—. Como el tuyo. He visto la arboleda.

—No pareces impresionado.

—Lo estoy, pero decir que estoy sorprendido sería una mentira. Conozco tus capacidades.

Hades siempre había conocido su potencial y, sin embargo, había sido el primero en enseñarle que su valor no estaba ligado a su poder. Era una lección difícil de aprender cuando el valor de los Divinos se basaba en sus habilidades.

El silencio se extendió entre ellos mientras las palabras que Perséfone quería decir se agolpaban en su boca. Hades parecía atormentado, allí de pie bajo su hermoso cielo. Ella lo deseaba tanto, su calor y su aroma. *Solo di las palabras*, pensó, respiró profundamente, como si se preparara, pero solo consiguió soltar un lento soplo de aire.

—¿Has venido a dar las buenas noches? —preguntó Hades.

Perséfone lo miró, sorprendida. Nunca lo buscaba para darle las buenas noches porque no tenía por qué hacerlo; él siempre se iba a la cama con ella, aunque no se quedara.

—¿No quieres venir a la cama conmigo? —preguntó ella, observando cómo la garganta de Hades se balanceaba.

—Me reuniré contigo en breve —respondió, pero no la miró. En su lugar, miró fijamente el horizonte que se desvanecía. Era la segunda noche que mentía.

Se le hizo un nudo en la garganta.

Consideró la posibilidad de marcharse, de huir, en realidad. Ante el muro que Hades estaba construyendo,

parecía más fácil huir que intentar derribarlo. Pero sabía que eso no era cierto.

—Quiero hablar de la otra noche —dijo, imprimiendo a su voz toda la confianza que pudo.

Su petición atrajo la atención de Hades: su mirada feroz, su mandíbula apretada, su cuerpo tenso. Abrió la boca y la cerró antes de apartar la mirada.

—No quería hacerte daño —dijo, y esas palabras abrieron una herida en carne viva en su pecho.

—Lo sé —dijo Perséfone, las lágrimas le quemaban los ojos. A su vez, la propia respiración de Hades se aceleró, como si estuviera conteniendo un dique de emociones.

—Estaba tan perdido en mi deseo, en lo que deseaba hacer contigo, que no vi lo que estaba pasando. Te empujé demasiado lejos. No volverá a suceder.

No, quería gritar. Era lo que temía: que Hades dejara de explorar con ella por miedo.

—¿Y si eso es lo que quiero? —preguntó.

Hades la miró fijamente, buscando su mirada, y ella continuó:

—Quiero probar tantas cosas contigo... Pero tengo miedo de que no me quieras.

—Perséfone... —Hades dio un paso tentativo hacia delante, luego otro.

—Sé que no es cierto, pero no puedo evitar cómo pienso, y creí que era mejor decir lo que pensaba que guardarlo para mí. No quiero dejar de aprender contigo.

Sus manos se posaron en el rostro de ella, un toque suave, como si fuera de porcelana. Le inclinó la cabeza para que su mirada se encontrara con la suya y habló:

—Siempre te querré.

Le dio un beso en la frente y, al apartarse, Perséfone se

aferró a sus antebrazos.

—Sé que te duele por mí, pero te necesito.

—Estoy aquí.

Le sostuvo la mirada y guio sus manos desde su rostro hasta sus pechos.

—Tócame —susurró—. Podemos ir despacio.

No soltó sus manos cuando le apretó suavemente los pechos, ni cuando el pulgar y el índice le rozaron los pezones.

—¿Qué más? —preguntó, con la voz baja y ronca.

—Bésame —dijo, y lo hizo. Sus labios se apretaron suavemente contra los de ella y su lengua se deslizó por el borde de su boca. Ella se abrió para él, saboreándolo, su ritmo un intercambio lento y embriagador. Las manos de Hades permanecieron en sus pechos, amasando y acariciando.

Entonces se acercó, con una mano en el cabello de ella, y se congeló de repente, apartándose.

—Lo siento, no pregunté si eso estaba bien.

—Está bien —susurró—. No pasa nada.

Se acercó a él y juntó sus labios. Esta vez, ella lo guio, introduciendo la lengua en su boca. Sus dedos se introdujeron en su sedoso cabello, liberándolo de su apretada atadura. Lo utilizó para acercarlo y besarlo con más fuerza, y entonces sus manos se desplazaron, bajando por su pecho hasta su polla, que se tensaba, desesperada por liberarse.

Esta vez, su mano se posó sobre la de ella y se apretó contra su palma.

—Tócame —dijo él.

Y lo hizo, primero a través de la tela, pero cuando eso no fue suficiente, le desabrochó el pantalón y liberó su sexo: era cálido, suave y duro, y mientras su mano se movía, trabajando desde la raíz hasta la punta, siguieron besándose hasta que Hades se apartó, con el rostro brillando de sudor.

—Arrodíllate —susurró ella, y ambos lo hicieron, besándose con desesperación hasta que Perséfone facilitó que Hades se pusiera de espaldas. Se levantó el camisón y se sentó a horcajadas sobre él, deslizándose sobre su sexo con el suyo propio; la fricción era deliciosa, y sin demora, lo guio dentro de ella. Dejó escapar una respiración tan profunda que parecía que su alma había abandonado su cuerpo. Hades gimió y sus dedos se clavaron en sus muslos.

—Sí —siseó él, mientras ella se movía, moviendo las caderas para sentirlo más profundamente. Se miraron y su respiración se aceleró. Perséfone tomó las manos de él, guiándolas por su cuerpo, hasta los pechos, por los costados, por el trasero.

—Joder. —La maldición de Hades fue baja y sin aliento.

Se inclinó hacia delante y lo besó, lo devoró, se ahogó en él; no había nada más que él bajo la luna tenue y el cielo estrellado, y cuando se debilitó demasiado para moverse, Hades se sentó, la agarró por el cuello y la espalda y la ayudó a deslizarse a lo largo de su polla hasta que se corrió.

Se sentaron en medio del campo, unidos, hasta que su respiración se calmó. Después, Perséfone se puso en pie con las piernas temblorosas. Hades le sujetó las manos desde el suelo.

—¿Estás bien?

Ella le sonrió.

—Sí. Muy bien.

Hades se puso de pie rápidamente y recuperó su aspecto. Tras un momento, le tendió la mano.

—¿Estás lista para la cama, querida?

—Siempre que tú también vengas.

—Por supuesto —respondió.

Cuando volvieron a atravesar el jardín, el paso de Hades se detuvo. Perséfone lo miró, recelosa.

—¿Qué pasa?

—Cuando dijiste que querías... *probar*... cosas conmigo. ¿Qué cosas, exactamente?

El rostro de Perséfone se sonrojó; era irónico, dado que acababan de tener sexo en el campo fuera del palacio.

—¿Qué estás dispuesto a enseñar? —preguntó.

—Todo —dijo—. Todo.

—Tal vez deberíamos empezar por donde fallamos —respondió—. Con... el sometimiento.

Hades la miró fijamente durante un largo momento, antes de apartarle un mechón del rostro.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

—Te diré cuando sienta miedo.

Hades apoyó su frente contra la de ella y, mientras hablaba, su aliento le calentó los labios.

—Tienes mi corazón en tus manos, Perséfone.

—Y tu polla también, por lo visto —dijo Hermes.

Se volvieron para encontrar al Dios de la Travesura de pie a unos pasos, con un aspecto muy divertido. Iba vestido como si hubiera salido de la antigüedad, con túnicas doradas que brillaban en la noche y sandalias que le apretaban las pantorrillas.

—Hermes —gruñó Hades.

—Pensé que interrumpir ahora era probablemente mejor que hace unos minutos —dijo.

—¿Estabas *mirando*? —preguntó Perséfone, dividida entre el enojo y la vergüenza.

—Para ser justos... estabas teniendo sexo en *medio del Inframundo* —señaló Hermes.

—Y yo te he lanzado igual de lejos —dijo Hades—.

¿Necesitas un recordatorio?

—Ah, no. Si te vas a enojar con alguien, enójate con Zeus. Él me envió.

El estómago de Perséfone dio un vuelco.

—¿Por qué? —preguntó.

—Se ha convocado una fiesta —dijo.

—¿Una fiesta? ¿*Esta noche*?

—Sí. —Hermes se miró la muñeca, y Perséfone observó que no tenía reloj—. Dentro de una hora exactamente.

—¿Y debemos asistir? —preguntó.

—Bueno, no te he visto tener sexo por nada —dijo Hermes con suavidad.

Perséfone puso los ojos en blanco.

—¿Por qué debemos asistir? ¿Y por qué con tan poca antelación?

—No lo dijo, pero tal vez haya decidido finalmente bendecir su unión. —Hermes hizo una pausa para reírse—. Quiero decir, ¿por qué iba a convocar un banquete si iba a decir que no?

—¿Conoces a mi hermano? —preguntó Hades, claramente no divertido.

—Por desgracia, sí. Es mi padre —respondió Hermes, y luego dio una palmada—. Bueno, los veré pronto.

Hermes se desvaneció.

Perséfone se volvió completamente hacia Hades.

—¿Crees que es verdad? ¿Que nos está convocando para bendecir nuestro matrimonio?

La mandíbula de Hades se relajó visiblemente antes de responder:

—No me aventuraré a adivinar.

Para Perséfone, eso se tradujo en: *No lo espero, y mentiría*

si no admitiera que eso solo la hizo sentir más incómoda.

—¿Qué me pongo? —preguntó Perséfone.

Hades la miró.

—Deja que te vista.

Ella sonrió.

—¿De verdad crees que eso es inteligente?

—Sí —dijo, acercándola con un brazo alrededor de su cintura—. Por un lado, no nos llevará mucho tiempo, lo que significa que tenemos aproximadamente cincuenta y nueve minutos para cualquier cosa que desees.

—¿Cualquier cosa? —preguntó ella, acercándose.

—Sí. —Hades suspiró.

—Entonces deseo... un baño.

Había pasado los últimos minutos revolcándose en la hierba con Hades. No hace falta decir que se sentía un poco sucia.

Hades se rio.

—Enseguida, mi reina.

XXX



UNA FIESTA EN EL OLIMPO

Hades caminó en círculo alrededor de Perséfone.

Ella estaba quieta, el centro de su mundo, llevando un vestido que él había materializado con su magia. Era suave y negro, y acentuaba las curvas de su cuerpo. Un elegante escote en forma de corazón y unas mangas largas con capa creaban una silueta regia. Un escalofrío recorrió su columna vertebral, haciendo que sus hombros se enderezaran y su espalda se arqueara ligeramente. Pensó que Hades podría haberse dado cuenta cuando habló, porque sus palabras salieron en un gruñido bajo y sensual.

—Suelta tu glamour —dijo.

Obedeció sin dudar, dejando que su glamour se desvaneciera para revelar su forma divina. Al igual que Hades, no utilizaba esta forma a menudo, salvo en los eventos del Inframundo. Se sentía más natural aquí, entre la gente que la reconocía y adoraba como diosa.

Cuando Hades se detuvo ante ella, la fuerza de su presencia le robó el aliento. Era impresionante, vestido de negro y con una corona de hierro. Su mirada azul brillante recorrió desde sus pechos hasta sus pies, demorándose en sus pechos y en la curva de sus caderas.

—Solo una cosa más —dijo, levantando las manos, y al hacerlo, apareció una corona. Hacía juego con la suya: todos los bordes dentados y negros.

Sus labios se curvaron cuando la colocó sobre su cabeza. La sorprendió lo ligera que se sentía.

—¿Estás haciendo una declaración, mi señor? —preguntó mientras sus manos caían a los lados.

—Pensé que era obvio.

—¿Que te pertenezco?

Hades le puso un dedo bajo la barbilla mientras hablaba.

—No, que nos pertenecemos el uno al otro. —La besó, y al apartarse, su suave mirada se conectó con la de ella—. Eres hermosa, querida.

Trazó la forma de su rostro, la curva de su nariz, el arco de sus labios. Estaba segura de haber memorizado cada hendidura, cada hueco y cada curva, pero de repente sintió la necesidad de asegurarse de haber interiorizado todas las partes de él por miedo a no volver a verlo.

Las cejas de Hades se juntaron, sus dedos rozaron el costado de su rostro.

—¿Estás bien?

—Sí. Perfecto —respondió, aunque ambos sabían que no estaba siendo del todo sincera. Tenía miedo—. ¿Estás listo?

—Nunca estoy listo para el Olimpo —dijo Hades—. No te vayas de mi lado.

No tendría ningún problema con eso, a menos que, por supuesto, Hermes la alejara.

Su agarre se apretó en el brazo de él mientras se teletransportaba, su corazón palpitaba en su pecho, ansioso por volver al antiguo hogar de los dioses, aunque algunos de ellos fueran amigos.

Llegaron al patio de mármol del monte Olimpo, donde se

alzaba ante ellos un arco de doce estatuas, cada una de las cuales estaba tallada para parecerse a los Olímpicos. Perséfone lo reconoció como el espacio donde el cuerpo de Tique había sido quemado. Era la parte más baja del Olimpo; el resto de la ciudad estaba construida en la ladera de la montaña y se accedía a ella por una serie de pasajes empinados. En los pisos superiores se escuchaba un fuerte clamor de voces y música. En la cima de la montaña había un templo en el que la luz cálida salía de las columnas arqueadas de un pórtico abierto.

—Supongo que ese es nuestro destino —preguntó Perséfone.

—Por desgracia —respondió Hades.

El paseo fue agradable: una escalera de caracol que los llevó a pasar por bonitas puertas y vistas excepcionales. A esta altura, las nubes estaban cerca, las estrellas brillaban y el cielo era de un azul intenso. Se preguntó cómo serían el amanecer y el atardecer desde aquí. Se imaginó que el bronce ardiente del sol probablemente bañaba el mármol en oro, y que a su alrededor habría nubes del mismo color. Sería un palacio dorado en el cielo, hermoso e indigno de quienes lo gobernaban.

La ascensión final al templo era un amplio conjunto de escaleras flanqueadas por dos grandes cuencas de fuego que conducían a un pórtico abierto. En la parte superior, Perséfone encontró una sala repleta de dioses, semidioses, criaturas inmortales y mortales favorecidos. Reconoció a todos los dioses y a algunos de los favorecidos, Ajax y Héctor, en particular, que llevaban chitones cortos y blancos y círculos de oro en el cabello, otros invitados iban vestidos de forma más extravagante y moderna, con vestidos que brillaban con lentejuelas y cuentas, y trajes de terciopelo o con un elegante brillo.

Había risas, emoción y una electricidad cargada en el aire

que no tenía nada que ver con la magia, hasta que aparecieron ellos.

Entonces, una a una, las cabezas se volvieron para mirar, y el silencio se extendió por la multitud. Hubo una serie de expresiones: intriga, miedo y ceños fruncidos de desaprobación, aunque el corazón le martilleaba en el pecho y apretó con fuerza la mano de Hades, mantuvo la cabeza alta y lo miró, sonriendo.

—Parece que no soy la única que no puede evitar mirarte, mi amor —dijo—. Creo que toda la sala está embelesada.

Hades se rio.

—Oh, querida. Te están mirando fijamente a ti.

Su intercambio alentó una oleada de susurros mientras se dirigían a la pista. La multitud se separó para ellos, como si temieran que el roce de cualquiera de los dioses los convirtiera en cenizas. A Perséfone le recordaba a una época en la que se sentía frustrada con Hades por dejar que el mundo pensara que era cruel. Ahora consideraba que probablemente era su mejor arma: el poder del miedo.

—¡Sefi!

Se giró a tiempo, soltando la mano de Hades, para encontrar a Hermes atravesando la multitud. Llevaba el traje más brillante que jamás había visto, de un tono amarillo que parecía la piel de un limón. Tenía las solapas negras y flores bordadas en la chaqueta en colores cerceta, rojo y verde.

—¡Estás impresionante! —dijo él, tomando sus manos entre las suyas y levantándolas como si quisiera inspeccionar su vestido.

Ella sonrió.

—Gracias, Hermes, pero debo advertirte que estás halagando la obra de Hades. Él hizo el vestido.

Se oyen algunos gritos de júbilo: el público, todavía silencioso desde su llegada, estaba escuchando.

—Claro que sí, y en su color favorito. —Observó Hermes, con una ceja alzada.

—En realidad, Hermes, el negro no es mi color favorito —dijo Hades, su voz tranquila, pero de algún modo resonante, y Perséfone sintió como si la sala contuviera colectivamente la respiración.

—Entonces, ¿cuál es? —la pregunta provino de una ninfa que Perséfone no reconoció, pero a juzgar por su cabello ceniciento, supuso que era una meliae, una ninfa del fresno.

La comisura de los labios de Hades se levantó al responder:

—Rojo.

—¿Rojo? —exigió otra—. ¿Por qué rojo?

La sonrisa de Hades creció y miró a Perséfone, con la mano puesta en su cintura. Imaginó que a él no le gustaba esta atención, pero le iba bien bajo el escrutinio.

—Creo que me empezó a gustar el color cuando Perséfone lo llevó en la Gala del Olimpo.

Se sonrojó, no pudo evitarlo. Aquella noche había cedido a su deseo por él y, tras ello, había sentido la vida por primera vez, un débil latido en el mundo que la rodeaba.

Algunas personas suspiraron con anhelo, mientras que otras se burlaron.

—¿Quién iba a pensar que mi hermano sería tan sentimental? —La pregunta procedía de Poseidón, que estaba de pie casi en la mitad de la sala. Llevaba un traje azul aguamarina, el cabello recogido en una onda rubia y unos cuernos en forma de sacacorchos que sobresalían de su cabeza. En su brazo había una mujer que Perséfone sabía que era Anfítrite. Era hermosa, regia, con un cabello rojo brillante y un rostro delicado. Se aferraba a Poseidón, y Perséfone no podía saber si era por devoción o por miedo a su mirada errante.

Una vez que Poseidón habló, soltó una carcajada, carente de humor, y bebió de su vaso.

—Ignóralo —dijo Hermes—. Ha tomado demasiada ambrosía.

—No le pongas excusas —dijo Hades—. Poseidón es siempre un imbécil.

—¡Hermano! —Se oyó otra voz y Perséfone se encogió cuando el gran cuerpo de Zeus se abrió paso entre la multitud. Iba vestido con un chitón azul claro que se cerraba sobre un hombro, dejando parte del pecho al descubierto. Su cabello, que le llegaba hasta los hombros, y su poblada barba eran de color oscuro, pero con hilos de plata. Perséfone no pudo evitar pensar que su actitud bulliciosa era todo un acto de engaño. Bajo la superficie de este dios había algo oscuro—. Y hermosa Perséfone. Me alegra que hayan podido venir.

—Tenía la impresión de que no teníamos elección —dijo Perséfone.

—Se te está contagiando de ella, hermano. —Se rio Zeus, pinchando a Hades en el costado. Sus ojos se encendieron, furiosos por el toque—. ¿Por qué no ibas a venir? Al fin y al cabo, es tu fiesta de compromiso.

Perséfone pensó que era irónico, dada su tranquila bienvenida.

—Entonces eso debe significar que tenemos tu bendición —dijo Perséfone—. Para casarnos.

De nuevo, Zeus se rio.

—Eso no lo decido yo, querida. Es mi oráculo el que decidirá.

—No me llames querida —dijo Perséfone.

—Es solo una palabra. No pretendo ofender.

—No me importa lo que pretendas —contraatacó Perséfone—. La palabra me ofende.

El silencio se extendió entre todos los dioses, y entonces Zeus se rio.

—Hades, tu juguete es demasiado sensible.

Hubo un borrón cuando la mano de Hades se movió para agarrar a Zeus por el cuello. Toda la sala quedó en silencio. Hermes agarró el brazo de Perséfone, dispuesto a apartarla en el momento en que estos dos entraran en combate.

—¿Cómo has llamado a mi prometida? —preguntó Hades.

Entonces Perséfone lo vio: la mirada que había estado esperando ver. La verdad de la naturaleza de Zeus bajo la fachada. Sus ojos se oscurecieron, ardiendo con una luz tan feroz y antigua, que ella sintió miedo en lo más profundo de su alma. La expresión jovial que solía mantener se transformó en algo maligno, oscureciendo los huecos de sus mejillas y el espacio bajo sus ojos.

—Cuidado, Hades, yo sigo rigiendo tu destino.

—Error, hermano. Discúlpate.

Pasaron unos segundos más y Perséfone no creía que Zeus fuera a ceder. Parecía más el tipo de dios que iría a la guerra por unas pocas palabras que por lo que realmente importaba: la muerte y la destrucción que su madre estaba causando en el mundo.

Pero después de unos momentos, el Dios del Trueno se aclaró la garganta.

—Perséfone —dijo—. Discúlpame.

Ella no lo hizo, pero Hades liberó su garganta.

Zeus recuperó la compostura con facilidad, su rabia se fundió en su expresión habitualmente jovial. Incluso rio, enérgico y pleno.

—¡Hagamos un festín!

La cena se celebró en una sala de banquetes adyacente al porche. Una gran mesa horizontal se alzaba por encima del resto en el lado más alejado de la sala en la que la mayoría de los Olímpicos ya estaban sentados.

Perséfone miró a Hades.

—Parece que no nos vamos a sentar juntos —dijo.

—¿Cómo?

Señaló con la cabeza hacia el frente de la sala.

—No soy una Olímpica.

—Serlo está sobrevalorado —dijo—. Me sentaré contigo. Donde quieras.

—¿No hará eso enojar a Zeus?

—Sí.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó Perséfone. Hacer enojar a Zeus no parecía la mejor manera de obtener su bendición.

—Cariño, me casaré contigo a pesar de lo que diga Zeus.

Perséfone no lo dudaba, pero tenía una pregunta.

—¿Qué pasa cuando no bendice un matrimonio?

—Arregla un matrimonio para la mujer —dijo Hades.

Perséfone rechinó los dientes y Hades le puso la mano en la parte baja de la espalda, dirigiéndola a una silla en una de las mesas redondas. Se sentó y se colocó a su lado. Había otras dos personas en la mesa que Hades había elegido: un hombre y una mujer. Eran jóvenes y tenían un aspecto similar, como si fueran hermanos: sus cabellos se rizaban con el mismo patrón, eran de color dorado y sus ojos verdes estaban muy abiertos. Ambos parecían estar petrificados y asombrados por su presencia.

Perséfone les sonrió.

—Hola —saludó—. Soy...

—Perséfone —dijo el hombre—. Sabemos quién eres.

—Sí —dijo ella, con la voz un poco aguda, sin saber qué pensar de las palabras del hombre ni de su tono—. ¿Cómo se llaman?

Dudaron.

—Ese es Tales y esa es Callista —dijo Hades—. Son hijos de Apeliotes.

—¿Apeliotes? —Perséfone no reconoció el nombre.

—El Dios del Viento del Sureste —respondió Hades con suavidad.

De nuevo, sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Nos conoces? —preguntó Callista.

Hades parecía molesto.

—Por supuesto.

Los dos intercambiaron una mirada, pero antes de que pudieran decir algo más, fueron interrumpidos.

—Hades, ¿qué estás haciendo?

La pregunta vino de Afrodita, que se había detenido en su mesa. Llevaba un hermoso vestido plisado con cintura imperio y cinturón. La tela era dorada y brillaba bajo la luz cuando se movía. A su lado estaba Hefesto, que permanecía estoico y tranquilo, vestido con una sencilla túnica gris y pantalón negro.

—Sentado —respondió Hades.

—Pero estás en la mesa equivocada.

—Mientras esté con Perséfone, está bien —respondió.

Afrodita frunció el ceño.

—¿Cómo está Harmonía, Afrodita? —preguntó Perséfone.

Los ojos verde mar de la diosa se desplazaron para encontrar su mirada.

—Bien, supongo. Ha pasado gran parte de su tiempo con

tu amiga Sybil.

Perséfone dudó.

—Creo que se han hecho muy buenas amigas.

Afrodita ofreció una pequeña sonrisa.

—Amigas —repitió—. ¿Han olvidado que soy la diosa del amor?

Con eso, los dos se marcharon. Perséfone vio cómo Hefesto acompañaba a Afrodita a la mesa del Olimpo, la ayudaba a sentarse y luego se iba a buscar una mesa para él.

Se volvió hacia Hades.

—¿Crees que Afrodita se... opone a la elección de pareja de Harmonía?

—¿Quieres decir que se opone porque Sybil es una mujer? No. Afrodita cree que el amor es el amor. Si está molesta, es porque la relación de Harmonía significa que tiene menos tiempo para ella.

Perséfone frunció el ceño y, por un momento, creyó entender cómo se sentía Afrodita. El ataque de Harmonía había devuelto a la diosa a su vida y eso había significado compañía, y por mucho que a Afrodita le gustara fingir que no le importaba su independencia, Perséfone, y todo el mundo, sabía que ansiaba la atención, concretamente, la de Hefesto.

—¿Crees que Afrodita y Hefesto se reconciliarán alguna vez?

—Solo podemos esperar. Ambos son completamente insoportables.

Perséfone puso los ojos en blanco y le dio un codazo, pero el Dios de los Muertos se limitó a reírse.

La cena apareció ante ellos: cordero, patatas al limón, zanahorias asadas y *eliopsomo*, un pan horneado con aceitunas negras. Los olores eran sabrosos e hicieron que Perséfone se diera cuenta del hambre que tenía.

Hades buscó una jarra de plata en la mesa.

—¿Ambrosía? —preguntó.

Levantó una ceja.

—Claro.

La ambrosía no era como el vino. Era más fuerte que el alcohol mortal. Perséfone solo había tomado una pequeña cantidad en el pasado, y eso había sido gracias a Lexa, que había comprado una botella del famoso vino de Dionisio que se había mezclado con una gota del líquido divino.

—Solo un poco —dijo, y vertió una pequeña cantidad en su copa.

Hades llenó el suyo hasta el borde.

—¿Qué? —preguntó al notar que Perséfone lo miraba.

—Eres un alcohólico —dijo.

—Funcional.

Perséfone negó y bebió un sorbo de ambrosía. El sabor le llenó la boca de una sensación fresca y melosa.

—¿Te gusta? —preguntó Hades, su voz era grave, casi sensual, y atrajo su atención.

—Sí —dijo.

Callista se aclaró la garganta y Perséfone se volvió para mirarla.

—Entonces, ¿cómo se conocieron? —preguntó.

Hermes resopló, apareciendo junto a Perséfone con su plato y sus cubiertos.

—¿Te sientas ante los dioses y esa es la pregunta que eliges hacer?

—Hermes, ¿qué haces? —preguntó Perséfone.

—Te he echado de menos —dijo, y se encogió de hombros.

En cuanto el Dios de la Travesura se sentó a su lado, Apolo abandonó la mesa del Olimpo para sentarse junto a

Ajax.

—Creo que has iniciado un movimiento, Hades —dijo Perséfone. Uno que a Zeus no pareció gustarle, ya que sus labios se torcieron en un ceño fruncido.

Hades la miró y sonrió.

—Tengo una pregunta —dijo Tales, sonriendo, con los ojos brillando mientras miraba a Hades—. ¿Cómo voy a morir?

—Horriblemente —respondió Hades.

El rostro del joven cayó.

—¡Hades! —Perséfone le dio un codazo.

—¿Es eso cierto? —preguntó el hombre.

—Solo está bromeando —dijo Perséfone—. ¿No es así Hades?

—No —respondió, con un tono demasiado serio.

Comieron en silencio durante unos minutos incómodos hasta que Zeus se puso de pie, haciendo sonar una cuchara de oro contra una copa de ambrosía tan fuerte que Perséfone pensó que el vaso se rompería.

—Oh, no... —murmuró Hermes.

—¿Qué? —preguntó Perséfone.

—Zeus va a dar un discurso. Siempre son horribles.

La sala se quedó en silencio y todos los ojos se volvieron hacia el Dios del Trueno.

—Estamos reunidos para honrar a mi hermano, Hades —dijo—. Que ha encontrado una hermosa doncella con la que desea casarse, Perséfone, Diosa de la Primavera, Hija de la temible Deméter.

La temible Deméter, tenía razón. Solo el sonido de su nombre hizo que el estómago de Perséfone se retorciera.

Hermes se inclinó.

—¿Acaba de decir doncella? ¿Como una virgen? Tiene que

saber que eso no es cierto, ¿verdad?

—¡Hermes! —Perséfone se enfureció.

Zeus continuó:

—Esta noche celebramos el amor y a los que lo han encontrado, que todos seamos tan afortunados, y Hades...

Zeus levantó su vaso y los miró directamente.

—Que el Oráculo bendiga vuestra unión.

Después de la cena, volvieron al porche abierto. La música comenzó de nuevo, un dulce sonido que recorría el aire. Cuando buscó el origen, descubrió que Apolo tocaba su lira, tenía los ojos cerrados y el rostro relajado, y se dio cuenta de que nunca lo había visto sin tensión en el rostro. Lo observó durante un largo momento, hasta que abrió sus ojos violetas y vio que se oscurecían de celos. Su mirada se desvió hacia donde Ajax estaba de pie al otro lado de la habitación, conversando animadamente con un hombre que ella no reconocía. Perséfone estaba segura de que Ajax se alegraba de comunicarse con alguien sin tener que leerle los labios, pero tampoco era consciente de cómo había sido la conversación de Apolo con él, o con Héctor, o más bien, si la había tenido.

—¿Bailamos? —preguntó Hades, ofreciendo su mano a Perséfone.

—Nada me gustaría más —dijo mientras el Dios de los Muertos la guiaba entre la multitud. La acercó y sintió su necesidad presionando su estómago. Se encontró con su mirada, cargada de deseo, y levantó una ceja.

—¿Excitado, mi amor?

Hades sonrió, y no supo si lo hizo por su cándida pregunta o por su término cariñoso.

—Siempre, cariño —respondió.

Perséfone metió la mano entre ellos, agarrando su polla, con las manos ocultas en su túnica.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, con un tono sensual en su voz.

—No creo que tenga que dar explicaciones —dijo.

—¿Intentas provocarme delante de estos Olímpicos?

—¿Provocarte? —La voz de Perséfone era jadeante mientras lo acariciaba. Odiaba la tela entre ellos y quería sentir su calor en la palma de la mano—. Nunca lo haría.

La mandíbula de Hades crujió y apretó los dientes. Sus brazos la rodearon con fuerza; la cercanía le dificultaba el movimiento. Lo miró fijamente a los ojos mientras hablaba.

—Solo estoy tratando de complacerte.

—Me complaces —dijo.

Sus rostros estaban a centímetros de distancia, y cuando los ojos de Perséfone se dirigieron a los labios de Hades, este cerró su boca sobre la de ella. El beso fue salvaje, exigente e inapropiado, y cuando se separó, habló.

—¡Suficiente!

Toda la sala se quedó en silencio y los ojos de Perséfone se abrieron de par en par.

Pero entonces volvió a besarla, agarrándola con las manos por debajo del trasero mientras le rodeaba la cintura con las piernas y la apretaba con tanta fuerza que jadeó.

—¡Hades! Todo el mundo puede ver.

—Humo y espejos —murmuró mientras abandonaba su boca, arrastrando besos por su cuello y su hombro. En el siguiente segundo, se habían teletransportado a una habitación oscura, y Hades la tenía inmovilizada contra la pared.

—¿No te interesa el exhibicionismo? —preguntó.

—No puedo concentrarme en ti como deseo y mantener la ilusión —dijo, mientras sus dedos separaban su carne caliente. Perséfone gimió—. Tan mojada —siseó—. Podría

beber de ti, pero por ahora me conformaré con probar.

Liberó sus dedos y se los llevó a la boca antes de plantar esa mano contra la pared y besarla.

—Hades, te quiero dentro de mí —dijo, metiendo la mano entre ellos. Sus ropas parecían interminables y eran mucho más frustrantes de separar—. Una vez me dijiste que me vistiera para el sexo. ¿Por qué no puedes?

Hades se rio.

—Tal vez si no estuvieras tan ansiosa, querida, encontrar mi polla sería mucho más fácil —dijo mientras se desprendía fácilmente de su túnica, dejando al descubierto su musculoso pecho y su gruesa carne.

Los dedos de ella se cerraron alrededor de él con avidez, y luego él estaba dentro de ella. Ambos gimieron y, por un momento, ninguno se movió.

—Te amo —dijo Hades.

Ella sonrió, apartándole mechones de cabello del rostro.

—Yo también te amo.

Entonces él empujó, sus dedos se clavaron profundamente en su piel.

—Te sientes muy bien —dijo.

Solo pudo pronunciar una palabra mientras se concentraba en la sensación de que él empujaba dentro de ella.

—Más.

Hades gimió.

—Córrete para mí —dijo—. Para que me bañe en tu calor.

Su orden fue reforzada con el movimiento de su pulgar contra su clitoris: unos cuantos toques provocadores y ella se deshizo, sus piernas colgando temblorosamente, su cuerpo tan pesado que se habría caído si Hades no la hubiera sujetado.

—Sí, cariño —dijo Hades, con los dedos apretándole el trasero mientras bombeaba dentro de ella con más fuerza, más rápido, corriéndose con tanta fuerza que sintió su calor, grueso y pesado, dentro de ella. Después, le soltó las piernas, manteniéndola erguida con un brazo alrededor de su cintura. Le apartó el cabello del rostro, alisándolo para que no pareciera tan despeinado.

—¿Estás bien? —preguntó, todavía sin aliento.

—Sí, por supuesto —dijo, y soltó una risita—. ¿Y tú?

—Estoy bien —dijo, y le besó la frente antes de soltarla.

Se abrochó la túnica y ayudó a Perséfone a limpiarse. Luego, sus ojos se dirigieron a la habitación a la que los había llevado. Aunque estaba oscuro, la luz de la luna entraba por las ventanas, iluminando la entrada de una casa. No se parecía a nada de lo que había visto: parcialmente abierta al cielo, con un suelo de mármol blanco y negro que conducía a una escalera y a otras habitaciones interiores.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Estos son mis alojamientos —dijo.

Ella le miró fijamente.

—¿Tienes una casa en el Olimpo?

—Sí —dijo—. Aunque rara vez vengo.

—¿Cuántas casas tienes?

Se dio cuenta de que estaba contando, lo que significaba que tenía más de las tres que ella conocía: su palacio en el Inframundo, el hogar en la isla de Lampri y este en el Olimpo.

—Seis —dijo—. Creo.

—¿Tú... *crees*?

Se encogió de hombros.

—No las uso todas.

Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Quieres decirme algo más?

—¿En este mismo momento? —preguntó—. No.

—¿Quién administra tu patrimonio? —preguntó.

—Ilias —respondió Hades.

—Tal vez debería preguntarle por tu imperio.

—Podrías, pero no te diría nada.

—Estoy segura de que podría persuadirlo —dijo.

Hades frunció el ceño.

—Cuidado, querida, no me opongo a castrar a quien decidas provocar.

—¿Celoso?

—Sí. Mucho.

Negó y entonces se oyó un golpe en la puerta detrás de ellos. Hades gimió y abrió. El Dios del Engaño estaba de pie frente a ellos, sonriendo.

—¿La cena no fue lo suficientemente satisfactoria?

—Cállate, Hermes —soltó Hades.

—Me enviaron a buscarte —dijo.

—Estábamos en camino.

—Seguro —dijo—. Y yo soy un ciudadano respetuoso de la ley.

Los tres salieron de la residencia de Hades. Fuera de la casa, se encontraron en un estrecho callejón. Los muros de piedra a ambos lados estaban cubiertos de hiedra florecida. Podía oír la música de la celebración, las risas y el murmullo de la multitud. No estaban lejos del templo.

—¿Por qué tengo la sensación de que Zeus no quiere que Hades y yo nos casemos?

—Probablemente porque es un asqueroso —replicó Hermes—. Y preferiría tenerte él mismo.

—No me opongo a asesinar a un dios —dijo Hades—. Que

se jodan las Moiras.

—Cálmate, Hades —dijo—. Solo estoy señalando lo obvio.

Perséfone frunció aún más el ceño.

—No te preocupes, Sefi. Vamos a ver lo que dice el oráculo.

Una vez regresaron, la respuesta de Zeus fue inmediata.

—Ahora que has decidido unirme a nosotros —dijo—. Tal vez estés preparada para escuchar lo que el oráculo dirá sobre tu matrimonio.

—Estoy *muy* impaciente —dijo Perséfone, mirándolo fijamente.

Los ojos del dios brillaron.

—Entonces sígame, lady Perséfone.

Salieron del templo y atravesaron un patio lleno de hermosas flores, limoneros y estatuas de niños con rostro de querubín que rodeaban a las diosas de la fertilidad: Afrodita, Afea, Artemisa, Deméter y Dionisio.

Una vez que salieron, llegaron a un estrecho pasaje que daba a un patio de mármol estéril. En el centro había un templo redondo. Veinte columnas rodeaban la estructura, y estaba situada en lo alto de una plataforma. Unos amplios escalones conducían directamente a unas puertas de roble, la izquierda con la imagen de un águila y la derecha con la de un toro. En el interior del templo había una pila de aceite en el centro y diez antorchas encendidas colgadas en soportes alrededor de la sala. Por encima, había una abertura en el techo por la que se asomaba el cielo oscuro.

Perséfone se sorprendió al ver que Hera y Poseidón se unían a ellos. Ninguno de los dos parecía especialmente satisfecho, ni Hera, con la cabeza inclinada estoicamente, ni Poseidón, con sus gruesos brazos cruzados sobre el pecho.

—Mi consejo —dijo Zeus, al ver que Perséfone dudaba.

—Pensé que el oráculo era tu consejo —dijo.

—El oráculo habla del futuro, sí —dijo Zeus—. Pero he vivido una larga vida y soy consciente de que los hilos de ese futuro son siempre cambiantes. Mi esposa y mi hermano también lo saben.

Eso era mucho más sabio de lo que Perséfone esperaba, lo cual, se recordó, era el peligro de Zeus.

Observó cómo el Dios del Trueno recuperaba una antorcha de la pared.

—Una gota de tu sangre, si quieres —dijo Zeus, de pie junto a la palangana. Perséfone miró a Hades, que le tendió la mano. Se acercaron a la palangana y, al hacerlo, notó un objeto afilado como una aguja que sobresalía del borde. Hades colocó su dedo sobre él y presionó hasta que su sangre resbaló por el brillante metal. Manteniendo la mano sobre la palangana, dejó caer una gota de sangre en el aceite. Siguió su ejemplo, haciendo una mueca de dolor cuando la aguja atravesó su piel. Una vez que la sangre estuvo en la palangana, Hades tomó su mano entre las suyas, llevándose el dedo a la boca.

—¡Hades! —susurró su nombre, pero cuando le soltó la mano, el corte estaba curado.

—No deseo verte sangrar.

—Solo fue una gota —susurró.

El dios no respondió, pero sabía que no había manera de que pudiera entender cómo se sentía realmente, al verla herida, incluso tan pequeña.

Se alejaron de la cuenca y Zeus encendió el aceite. Ardió rápidamente y se convirtió en un tono verde sobrenatural. El humo era espeso y ondulante. Poco a poco, las llamas comenzaron a parecerse a una persona, una mujer envuelta en llamas.

—Pyrrha —dijo Zeus—. Danos la profecía de Hades y

Perséfone.

—Hades y Perséfone —repitió el oráculo. Su voz era clara, fría y antigua—. Una unión poderosa, un matrimonio que producirá un dios más poderoso que el propio Zeus.

Y eso fue todo: con la profecía dada, el fuego se desvaneció.

Hubo un largo silencio en el que Perséfone no podía mirar más que la cuenca.

Un matrimonio que producirá un dios más poderoso que el propio Zeus.

Estaban condenados. Lo supo en el momento en que se pronunciaron las palabras. Incluso Hades se había puesto rígido.

—Zeus. —La voz de Hades era oscura, un tono aterrador que ella no había escuchado en su vida.

—Hades. —El tono de Zeus coincidió.

—No me la quitarás —dijo.

—Soy el rey, Hades. Tal vez necesites que te lo recuerden.

—Si ese es tu deseo. Estaré más que feliz de ser el final de tu reinado.

Siguió un tenso silencio.

—¿Estás embarazada? —preguntó Hera.

Los ojos de Perséfone se abrieron de par en par.

—¿Perdón?

—¿Es necesario que me repita? —preguntó Hera, molesta.

—Esa pregunta no es apropiada —dijo Perséfone.

—Y, sin embargo, es importante a la hora de considerar la profecía —replicó ella.

Perséfone miró fijamente a la diosa.

—¿Por qué?

—La profecía dice que su matrimonio producirá un dios

más poderoso que Zeus. Un niño nacido de esta unión sería un dios muy poderoso, un dador de vida y muerte.

Perséfone miró a Hades.

—No hay niños —dijo Hades—. No habrá niños.

Poseidón se rio.

—Hasta el más cuidadoso de los hombres tiene hijos, Hades. ¿Cómo puedes asegurarlo cuando ni siquiera puedes pasar por un baile sin salir a follar?

—No tengo que tener cuidado —dijo Hades—. Son las Moiras las que me han quitado la capacidad de tener hijos. Son las Moiras las que tejieron a Perséfone en mi mundo.

—¿Deseas quedarte sin hijos? —la pregunta vino de Hera. Perséfone se dio cuenta de que tenía curiosidad.

—Quiero casarme con Hades —dijo—. Si debo quedarme sin hijos, entonces lo haré.

Pero mientras pronunciaba las palabras, le dolía el pecho, no por ella, sino por Hades. Cuando él le había contado el trato que había hecho, había agonizado, y ella había reconocido rápidamente que era Hades quien había querido tener hijos.

—¿Estás seguro de que no puedes tener hijos, hermano? —preguntó Zeus.

—Mucho —gritó.

—Déjalos que se casen Zeus —dijo Poseidón—. Obviamente desean follar como marido y mujer.

Perséfone realmente odiaba a Poseidón.

—¿Y si el matrimonio produce un hijo? —preguntó Zeus—. No me fío de las Moiras. Sus hilos se mueven siempre, cambian siempre.

—Entonces nos llevamos al niño —dijo Hera.

Perséfone se aferró a la mano de Hades con tanta fuerza que pensó que sus dedos podrían romperse. Todo lo que podía

pensar era en *no hablar, no protestar*.

—No habrá ningún niño —repitió Hades, inflexible.

Hubo un largo momento en el que Hades y Zeus se quedaron frente a frente, mirándose. Hacía mucho calor en esta habitación, y cada vez que Perséfone respiraba sentía como si saliera de su garganta. Necesitaba salir de aquí.

—Bendeciré esta unión —dijo finalmente Zeus—. Pero si la diosa se queda embarazada alguna vez, el niño debe ser eliminado.

Ante las palabras de Zeus, Hades no perdió tiempo en irse. Un segundo estaban en el templo del Olimpo, y al siguiente en el Inframundo.

Mareada, Perséfone cayó al suelo y vomitó.

XXXI



UN TOQUE DE ETERNIDAD

—Está bien —dijo Hades. Se arrodilló junto a ella y la atrajo hacia sí, apartándole el cabello del rostro sudado mientras sollozaba.

—No lo está —dijo—. No lo está.

Habían exigido a su hijo. Ni siquiera sabía si era posible que concibiera alguna vez, pero la idea de que Zeus se llevara a su hijo la devastó.

—Lo destruiré —dijo—. Acabaré con él.

—Cariño, no tengo dudas —dijo Hades—. Vamos, de pie.

Se levantó con él y Hades tomó su rostro entre sus manos.

—Perséfone, nunca, *nunca* dejaré que tengan ninguna parte de ti. ¿Entiendes?

Ella asintió, a pesar de preguntarse cómo podría detenerlos. Zeus estaba decidido a eliminar todas y cada una de las amenazas, excepto las que importaban. Había una parte de ella que ni siquiera confiaba en su bendición.

Hades la llevó a los baños, a una piscina más pequeña que la que usaban habitualmente. Esta era redonda y elevada.

—Déjame —dijo Hades, ayudándola a quitarse la ropa y a

meterse en la piscina. El agua estaba caliente y le llegaba a los pechos. Hades se arrodilló, colocó una barra de jabón entre los pliegues de un paño. Se estremeció cuando empezó a lavarla, empezando por la espalda, los hombros y los brazos; cuando llegó a los pechos, sus movimientos se ralentizaron y él pasó el paño por encima de ella en suaves pasadas hasta que los pezones se endurecieron bajo su contacto. Cuando no pudo aguantar más, le tomó las muñecas.

—Hades —exclamó.

Sus ojos se clavaron en los de ella, se inclinó hacia delante y la besó. Los brazos de Perséfone se enroscaron en su cuello y lo acercó, cubriéndolo de jabón.

—Te amo —dijo ella cuando sus labios se separaron de los de ella.

—Cásate conmigo —dijo.

Ella se rio.

—Ya he dicho que sí.

—Lo has hecho, así que cástate conmigo. Esta noche.

Sus cejas se juntaron mientras lo estudiaba, midiendo su seriedad.

—No confío en Zeus ni en Poseidón ni en Hera, pero confío en nosotros —dijo—. Cásate conmigo esta noche y no podrán quitárnoslo.

Había algo más en su interior: una emoción que surgía ante la idea de ser finalmente la esposa de Hades. Al no tener que planificar más, al no tener que preocuparse por las flores, los lugares o la *aprobación*.

—Sí —dijo, y cuando la sonrisa de Hades se dibujó en su rostro, sintió que se enamoraba de él de nuevo. La besó y, durante un largo momento, ella se preguntó si saldrían de los baños, pero Hades acabó apartándose.

—Te tendré esta noche como mi esposa —dijo—. Ven, voy a convocar a Hécate.

Se enjuagó y se puso la túnica que Hades le tendió. La Diosa de la Brujería ya estaba esperando cuando salieron de los baños.

—¡Oh, querida! —dijo, rodeando a Perséfone con sus brazos—. ¿Puedes creerlo? ¡Te vas a casar esta noche! Vamos a prepararte —dijo, enlazando el brazo de Perséfone con el suyo. Miró fijamente a Hades—. Y si te veo, o percibo cerca de la Suite de la Reina, te desterraré al Foso de Aracne.

—No me asomaré —dijo Hades, sonriendo a Perséfone, con los ojos iluminados y luego bajando la voz—. Te veré pronto.

Se separaron entonces, y Perséfone se encontró en el espacio familiar de la Suite de la Reina, el espacio que Hades había hecho antes de saber que tendría una amante, antes de saber de su existencia. Esta habitación era su esperanza.

La esperanza, pensó. El arma más peligrosa.

No estaba segura de lo que había provocado ese pensamiento, pero le produjo un temblor en la columna vertebral que incluso Hécate notó.

—¿Nerviosa, querida?

—No —dijo—. Estoy más preparada que nunca.

Hécate sonrió.

—Siéntate, las *lampadas* están listas.

Señaló la vanidad blanca donde revoloteaban las criaturas parecidas a las hadas. Eran pequeñas ninfas de piel plateada con alas casi invisibles. Las flores blancas estallaban contra sus cabellos oscuros. Mientras ella se sentaba, ellas se ponían a trabajar, su magia hormigueaba contra su piel y moldeaba su cabello. Eran rápidas y eficientes, y cuando revoloteaban detrás de su cabeza, ella admiraba su trabajo: un maquillaje sencillo que acentuaba la curva de sus ojos, el arco de sus labios, la altura de sus pómulos y las suaves y pálidas ondas de su cabello. Sobre su cabeza, en la base de los cuernos, había una corona de flores suspiro de bebé.

—Hermoso —dijo, y entonces sus ojos se dirigieron a Hécate, que flotaba en el reflejo del espejo. Llevaba un vestido blanco sobre los brazos.

Perséfone se volvió por completo.

—Hécate, ¿cuándo...?

—Alma y yo lo hemos trabajado juntas —dijo—. Vamos a ver cómo queda.

Hécate ayudó a Perséfone a ponerse el vestido y se lo pasó por encima de la cabeza. El material era de seda y se sentía fresco y suave contra su piel. Cuando se giró hacia el espejo, jadeó. El vestido era hermoso y sencillo, con una bonita silueta que parecía estar hecha específicamente para la curva de sus pechos y el contorno de sus caderas. El escote estaba cortado elegantemente en V, los tirantes eran finos, y una corta cola se extendía detrás de ella.

—Un toque final —dijo Hécate, mientras sacaba un velo brillante bordado con vides y flores verdes en colores rojo, rosa y blanco.

El resultado final fue de ensueño: era todo y más de lo que había imaginado. Era una diosa, una reina, pero, sobre todo, era Perséfone.

—Oh, Hécate, es precioso —dijo, y mientras se miraba en el espejo, le costaba asimilar del todo que aquel era el día de su boda.

Se enfrentó a la diosa, que sostenía un ramo de narcisos blancos, rosas y hojas verdes.

—Yuri hizo que los niños recogieran los narcisos —dijo.

Perséfone sonrió, y sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos mientras agarraba las flores.

—Sin lágrimas, querida —dijo Hécate—. Estos son tiempos felices.

—Pero estoy feliz.

Hécate sonrió y tomó su rostro entre las manos.

—Sabía desde el momento en que Hades habló de ti que te amaría. Nunca dudé ni por un momento que este día llegaría.

Los labios de Perséfone temblaron, pero hizo lo posible por no llorar. En su lugar, tomó aire.

—Gracias, Hécate. Por todo.

—Es la hora —dijo—. Ven.

—Hécate —dijo Perséfone, dudando. Había algo que quería, *necesitaba*, pero tenía miedo de decirlo.

—¿Sí, querida?

—*Me gustaría* que Lexa estuviera presente. ¿Crees que Tánatos la dejaría salir de Eliseo?

—Querida, eres la Reina del Inframundo. Tú decides.

—Entonces tenemos que hacer una parada.

Perséfone esperaba detrás de una línea de árboles con Lexa, que llevaba un vestido que parecía una versión de su velo, solo que la tela era negra. Ella aún no se había asomado a las ramas para ver la arboleda en la que realmente se casaría con Hades, pero Lexa sí.

Inhaló y se giró para mirarla.

—Oh, mis dioses, Perséfone —exclamó—. Es precioso y hay tanta... gente.

Perséfone supuso que Lexa se debatía entre llamarlos personas o almas.

Se asomó de nuevo.

—No puedo creer que me vaya a casar de verdad —dijo Perséfone, sujetando sus flores con tanta fuerza que las palmas de sus manos habían empezado a sudar. Cuando pensó en cómo había venido, fue aún más surrealista. Nunca

se había planteado el matrimonio, nunca había soñado con este día, pero conocer a Hades había cambiado todo eso.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Lexa, mirándola por encima del hombro.

—Sí.

—No te preocupes —dijo, y se acercó al lado de Perséfone—. Cuando pases más allá de esos árboles, solo busca a Hades. No pensarás en nada más, no querrás a nadie más que a él.

Era algo que la antigua Lexa diría, y eso reconfortó a Perséfone. Aun así, miró a su amiga con curiosidad.

—¿Qué? —preguntó Lexa cuando se dio cuenta.

—Nada —dijo Perséfone—. Es que parece que hablas por experiencia.

Siguió un extraño y espeso silencio.

—Creo que sé lo que es no querer a nadie más —dijo en voz baja.

—¿Tánatos? —preguntó Perséfone, que seguía observando a Lexa con atención.

Ella asintió. No era tan difícil de adivinar, dado el modo en que habían hablado el uno del otro durante el último mes. Perséfone quería decir algo, hacer más preguntas. *¿Había hablado con Tánatos de sus sentimientos? ¿Se habían besado?* Pero un sonido dulce y hermoso llenó el aire, haciendo que un escalofrío recorriera su cuerpo.

—Esa es nuestra línea —dijo Lexa, tirando del brazo de Perséfone.

Sujetó sus flores y respiró con más fuerza y, al doblar la esquina, se quedó sin aliento. Se encontraban en un enorme bosquecillo rodeado de altos árboles, cada uno de ellos decorado con guirnaldas de flores rosas y lavanda, y por encima las *farolas* brillaban como luces de linternas. Allí estaba Hades, terriblemente guapo, cubierto por un arco de

vegetación y flora; Cerbero, Tifón y Ortro estaban sentados estoicamente a sus pies.

En cuanto su mirada se cruzó con la de él, era todo lo que quería.

Su sonrisa, amplia y brillante, iluminaba todo su rostro. Incluso sus ojos parecían más brillantes, y la seguían cuando se acercaba a él. Había elegido un traje para la ocasión, negro, con una única flor roja de polyanthus en el bolsillo de la chaqueta. Llevaba el cabello suelto y atado a la espalda. Tenía los cuernos a la vista, hermosos y letales, que sobresalían de su cabeza.

Toda la procesión fue frenética, salvaje y perfecta.

Se detuvo para abrazar a los que podía alcanzar: Yuri y Alma, Issac y Lily y los otros del Inframundo, Caronte y Tique. Luego se enfrentó a Apolo, que sonrió, sus ojos violetas eran cálidos y sinceros.

—Felicidades, Sefi.

—Gracias, Apolo.

Cuando llegó a Hermes, lo abrazó por más tiempo.

—Estás preciosa, Sefi —dijo, y se apartó. Todavía llevaba puesto su traje amarillo.

—Eres el mejor, Hermes. De verdad.

Sonrió y le pasó el nudillo por la curva de la mejilla.

Se rieron y, cuando se giró, se dio cuenta de que ahora estaba frente a frente con Hades. Empezó a acercarse a él cuando Lexa la empujó hacia atrás, agarrando su ramo.

—¿Ansiosa, querida? —preguntó Hades y la multitud rio.

—Siempre —dijo.

Le tomó las manos y su mirada no se apartó de su rostro. Su sonrisa, oh, su sonrisa era brillante, y algo que ella rara vez veía, y mientras él la miraba de pies a cabeza, con ojos de zafiro tan profundos como las partes más frías del océano, ella

supo que era suyo para siempre.

—Hola —dijo en voz baja, casi con timidez.

—Hola —contestó levantando una ceja—. Estás preciosa.

—También tú.

Hades parecía divertido.

Se encontraron interrumpidos por Hécate, que había entrado en el espacio ante ellos, aclarándose la garganta, y cuando se volvieron para mirarla, sonrió, cálida y feliz.

—Sabía que este momento llegaría —dijo Hécate—. Al final.

La Diosa de la Brujería miró a Hades.

—He visto el amor, en todas sus formas y grados, pero hay algo muy especial en este amor, el que ustedes dos comparten. Es desesperado, feroz y apasionado. —Hizo una pausa para reírse, al igual que todos los que estaban detrás de ellos. Perséfone se sonrojó, pero Hades permaneció pasivo—. Y tal vez sea porque los conozco, pero es mi tipo de amor favorito para ver. Florece y arde, desafía y se burla, duele y sana. No hay dos almas mejor emparejadas. Separados, son luz y oscuridad, vida y muerte, principio y fin. Juntos, son una base que tejerá un imperio, unirá a un pueblo y soldará mundos. Son un ciclo que nunca termina: eterno e infinito. Hades.

Hécate extendió la mano, y en el centro de su palma, estaba el anillo que Hades había hecho para ella. Lo tomó y lo sostuvo entre el pulgar y el índice.

La mirada de Perséfone chocó con la suya: *¡un anillo!* Ella no tenía un anillo y, sin embargo, la elevación de la comisura de sus labios le decía que todo estaría bien.

—¿Aceptas a Perséfone como esposa? —preguntó Hécate.

—Sí, acepto —dijo, su profunda voz se deslizó sobre su piel, haciéndola temblar mientras deslizaba el anillo en su dedo.

—Perséfone —dijo Hécate, y extendió su otra mano. Un anillo negro descansaba en el centro de su palma. Era pesado y, al sostenerlo, su mano tembló.

—Aceptas a Hades como tu marido.

—Sí, acepto —dijo, y deslizó el anillo en su dedo. Se quedó mirando el anillo durante un largo momento, sintiendo un profundo orgullo al verlo allí: significaba que le pertenecía.

—Puedes besar a la novia, Hades.

Los ojos de Perséfone se clavaron en los de Hades cuando su expresión se tornó pensativa, casi sombría, pero Perséfone sabía que no era porque estuviera molesto, sino que era una señal de la seriedad con la que se tomaba este momento. Un peso se asentó en su pecho cuando se dio cuenta del tiempo que él había esperado; aunque su noviazgo era un segundo en su vasta vida, había pasado la mayor parte de ella solo, anhelando compañía, amor correspondido, y cuando sus labios se encontraran, sería el fin de ese vacío.

Le tomó el rostro y ella se agarró a sus muñecas, sonriéndole.

—Te amo —dijo, y selló su boca con la de ella.

Al principio, ella pensó que él terminaría el beso allí, algo simple y dulce ante todo el Inframundo, pero entonces su mano se movió desde su rostro, hasta la parte posterior de su cabeza, mientras la otra rodeaba su cintura. Su lengua se deslizó por su boca y ella se abrió para él, sonriendo un momento antes de que él profundizara el beso.

A su alrededor, las almas aplaudieron.

—¡Consigan una habitación! —gritó Hermes.

Cuando Hades se apartó, había una sonrisa en su rostro, y se inclinó hacia delante para darle un beso en la frente antes de tomar su mano. Se giraron para mirar a la enorme multitud.

—Permítanme presentarles a Hades y Perséfone, Rey y

Reina del Inframundo.

Los vítores fueron ensordecedores. Hades guio a Perséfone por el pasillo, que le pareció mucho más corto que la primera vez que lo recorrió. Una vez que estuvieron detrás de la línea de árboles, la atrajo contra él y la besó de nuevo.

—Nunca he visto nada más hermoso que tú —dijo.

Su sonrisa se amplió.

—Te amo. Mucho.

—Vamos —dijo Hécate al doblar la esquina.

Utilizó su magia para teletransportarlos y los condujo a la biblioteca.

—Tienen unos minutos para ustedes hasta que vuelva a recogerlos para las celebraciones —dijo Hécate en la puerta—. Si yo fuera ustedes, me quedaría con la ropa puesta. —Hizo una pausa y añadió—: Y los pies en el suelo.

Cuando la puerta se cerró, Hades miró a Perséfone.

—Eso —dijo—. Sonaba como un desafío.

Perséfone enarcó una ceja.

—¿Estás dispuesto, esposo?

Pero al oír la palabra, cerró los ojos y exhaló.

—¿Estás bien?

Sus ojos seguían cerrados mientras hablaba.

—Dilo otra vez. Llámame *esposo*.

Ella sonrió.

—Dije, ¿estás listo para el desafío, esposo?

Hades abrió los ojos. Se habían oscurecido de azul a negro, ardiendo de deseo. Se acercó a sus caderas, apretando la seda de su vestido entre sus manos.

—Por mucho que te desee ahora —dijo—. Tengo algo más planeado para nosotros esta noche.

Perséfone le pasó las manos por el pecho y por detrás del

cuello.

—¿Se trata de... algo nuevo? —preguntó.

Hades levantó una ceja.

—¿Estás pidiendo... algo nuevo?

—Sí —susurró.

Hades tomó su mano y le besó el interior de la muñeca.

—¿Y qué es lo que deseas probar?

Ella tragó.

—Ataduras.

XXXII



UN MAR DE ESTRELLAS

Hécate los sacó de la biblioteca y los condujo a la entrada del primer piso del salón de baile. Al otro lado de las puertas, escuchó la voz de Hermes.

—Presentamos a su Señor y Señora del Inframundo, el Rey Hades y la Reina Perséfone.

Perséfone estaba segura de que nunca se cansaría de oír su nombre junto al de Hades, y cuando las puertas se abrieron, se encontró con su gente, con todas las almas del Inframundo que había llegado a amar. Volvieron a aplaudir y a vitorear cuando entraron en la multitud, saliendo al patio donde se detuvieron y allí, bajo el cielo del Inframundo y ante todas las almas, nuevas y viejas, Hades acercó a Perséfone.

La música era suave, una hermosa melodía que parecía entrelazarlos.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Perséfone.

—Estoy pensando en muchas cosas, esposa —dijo.

—¿Como...?

Las comisuras de sus labios se curvaron.

—Estoy pensando en lo feliz que soy —contestó, las palabras le calentaron el pecho. Aun así, arqueó una ceja.

—¿Eso es todo?

—No había terminado —dijo, apretando su agarre e inclinándose para que su mejilla se apretara contra la de ella, su aliento rozando su oreja—. Me pregunto si estás mojada por mí. Si tu estómago está tenso por el deseo. Si estás fantaseando con esta noche tanto como yo, y si tus pensamientos son igual de sucios.

Cuando se apartó, estaba sonrojada, con el calor acumulándose en el centro de su cuerpo. Aun así, le sostuvo la mirada y, cuando la música llegó a su fin, se detuvieron en el centro del patio. Perséfone inclinó el cuello y acercó sus labios a los de él mientras respondía a sus preguntas.

—Sí.

Sus ojos se oscurecieron y Perséfone sonrió justo cuando su atención fue tomada por un grupo de niños que pedían un baile. Se separó de Hades y se tomó de las manos con los niños mientras se movían por el patio, ajenos al ritmo o al juego de pies. Sin embargo, a Perséfone no le importaba: reía y sonreía y sentía más alegría de la que había sentido en meses.

Cuando la canción terminó, comenzó otra, y los niños se separaron para jugar por su cuenta.

—¿Puedes concederme este baile, reina Perséfone?

Se giró para encontrar a Hermes, que se inclinó en su presencia.

—Por supuesto, señor Hermes —replicó, tomando su mano extendida.

—Estoy orgulloso de ti, Sefi —dijo.

—¿Orgulloso? ¿Por qué?

—Lo has hecho bien ante los Olímpicos esta noche —dijo.

—Creo que he hecho enemigos.

Se encogió de hombros y la guio en un giro.

—Tener enemigos es una verdad universal —dijo—. Significa que tienes algo por lo que vale la pena luchar.

—Sabes —dijo Perséfone—. Para todo tu humor, Hermes, tienes mucha sabiduría.

El dios sonrió.

—Otra verdad universal.

Después de bailar con Hermes, Perséfone pasó a Caronte y cuando se encontró de frente con Tánatos, su sonrisa se desvaneció.

Estaba pálido y guapo y parecía un poco triste.

El dios inclinó la cabeza.

—Lady Perséfone, ¿bailarás conmigo?

Tánatos no se había acercado a ella desde el día en que le dijo que no podía ver a Lexa. Enfrentarse a él ahora le resultaba incómodo.

Dudó y Tánatos lo notó, añadiendo:

—Entiendo si deseas declinar.

—No espero que seas amable porque soy tu reina —dijo.

—No te he sacado a bailar porque seas mi reina —dijo—. Te pedí que bailaras para poder disculparme.

—Discúlpate entonces, y bailaremos.

Frunció el ceño; sus ojos azules eran sinceros mientras hablaba:

—Lamento mis acciones y mis palabras. Llevé la protección de Lexa al extremo y lamento haberte herido.

—Disculpas aceptadas —dijo, y Tánatos ofreció una triste sonrisa—. No parece que mis disculpas te hayan hecho sentir mejor —dijo Perséfone mientras bailaban.

—Creo que estoy horrorizado por mi comportamiento —dijo el dios.

—El amor le hace eso al mejor de nosotros —dijo. Los ojos

de Tánatos se abrieron de par en par y Perséfone soltó una pequeña carcajada—. Sé que te preocupas por ella.

El Dios de la Muerte no habló, así que Perséfone añadió algo que conocía muy bien.

—A veces, es difícil explicar nuestros actos cuando están guiados por nuestro corazón.

—Ella se reencarnará un día —dijo Tánatos.

—¿Y?

—No se acordará de mí.

—No entiendo lo que estás tratando de decir.

—Estoy diciendo que ella y yo, no podemos ser.

Perséfone frunció el ceño.

—¿Te privarías de un momento de felicidad?

—¿Para escapar de una vida de dolor? Sí.

Perséfone no dijo nada durante un largo momento.

—¿Sabe ella la decisión que has tomado?

A Tánatos no pareció gustarle esa pregunta, porque apretó los labios en una línea dura.

—Deberías al menos decírselo —dijo Perséfone—. Porque mientras tú eliges escapar del dolor, ella vive en él.

Una vez terminada su danza con Tánatos, se alejó del patio, necesitando descanso y distancia de la multitud, y se adentró en el jardín, donde florecían grandes rosas que emitían un dulce aroma. Delante de ella, Cerbero, Tifón y Ortro deambulaban con la nariz pegada al suelo. Se sorprendió cuando notó la silueta familiar de su marido delante de ella. Estaba con las manos en los bolsillos, mirando al cielo.

Después de un momento, se volvió, con los ojos brillantes.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —respondió ella.

—¿Estás preparada?

—Sí.

Le tendió la mano y cuando ella apretó los dedos en su palma, se desvanecieron.

Perséfone no estaba segura de qué esperar cuando se teletransportaron: una habitación cálidamente iluminada por la luz del fuego, quizás un regreso a la isla de Lampri. En cambio, se encontró sobre una plataforma con una gran cama abierta al cielo. Por encima, había nubes de estrellas agrupadas en colores naranja, azul y blanco. También se reflejaban en el estanque de agua oscura que los rodeaba. Era como si estuvieran flotando en el mismo cielo.

—¿Estamos... en medio de un lago? —preguntó Perséfone.

—Sí —respondió Hades.

Perséfone se quedó mirando.

—¿Es esta tu magia?

—Lo es —dijo—. ¿Te gusta?

—Es hermoso —dijo—. Pero, ¿dónde estamos realmente?

—Estamos en el Inframundo —dijo—. En un espacio creado por mí.

—¿Cuánto tiempo has planeado esto?

—He pensado en ello durante un tiempo —respondió.

Perséfone se acercó a la cama y alisó la mano sobre las suaves sábanas de seda antes de mirar a Hades por encima del hombro.

—Ayúdame a quitarme el vestido —dijo.

Hades se acercó y bajó la cremallera del vestido hasta que le llegó a la parte baja de la espalda. Sus manos rozaron su columna vertebral y sus hombros, sumergiéndose bajo los

finos tirantes. La tela susurraba sobre su piel mientras se encharcaba en el suelo.

Debajo del vestido no llevaba nada, y las manos de Hades fueron a sus pechos, su boca a la de ella. La besó con un hambre lenta que se enroscó en el fondo de su estómago.

Cuando se apartó, sacó algo de su bolsillo: una pequeña caja negra.

—Estas son las Cadenas de la Verdad —dijo Hades—. Son un arma poderosa contra cualquier dios, a menos que tengan la contraseña. Te digo esa contraseña ahora para que, si empiezas a sentir miedo, puedas liberarte de sus garras. Eleftherose ton —dijo.

—Eleftherose ton —repitió.

—Perfecto.

—¿Por qué se llaman Cadenas de la Verdad? —preguntó, porque creyó adivinar, y la sonrisa de Hades confirmó sus sospechas.

—La única verdad que sacarán de tus labios es tu placer. Acuéstate.

Perséfone hizo lo que le ordenó. Hades la siguió, sentándose a horcajadas sobre su cuerpo, con sus ropas rozando su piel, sensible por la necesidad.

—Extiende tus brazos —dijo.

Colocó la caja sobre su cabeza y en el siguiente segundo, sus muñecas estaban sujetas con pesadas cadenas.

—Perdóname, querida —dijo Hades mientras tocaba cada puño, convirtiéndolos en suaves ataduras—. ¿Estás lista? —preguntó.

—¿Para ti? —preguntó—. Siempre.

—Siempre —repitió Hades.

Se sentó sobre sus talones, todavía a horcajadas sobre ella, y se aflojó la corbata, luego los gemelos, antes de dirigirse

a los botones de la camisa.

—¿Qué estás pensando? —preguntó.

—Quiero que te muevas más rápido. —Las palabras salieron de la boca de Perséfone antes de que tuviera tiempo de pensar. Sus ojos se abrieron de par en par y entonces recordó que las ataduras alrededor de sus muñecas le arrancarían la verdad de la boca.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Hay alguna posibilidad de que te pongas esto?

Hades se rio.

—Si eso es lo que quieres —dijo mientras se quitaba la camisa y la dejaba a un lado—. Pero no necesitas cadenas para sacarme la verdad, sobre todo cuando se trata de lo que pienso hacerte.

—Prefiero no escuchar tus planes —dijo Perséfone, sus ojos recorriendo con hambre su musculoso pecho.

—¿Qué quieres, esposa?

—Acción —dijo, contoneándose bajo él. Si pudiera, lo alcanzaría, pero sus muñecas hacían fuerza contra las ataduras.

Hades se rio y le dio un beso entre los pechos. Ella se levantó contra su contacto, sus piernas se enroscaron alrededor de las de él, quería la fricción de su cuerpo contra el suyo. Pero Hades continuó, recorriendo con sus labios su estómago mientras se desenredaba de su agarre. Ella lo dejó ir y permitió que sus piernas se abrieran, sin vergüenza, lista, desesperada. Hades la miró con hambre, antes de enganchar los brazos bajo sus caderas, levantar el trasero y lamer sus resbaladizos pliegues.

Un gruñido bajo salió de algún lugar profundo de su pecho.

—Esto. Me encanta esto.

Descendió, separando con la lengua su clítoris. La abrió más para poder profundizar, y pronto sus dedos estuvieron dentro de ella, enroscándose. Los talones de Perséfone se clavaron en la cama, sus dedos se enroscaron en las cadenas y su cabeza se apretó contra la almohada. Se sentía tan excitada, tan tensa, tan ruborizada, y entonces la cálida boca de Hades se cerró sobre su clítoris y succionó, con suavidad y siguiendo lentos círculos. La respiración de la mujer se entrecortó en un fuerte gemido y Hades se apartó, con los dedos aun trabajando dentro de ella.

—Eso es, cariño. Dime cómo se siente.

—Es bueno. Muy bueno.

Consiguió mirarlo, el sudor se acumulaba en su frente, los ojos lujuriosos y brillantes. Entonces su boca se cerró de nuevo sobre su clítoris, con la lengua vibrando contra él. Su cabeza cayó hacia atrás mientras gemía. El ritmo era constante, y la presión crecía y se retorció hasta que sus miembros se estremecieron con la liberación.

Hades le dio besos en el interior de los muslos, en el estómago, en los pechos y en el cuello antes de llegar a sus labios. La besó antes de ponerse en pie.

—¿A dónde vas?

—No muy lejos, esposa —prometió mientras se quitaba el pantalón. Sus ojos recorrieron cada parte de su cuerpo. Era enorme e imponente, los músculos de sus brazos, abdominales y piernas, estaban marcados y tonificados, su cuerpo era una herramienta y un arma. Su mirada se fijó en su polla hinchada y en sus pesadas pelotas.

—Dime lo que piensas —dijo.

Perséfone se estremeció cuando las palabras salieron de su boca.

—No importa cuántas veces estés dentro de mí. No puedo... no es suficiente.

Hades se rio y volvió a colocarse sobre ella, acomodándose entre sus piernas, apretó su cuerpo contra el suyo.

—Te amo —dijo.

—Te amo.

Ella había dicho las palabras tantas veces, y las sentía profundamente, pero esta vez, la hicieron llorar. Esta noche, golpearon de manera diferente. Esta noche, sintió que entendía el amor de una manera que nunca antes había entendido: era salvaje y libre, apasionado y desesperado. Abarcaba todas las emociones en su intento de dar sentido a un mundo que la desafiaba.

—¿Estás bien? —preguntó Hades, con su voz como un áspero susurro.

Perséfone asintió.

—Sí. Solo estoy pensando en lo mucho que te quiero de verdad.

La expresión de Hades se intensificó, su mirada desnudó cada capa de su alma y entonces la besó antes de levantarse y guiar su cabeza contra su abertura. Ella apretó los talones contra su trasero en un intento de empujarlo dentro, pero se resistió, riéndose, solo para levantar sus piernas de modo que se apoyaran en sus hombros, deslizándose dentro de ella mientras sus ojos se sostenían, hambrientos y carnales.

Perséfone jadeó, un sonido gutural que le rasgó la garganta. Sus dedos se cerraron en puños, las ataduras cortando sus muñecas. El placer de sus embestidas era profundo y exuberante, cada golpe arrancaba un gemido, un suspiro, una oleada de placer.

—Te sientes tan bien... —dijo Hades entre dientes, con el rostro reluciente, su larga cabellera soltándose de sus ataduras al moverse—. Tan apretada, tan húmeda. Eleftherose ton —ordenó, y sus ataduras desaparecieron de repente. Le soltó las piernas y las dejó caer a su alrededor.

Sus bocas chocaron en un cálido beso, y las manos de Perséfone peinaron su cabello hasta que cayó alrededor de sus hombros.

—¡Mierda!

Su maldición la estremeció, y luego abandonó su cuerpo por completo y ella emitió un sonido animal. Se acercó a él cuando se sentó y la atrajo hacia su regazo, rodeando su cintura con las piernas. Luego volvió a estar dentro y ella se movió contra él. Todas las sensaciones eran deliciosas: la forma en que sus músculos se aferraban a él, la forma en que sus pezones rozaban su pecho, el ligero roce de su vello en su clitoris. Sus labios chocaron torpemente cuando Hades empezó a ayudarla a recorrer su longitud, moviéndose más rápido cuanto más cerca estaba de la liberación, hasta que se vació dentro de ella.

Después, sus respiraciones eran pesadas, sus cuerpos resbalaban. Hades cayó de espaldas a la cama con Perséfone en sus brazos. Ella se sentía aturdida y sin huesos y tan feliz que empezó a reír.

—Me abstendré de pensar que te ríes de mi actuación, esposa —dijo Hades.

Eso la hizo reír más.

—No —dijo, levantándose para poder mirarlo.

Su rostro estaba libre de tensiones y su sonrisa parecía tan fácil, una curva perezosa de sus labios que era solo para ella. Se acercó para rozar con sus dedos su frente y su mejilla. Luego apoyó la cabeza en su pecho y dijo:

—Lo eres todo.

Hades rodó para que estuvieran de lado, uno frente al otro, con las piernas enredadas.

—Tú eres mi todo —dijo—. Mi primer amor, mi esposa, la primera y última Reina del Inframundo.

Las palabras la golpearon, cada una de ellas una parte de

su identidad, una identidad que había creado de las cenizas de su pasado. Era hermoso y sobrecogedor.

Sus pesados ojos se cerraron con esas palabras repetidas: Diosa. Esposa. Reina.

XXXIII



SECUESTRADO Y DESENMASCARADO

Cuando Perséfone despertó, el cuerpo de Hades estaba apretado contra el suyo.

Sonrió, dichosa, y se estiró, su trasero presionando la polla de Hades. El brazo del dios la rodeó por la cintura.

—¿Qué me estás pidiendo? —murmuró, con la voz adormecida.

Se retorció entre sus brazos y le pasó la pierna por encima de la cadera, llevando la mano a su polla. No esperó a los preliminares, sino que se lanzó, sintiéndose temeraria, excitada y preparada. Hades gimió; la posición le impedía empujar. En lugar de eso, se apretaron el uno al otro, besándose lánguidamente y respirando con dificultad. Cuanto más tiempo pasaban juntos, más desesperados se volvían sus movimientos y los ojos de Perséfone se cerraban.

—Quiero ver cómo te corres —dijo Hades, y ella abrió los ojos. Sus miradas se mantuvieron hasta que encontró la liberación y él la siguió.

Después, se levantaron y se prepararon para su día, como si nada hubiera cambiado, como si ella no fuera la esposa de Hades, la Reina del Inframundo. Era extraño sentirse igual y

a la vez diferente.

—Estás callada —dijo Hades. Él estaba de pie, completamente vestido, cerca de la chimenea, con un vaso de whisky en la mano, observando cómo se subía las gruesas medias por el muslo. Levantó la mirada hacia la suya.

—Estoy pensando en lo surrealista que es esto —dijo—. Soy tu mujer.

Hades tomó un sorbo de su bebida y luego la dejó a un lado, acercándose a ella para acunar su rostro.

—Es surrealista —dijo.

—¿En qué estás pensando? —replicó ella.

Por un momento, Hades se quedó callado, y luego habló:

—Que haré cualquier cosa para retenerte —respondió.

Con sus palabras, una fría realidad se instaló en ella.

—¿Piensas que Zeus tratará de separarnos?

—Sí —dijo sin vacilar, y luego le echó la cabeza hacia atrás para que lo mirara a los ojos—. Pero eres mía, y pienso quedarme contigo para siempre.

No dudaba que eso era lo que pretendía Hades, pero sus palabras dejaron algo oscuro en su corazón. Pensó en las palabras del oráculo, breves y sencillas: una *unión poderosa, un matrimonio que produciría un dios más poderoso que el propio Zeus*. Perséfone sabía cómo manejaba Zeus las profecías que predecían su caída: eliminaba la amenaza.

—¿Por qué crees que nos dejó ir? —preguntó Perséfone.

—Por lo que soy —dijo Hades—. Desafiarme no es como desafiar a otro dios. Soy uno de los tres, nuestro poder es igual. Tendrá que tomarse su tiempo para decidir cómo castigarme.

De nuevo, Perséfone sintió pavor.

Hades le dio un beso en la frente.

—No te preocupes, querida. Todo estará bien.

—Por fin —dijo, sonriendo irónicamente.

La tormenta de su madre seguía siendo intensa, y ahora se preguntaba cuánto empeoraría cuando se supiera que ella y Hades se habían casado.

—¿Te llevo al trabajo? —preguntó Hades.

—No —dijo—. Voy a desayunar con Sybil.

Hades levantó las cejas.

—¿Le vas a decir que estamos casados?

—¿Puedo?

Perséfone no estaba segura de cómo, o si, se lo dirían a alguien fuera de los que habían asistido. Sin embargo, le parecía mal no decírselo a Sybil, que conocía su relación desde el principio.

—Sybil es digna de confianza —dijo Hades—. Es su mayor atributo.

—Estará extasiada —dijo Perséfone, sonriendo.

Se teletransportaron al exterior de Nevernight, donde Antoni ya estaba esperando, el auto caliente, el calor del tubo de escape convirtiéndose en un humo espeso al encontrarse con la gélida mañana. Antoni estaba de pie frente a la puerta trasera del pasajero, con las manos cruzadas delante de él.

—Buenos días, mi señor, mi señora —dijo Antoni, sonriendo, con los ojos arrugados.

—¡Buenos días! —dijo Perséfone, con una amplia sonrisa.

—Te veré esta noche, esposa mía —dijo Hades, y la atrajo para darle un beso. Luego se acercó a la puerta y la ayudó a entrar en la cabina.

—Te amo —susurró.

—Te amo —respondió, y cerró la puerta.

Antoni se acomodó en el asiento del conductor.

—¿A dónde, mi señora? —preguntó, mirando por el espejo

retrovisor.

—Al Café Ambrosía.

—Por supuesto. Uno de mis favoritos —dijo mientras ponía el auto en marcha y arrancaba a la calle—. Creo que hay que felicitarlos. La boda ha sido preciosa.

No pudo evitar sonrojarse.

—Gracias, Antoni. Todavía estoy disfrutando.

—Estamos muy contentos —dijo—. Hemos esperado mucho tiempo por este día.

Desde el principio, los que admiraban a Hades se habían volcado en su felicidad, y el hecho de que ella formara parte de esa felicidad hizo que su pecho floreciera de orgullo.

La había elegido y la seguiría eligiendo.

Incluso si las Moiras desenredan nuestro destino, encontraré una manera de regresar a ti.

Esas palabras llenaban su corazón, lo hacían latir, una verdad que nadie podía negar.

No tardaron en llegar al Café Ambrosía. Era un pequeño restaurante moderno, construido con bloques de mármol recuperados. Antoni la ayudó a salir del auto y recorrió los pocos pasos para sostener la puerta abierta para ella.

—Gracias, Antoni.

—Por supuesto... mi reina.

Se sonrieron antes de que ella entrara en el café.

En el interior, el espacio era acogedor, con una iluminación cálida, tonos de madera y asientos mullidos. Cuando se acomodó, pidió un café y sacó su teléfono para enviarle un mensaje a Sybil diciéndole que había llegado.

Mientras esperaba, sacó su tableta y empezó a leer las noticias de la mañana, empezando por *Noticias Nueva Atenas*. Ya estaba ansiosa al pensar en lo que podría aparecer en la portada, dados los dos últimos artículos que había escrito

Helen, pero no esperaba lo que vio hoy.

**DIOSA JUGANDO A SER MORTAL:
LA VERDAD DE PERSÉFONE ROSI**

Perséfone respiró entrecortadamente y su corazón se agitó dolorosamente mientras leía.

Durante cuatro años, Perséfone Rosi se hizo pasar por estudiante universitaria, periodista y empresaria. Afirmaba estar dedicada a la verdad, a denunciar a los Divinos por sus injusticias, a ser una mortal que sufría como el resto de nosotros, pero la realidad es que no es nada de eso, ni siquiera mortal.

Perséfone es una diosa, nacida de Deméter, la Diosa de la Cosecha.

El artículo continuaba, afirmando haber comenzado la investigación planteando la pregunta, ¿se casaría realmente Hades con una mortal? Más allá de eso, atacaron su trabajo.

Acusó a Hades de engaño, pero en el transcurso de sus artículos se enamoró del Dios de los Muertos. Escribió sobre el acoso de Apolo a las mujeres, pero cuando la indignación pública fue demasiado, se calló. Ahora se la ve a menudo con el Dios de la Música. Los intentos de Perséfone de denunciar a los dioses parecen no haber sido más que una forma de que un dios menor alcanzara el rango de Olímpico.

La última frase encendió una fina rabia en su interior, sobre todo porque sabía que esa era la verdad de Helen: ella era la que buscaba una forma de ascender, y había elegido el lado equivocado.

Perséfone levantó la vista y se dio cuenta de que la gente la miraba. Empezó a sentirse incómoda y miró la hora. Sybil llevaba casi quince minutos de retraso y no había respondido a los mensajes de texto de Perséfone.

Volvió a enviar un mensaje de texto:

¿Estás bien?

Luego llamó y su teléfono fue directamente al buzón de voz.

Extraño.

Perséfone colgó y llamó a Ivy a la Torre de Alejandría.

—Buenos días, lady Perséfone —dijo.

—Ivy, ¿ha llegado Sybil?

—Aún no —dijo—. Pero volveré a revisar.

La ninfa la puso en espera y, mientras Perséfone esperaba, el estómago se le revolvió de miedo. Ya sabía que Sybil no había llegado al trabajo. Nadie pasaba de Ivy, una verdad que se confirmó cuando volvió a tomar el teléfono.

—Aún no ha llegado, mi señora. ¿Quiere que la llame cuando llegue?

—No, está bien. Estaré allí pronto.

Perséfone colgó y frunció el ceño. No le gustaba la sensación que se le estaba formando en el fondo del estómago. Se apoderó de sus pulmones, dificultando la respiración y la deglución.

Tal vez pasó la noche con Harmonía. Tal vez perdieron la noción del tiempo.

—Zofie. —Perséfone pronunció el nombre de la amazona y esta apareció al instante. Los espectadores jadearon sorprendidos, pero Perséfone los ignoró.

—¿Sí, mi señora?

—¿Puedes localizar a Harmonía?

—Haré lo que pueda —dijo—. ¿Te acompaño a la torre?

—No, prefiero que encuentres a Harmonía lo antes posible.

—Como quiera —dijo, y desapareció.

Zofie la encontrará, pensó.

Intentó consolarse con esos pensamientos mientras

pagaba su café y emprendía el corto camino hacia la Torre de Alejandría en medio del frío. Nada más llegar, agradeció el calor que le recorrió el rostro, derritiendo su piel helada.

—Lady Perséfone —dijo Ivy—. He llamado a la señorita Kyros, pero su teléfono parece estar apagado.

Era el único hecho que le impedía creer completamente que estaba con Harmonía. El teléfono de Sybil nunca estaba apagado.

Tal vez olvidó su cargador, razonó. Sin embargo, su miedo aumentaba.

—Lo intentaré de nuevo en unos minutos —dijo Ivy—. He dejado café en tu mesa.

—Gracias, Ivy.

Perséfone subió las escaleras y entró en su despacho. Comenzó a quitarse la chaqueta, pero se detuvo al rodear su escritorio y ver una pequeña caja negra. Estaba atada con una cinta roja y se encontraba junto a su café. ¿Había dejado Ivy un regalo y no había dicho nada al respecto? La agarró y se quedó aún más confundida cuando encontró una sustancia pegajosa en el fondo, y luego, horrorizada, se dio cuenta de lo que era.

Sangre.

—Buenos días. —La voz de Luce se detuvo bruscamente al entrar en el despacho de Perséfone y ver la mancha carmesí en su escritorio—. ¿Es eso... *sangre*?

De repente, a Perséfone le costaba mucho respirar y tenía un zumbido en los oídos que le dolía.

—Leuce. Consigue a Ivy.

—Por supuesto.

Perséfone sostuvo la caja con cautela, sus manos ya temblaban. Tiró de la cinta y retiró la tapa. Dentro había un papel blanco manchado de sangre. Abrió la hoja y encontró un dedo cortado. Un dolor de garganta le hizo soltar la caja y

alejarse del escritorio.

Justo entonces, Ivy y Leuce regresaron.

—¿Qué pasa, mi señora?

Perséfone podía sentir cómo se acumulaban gruesas lágrimas.

—¿Esta caja estaba aquí cuando me trajiste el café esta mañana?

—Bueno... sí —dijo—. Supuse que era de Hades.

—¿Ha estado alguien más en mi despacho? —Miró de una ninfa a otra mientras respondían al unísono.

—No —dijeron.

—Tu puerta estaba cerrada cuando llegué —dijo Leuce.

Perséfone se sintió mareada y su mente se aceleró. Su mirada se posó de nuevo en la caja y en el dedo ceniciento que asomaba a través del papel.

—Tengo que comprobar cómo está Sybil.

—Perséfone, espera.

No lo hizo.

Se teletransportó al apartamento de Sybil y se encontró en medio del salón del oráculo. Estaba completamente destruido: la mesa de centro estaba en pedazos, el televisor destrozado. Las puertas de la consola sobre la que se apoyaba parecían haber sido arrancadas de sus bisagras. Las cortinas habían sido arrancadas de sus varillas. El suelo estaba lleno de cristales rotos. En medio de este caos, se dio cuenta de que algo temblaba, acurrucado en el sofá: Opal, el perro de Harmonía. Perséfone lo recogió en sus brazos.

—Está bien —lo tranquilizó, pero ni siquiera ella se creyó las palabras. Comenzó a explorar el resto del apartamento.

—¡Sybil! —gritó, sus zapatos crujieron sobre los escombros mientras avanzaba por el pasillo, reuniendo su magia en las palmas de las manos, una energía agitada que coincidía con lo

que sentía. Comprobó el cuarto de baño y encontró el espejo destrozado; el tocador salpicado de sangre. Sus ojos se dirigieron a la bañera, oculta tras la cortina de la ducha. El tiempo pareció ralentizarse a medida que se acercaba, con su magia caliente en la mano.

Apartó la cortina, pero encontró la bañera vacía, sin manchas.

Aun así, se sintió nerviosa al salir del baño y avanzar por el pasillo donde estaba el dormitorio de Sybil. La puerta estaba entreabierta y, al abrirla un poco más de una patada, la encontró derruida, pero Sybil no estaba.

Sybil no estaba.

Entonces recordó las palabras del falso oráculo.

La pérdida de un amigo te llevará a perder muchos, y tú, tú dejarás de brillar, una brasa arrebatada por la noche.

Ben.

Perséfone convocó a Zofie y le entregó a Opal antes de teletransportarse a Four Olives, el restaurante donde trabajaba Ben y donde había conocido a Sybil. Hubo jadeos cuando se manifestó y escudriñó a la multitud, los mortales sacaron sus teléfonos para sacar fotos o filmarla.

—No —ordenó, y envió un torrente de energía a toda la sala. De repente, crecieron pequeños arbolitos del interior de sus dispositivos. Algunos mortales dejaron caer sus teléfonos con sorpresa, mientras que otros gritaron.

—¡Es una diosa!

—¡Las historias son verdaderas!

Los ignoró, buscando a Ben, que acababa de salir de la cocina, llevando una bandeja llena de comida. Cuando la vio, se detuvo y sus ojos azules se abrieron de par en par. Dejó

caer la bandeja y giró sobre sus pies en un intento de volver a entrar en la cocina, pero en su lugar se desplomó en el suelo, con los tobillos sujetos por unas finas raíces que habían crecido desde el suelo bajo él.

Perséfone se dirigió hacia él. A cada paso, sentía que su ira, y su poder aumentaban.

—¿Dónde está? —preguntó mientras se acercaba. Para cuando estuvo frente a él, luchaba por liberarse, con los dedos sangrando por la madera astillada—. ¿Dónde está Sybil?

—¡No lo sé!

—Está desaparecida. Su casa está destrozada y tú también podrías haberla acosado. ¿Qué has hecho?

—¡Nada, lo juro!

Su magia se expandió, y las lianas que atrapaban sus tobillos, ahora atrapaban sus muñecas, creciendo rápidamente hasta rodear su cuello.

—¡Dime la verdad! ¿La has capturado para probar tu profecía?

—¡Nunca! Te di las palabras que escuché. Lo juro por mi vida.

—Entonces es bueno que te tenga en mis manos —dijo, y las lianas le apretaron el cuello con más fuerza. Los ojos de Ben se abrieron de par en par, las venas de su frente estallaron.

—¿Quién te dio las palabras? ¿Quién es tu dios?

—Deméter —espetó, apenas capaz de pronunciar palabras mientras se ponía morado frente a ella.

—¿Deméter? —repitió Perséfone, y soltó la garganta del mortal. Ben jadeó y cayó de costado. Las lágrimas corrían por su rostro mientras se arrastraba, con las manos y los pies aún atados.

—Sabías quién era yo —dijo Perséfone.

Ben tenía una razón para apegarse a Sybil. Era porque estaba cerca de *ella*.

Es solo cuestión de tiempo que alguien con una venganza contra mí intente hacerte daño.

Eran palabras que Hades había pronunciado, un temor que había tenido a medida que su relación se hacía más pública. Perséfone nunca había considerado que esas palabras fueran ciertas para ella.

—¡Dime todo! —exigió Perséfone.

Ben intentó escabullirse, pero fue retenido por sus lianas.

—¡No hay nada que contar! Te he dado la profecía.

—No me *diste* una profecía, me diste una amenaza de mi madre —vociferó.

—Solo me dieron palabras para decir —gritó—. Tu madre amenazó a Sybil, ¡no a mí!

Mientras miraba al hombre, notó una humedad que se acumulaba debajo de él. El mortal se había meado encima, pero no fue su miedo lo que la convenció de que decía la verdad, sino que sabía que él creía que era un verdadero oráculo; no reconocería que él mismo era un instrumento de su madre.

—Confía, mortal, en que, si algo le ocurre a Sybil, te recibiré personalmente en las Puertas del Inframundo y te escoltaré al Tártaro.

Su castigo sería brutal, e incluiría miembros cortados.

Se levantó entonces, y su ira se convirtió en algo que se parecía mucho a la pena: ¿y si no podía encontrar a Sybil? Ben había sido su única pista. Luego, su mirada se dirigió a los demás mortales que estaban en la cafetería y descubrió que, mientras algunos la miraban con desprecio, otros estaban absortos en la televisión donde se transmitían las noticias de última hora.

Avalancha mortal, se presume la muerte de miles de

personas.

No.

No, no, no.

Se cree que las fuertes nevadas son la causa de la mortal avalancha que ha sepultado las ciudades de Esparta y Tebas bajo varios cientos de metros de nieve. Se han enviado equipos de rescate.

Todo el cuerpo de Perséfone se sentía cálido, cargado de ira y magia.

Y entonces algo la golpeó en la cabeza. Miró a tiempo para ver cómo una naranja caía al suelo y rodaba.

Su cabeza se movió en la dirección que había venido y un hombre gritó:

—¡Maldita seas!

—¡Esto es culpa tuya! —gritó una mujer, recogiendo su plato y lanzándolo contra Perséfone. Le dio en el brazo y cayó al suelo, haciéndose añicos.

Siguieron más alimentos, objetos y palabras.

—¡Rata! —gritó otro, lanzándole su café.

El suelo empezó a temblar y Perséfone supo que, si no se marchaba, derrumbaría todo el edificio y, a pesar de su agresión, no merecían la muerte. Con una última mirada al televisor, se teletransportó.

XXXIV



UNA BATALLA ENTRE DIOSSES

Llegó al lugar de la avalancha, que se extendía a lo largo de varios kilómetros; en todas las direcciones había un manto de blanco brillante. Había señales de una ciudad: edificios derribados, árboles rotos, madera y metal retorcido que sobresalían de la nieve, pero lo peor de todo era el silencio. Era el sonido de la muerte, de un final.

Mientras estaba allí, en medio de la devastación, los trozos de comida que se habían pegado a su cabello y a su ropa cayeron al suelo y eso estimuló algo en su interior: el deseo de acabar con el reinado de su madre de una vez por todas. Echó mano de su magia, de lo que quedaba de vida a su alrededor, recurriendo a su energía, a su ira, a la oscuridad que había en su interior y que deseaba venganza, y mientras la liberaba, pensó en todas las cosas hermosas que había querido crear: las ninfas que había querido proteger de su madre, las flores que había querido cultivar, las vidas que había querido salvar.

La magia se acumuló tras un dique de emociones y, cuando estalló, brotó de ella en una ola de luz brillante que le hizo llorar los ojos y le calentó la piel. La nieve comenzó a derretirse bajo sus pies, y en las horribles secuelas de la

avalancha, entre los escombros y los desechos, creció la hierba, brotaron las flores, los árboles se enderezaron y florecieron; incluso el cielo se dividió a sus órdenes, las nubes se separaron para mostrar cielos azules.

Luego, las lianas surgieron del suelo, levantando y enderezando edificios y casas enteras, reparando las estructuras hasta cubrirlas de verdor y flores. El paisaje ya no parecía un desierto blanco o una ciudad de metal, sino un bosque de flores coloridas y fragantes, vegetación esmeralda y luz solar pura y brillante.

Sin embargo, el silencio reinaba y había una nueva sensación que jugaba en los bordes de su mente, muy parecida a la vida que revoloteaba allí, pero era oscura, un rizo de humo, provocador y burlón.

Era la muerte.

Podrá dar vida a una parte de este mundo, pero no a todo.

Se distrajo de su pena cuando sintió un poder terrible que venía del cielo. Era a la vez perverso y puro y se agolpó en su alma, erizando el vello de sus brazos y su nuca. Entonces los Olímpicos cayeron del cielo, aterrizando en un círculo alrededor de ella, excepto Hermes y Apolo, que aterrizaron a cada lado de ella, con la vista puesta en el frente, como para defenderse.

Hermes iba vestido con una armadura de oro y un linotórax de cuero. Su yelmo ostentaba unas alas que hacían juego con las que brotaban de su espalda. A su lado, Apolo llevaba un atuendo similar, solo que en la parte superior sobresalía una aureola de púas como un rayo de sol.

Hermes miró por encima de su hombro y sonrió.

—Hola, Sefi —dijo.

—Hola, Hermes —contestó en voz baja, sin saber qué hacer con la presencia de los dioses, pero sabiendo que esto no era bueno.

Justo frente a ella estaba Zeus, que iba con el pecho desnudo, salvo por una piel que llevaba como capa y un pteruges³, una falda de cuero en forma de tira, en la cintura. A su lado estaba Hera, que llevaba una complicada mezcla de armadura de plata, oro y cuero. A pesar de que Perséfone temía a Zeus, le pareció que la Diosa del Matrimonio era la que parecía más hambrienta de batalla. Luego estaba Poseidón, con su mirada depredadora. Él también tenía el pecho desnudo y llevaba una túnica blanca, sujeta por un cinturón de oro y verde azulado. En su mano sostenía su tridente, un arma que brillaba con malicia. También estaba Ares, con su capa roja brillante y su yelmo emplumado ondeando al viento. También estaban Afrodita, vestida de oro y rubor, y Artemisa, que llevaba el arco a la espalda. Perséfone se dio cuenta de que estaba tensa, dispuesta a tomar el arma si se le daba la oportunidad. Atenea tenía un aspecto regio, aunque no completamente pasivo, mientras estaba de pie junto a Hestia, que era la única diosa que no estaba vestida para la batalla.

Su madre era la única Olímpica que faltaba, y Hades.

Entonces sintió su inconfundible presencia, una oscuridad tan deliciosa que se sintió como en casa cuando la rodeó por la cintura y, de repente, se sintió atraída por su sólido pecho. Perséfone echó la cabeza hacia atrás y sintió que la mandíbula de Hades le rozaba la mejilla cuando sus labios se posaron cerca de su oreja.

—¿Enojada, cariño?

—Un poco —respondió sin aliento.

A pesar de su comentario burlón, sintió la tensión en su cuerpo.

—Esa fue toda una muestra de poder, pequeña diosa —dijo Zeus.

—Llámame pequeña una vez más. —Perséfone fulminó con la mirada al Dios del Trueno, que se rio ante su enojo.

—No sé por qué te ríes —continuó—. Ya te he pedido respeto antes. No lo volveré a pedir.

—¿Amenazas a tu rey? —preguntó Hera.

—No es *mi* rey —dijo.

Los ojos de Zeus se oscurecieron.

—Nunca debí permitirte salir de ese templo. Esa profecía no era sobre tus hijos. Era sobre ti.

—Déjalo, Zeus —dijo Hades—. Esto no terminará bien para ti.

—Tu diosa es una amenaza para todos los Olímpicos —respondió.

—Es una amenaza para *ti* —dijo Hades.

—Aléjate, Hades —dijo Zeus. —No dudaré en acabar contigo también.

—Si haces la guerra contra ellos, haces la guerra contra mí. —Las palabras salieron de Apolo, cuyo arco de oro se materializó entre sus manos.

—Y contra mí —dijo Hermes, desenfundando su espada.

Se hizo un silencio absoluto.

Entonces Zeus habló:

—¿Quieres cometer una traición?

—No sería la primera vez —musitó Apolo.

—¿Protegerías a una diosa cuyo poder podría destruirte? —preguntó Hera.

—Con mi vida —dijo Hermes—. Sefi es mi amiga.

—Y mía —dijo Apolo.

—Y mía —dijo Afrodita, que se separó de la fila y cruzó al lado de Perséfone. Cuando llegó a situarse junto a Apolo, pronunció el nombre de Hefesto, y el Dios del Fuego también apareció, ocupando el espacio junto a ella.

—No voy a luchar —dijo Hestia.

—Ni yo —dijo Atenea.

—¡Cobardes! —vociferó Ares.

—La batalla debe servir para algo más que para derramar sangre —dijo Atenea.

—El oráculo ha hablado y ha señalado a esta diosa como una amenaza. La guerra elimina las amenazas.

—También la paz —dijo Hestia.

Las dos diosas desaparecieron, y entonces fueron Zeus, Hera, Poseidón, Artemisa y Ares quienes se enfrentaron a ellos.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres, Apolo? —preguntó Artemisa.

—Sefi me dio una oportunidad cuando no debía. Se lo debo.

—¿Vale la pena su oportunidad?

—¿En mi caso? —preguntó—. Sí.

—Te arrepentirás, pequeña diosa —prometió Zeus.

Los ojos de Perséfone se entrecerraron.

—He *dicho* que *no* me llames pequeña.

Su poder se movió y rompió la tierra bajo los pies de Zeus y los demás Olímpicos. Saltaron para evitar caer en un abismo abierto, se elevaron en el aire con facilidad y atacaron. Zeus parecía decidido a golpear a Perséfone, y su primer ataque se produjo en forma de un poderoso rayo violeta que golpeó el suelo cerca de sus pies, haciendo temblar la tierra.

—Eres tan perra como tu madre —gruñó Zeus.

—Creo que las palabras que buscas son *de voluntad fuerte* —dijo Perséfone.

Zeus se echó hacia atrás, pero en lugar de golpearla, su brazo se topó con un muro de afiladas espinas, que se hicieron añicos, pero fue suficiente barrera para que Perséfone evitara el golpe del dios. Mientras lo hacía, Hades se

interpuso entre ellos, su glamour se desvaneció en un humo negro, pero las sombras que cayeron de él se dirigieron hacia Zeus. Una de ellas consiguió atravesar su cuerpo, haciéndole retroceder a trompicones, pero se recuperó a tiempo para desviar las otras dos con los puños que sujetaban sus brazos.

—La regla de las mujeres, Hades, es que nunca les des tu corazón.

Perséfone no tuvo tiempo de preguntarse cómo había respondido Hades, ya que, al retroceder a trompicones, se encontró de frente con Poseidón, que le lanzó su tridente. Los filos le cortaron la parte superior del brazo al intentar moverse y jadeó de dolor, pero aprovechó ese escozor para empezar a curarse, e invocó lianas del suelo que se enredaron alrededor del tridente, arrancándolo de las garras de Poseidón. El dios no tardó en enfurecerse y golpeó con su mano las lianas, arrancando su arma de su agarre y clavándola en el suelo. La tierra comenzó a temblar y a resquebrajarse, y la tierra que Perséfone había curado estaba ahora rota. Una gigantesca fisura apareció entre ella y el Dios del Mar, y cuando este dio un paso cerca, el fuego brotó de sus profundidades y un látigo en llamas cortó el aire y se enredó en el cuello de Poseidón, haciéndolo volar hacia atrás. Se estrelló contra uno de los edificios cubiertos de vides que Perséfone había restaurado.

Al principio no sabía quién había acudido a rescatarla, pero entonces sus ojos se posaron en Hefesto, cuyos ojos brillaban con un poder crudo y una llama. Le dio la espalda y miró a Poseidón, que se levantó de entre los escombros con su tridente brillando.

De repente, le echaron la cabeza hacia atrás y se quedó mirando los crueles ojos de Hera, que levantó una espada y la hizo caer sobre el cuello de Perséfone. Alcanzó la mano de Hera e invocó espirales con la punta de los dedos. Se hundieron profundamente en la carne de la diosa y ella gritó, sangrando, su espada salió volando. La rabia brilló en los ojos

de Hera y tomó a Perséfone por el brazo y la lanzó. Voló por el aire, el viento se sentía agudo contra su piel. Aterrizó de pie, pero en un cráter y mientras salía de él, Hera continuó hacia ella. Perséfone hizo acopio de su magia y unos miembros ennegrecidos brotaron de la tierra, enredándose en los brazos y tobillos de Hera, manteniéndola en el cielo. La diosa luchó, su grito sonó animal, hasta que las lianas se cerraron sobre su boca, silenciándola.

Hubo un momento en el que Perséfone se quedó al borde del abismo que su cuerpo había creado, contemplando la destrucción provocada por los dioses: la tierra era estéril y estaba agrietada, y los incendios se extendían por la tierra como ríos de llamas, el cielo estaba cargado de humo. La magia de los dioses pesaba en el aire, una energía que se sentía como la perdición y sonaba como un trueno.

Al otro lado del campo, los Olímpicos se enzarzaron en una batalla entre ellos: las espadas y las lanzas chocaban y se enfrentaban, mientras que las ráfagas de magia poderosa contrarrestaban los ataques. Apolo lanzó flechas a Ares, que las bloqueó con su lanza. Hefesto utilizó su látigo de fuego para bloquear un golpe tras otro del tridente de Poseidón, mientras Artemisa y Afrodita cruzaban sus espadas. Luego estaba Hades, que seguía enzarzado en una feroz batalla con Zeus. Ambos se golpeaban con sus armas: el bidente de Hades y el rayo de Zeus. Cada vez que se enfrentaban, se producía una explosión de poder que parecía alimentar su ira.

Perséfone se concentró en los dos, y su magia se elevó para agarrar los tobillos y los brazos de Zeus. El dios rompió su agarre con facilidad, pero persistió, y Zeus rugió de ira. Hades aprovechó la oportunidad para hacer que las sombras lo recorrieran hasta que tropezó hacia atrás. Al caer, el suelo se abrió, impulsado por la magia de Perséfone, y el dios cayó al abismo, llenando el agujero de tierra y escombros, enterrándolo vivo.

Hades se volvió hacia Perséfone justo cuando el suelo

empezó a temblar, y Zeus se elevó del suelo en una explosión de tierra, bañando a los dioses con tierra y rocas. Un rayo crepitó alrededor del Rey de los Dioses y sus ojos brillaron. Un miedo terrible recorrió a Perséfone cuando lo vio y sintió su poder. Era como un veneno que le revolvía el estómago.

—¡Perséfone! —rugió Hades.

El rayo cayó rápidamente. Su cuerpo se agitó incontroladamente, sus miembros se congelaron en su sitio, los ojos abiertos de par en par, la boca abierta. Solo pudo ver el destello de luz violeta, oler el cabello y la carne quemados. No supo cuánto tiempo sufrió la conmoción, pero algo sucedió, un cambio en su cuerpo al adaptarse a la sensación de la magia que había abordado inicialmente su cuerpo y, de repente, pudo aprovecharla. Cuando el ataque de Zeus terminó, Perséfone se sintió resplandeciente, con su cuerpo lleno de electricidad. Sus ojos se entrecerraron sobre Zeus en el cielo y recogió su magia como si fuera propia, enviándola hacia él.

Sus ojos se abrieron de par en par en el momento en que fue golpeado, y su cuerpo se convulsionó en el cielo.

Cuando el asalto terminó, Zeus cayó, su aterrizaje sacudió la tierra. La visión de Perséfone se nubló y sus pulmones traquetearon. Se dio la vuelta, buscando a Hades, pero se encontró con que Ares soltaba su lanza dorada. Esta cortó el aire a una velocidad inhumana, demasiado rápida para que Perséfone pudiera moverse.

En el siguiente segundo, fue empujada al suelo, se giró para ver cómo el cuerpo de Afrodita se arqueaba al ser atravesado por la lanza. Se clavó en el suelo detrás de ella, y quedó inmovilizada en su centro, sus brazos colgaban inertes a su lado, la sangre goteaba de su boca.

—¡No! —El rugido de Hefesto fue tan fuerte y ensordecedor que detuvo la batalla. Todo el mundo vio cómo se abría camino hacia ella, envuelta en llamas, alcanzando la lanza, la

sacó de su cuerpo. Un brazo la rodeaba por los hombros, el otro le presionaba el estómago.

—Afrodita... —Ares pronunció su nombre mientras sus pies tocaban el suelo—. No quise...

—Si das un paso más, te cortaré el cuello —amenazó Hefesto.

—Afrodita —susurró Perséfone, con la garganta llena de lágrimas—. No.

—Perséfone —dijo Hades, repentinamente a su lado, instándola a ponerse en pie—. Vamos.

—¡Afrodita! —gritó.

—Tenemos que irnos —dijo Hades.

—¡Apolo! ¡Cúrala! —gritó Perséfone.

Hades la recogió en sus brazos.

—¡No! —rugió mientras se desvanecían.

3 Pteruges se refiere a la pieza decorativa que cae de la cintura de la armadura de los antiguos soldados griegos y romanos. Generalmente estaba hecha de cuero y llevaba piezas metálicas y, en casos especiales, joyas para adornarlo.

XXXV



UN FAVOR

Todavía estaba gritando cuando aparecieron en su dormitorio.

—Va a estar bien —dijo Hades, sus brazos la rodeaban con fuerza, sosteniéndola.

—Tomó esa lanza por mí —gritó Perséfone, enterrando su rostro en su pecho.

—Afrodita estará bien —dijo Hades—. Todavía no es su hora de morir.

Incluso al oír esas palabras, a Perséfone le costó un rato calmarse. El día había comenzado con una nota tan hermosa, una euforia que nunca había sentido antes, y rápidamente se había desbordado. Sybil seguía desaparecida, había miles de muertos enterrados bajo aquella avalancha y los Olímpicos estaban ahora divididos.

—Siéntate —dijo Hades, guiándola hasta el borde de la cama.

—Hades, no podemos quedarnos aquí —dijo Perséfone—. Tenemos que encontrar a Sybil.

—Lo sé, lo sé. Deja que me asegure de que estás bien —dijo.

Perséfone frunció las cejas. Se sentía bien, luego sus ojos bajaron a su camisa y se dio cuenta de que estaba cubierta de sangre.

—Estoy bien. Me he curado.

—Por favor.

La palabra era tranquila, sin aliento, y entonces asintió y dejó que le desabrochara la camisa. Pareció relajarse cuando encontró la piel sin marcar.

—Hades. —Comenzó a acercarse a su rostro, pero él se puso de pie.

—¡Joder! —gritó.

Se estremeció.

—Nunca quise esto para ti, joder —dijo, pasándose los dedos por el cabello sucio.

—Hades, esto no es tu culpa.

—Quiero protegerte de esto.

—No tenías control sobre cómo actuarían los dioses hoy, Hades. —Mantén los ojos desviados, la mirada fija, la mandíbula crispada—. Tomé la decisión de usar mi poder, Zeus tomó la decisión de acabar conmigo.

—Lo destruiré.

—No tengo ninguna duda —dijo, y se puso en pie—. Y yo estaré a tu lado cuando lo hagas.

Esperaba que Hades dijera que no, pero en lugar de eso se acercó a acariciar su mejilla.

—Junto a mí —repitió, y dejó caer su mano—. Háblame de Sybil.

Perséfone explicó lo que había encontrado en el escritorio esta mañana: una caja negra, atada cuidadosamente con una cinta roja, que contenía el dedo de Sybil.

—¿Estás segura de que era de Sybil?

—Sí. —Perséfone conocía su energía, pero también reconoció el esmalte de la uña ensangrentada.

—¿Dónde está ahora?

—Todavía está en mi oficina. —Había estado demasiado frenética como para pensar en llevarlo con ella cuando salió a revisar el apartamento de Sybil.

—Tendremos que recuperarlo —dijo Hades—. Hécate puede lanzar un hechizo de rastreo que al menos nos dirá dónde le quitaron el dedo.

Era difícil creer que estuvieran hablando con tanta ligereza del secuestro de Sybil y de lo que, en esencia, era una tortura. La realidad provocó un escalofrío de rabia en Perséfone.

—¿Qué hacemos si no está? —preguntó.

—No puedo decirlo —respondió Hades—. Depende de lo que encontremos cuando la rastreemos.

Perséfone sabía por qué se habían llevado a Sybil: era una forma de atraerla, pero, ¿dónde? Perséfone sospechaba que el secuestro había sido idea de Deméter basándose en la profecía que le había dado a Ben, pero, ¿quién se la había llevado? ¿Los mismos que habían atacado sin piedad a Adonis, Harmonía y Tique?

—Vamos, debemos apresurarnos. No podemos pasar mucho tiempo fuera del Inframundo dado como dejamos a los Olímpicos —dijo Hades.

En cuanto aparecieron en su despacho, Perséfone supo que algo iba mal. Hades se puso rígido a su lado y la agarró por la cintura. Había un rectángulo seco y ensangrentado en su escritorio, donde el dedo de Sybil había descansado demasiado tiempo en la caja, y había desaparecido. Sus ojos se desviaron hacia el sofá donde estaba sentado Teseo. Tenía el mismo aspecto que cuando lo conoció, si no más relajado, con una pierna cruzada sobre la otra y los brazos extendidos

sobre el respaldo del asiento.

Perséfone frunció el ceño.

—Tú.

El semidiós parecía divertido, sus cejas oscuras se alzaban sobre los ojos aguamarina.

—Yo —dijo Teseo, con la boca ladeada en una sonrisa de satisfacción.

—¿Dónde está Sybil? —exigió Perséfone.

—Está aquí —dijo, y levantó el dedo.

Los ojos de Perséfone se oscurecieron.

—¿Qué quieres con ella?

—Tu cooperación —dijo Teseo—. La necesitaré después de cobrar mi favor.

¿Favor?

Esa palabra heló la sangre de Perséfone.

Los ojos del semidiós se desviaron hacia Hades y se produjo un horrible silencio. Lo que sea que Teseo haya venido a recoger provocó que el agarre de Hades se apretara sobre ella, sus dedos se clavaron en su costado dolorosamente. Perséfone miró al dios, pero todo lo que pudo ver fue la parte inferior de su mandíbula mientras miraba al semidiós.

—¿Qué favor? —preguntó ella.

—El favor que me debe Hades —explicó Teseo, con su voz aún tan casual—. Por mi ayuda para salvar tu relación.

—¿De qué está hablando? —Perséfone volvió a mirar a Hades. Como él no respondió, susurró su nombre.

—¿Hades?

—Me devolvió una reliquia que cayó en manos equivocadas —gruñó Hades, y luego añadió, como para explicar por qué se había sentido obligado a conceder tan

monumental regalo—. Has visto la devastación que puede causar una pieza así.

Lo había hecho. Las reliquias habían provocado las heridas de Harmonía y la muerte de Tique.

Los ojos de Perséfone volvieron a mirar a Teseo, cuya sonrisa era perversa: se complacía en esto, se dio cuenta con disgusto.

—¿Qué es lo que quieres de él?

—A ti —respondió el semidiós, como si fuera obvio.

—¿A mí? —repitió Perséfone.

—No —dijo Hades, y Perséfone sintió que su magia se elevaba.

—Los favores son obligatorios, Hades —dijo Teseo—. Estás obligado a cumplir mi petición.

—Conozco la naturaleza de los favores, Teseo —siseó Hades.

—¿Te enfrentarías a la Muerte Divina? —preguntó Teseo, levantándose de su sitio en el sofá.

—¡Hades, no! —dijo Perséfone, que se aferró a su túnica, pero él no la miró, su mirada se dirigió a Teseo, con el cuerpo tenso y preparado para la batalla. Horribles recuerdos asaltaron su mente. Eran recuerdos falsos, sacados de sus mayores temores cuando había luchado contra Hades en su arboleda, pero se habían sentido reales. Todavía recordaba el peso de su cabeza en su regazo y la forma en que su sangre se oscurecía al secarse.

—¿Por Perséfone? —preguntó Hades—. Sí.

—Solo pido que me la presten. Puedes tenerla de vuelta cuando haya terminado.

El asco hizo que el estómago de Perséfone se revolviera.

—¿Por qué yo? —preguntó.

—Eso es una conversación para otro momento. Por ahora,

debes salir de aquí conmigo y Hades no puede seguirte. Si no haces lo que te digo, asesinaré a tu amiga delante de ti.

Los ojos de Perséfone ardían, y se volvió hacia Hades, agarrando su brazo hasta que la miró fijamente.

—Perséfone —dijo su nombre, desesperado y dolorido.

—Voy a estar bien.

—No, Perséfone.

—He perdido a demasiada gente. De esta manera... puedo conservarlos a todos.

La abrazó, sus dedos se clavaron en sus brazos. Ella sabía lo que estaba pensando: era la última vez que la vería. Apretó sus labios contra los de él y se besaron suavemente. Cuando se separó, susurró:

—Confía en mí.

—Confío en ti —dijo.

—Entonces, déjame ir.

Y para su sorpresa, lo hizo.

Detrás de ellos, Teseo se rio y abrió la puerta, esperando a que ella pasara.

—Has tomado la decisión correcta.

Pasó rozando a Hades, y por mucho que lo hubiera animado a dejarla marchar, sintió inmediatamente el peso de su ausencia. Todo lo que quería era volver con él. Se detuvo cuando llegó junto a Teseo, lo que solo pareció hacer que Hades se pusiera más tenso.

—Perséfone. —Hades volvió a decir su nombre y su corazón le dolió de una forma que nunca antes había tenido, como si estuviera envuelto en un hilo tan tenso que apenas pudiera latir.

—Te amo —dijo—. Y te conozco.

En el momento en que esta puerta se cerrara, él vendría tras ella, y no podía arriesgarse. Sybil moriría, y Hades se

enfrentaría a una eternidad de ser perseguido por Némesis.

No podía dejar que eso sucediera.

Sus ojos se abrieron de par en par al oír sus palabras y, entonces, grandes lianas negras brotaron del suelo, envolviendo sus pies y muñecas. Su peso lo ancló al suelo, haciendo que se doblara bajo sus pies. Luchó contra las ataduras, sus músculos se agitaron y las venas saltaron, pero no pudo liberarse de ellas.

—¡Perséfone! —gritó Hades cuando la puerta se cerró de golpe, impidiéndole ver. El sentimiento de culpa se apoderó de ella y las lágrimas brotaron de sus ojos. Quedó frente a Teseo, que tenía los labios curvados y los ojos encendidos de diversión.

—Bien hecho. Nunca te perdonará por eso.

PARTE III

“Los hombres son rápidos para culpar a los dioses: dicen que inventamos su miseria. Pero son ellos, ellos mismos, en su depravación, diseñan pena mayor que las penas que el destino le asigna.”

—Homero, La Odisea

XXXVI



PERSÉFONE

Teseo sacó a Perséfone de la Torre de Alejandría y la condujo a un todoterreno que la esperaba. En el interior, las ventanas estaban tan oscuras que no podía ver el exterior. Teseo subió al vehículo detrás de ella y le tendió la mano.

—Tu anillo —exigió.

—¿Por qué?

—Tu anillo o te cortaré el dedo también.

Perséfone lo miró fijamente. Tenía muchas ganas de usar su magia contra ese semidiós, pero no se atrevía a hacerlo, no sin saber si Sybil estaba bien.

Se quitó el anillo del dedo y se lo entregó, sintiendo que regalaba un trozo de su corazón. Vio cómo Teseo lo colocaba en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿A dónde me llevas? —exigió.

—Vamos al Hotel Diadem —dijo—. Hasta que esté listo para ejecutar mis planes contigo.

—¿Y cuáles son esos? —No pudo evitar que le temblara la voz.

Se rió.

—No soy de los que muestran su mano antes de estar preparado, reina Perséfone.

Ignoró el uso que hizo de su título; probablemente no era en serio, solo una forma de meterse en su piel.

—¿Está Sybil ahí? ¿En el hotel?

—Sí —dijo—. Llegarás a verla, necesitarás verla para recordar por qué debes seguir con tu misión.

Perséfone dejó que el silencio se prolongara un momento antes de volver a hablar.

—¿Trabajas con mi madre?

—Tenemos objetivos comunes —dijo.

—Los dos quieren derrocar a los dioses —dijo.

—No derrocar —dijo—. Destruir.

—¿Por qué? ¿Qué tienes contra los dioses? Naciste de uno.

Aunque Teseo hubiera querido, no podía negar su filiación.

—No odio a todos los dioses, solo a los inflexibles —dijo.

—¿Te refieres a los que no te dejan salirte con la tuya?

—Me haces parecer egoísta. ¿No he hablado siempre de ayudar al bien común?

—Ambos sabemos que quieres el poder, Teseo. Solo juegas a ofrecer a los mortales lo que otros dioses no conceden.

Teseo sonrió.

—Siempre escéptica, lady Perséfone.

No estaba segura de cuánto tiempo condujeron, pero en algún momento, el auto se detuvo. Teseo se inclinó hacia ella y capturó su barbilla entre los dedos, apretando con fuerza y obligándola a encontrar su mirada.

—Tenemos que hacer un pequeño paseo —dijo—. Que

sepas que voy a contar las veces que te portas mal, y por cada infracción, le cortaré otro dedo a tu amiga. Si se me acaban los dedos de las manos, pasaré a los de los pies.

La soltó y ella lo miró, respirando con dificultad.

—Confío en que obedezcas.

Justo mientras hablaba, alguien abrió su puerta, y estuvo a punto de caerse del vehículo, pero se agarró y se movió, saliendo de la cabina con elegancia, con la amenaza de Teseo todavía en su mente.

El Hotel Diadem era grandioso, una estructura parecida a un palacio que se extendía por varios kilómetros. Perséfone nunca había estado en su interior, pero sabía que el lugar contaba con varios restaurantes de lujo y era una escapada tanto para los residentes locales como para los veraneantes.

Teseo se acercó al todoterreno y enlazó su brazo con el de ella.

—¿Sabe Hera que estás usando sus instalaciones para actividades de traición?

Teseo se rio, una profunda carcajada que a Perséfone le pareció espantosa a pesar de su calidez. Luego dijo:

—De todos los dioses, Hera es la que más tiempo lleva de nuestro lado.

Entraron en el extravagante vestíbulo del hotel. Grandes candelabros de cristal colgaban a media altura de un techo de siete pisos coronado por vidrieras. Había varias zonas para sentarse, y muchas de ellas estaban llenas, abarrotadas de gente charlando y bebiendo.

Era un lugar magnífico.

Y en algún lugar dentro, estaba Sybil, sangrando.

Mientras los ojos de Perséfone se preguntaban, notó que la gente se fijaba en ella. No le extrañaría que alguien ya hubiera fotografiado su llegada con Teseo sin anillo y del brazo del semidiós. Los paparazzi buscaban ese tipo de cosas.

Giró la cabeza hacia Teseo.

—Supuse que serías más discreto —dijo entre dientes—. Ya que *estás* infringiendo la ley.

Él sonrió y se acercó, con su aliento caliente en su oreja. Los espectadores pensarían que le susurraba cosas dulces, pero sus palabras la enfurecían.

—*Has* roto la ley. Te has enfrentado a los dioses.

—Has secuestrado a mi amiga.

—¿Es un delito si nadie lo sabe? —preguntó.

Lo odiaba.

—No desperdicies tus pensamientos en cómo me torturarás cuando muera. Hades ya ha reclamado ese honor.

Finalmente, Perséfone encontró algo de lo que reírse.

—Oh, no te torturaré cuando mueras. Te torturaré mientras vivas.

Teseo no respondió, aunque sus palabras no parecían afectarle. No tenía miedo, ¿y por qué iba a tenerlo? En este momento, estaba ganando.

Siguieron por el borde del vestíbulo, hacia una gran escalera que se ramificaba en direcciones opuestas. Tomaron la de la derecha. La subida era de cuatro pisos y a Perséfone le ardían las piernas, pero nada podía contrarrestar la profunda sensación de temor que se agitaba en su estómago. Llegaron a la cima de la escalera y Teseo la condujo por un pasillo de puertas, deteniéndose en una a la izquierda: el número 505. Entró en la habitación y le sostuvo la puerta.

Perséfone mantuvo la mirada fija en Teseo hasta que pasó el umbral. Había una pequeña entrada que desembocaba en una sala más grande, donde un hombre estaba de pie contra la pared. Era desconocido, grande, pero permanecía tan quieto como un soldado de guardia. Al entrar en la habitación sus ojos conectaron con Sybil, cuyo nombre estalló de su boca en un gemido quebrado. Corrió hacia ella y se arrodilló.

La oráculo estaba sentada con las piernas y los brazos sujetos. Su cabeza estaba inclinada hacia un lado, apoyada en su hombro. Su cabello rubio estaba cubierto de sangre seca y le cubría parte del rostro. Perséfone le apartó los mechones, revelando unos ojos amoratados, un labio roto y una nariz ensangrentada. Las lágrimas se acumulan y ardían en el fondo de su garganta.

—Sybil. —La voz de Perséfone fue más bien un gemido, pero los ojos del oráculo se abrieron en rendijas y trató de sonreír, pero hizo una mueca de dolor y luego gimió.

Perséfone se levantó y se giró para encarar a Teseo, con su ira aguda, pero encontró a otra persona en la habitación con ellos.

—¡Harmonía!

La Diosa de la Armonía estaba en la esquina opuesta, también sujeta. Estaba magullada y golpeada, mucho peor que la noche que la había conocido en casa de Afrodita. Sangraba por una herida en el costado.

—Oh, sí —se burló Teseo. —Esa estaba con ella cuando aparecimos. Hizo un lío de la situación, por lo que me vi obligado a hacer un lío de ella.

Perséfone rechinó los dientes y sus dedos se enroscaron en la palma de la mano.

—No tenías que hacerles daño —dijo, con la voz temblorosa.

—Pero lo hice. Un día, entenderás lo que se necesita para ganar una guerra —dijo, y luego indicó al hombre grande y silencioso que estaba contra la pared—. Theo es tu guardaespaldas. Theo.

Dijo su nombre como una orden, y blandió un cuchillo, se acercó a Sybil y le sujetó la muñeca. Ella gimió cuando colocó la hoja contra su dedo anular; ya le faltaba el dedo corazón.

—¡No! —Perséfone comenzó a moverse hacia ellos, pero la

voz de Teseo la detuvo.

—Ah-ah-ah —regañó—. Theo es hijo de un carnicero. Es un experto tallador. Se le ha ordenado desmembrar a tu amiga *si* te comportas mal. Por supuesto, no todo a la vez. Volveré pronto —prometió el semidiós, y se fue.

En el silencio que siguió, Perséfone se mantuvo de espaldas a la pared, mirando al hombre cuyas manos seguían sobre Sybil. Se preguntó si tenía intención de permanecer así mientras Teseo no estuviera.

—Deberías avergonzarte —escupió—. Si son los dioses los que odias, sus acciones las que desprecias, te has puesto a su nivel.

Theo no habló.

—No intentes razonar, Sefi —logró decir Sybil, con la voz desfallecida—. Les han lavado el cerebro.

Ante su comentario, Theo apretó la mano de Sybil.

—¡Detente! —suplicó Perséfone. Los gritos de Sybil arañaron su corazón—. ¡Para, por favor! *¡Por favor!*

Cuando la soltó, Sybil sollozó.

Después de eso, ninguno de ellos habló.

Perséfone se sentó en el borde de la cama del hotel. Se miró el dedo desnudo, echando de menos la comodidad del peso de su anillo y temiendo por Hades. Se preguntó si se habría escapado de sus ataduras. Cerró los ojos ante el recuerdo de su expresión: la conmoción, la desesperación. Él no había querido que se alejara y, sin embargo, ella había continuado, dando un paso tras otro hasta cerrar la puerta. Se había dicho que no pasaría mucho tiempo, que no se *separarían por mucho tiempo*. Se liberaría de las ataduras y vendría.

Pero los minutos se convirtieron en horas, y seguían sin encontrarse. Perséfone luchó contra el sueño, sin querer descansar mientras sus amigas sufrían bajo la mirada de sus

enemigos. Cada vez que daba una cabeceada, sentía que se caía y se despertaba con un sobresalto. Cuando ya no podía soportar estar sentada, se ponía de pie. Cuando ya no podía estar de pie, se paseaba.

No estaba segura de cuántas veces cruzó la sala, ni de cuántas horas llevaban encerradas en esta habitación de hotel, pero la puerta finalmente se abrió, revelando a Teseo y a otro hombre grande que podría haber sido el gemelo de Theo. Pasó por delante de Perséfone y se dirigió directamente a Sybil.

—¿Qué estás haciendo?

—Estás a punto de descubrir por qué te necesitaba —dijo Teseo.

Perséfone apretó los dientes, mirando al semidiós. *Lo odiaba tanto.*

Entonces, algo se movió en el aire; un cambio que no pudo ubicar, pero supo que provenía de Teseo, quien se puso rígido de repente y luego se retorció mientras la puerta se abría de golpe. Todo sucedió tan rápido que lo único que Perséfone pudo hacer fue mirar con horror cómo el semidiós extendía la mano. Su magia crepitó en el aire, una corriente como la de un rayo que se encuentra con el agua, y congeló a Zofie, que había pateado la puerta blandiendo su espada.

Perséfone pudo ver por la expresión de su rostro, ojos muy abiertos, boca abierta, que no había esperado enfrentarse a semejante poder cuando acudió a rescatarla. Entonces, Teseo manifestó una hoja, la sostuvo como una lanza y la lanzó contra Zofie, golpeándola en el pecho.

Cayó al suelo en la puerta de la habitación del hotel.

Los gritos de Perséfone fueron cortados por una mano que rodeó su boca. Luchó contra Theo, con lágrimas en el rostro.

—¡Cállate! —se quejó Teseo, tratando de alcanzar su brazo—. Si no quieres que tus otras amigas se unan a ella, ¡te

callarás!

Perséfone se estremeció.

—Limpia esto —ordenó, mirando a Zofie con asco.

Perséfone quería abrazarla, apartarle el cabello del rostro, decirle lo buena guerrera que era, pero Teseo seguía agarrando su brazo.

—Vamos.

Tiró de ella y salieron de la habitación, pasaron por delante de Zofie, bajaron las escaleras y entraron en un estacionamiento donde los esperaba una limusina. Teseo empujó a Perséfone al interior, donde se encontró de frente con su madre. Verla fue como una ráfaga de aire frío, y retrocedió.

Sabía que su madre pensaría que era una debilidad, que retrocedía por miedo, pero no era eso, era asco. Esta diosa, la cosechadora, la criadora, tenía la sangre de miles de personas en sus manos.

—Siéntate —ordenó Teseo, empujándola al espacio frente a su madre.

EL semidiós tomó asiento junto a Deméter mientras Sybil y Harmonía eran arrastradas a la limusina y prácticamente arrojadas una frente a la otra. Perséfone sabía por qué las mantenían separadas: temían que Harmonía se teletransportara con Sybil. Aunque no creía que la Diosa de la Armonía tuviera suficiente energía para usar su magia.

Cuando se cerraron las puertas, salieron a toda velocidad y Teseo habló:

—Te voy a llevar al lago Lerna —dijo.

—Esa es una entrada al Inframundo —dijo Perséfone. Nunca la había visto en persona, pero sabía que era una antigua vía de acceso al reino de Hades. Conociendo al dios como lo conocía, no podía imaginar qué tipo de trampas había puesto para evitar la entrada, pero podía imaginar que eran

mortales.

—Sí —dijo.

—¿Por qué no pasar por Nevernight? —preguntó.

—Porque allí hay demasiada gente que intentará protegerte —dijo—. Después de todo, eres su reina.

Deméter frunció el ceño.

—No digas esas cosas. Me da asco.

Perséfone la miró fijamente.

—¿Por qué deseas entrar en el Inframundo? ¿Esperas recuperar un alma?

—No soy tan predecible —dijo—. Me guiarás hasta el arsenal de Hades, y garantizarás mi paso seguro.

—¿Quieres armas?

—Quiero *un* arma —dijo Teseo—. El Yelmo de la Oscuridad.

Tragó con fuerza.

—Deseas llevar el casco de Hades —dijo—. ¿Y qué? ¿Robar las otras armas?

—No tendré que robarlas. Me las darán —dijo.

Debería haberlo adivinado. Poseidón era su padre, guardián del Tridente, y Hera se aseguraría de que tuviera el Rayo de Zeus. Eran armas de guerra que ayudaron a los Olímpicos a derrotar a los titanes; tenía sentido que Teseo pensara que podía usarlas para derrocar a los Olímpicos.

—Esas armas no te ayudarán a ganar una guerra contra los Olímpicos. Los dioses son mucho más fuertes ahora.

—Nunca confío en un solo método para vencer a mi enemigo —dijo Teseo.

No le sorprendió que no diera más detalles. Teseo no era de los que se ponen poéticos con sus planes.

Una vez que le dio la misión, nadie volvió a hablar.

Perséfone temía decir algo que pudiera hacer que Teseo se detuviera y dañara a Sybil o a Harmonía.

Las miró, asegurándose de que ambas respiraban. Harmonía volvió a apoyar la cabeza en la ventana mientras Sybil se hundía contra el cuero.

El auto se detuvo y las puertas de ambos lados del vehículo se abrieron. Perséfone fue arrastrada fuera por Theo. Se habían detenido cerca de la orilla del lago Lerna, y fue guiada, con una pesada mano en el hombro, por un muelle desvencijado donde esperaba un bote de remos. Una linterna colgaba de su proa y encendía una pequeña parte del lago negro.

—Sube —ordenó Theo, dando de nuevo un pequeño empujón a Perséfone.

Ella miró al hombre con desprecio, pero subió a la barca. La siguió Teseo, que ayudó a Deméter. Luego llegaron Sybil y Harmonía. Sybil se estremeció al entrar, pero lo hizo sin problemas. Luego se volvió para alcanzar a Harmonía, que estaba pálida y seguía sangrando por la herida que le habían infligido en el costado.

—No la toques —ordenó Teseo—. Deméter.

La Diosa de la Cosecha agarró el brazo de Harmonía y la arrastró hacia la barca. Perséfone se inclinó hacia delante y consiguió atrapar a la diosa antes de que se golpeará contra la borda.

—He dicho que no la toques —dijo Teseo, y se balanceó. Perséfone se agachó mientras el metal volaba sobre su cabeza. Cuando intentó golpearla de nuevo, alargó la mano y lo agarró, deteniendo su ataque, sus ojos brillaron.

—Si quieres ese yelmo, te sugiero que empieces a remar —dijo—. No tienes mucho tiempo antes de que Hades rompa mis ataduras.

Al oír sus palabras, Teseo pareció divertirse y le quitó el

metal de encima.

—Como quieras, Reina del Inframundo.

Teseo salió del muelle. El agua era oscura y espesa, como si no fuera agua sino aceite. Perséfone observó la superficie, sintiendo una presencia debajo, algo monstruoso vivía en sus profundidades. No fue hasta que estuvieron casi al otro lado del lago, cerca de entrada de la cueva, cuando lo que vivía en el agua se dio a conocer sacudiendo la barca con fuerza, haciendo que el agua los salpicara.

Los ojos de Teseo encontraron a Perséfone.

—¿Qué he dicho?

Antes que tuviera la oportunidad de reaccionar, un grito horrible surgió de la oscuridad que los rodeaba, y el barco volcó.

Perséfone cayó al agua con fuerza, pero subió a la superficie rápidamente, a tiempo de ver a Sybil luchando por sostener a Harmonía.

—¡Sybil! —gritó Perséfone, pero justo cuando empezó a nadar hacia las dos, una descarga de poder las hizo retroceder. Perséfone luchó contra las olas mientras una criatura rugía y salía del agua, seguida por Deméter, que estaba encima de un penacho de agua. La criatura era algo que Perséfone no reconocía. Era una diosa con grandes cuernos curvados hacia abajo que sobresalían a ambos lados de la cabeza. Su cabello era largo, y caía sobre sus hombros y por sus pechos desnudos hasta el borde de sus tentáculos escamosos, que había utilizado para mantener a Teseo prisionero.

—Ceto —dijo Deméter—. No dudaré en separar tus tentáculos de tu cuerpo.

—Puedes intentarlo, temible Deméter —dijo—. Pero no eres bienvenida aquí.

Su madre invocó una cuchilla y saltó, moviéndose con un

movimiento borroso. En el siguiente segundo, el tentáculo que sujetaba a Teseo fue cortado, cayendo en el lago negro. Ceto rugió y arremetió contra Deméter, haciendo volar a la diosa. En su furia, las olas se elevaron, altas y rápidas, enterrando a Perséfone, Sybil y Harmonía bajo la superficie una vez más.

—¡Detente!

Perséfone gritó, con el agua entrando en su boca, pero las dos diosas siguieron luchando, creando el caos en el lago que las rodeaba. Los tentáculos de Ceto se extendieron, agarrando a Perséfone por la cintura y sacándola del lago.

—¡Ceto! —gritó, sus pulmones ardían mientras tosía, escupiendo agua—: ¡Te ordeno que te detengas!

La diosa se congeló y se volvió hacia Perséfone; sus ojos se abrieron de par en par.

—Mi señora —dijo, llevándose la mano al pecho e inclinando la cabeza—. Perdóneme. No la he percibido.

Empezó a hablar cuando sintió una ráfaga del poder de Deméter. Su cabeza se giró en dirección a su madre a tiempo de ver a la diosa blandiendo su espada en el aire.

—No —dijo, y su madre se quedó helada, con los ojos muy abiertos y desorbitados, el rostro contorsionado en una mueca de enojo.

Perséfone se volvió hacia Ceto.

—Mis amigas están en este lago —dijo Perséfone—. ¿Las encontrarás por mí?

—Por supuesto, mi reina —dijo, pero sus ojos se desviaron hacia Deméter, que seguía suspendida en el aire.

—No te volverá a molestar —prometió.

Ceto trasladó a Perséfone a la orilla, ante la entrada de la cueva del Inframundo, y desapareció bajo el agua. No pasó mucho tiempo antes de que el monstruo regresara con Sybil y Harmonía. Cuando las sentó en la playa de arena, ambas se desplomaron, agotadas de luchar contra la corriente

antinatural del agua. Sybil rodó sobre las manos y las rodillas y se arrastró hasta Harmonía, que estaba pálida, casi azul. Perséfone corrió, cayendo de rodillas junto a ellas.

—¡Harmonía! ¡Abre los ojos! —suplicó—. ¡Harmonía!

Pero la diosa no respondía. Perséfone miró frenéticamente de su rostro a su pecho, percibiendo el débil pulso de la vida, pero este se desvanecía rápidamente.

—¡Sybil, muévete! —ordenó Perséfone, apartando al oráculo de su camino. Colocó las manos sobre el pecho de la diosa y cerró los ojos, buscando la vida que quedaba en su interior y, cuando la inmovilizó, su cuerpo comenzó a sentirse cálido, de la misma manera que se sentía cuando sanaba. Empujó ese calor hacia el interior de Harmonía y, al cabo de un momento, se le revolvió el estómago y se vio obligada a apartarse y a vomitar en la arena; no era más que agua, pero le quemaba la parte posterior de la garganta y le goteaba por la nariz. Mientras lo hacía, Harmonía respiró profundamente.

Apenas tuvieron tiempo de recuperarse antes de que apareciera Teseo, arrastrando a Sybil por el cabello y poniendo un cuchillo contra su garganta.

—¡No, por favor! Por favor —suplicó Perséfone. Estaba de manos y rodillas ante el semidiós, frenética.

—Te dije paso seguro —dijo Teseo entre dientes apretados.

—¡No lo sabía! —gritó, con la voz quebrada.

—No importa lo que sepas —soltó—. ¡Ella sufrirá por tu ignorancia!

Le soltó el cabello y le agarró la mano, cortándole un segundo dedo y arrojándolo a los pies de Perséfone. Sybil gritó, Harmonía sollozó y Perséfone se enfureció, con los ojos ardiendo de lágrimas.

Una vez hecho esto, Teseo pareció calmarse.

—Levántate —ordenó. Luego se volvió hacia donde Deméter aún colgaba, suspendida en el aire—. Suéltala.

Perséfone hizo lo que le pedía y la diosa se precipitó al lago. Tardó unos minutos en reunirse con ellos en la orilla, con los ojos brillantes y relucientes de tanta ira como la que sentía Perséfone.

—Llévanos al Inframundo —ordenó Teseo.

XXXVII



HADES

Maldito Teseo.

Olvidando una eternidad de miseria en Tártaro, Hades no descansaría hasta que su sobrino dejara de existir. Destrozaría su alma, cortaría su hilo en un millón de pedazos y los consumiría. Sería la comida más sabrosa que jamás había comido.

Maldito favor.

Malditos destinos.

Luchó contra las ataduras de Perséfone, sus miembros temblaron, sus músculos se tensaron, pero no cedieron.

Joder. Joder. Joder.

Era poderosa, y él habría sentido más orgullo si no se hubiera ido con ese semidiós bastardo. Sabía por qué lo había hecho. Quería protegerlo, y ese pensamiento lo llenaba de un conflicto que hacía que le doliera el pecho. La amaba mucho, y le enfurecía que se pusiera en peligro, aunque lo comprendiera.

¿Qué le haría Teseo?

Ese pensamiento le provocó otra oleada de furia y volvió a

luchar contra sus ataduras. Esta vez, oyó el claro chasquido de una, y su pie quedó libre. Tiró del brazo, las venas subieron a la superficie de su piel, la liana le cortó la muñeca, hasta que finalmente se rompió. A continuación, desgarró el resto de las ataduras y, una vez libre, se teletransportó.

Perséfone tenía la habilidad de ocultar su propia firma energética personal. Aún no había descubierto si se trataba de uno de sus poderes o si era el resultado de haberlos tenido inactivos durante tanto tiempo. En cualquier caso, era imposible encontrarla, excepto cuando llevaba su anillo. Se concentró en la energía única de las piedras: la pureza de la turmalina y la dulce caricia de la dioplasa. No se había propuesto rastrearla cuando se lo regaló, habría sido capaz de rastrear cualquier metal o gema preciosa con tal de familiarizarse con ella.

Se manifestó entre ruinas.

No tardó en reconocer el lugar al que había llegado: el derruido Palacio de Knossos. En la noche, era imposible distinguir las detalladas y coloridas pinturas que cubrían lo que quedaba de las antiguas murallas, o exactamente cuántos kilómetros se extendían los terrenos, pero Hades lo sabía porque había conocido este lugar en sus mejores tiempos y a lo largo de su inevitable destrucción.

Fue aquí donde sintió el anillo de Perséfone, pero débilmente. Sabía que estas ruinas se adentraban en el vientre de la tierra; un retorcido laberinto destinado a confundir. Imaginó a Perséfone en algún lugar de su interior y su rabia le hizo entrar en el caparazón del palacio.

Aunque estaba oscuro, sus ojos se adaptaron y, al cruzar un suelo de mosaico azul roto, llegó a un pozo oscuro. Parecía ser una parte del suelo que había cedido. Habló a las sombras, ordenándoles que descendieran. Observó a través de ellas cómo la sima se convertía en otro nivel del palacio, y luego se sumergía en un nivel aún más profundo.

Hades saltó, aterrizando tranquilamente sobre otro suelo de mosaico. Aquí, el palacio estaba más intacto: sus paredes y habitaciones con columnas eran más pronunciadas. Mientras Hades se paseaba por cada una de ellas, siguiendo las energías del anillo de Perséfone, la inquietud le invadió. Sintió que aquí había vida, una vida antigua, y una muerte profunda. No era extraño, ya que este lugar se remontaba a la antigüedad. Cientos de personas habían muerto aquí, pero esta muerte, en parte, era reciente: dura, aguda, ácida.

Hades siguió descendiendo hasta llegar al borde de otro pozo oscuro. El olor a muerte era más fuerte aquí, pero también lo era el anillo de Perséfone. La rabia y el miedo se enroscaron en su cuerpo: un pavor espeso y feroz se acumuló en el fondo de su garganta. Los recuerdos de la noche en que la encontró en el sótano del Club Afrodisia lo asaltaron y, por un momento, fue como si estuviera allí de nuevo, con Perséfone de rodillas ante él, destrozada. Podía oler su sangre y su mente entró en una espiral de oscuridad y violencia. Era el tipo de ira que necesitaba, el impulso que utilizaría para hacer pedazos el mundo si la encontraba dañada.

Se adentró en la oscuridad, y esta vez, al aterrizar, hizo temblar la tierra. Al enderezarse, encontró varios pasillos estrechos.

Un laberinto.

También estaba familiarizado con esta artesanía, ya que reconocía el trabajo de Dédalo, un antiguo inventor y arquitecto conocido por su innovación, innovación que acabó provocando la muerte de su hijo.

Joder, pensó Hades, girando en círculo, estudiando cada camino. Aquí hacía más frío y el aire estaba lleno de polvo. Se sentía sucio y un poco sofocante. Sin embargo, podía sentir el anillo de Perséfone, y la energía era más fuerte en el camino que se extendía a su derecha. Al adentrarse en la oscuridad más profunda, observó que algunas partes del túnel estaban

rotas, como si hubieran sido golpeadas por un objeto grande.

Algo monstruoso había vivido aquí.

Quizás todavía lo hacía.

Hades reunió a sus sombras y las envió por el pasillo, pero parecieron desorientarse y se desvanecieron en la oscuridad. Su comportamiento erizó el vello de su nuca. Había algo malo aquí, y no le gustaba.

De repente, la pared de su izquierda explotó, haciéndole volar a través de la barrera opuesta y, al aterrizar, se encontró de frente con un toro, o al menos con la cabeza de uno. El resto del cuerpo era humano.

Era un minotauro, un monstruo.

Bramaba y arañaba el suelo con una de sus pezuñas, blandiendo un hacha doble que estaba astillada y cubierta de sangre. Hades se imaginaba que la criatura la había estado utilizando para matar desde que fue encarcelado aquí, lo cual, si tenía que adivinar por su estado: cabello enmarañado, piel sucia y ojos enloquecidos, era desde hacía mucho tiempo.

La criatura rugió y blandió su hacha. Hades se apartó de la pared y se agachó, enviando a sus espectros hacia él. Si hubiera sido cualquier otra criatura, su magia la habría sacudido hasta el alma. La reacción habitual era la pérdida total de los sentidos, pero al atravesar este monstruo, solo pareció enfurecerse más, perdiendo momentáneamente el equilibrio.

Hades cargó, golpeando al minotauro. Volaron hacia atrás, chocando pared tras pared. Cuando finalmente aterrizaron, fue en un montón de escombros, y Hades se alejó rodando, creando la mayor distancia posible entre ellos.

El minotauro también era rápido y se puso en pie con sus pezuñas. Puede que no tuviera magia, pero era ágil y parecía alimentarse de un pozo interminable de fuerza. Rugió, resopló y volvió a cargar, esta vez, mantuvo la cabeza baja, con los

cuernos a la vista. Hades cruzó los brazos sobre su pecho, creando un campo de energía que hizo que la criatura se elevara una vez más.

Tan rápido como se estrelló, se puso en pie, y esta vez el gruñido que salió del minotauro fue ensordecedor y lleno de furia. Lanzó su hacha, el arma cortó el aire de forma audible. Al mismo tiempo, cargó contra Hades, que se preparó para el impacto. Cuando la criatura se abalanzó sobre él, Hades invocó su magia y clavó las afiladas puntas de sus dedos en el cuello del minotauro. Cuando se liberó, la sangre salpicó su rostro. La criatura rugió, pero continuó corriendo a toda velocidad contra cada muro del laberinto. El impacto contra la espalda de Hades comenzó a enviarle un dolor agudo por la columna vertebral. Apretó los dientes contra él y continuó clavando los pinchos en el cuello del minotauro una y otra vez.

Pudo notar el momento en que la criatura empezó a perder su energía. Se ralentizó; su respiración llegó con brusquedad, resoplando por la nariz y la boca, donde también goteaba sangre. Justo cuando Hades estaba a punto de soltarlo, el minotauro tropezó, y se encontró cayendo con el monstruo en otro pozo. Este se estrechó rápidamente, haciendo que Hades golpeará los lados como una bola de pinball, sacando el aire de sus pulmones. Se retorcieron y giraron bruscamente, hasta que ambos salieron despedidos del túnel hacia una sala más grande. El minotauro aterrizó primero, y Hades después, chocando con una pared que no cedió, lo que le indicó que donde habían aterrizado no era hormigón ni piedra.

Adamantina, se dio cuenta.

La adamantina era un material utilizado para crear muchas armas antiguas. También era el único metal que podía matar a los dioses.

Hades se puso en pie rápidamente, dispuesto a continuar

la lucha con el minotauro, sin embargo, la criatura no se levantó.

Estaba muerto.

Sus ojos se adaptaron a esta nueva oscuridad. Era de alguna manera más espesa. Quizá tuviera que ver con la profundidad a la que se encontraban, o quizá fuera la adamantina. En cualquier caso, la celda era sencilla: un pequeño cuadrado con suelo de arena. A primera vista, por lo que podía ver, no había salida, pero tendría que buscar más. Por el momento, su atención se centró en la presencia de Perséfone. Era fuerte aquí, como si su corazón latiera dentro de las paredes de esta celda. Entonces lo vio: el brillo de una de las joyas de su anillo.

Si su anillo estaba aquí, ¿dónde estaba? ¿Qué había hecho Teseo?

Cuando empezó a acercarse a él, se oyó un débil sonido mecánico y una red cayó del techo, enviándolo al suelo. Aterrizó con un fuerte crujido contra el suelo. Cuando trató de invocar su magia, su cuerpo se convulsionó y la red lo paralizó.

Nunca se había sentido tan impotente y eso le enfureció.

Se agitó y maldijo, pero fue inútil. Finalmente, se quedó quieto, no porque no quisiera luchar, sino porque estaba demasiado agotado para moverse. Cerró los ojos por un momento. Cuando los abrió de nuevo, tuvo la sensación de haberse quedado dormido. Tardó un momento en adaptarse, su visión nublada incluso en la oscuridad. Mientras estaba tumbado, con la respiración entrecortada, notó un débil parpadeo de luz a poca distancia de él.

El anillo de Perséfone.

Comenzó a alcanzarlo, pero la red mantuvo su brazo bloqueado. El sudor le recorrió la frente, su cuerpo perdía fuerzas. Una vez más, cerró los ojos, la arena del suelo le cubrió los labios y la lengua mientras se esforzaba por

recuperar el aliento.

—Perséfone —susurró su nombre.

Su esposa, su reina.

Pensó en lo impresionante que se había visto con su vestido blanco mientras caminaba hacia él por el pasillo, flanqueada por almas y dioses que habían llegado a amarla. Recordó cómo su sonrisa había acelerado su corazón, cómo sus ojos verde botella, brillantes y tan felices, habían hecho que su pecho se hinchara de orgullo. Pensó en todo lo que habían pasado y por lo que habían luchado, en las promesas que habían hecho de quemar mundos y amar para siempre, y aquí estaba él, separado de ella, sin saber si estaba a salvo.

Apretó los dientes, con una nueva oleada de ira corriendo por sus venas. Abrió los ojos de golpe y volvió a intentar alcanzar el anillo. Esta vez, aunque le temblaba la mano, consiguió hacer fuerza y agarrar un puñado de arena y, al dejarlo pasar por sus dedos, encontró el anillo con gemas incrustadas.

Respirando con dificultad y temblando, se llevó el anillo a los labios, lo guardó en la seguridad de la palma de la mano, y se lo llevó al corazón antes de caer en la oscuridad una vez más.

XXXVIII



PERSÉFONE

Perséfone entró en la oscura boca de la cueva y los demás la siguieron. Teseo mantenía a Sybil cerca, con una mano constantemente en su antebrazo, un recordatorio de que, si Perséfone metía la pata, su amiga cargaría con las consecuencias.

La cueva era grande y cada resoplido, gemido y sollozo resonaba en los oídos de Perséfone, alimentando su furia. Tuvo que idear un plan y empezó a preguntarse si esta entrada al Inframundo era como la de Nevernight. ¿Era un portal que la llevaría a cualquier lugar que imaginara?

Caminaron hasta que se encontraron con una pared de roca que parecía bloquear su entrada.

—¿Qué es esto? —preguntó Teseo.

—Esta es la entrada al Inframundo —explicó rápidamente Perséfone. Se adelantó y sus manos se hundieron en la pared. El portal estaba frío y la magia que se arremolinaba en torno a su piel era como el batir de unas alas. Era reconfortante porque era la magia de Hades, y le hacía doler el pecho.

¿Dónde estaba Hades? Lo había atado en el Mundo

Superior solo para asegurarse de que concediera el favor de Teseo, lo que se había cumplido en el momento en que había dejado la Torre de Alejandría.

Tal vez nos esté esperando en el Inframundo, se dijo.

—Yo pasaré primero —dijo.

—No —ordenó Teseo—. Deméter irá.

—Eso no es prudente —argumentó Perséfone—. Los monstruos custodian estas puertas.

—¿Te preocupas por mí, mi flor? —preguntó Deméter con una voz cargada de sarcasmo.

—No —dijo Perséfone—. Me preocupo por mis monstruos.

Por Cerbero, Tifón y Ortro, específicamente.

—No voy a arriesgar el dolor de Sybil —dijo—. No tienes que preocuparte por mí.

—Bien —dijo, la palabra resbalando entre sus dientes como una maldición—. Solo recuerda que estoy un poco aburrido de cortar dedos.

Con eso, Perséfone entró en el portal. Fue como vadear el agua y se movió lentamente, disfrutando de la sensación de la magia de Hades, antes de salir al otro lado en la pradera de Hécate. Parecía luminoso después de experimentar la noche en el Mundo Superior y la oscuridad de la cueva.

—Perséfone —dijo Hécate—. ¿Qué pasa?

Parpadeó volviéndose hacia la Diosa de la Brujería, que estaba vestida con ropas oscuras y con Nefeli a su lado.

—Hécate —dijo Perséfone, pero rápidamente cerró la boca cuando Teseo, Sybil, Deméter y Harmonía entraron detrás de ella. Cuando aparecieron, un gruñido mortal surgió a su alrededor. Procedía de Nefeli y de Cerbero, Tifón y Ortro, que salieron sigilosamente de entre los árboles.

—¡No, Cerbero! —ordenó Perséfone.

Los perros se detuvieron, todavía tensos, todavía

preparados para atacar, pero no gruñeron.

—¿Qué es esto? —preguntó Teseo—. ¿Una trampa?

—¡No! —dijo Perséfone—. No. ¡No es una trampa!

Miró fijamente a Hécate, con los ojos muy abiertos y desesperados, comunicando lo que podía, sabiendo que la diosa podía leer su mente. Le mostró lo que había sucedido en las últimas horas: desde la desaparición de Sybil, hasta el hallazgo de su dedo cortado en el trabajo, la avalancha y la batalla entre los Olímpicos, hasta el favor de Teseo.

Perséfone se volvió para mirar al semidiós.

—Hécate es mi amiga. Solo ha venido para asegurarse de que estoy bien.

—Sí, por supuesto. —Hécate logró esbozar una apretada sonrisa, y luego sus ojos se desviaron hacia Deméter—. Qué gusto. La Diosa de la Cosecha en el Reino de los Muertos. ¿Viene a presentar sus respetos a los cientos que ha asesinado en el último mes?

Deméter ofreció una fría sonrisa.

—No tengo ningún deseo de rememorar el pasado.

—Si tú lo dices... —replicó Hécate—. ¿No están aquí por el pasado?

Deméter frunció el ceño y se dirigió a Teseo.

—Ella es una diosa poderosa, tal vez deberías elegir un miembro de los mortales, para que Perséfone se comporte.

—No —dijo Perséfone, con la voz oscura—. Hécate no nos molestará, ¿verdad? Se quedará en su pradera mientras nosotros viajamos al palacio.

—Por supuesto, haré lo que mi Reina ordene —respondió Hécate—. Sin embargo, sería más rápido que te teletransportaras.

—Sin teletransporte —dijo Teseo—. No puedo confiar en que acabemos donde debemos.

—Si mi señora lo ordena, puedes confiar en que te llevaré exactamente a donde quieres ir —dijo Hécate, con una voz agradable, pero Perséfone percibió el trasfondo de oscuridad que había en su interior.

Perséfone miró a Teseo. Él dudó, inseguro.

—No confíes en la magia de esta diosa. Es malvada —dijo Deméter.

—¡Cállate! —ordenó Teseo.

Los ojos de Deméter se entrecerraron.

—Da la orden —dijo—. Pero recuerda que tengo la vida de tu amiga en mis manos.

—Hécate, al arsenal de Hades.

Cuando la magia de Hécate las rodeó, Perséfone se estremeció. Recordaba haber luchado contra la diosa en este mismo prado, sintiendo la fuerza y la edad de su poder. Dejaba una oscuridad en el corazón de la que era difícil desprenderse, pero ahora mismo era reconfortante, porque sabía que Hécate lucharía y los resultados serían mortales.

Aparecieron en el exterior del arsenal. La puerta de la bóveda era redonda y dorada, con incrustaciones de cristal grueso y transparente que dejaban ver todas las cerraduras y los engranajes.

Teseo se lanzó sobre Perséfone y Hécate, y sus dedos apretaron el brazo de Sybil.

—Pensé que habías dicho que nos llevarías al arsenal.

—Lo hice —dijo Hécate con calma—. Pero incluso a mí se me impide teletransportarme al interior. La reina o el propio rey, son los únicos que pueden abrir la bóveda.

Perséfone comenzó a protestar, pero Teseo volvió a amenazar a Sybil.

—¡Abre! —gritó, volviendo a su locura, estaba tan cerca de lo que quería, que apenas podía contenerse.

Perséfone miró a Hécate, desesperada.

No sé cómo.

No tienes que saberlo, dijo.

Perséfone se adelantó y colocó su mano sobre una almohadilla junto a la puerta. Una vez escaneada la huella de su mano, la puerta comenzó a rechinar, abriéndose como una rueda para revelar el arsenal de Hades. Perséfone entró en la familiar sala redonda con su suelo de mármol negro y sus paredes cubiertas de armas, pero sus ojos, como los de Teseo, se dirigieron al centro, donde se alzaba la armadura de Hades, y el Yelmo de la Oscuridad descansaba a sus pies.

Teseo empujó a Sybil hacia Deméter al entrar.

—¡Sujétala! —gruñó.

Hécate se acercó a Harmonía.

—Es más magnífico de lo que podría haber imaginado —dijo Teseo mientras se acercaba a la pantalla. Perséfone sostuvo la mirada de Hécate, inamovible.

Sácalas de aquí, suplicó.

Por supuesto, dijo la diosa.

Cuando Teseo tocó el yelmo de Hades, la magia de Hécate fue como un empujón, arrastrando a Harmonía y Sybil fuera del arsenal a un lugar seguro. Las manos de Teseo resbalaron y el yelmo de Hades cayó de su lugar sobre el pedestal, rodando por el suelo con un fuerte crujido.

—¡No! —gruñó Teseo.

La magia de Perséfone estalló, las espinas surgieron de los cortes en el mármol, sellando las salidas. Los labios de Deméter se despegaron de sus relucientes dientes mientras sonreía con maldad.

—Te voy a dar una última lección, hija. Tal vez te mantenga complaciente.

Si la magia era un lenguaje, el de Deméter confesaba su

odio. Inmediatamente, su poder brotó en una ola de energía feroz, golpeando a Perséfone contra una pared, que se desmoronó bajo su peso. Cayó sobre sus pies, solo para encontrar a Teseo armado con una espada de la colección de Hades.

—¡Maldita perra! —gruñó mientras se balanceaba.

Perséfone atacó, sus dedos tenían puntas negras que salían como balas hacia el pecho del semidiós. Él retrocedió tambaleándose, su camisa se oscureció con la sangre, sus ojos relampaguearon, brillando de forma antinatural. Entonces golpeó el suelo con el puño y la tierra empezó a temblar, haciendo saltar las armas de la pared y que Perséfone perdiera el equilibrio.

Al mismo tiempo, Deméter invocó otra ráfaga de energía. La golpeó con fuerza, haciéndola volar una vez más. Cuando aterrizó, Teseo levantó su arma sobre su cabeza para golpear. Perséfone levantó sus manos y cuando su espada se encontró con la energía que había reunido allí, se estrelló contra la armadura de Hades. Perséfone invocó unas lianas que le retuvieron en el lugar donde aterrizó.

Entonces Perséfone dirigió toda su atención a Deméter. Su magia se enfrentó: cada ráfaga de energía se encontró y explotó, cada enredadera y espina, se enredó y se desmoronó. La Diosa de la Cosecha lanzó otra ráfaga, esta agitó el aire, haciendo que se tambalara, enredando el cabello y la ropa de Perséfone. Deméter cogió la espada que Teseo había utilizado durante su ataque y la lanzó contra Perséfone. Ella contraatacó con su magia, con cualquier cosa que pudiera convocar rápidamente.

—Los dioses te destruirán —dijo Deméter. —¡Yo te habría mantenido a salvo!

—¿De qué sirve la seguridad cuando el resto del mundo está amenazado?

—¡El resto del mundo no importa! —se quejó.

Era la primera vez que Perséfone veía el verdadero temor de Deméter por ella, y por un breve segundo, ambas dejaron de luchar. Se miraron fijamente, ambas con los nervios de punta, pero las palabras que salieron de la boca de Deméter se rompieron, y rompieron a Perséfone.

—Tú importas. Eres mi hija. He *rogado* por ti.

Había una cruda verdad en esas palabras, y aunque Perséfone podía entender la acción de su madre hasta cierto punto, había algunas cosas con las que nunca estaría de acuerdo. También Hades había rogado por ella. También Hades quería protegerla, pero estaba dispuesto a dejarla luchar, a verla sufrir, si eso significaba verla resucitar.

—Mamá —dijo negando.

—Ven conmigo —dijo ella, desesperada—. Ven conmigo ahora y podremos olvidar que esto ha sucedido.

Perséfone ya negaba.

—No *puedo*.

Que su madre sugiriera esto era realmente una locura, pero había llegado a comprender algo sobre la diosa. A pesar de lo mucho que había vivido, ya no estaba bien. Estaba rota y nunca volvería a estar completa.

Los rasgos de Deméter se endurecieron y extendió la mano, enviando un rayo de magia hacia ella mientras levantaba su espada. Perséfone bloqueó la magia e invocó la suya propia, llamando a la oscuridad, que se manifestó en forma de sombra; los espectros cargaron contra Deméter y, cuando se estremecieron a través de ella, tropezó, cayendo de rodillas.

Cuando Deméter volvió a encontrar la mirada de Perséfone, sus ojos brillaron. Se levantó, gritando su ira, su magia se reunió rápidamente como un viento chillón.

—Tenías razón en una cosa, madre —dijo Perséfone.

—¿Y qué es eso?

—La venganza es dulce.

En el siguiente segundo, las armas más afiladas se alzaron a la llamada de Perséfone, llaves, cuchillos y espadas descendieron, golpeando a Deméter, inmovilizándola en el suelo.

Siguió un horrible silencio cuando el viento se apagó de repente. Perséfone cayó de rodillas, respirando con dificultad.

—Mamá —murmuró, arrastrándose hacia ella.

Deméter no se movió ni habló. Estaba con los brazos abiertos, con los dedos aun agarrando la espada. Tenía los ojos muy abiertos, como si estuviera en estado de shock, y la sangre goteaba de su boca.

—Mamá —suspiró Perséfone.

Consiguió ponerse en pie y empezó a sacar las armas. Cuando terminó, la diosa permaneció en el frío suelo de mármol y Perséfone se sentó con ella, esperando a que se curara.

Pero nunca se movió.

—Mamá. —Perséfone se puso frenética, levantándose sobre sus rodillas, sacudiendo a la diosa. Había querido muchas cosas de Deméter: que cambiara, que fuera madre, que la dejara vivir su vida, pero nunca la muerte. Nunca esto.

Entonces recordó algo que Hades había dicho sobre las armas aquí: que algunas eran reliquias y podían impedir que un dios se curara.

—¡Mamá, despierta!

—Ven, Perséfone —dijo Hécate, apareciendo detrás de ella. Ni siquiera había sentido a la diosa acercarse.

—¡Despertadla! —exigió Perséfone. Colocó las manos sobre su cuerpo, que ahora se estaba enfriando, intentando utilizar su propia magia, deseando que su madre volviera a respirar, pero nada funcionó.

—Su hilo está cortado, Perséfone. No se puede traer a Deméter de vuelta.

—¡Esto no es lo que quería! —gritó.

Entonces Hécate colocó sus manos sobre el rostro de Perséfone, forzando su mirada hacia la suya.

—Volverás a ver a Deméter. Todos los muertos vienen al Inframundo, Perséfone, pero ahora Sybil y Harmonía te necesitan.

Perséfone respiró profundamente varias veces, con los ojos escocidos. Finalmente, asintió y dejó que la diosa la ayudara a ponerse en pie, pero cuando empezaron a dirigirse a la puerta, se detuvo.

—¡Teseo!

Se giró hacia el lugar donde lo había sujetado antes y descubrió que había desaparecido.

—¡El yelmo!

Las dos diosas empezaron a buscar en el arsenal cuando el Inframundo se agitó violentamente y se oyó un horrible crujido.

El corazón de Perséfone latía con fuerza en su pecho, y cuando su mirada conectó con la de Hécate, la diosa palideció.

—¿Qué fue eso? —susurró Perséfone.

—Eso —dijo Hécate—. Es el sonido de Teseo liberando a los Titanes.

NOTA DEL AUTOR

Dioses. ¿Por dónde empiezo con esto?

En primer lugar, permítanme dar las gracias a mis lectores. Sois muchos y os aprecio a todos —las reseñas, los posts, los mensajes—, todo ello me hace seguir escribiendo. Gracias a vosotros he podido convertirme en autora a tiempo completo, y gracias a vosotros puedo seguir haciendo lo que me gusta.

También, un enorme agradecimiento a mi equipo de calle. Todos vosotros sois el mejor equipo de promoción que podría haber pedido. Os agradezco todo el tiempo que dedican a mí y a mis libros. Sois los mejores.

Sobre el libro:

Escribir este libro fue una mezcla desordenada de agotamiento y agonía y dolor y algo de esperanza de que todo mejorara. Al reflexionar sobre el proceso, no puedo decir cómo he llegado hasta aquí, pero me alegro mucho de haberlo hecho. Estoy muy orgullosa de este libro, más que orgullosa. Sé que todos tenemos nuestras opiniones sobre Ruin, pero espero que puedan decir por qué sufrimos, por qué ese viaje fue tan importante: fue para llegar aquí. Por el poder de Malice. Recordar quién era Perséfone en Darkness, sus luchas en Ruin y quién es al final de este libro, me hace sentir orgullosa. Su viaje me da esperanza: que las dificultades, los traumas y el dolor nos hacen poderosos.

El resto:

Como todos saben, juego con varios mitos y me gusta repasar cómo los he adaptado o cambiado en mis libros. Empezaré con la Titanomaquia.

Titanomaquia: La guerra de los diez años.

La principal pregunta que me hice mientras me preparaba para Malice fue: ¿qué llevaría a otra Titanomaquia? Todos sabemos que los dioses pasan por este ciclo: los Primordiales fueron derrocados por los Titanes, los Titanes derrocados por los Olímpicos.

Si se lee sobre la Titanomaquia, especialmente el papel de Zeus, se ve lo carismático que es, lo cual es muy desagradable porque realmente no se quiere que sea tan encantador, pero entendió lo que se necesitaría para dominar a los Titanes, y prometió a aquellos que lo apoyaran a él y a los Olímpicos que serían recompensados al poder mantener su estatus y poder, Hécate y Helios fueron dos Titanes que se unieron a él. También se dice, concretamente, que Zeus tenía a Hécate en alta estima, por lo que ella es la única persona que realmente puede ponerlo en su lugar. Por eso decidí que ella sería capaz de castrarlo. Elegí la castración para el castigo de Zeus por parte de Hécate porque Cronos también castró a su padre, Urano (con la guadaña que se utiliza para matar a Adonis).

También me pareció que la tormenta de nieve de Deméter crearía un ambiente de malestar que contribuiría a otra Titanomaquia. En el mito, cuando Perséfone es llevada por Hades al Inframundo, la Diosa de la Cosecha se limita a descuidar el mundo, que queda sumido en una sequía. Me pareció que, aunque una sequía sería mala, la tecnología podría combatirla más fácilmente que una tormenta de nieve. Creo que me sentí así porque vivo en Oklahoma y sufrimos durante las tormentas de nieve porque no tenemos la infraestructura para manejarlas. Pensé que Deméter, como Diosa de la Cosecha, obviamente tiene control sobre el clima, así que, ¿por qué no hacer que traiga una furiosa tormenta de invierno a Nueva Atenas? Así se crearía el escenario para

el malestar entre los mortales, que ya estaban alentados por la Tríada.

Hablando de Deméter. Cuando Perséfone desaparece en el mito, en realidad vaga por el mundo sin rumbo fijo, un poco deprimida. Acude a Celeus disfrazada de anciana bajo el nombre de Doso (de ahí su nombre en Malice). Allí empieza a cuidar de los dos hijos del rey, aunque la pillan intentando hacer inmortal a uno de los niños metiéndolo en el fuego y se hace ver como diosa. Se enfada mucho por esto y obliga al rey y a su pueblo a construir un templo en su honor.

Me costó saber cómo iban a reaccionar los dioses ante el desenfreno de Deméter, pero intenté mantenerme cerca de cómo creía que se desarrollaba el mito, que era que los dioses dejaron pasar esto durante mucho tiempo, hasta que se enfrentaron a la extinción de la raza humana y, como resultado, a la ausencia de adoradores. Al principio, Zeus trató de usar palabras para calmar a la diosa. También envió a otros dioses para intentar convencerla de que volviera al Olimpo, pero se negó. Como último recurso, Zeus envió a Hermes a recuperar a Perséfone del Inframundo. En mi libro jugué con la misma pereza en la toma de decisiones de Zeus. Puede que Zeus necesite adoradores, pero no teme perder su poder, así que no actúa con rapidez.

Más sobre Deméter.

La violación de Deméter es algo que toqué en este libro. Poseidón realmente viola a Deméter mientras busca a Perséfone, pero sentí que, si esto hubiera ocurrido antes de que naciera Perséfone, le daría a Deméter una razón para retraerse del mundo y querer proteger a su hija.

Hermes y Pan.

Solo quería hacer una nota rápida de que hice referencia a Pan, el Dios de la Naturaleza, como hijo de Hermes, que, como va el parentesco en toda la mitología, puede o no haber sido su padre real. Aun así, me gustaría aprovechar el

momento para decir que, de los dioses griegos, Pan es el único que se sabe que murió. Su muerte no está detallada; de hecho, nadie sabe cómo ocurrió. Básicamente fue un juego de teléfono escacharrado que acabó llegando a las masas. La idea es, sin embargo, que con el nacimiento de Cristo, Pan tenía que morir.

No preguntes. Solo leo los mitos.

Apolo, Ajax y Héctor.

No sé qué me hizo asociar a Apolo con Ajax, pero sabía que Ajax y Héctor se batían en duelo en la mitología durante la guerra de Troya, así que pensé que sería una dinámica interesante. En el mito, Héctor también es favorecido por Apolo porque este apoya a los troyanos, mientras que Ajax lucha por los griegos.

También decidí que Ajax, descrito como colosal y fuerte, fuera sordo porque quería demostrar que la sordera no significa incapacidad. Dicho esto, no quería que tuviera ningún tipo de poderes “de superhéroe” más allá de los que le otorgaba el mito: su fuerza, su tamaño y sus reflejos. No creía que su sordera tuviera que cambiar el hecho de que se hubiera entrenado como los guerreros oyentes que le rodeaban.

Afrodita y Harmonía.

En el mito, se dice que Harmonía es hija de Ares y Afrodita, o de Zeus y Electra. Como no me gustan Ares y Afrodita, opté por la segunda opción y la hice hermana de Afrodita. Harmonía también estaba casada con Cadmo, a quien creo que amaba mucho porque cuando él se convirtió en serpiente, ella se volvió loca y también se convirtió en serpiente.

En mi versión, sentí que Harmonía era pansexual. También sentí que, aunque Sybil nunca se había planteado enamorarse de una mujer, cuando conoció a Harmonía no pudo evitarlo y es muy, muy bonito.

El Palacio de Cnosos y el Minotauro.

En primer lugar, aquí hay un gran artículo sobre la historia del Palacio de Knossos y por qué fue originalmente un laberinto: <https://www.livescience.com/27955-knossos-palace-of-the-minoans.html> Lo añadido aquí porque originalmente se pensaba que el laberinto era solo un palacio laberíntico construido por Dédalo. He traído la historia del Minotauro porque también tenemos a Teseo, que, como sabemos, fue enviado a matar al Minotauro. Lo consiguió con la ayuda de Ariadna, que le dio un carrete de cuerda para ayudarlo a escapar del laberinto una vez derrotado el monstruo.

Teseo y Helena.

Tal vez algunos de ustedes se sorprendan por la trayectoria de Helen, así que lo explicaré aquí. Hay un mito en el que Teseo y Pirítoo secuestran a las hijas de Zeus. Teseo elige a Helena de Troya, mientras que, como sabemos, Pirítoo elige a Perséfone. El otro mito famoso es aquel en el que Paris se enamora de Helena y se la lleva de Esparta a Troya iniciando una guerra.

Según las lecturas e interpretaciones del mito, me pareció que Helen podría ser alguien que busca el mejor camino para llegar a la cima. Después de todo, es una mujer espartana. Es fuerte, capaz e inteligente. Sabe utilizar su belleza como herramienta y su mente como arma. Dada mi impresión de ella, se puede entender su trayectoria en Malice.

Los Monstruos.

En este libro se mencionan muchos monstruos además del Minotauro: la Hidra, Lamia, Ceto y Aracne. Solo quería dedicar un momento a dar una breve descripción de cada uno de ellos.

La hidra residía en el lago Lerna, que reconocerás como una de las entradas al Inframundo. Elegí que este monstruo estuviera en el Inframundo porque es muy venenoso; además,

Heracles acabó matándolo como parte de sus trabajos.

Lamia era la reina de Libia. Como dije en el libro, tuvo un romance con Zeus que le valió la maldición de Hera de perder a todos sus hijos. Los mitos varían en cuanto a si fueron asesinados o si fueron secuestrados, así como en cuanto a cómo llegó a empezar a devorar niños. Sea como sea, se volvió loca y empezó a secuestrar y comer niños. Zeus le otorgó el poder de quitarse los ojos, aparentemente para aliviar su insomnio (Hera también la maldijo con insomnio). También la dotó de profecía, lo que, supongo, es un don que merecen todos los monstruos devoradores de niños.

Ceto es una diosa primordial y es la reina de los monstruos marinos. También dio a luz a un montón de monstruos, entre ellos las Gorgonas y las Graeas, que tal vez recuerdes que son las tres hermanas que comparten un ojo y un diente entre ellas.

Por último, menciono a Aracne. Aparece en las Metamorfosis de Ovidio, que cito al principio de este libro. Era una mujer que desafió a Atenea a un concurso de tejido. La razón por la que quería mencionarla es que Aracne elige tejer escenas que ilustran las fechorías de los dioses, de forma parecida a lo que yo elijo hacer en estos libros. En fin, el resto de la historia cuenta que el tejido de Aracne es impecable y esto enfurece a Atenea. Las versiones de cómo Aracne se convirtió en una araña varían, pero en cualquier caso se transforma. En el libro, menciono el pozo de Aracne, que me gusta considerar como un castigo en el Tártaro.

Varios.

Okeanos y su gemelo Sandros son “semidioses modernos”, pero se basan en otro grupo de hijos gemelos de Zeus, Amphion y Zethus. No utilicé a Amphion y Zethus como semidioses modernos porque ya hice referencia a un mito que está más o menos conectado con ellos y que sucedió en la antigüedad, la muerte de los hijos de Amphion y Niobe por la

mano de Apolo y Artemisa.

Apeliotes es un dios real, el Dios del Viento del Sureste. Es un poco gracioso porque se creía que traía la lluvia refrescante. Sin embargo, me inventé a los dos niños, Tales y Callista, en el libro.

Menciono brevemente a Hécuba, que era la esposa del rey Príamo. Hay un par de mitos sobre ella que terminan con su conversión en un perro, que es uno de los símbolos de Hécate. En el punto de este libro, Hécuba está lista para descansar como alma en el Inframundo, y así Hécate encuentra a Nefeli, a quien describe como una mujer que rogó que la diosa le quitara el dolor después de perder a un ser querido. Esto es una referencia directa a uno de los mitos de Hécuba en el que ve morir a su hijo y se vuelve loca. Después, se transformó en un perro.

SCARLETT ST. CLAIRE



Scarlett St. Clair vive en Oklahoma con su esposo. Tiene una maestría en Bibliotecología y Estudios de la Información. Está obsesionada con la mitología griega, los misterios de asesinatos, el amor y el más allá. Si estás obsesionado con estas cosas, entonces te gustarán sus libros.

AGRADECIMIENTOS

Proyecto Compartido

BookZinga, Midnight Dreams & Simply Books

Moderadoras de Traducción

Flochi, Mariela, Mona

Traductoras

**Mona, Flochi, Calaena SX,
Natali CQ, Anagoi1027**

Corrección

Flochi & Queen Wolf

Revisión Final

Queen Wolf

ESTE LIBRO LLEGA A USTEDES, GRACIAS A

SIMPLY BOOKS



Índice de contenido

[Sinopsis](#)

[PARTE I](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[PARTE II](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

[XXIX](#)

[XXX](#)

[XXXI](#)

[XXXII](#)

[XXXIII](#)

[XXXIV](#)

[XXXV](#)

[PARTE III](#)

[XXXVI](#)

[XXXVII](#)

[XXXVIII](#)

[Nota del autor](#)

[Scarlett St. Claire](#)